



ROMANTICA

MORUENA ESTRÍNGANA
ÚNICAMENTE TÚ

D.J.57

Copyright

EDICIONES KIWI, 2017

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Ediciones Kiwi

Primera edición, octubre 2017

© 2017 Moruena Estríngana

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Elena Hernández

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

A mi marido y a mi hijo. Os quiero, nada de esto sería lo mismo sin vosotros.

Prólogo

La joven esperaba a su cita de esa noche mientras observaba el manso mar de colores turquesas y naranjados, toda una belleza para la vista.

Llevaba más de una semana en ese paraje perdido de la mano de Dios. Se había costado el viaje aun a riesgo de tener que apretarse el cinturón durante meses, porque necesitaba alejarse de su rutina antes de emprender un nuevo proyecto. ¡Una tienda de moda! Estaba loca, lo sabía, pero por una vez quería pensar en ella, invertir todo lo que tenía en el proyecto y arriesgarse.

Quería demostrar que podía llegar adonde quisiera.

Quería soñar y lograr su sueño. Uno de todos los que tenía debía cumplirse. Le había costado mucho lograr el dinero y había sacrificado mucho. Cada moneda ganada estaba ligada a un instante de pesar. Ya no quería llorar más, ahora solo quería sonreír y sentir que el esfuerzo había merecido la pena.

El problema es que algo así le suponía un gran temor, temía una vez más estar pidiendo un imposible y solo conseguir una desilusión más. Por eso necesitaba alejarse, pensar y poner sus ideas en orden. No esperaba en el proceso conocer a un misterio joven de atrayentes ojos dorados con motas verdes, que acabó siendo su confidente porque ambos habían ido a ese paraje a huir de sus vidas.

No sabía cómo se llamaba, ni de dónde venía, ni él tampoco nada de ella, ese era el trato. Pero sí sabía muchas cosas de su vida.

Como extraños, se habían pasado los días contándose todo lo que les preocupaba entre piñas coladas, risas y miradas cómplices. Como si en vez de ser dos extraños fueran dos viejos amigos que han decidido hacer un viaje juntos, lejos de todo.

O de amantes, pensó cuando lo vio acercarse descalzo con ese pantalón caqui y la camisa blanca algo desabotonada.

Era todo un placer para la vista y más cuando sonreía. Ella conocía que empañaba su mirada. Y porque qué era lo que empañaba su mirada y por qué su sonrisa no acariciaba sus iris. Y él sabía que llevaba toda la vida sola buscando su sitio.

Se miraron y no hizo falta más.

En ese paraíso eran cómplices y amigos.

La noche comenzó igual que siempre, confesiones, risas y miradas que querían atesorar todo lo que veían del otro sabiendo que a la mañana siguiente cada uno seguiría su camino y nunca más se volverían a ver.

Tal vez eso empujó al hombre a robarle el primer beso y a la mujer a responder con ardor. Pero fue la pasión lo que hizo que acabaran en uno de sus cuartos, acariciándose, amándose, tocándose, memorizando y grabando sin saberlo, a fuego, esa noche en su mente.

Una noche de pasión y un adiós al amanecer.

Lilliam se despertó sabiendo que no lo encontraría en su cuarto. Que nada quedaría de él.

Esa había sido su despedida. Y aunque sabía que sus caminos nunca se volverían a encontrar, una parte de ella ansiaba lo contrario.

Capítulo 1

Lilliam

Entro a mi casa tras más de seis meses fuera estudiando un curso de moda y diseño, con la esperanza de que ese curso me hiciera tener nuevas ideas para que la tienda nos fuera mejor. Me costó decidirme hacerlo, el problema es que sentía que me había estancado y podía costéármelo, lo malo la distancia, por eso en seis meses no he podido venir, me salía más caro el viaje que mi estancia allí.

Observo mi casa, ha sufrido cambios. Se nota que aquí ya no vive Maddie porque al fin todo el mundo sabe que está casada con Leo y viven juntos en su casa sin ocultarse a la prensa. Me alegro mucho por ellos, se merecen esta felicidad.

Otro de los cambios que noto en la casa es la mano de Lisa. Ha decorado todo con buen gusto y se nota que ha puesto en práctica los cursos que está recibiendo de diseño.

Ahora somos socias y compañeras de piso. No la he visto desde que me fui. Eso no quita que hablemos todos los días. Sobre todo cuando tiene ideas nuevas para la tienda, cosa que es casi a diario.

Me encanta que al fin haya dejado de ocultarse al mundo, aunque aún quedan muchas partes de ella que esconde tras una sonrisa, que al fin sea como es y no trate de ser lo que se espera de ella. Lástima que para llegar a este punto tuviera que pasar por una desagradable experiencia y que esta le dejara secuelas. Por lo que sé, desde entonces no ha estado con nadie, y eso en ella es raro.

Espero que el tiempo la ayude a confiar y sobre todo a que, si lo hace, no caiga en las redes de idiotas que solo le prometen lo que ella desea escuchar para meterse en su cama.

Voy a mi cuarto y al pasar por el mueble del salón veo fotos de los pequeños del grupo, a cual más guapo. Dylan con casi dos años ya parece un hombrecillo, su hermana Aylen tiene apenas dos meses. Es preciosa con ese pelo castaño y los ojos grandes y despiertos. Parece que los tendrá claros, pero aún es pronto para saber su color exacto. Y luego está Olivia, de ocho meses, con ese pelo rubio y esos grandes ojos grises como los de su padre, Killiam. Estoy deseando verlos.

Dejo mis cosas en mi cuarto y me tiro en la cama hasta que me suena el móvil. Lo busco. Lisa. Cómo no.

Sonrío mientras descuelgo.

—Dime que ya estás en casa.

—Acabo de llegar.

—Genial, te necesito en la tienda. He puesto descuentos para animar las ventas y no damos abasto. Te esperamos. Y me alegra que estés de vuelta.

—No tardo. —Cuelgo y me cambio de ropa para ir a la tienda.



Como Lisa me dijo, la tienda está llena de gente. La gente ve descuento y entra a ver qué ve. La pena es que muchas personas entran, ven los precios y aun con descuento no compran. Esta zona es muy cara y bajar mucho el precio de mis prendas las desmerecería. Tengo que andar siempre con pies de plomo, aunque me encantaría poder ver a todo el mundo.

Veo a Lisa tras el mostrador cobrando a una señora. La sonrío mientras le tiende la bolsa.

Lleva el pelo cobrizo por encima del hombro a ondas. Está preciosa, hoy se ha peinado y

maquillado como una mujer de los años veinte y le queda ideal. Le gusta jugar con las modas para comprenderlas todas. Aunque siempre mete algo único y suyo en cada una de ellas.

Al verme, termina de atender y viene a abrazarme.

—Qué alegría tenerte aquí, y ahora te quiero trabajando. —Le saco la lengua y tras guardar mis cosas me pongo manos a la obra.

Cómo he echado de menos esto. Es mi sueño. Y todo lo que tengo. Y espero poder hacer que cada día vaya mejor. Lo vamos a lograr.



—Estoy molida —me dice Lisa cuando, pasadas las diez, al fin estamos en nuestra casa y nos tiramos al sofá agotadas.

—Ha sido un gran día. —Me mira sonriente y asiente.

—Así deberían de ser todos, y sin descuentos. Cuando no hay trabajo me da por pensar en si estaremos haciendo algo mal...

—No lo pienses, solo en cómo hacer para no decaer —le digo.

—Sí y, por cierto, ahora que estás aquí me tienes que hacer un favor. Bueno, en verdad, es ayudarme con un encargo especial. Yo entre la tienda y los cursos no puedo.

—Claro, dime.

—Es Owen, quiere redecorar su *pub*, he perdido la cuenta de las veces que lo ha cambiado —asiento, pues yo ya he visto varios cambios—, y esta vez quiere que le ayudemos. Quiere una visión femenina. Yo le dije que le ayudaríamos sabiendo que tú venías pronto.

—Me parece bien. ¿Cuándo has quedado con él?

—Mañana a las diez de la mañana. Le dije que tú te pasarás.

—Ya dabas por hecho que iría. —Se ríe.

—Es trabajo y así al fin lo conocerás. Me parece increíble cómo en todo este tiempo nunca os habéis visto.—Es curioso, sí, y ya tengo ganas de ver cómo es.

—Es puro fuego y pasión, solo con una mirada creo que hace que las mujeres se corran, yo no claro, ya paso de los hombres.

—¿De verdad?

—Sí, pero tengo ojos en la cara y sé reconocer a los buenos, y Owen lo es.

—Mañana te diré.

—Te doy un consejo de amiga, no te enamores de él. —Me entra la risa—. No te rías, somos las únicas solteras del grupo y Owen también.

—Eso si no cuentas a Christian.

—A ese ni me lo menciones. ¿Has leído su libro? —Niego con la cabeza—. Es un creído sin sesos en la cabeza. Se nota que le encanta que le adulen, como a todos.

—Es un libro que cuenta lo que las fans quieren leer de él, no es real. Y por cierto, lo he visto varias veces. Fui a un concierto suyo y luego me invitó a unas copas con los de su grupo y me dio lástima. Lo vi rodeado de mucha gente y sin embargo parecía muy solo.

—Me da igual —dice con el entrecejo fruncido—. Como sea, a lo que iba, no te enamores de Owen porque solo le van los líos de una noche, en todo este tiempo ni una relación seria.

—Yo tampoco he tenido ninguna y eso no quiere decir que no las quiera —Lisa abre la boca para

hablar, pero la corto—, tampoco quiere decir que quiera algo con Owen.

—Lo tuyo es que te cuesta dejarte llevar. Somos polos opuestos. Bueno, ahora no, que yo casi parezco una monja. —Por cómo lo dice sonrío—. Tienes que vivir más, no solo pensar en trabajar.

—No solo pienso en trabajar.

—Ya, claro. ¿Con cuántos has estado mientras estabas de curso? —Abro la boca y me corta—. Ninguno, y estoy tan segura que puedo apostar contigo.

—No tenía tiempo, pero sí he recorrido la ciudad y tengo varios retratos de sus preciosos parques...

—Y eso no cuenta. Lo dicho, mañana conocerás al increíble hombre de ojos dorados. La verdad es que con lo bueno que está no sé cómo nunca me ha llamado la atención.

—Es raro, sí. —Sonríe y se levanta tirando de mí.

—Vamos a hacer la cena, que mi cuerpo serrano no se mantiene del aire.



Entro al *pub* de Owen; está algo cambiado desde la última vez que estuve aquí y ya lo quiere modificar. Es como si no encontrara la perfección del lugar y no dejara de buscarla. Me recuerda a mí, que no paro de pensar en cambios para la tienda o mis diseños.

Siento curiosidad por verlo, tantos años y no coincidir, cualquiera pensaría que nos repelemos.

Observo el lugar, el *segurata* de Owen me ha dicho que iba a llamarlo y que espera aquí. He de admitir que es un hombre muy guapo. Aunque su pétrea mirada me ha hecho sentir escalofríos.

Saco mi libreta y tomo notas de cómo veo yo este lugar y lo que podría cambiarse. Me gusta, pero le falta algo.

—Vaya, al fin nos vamos a conocer. Lilliam, supongo. Lisa me dijo que vendrías tú.

Su voz es dura y sensual y me recuerda a algo, pero no consigo ubicarla, me hace sentir que la he escuchado antes.

Me giro con una sonrisa en los labios, presa de la curiosidad, una sonrisa que muere en ellos y se convierte en una de sorpresa cuando veo ante mí a Owen y al que también fue mi amigo y mi amante, hace ya más de seis años.

No me lo puedo creer.

Capítulo 2

Lilliam

Me quedo observando a Owen. Ha cambiado, no sabía qué edad tenía entonces, sí sé la que tiene ahora, treinta y tres años. El paso de los años ha curtido su rostro. Si antes ya era atractivo, ahora lo es más, y si su mirada antes era enigmática, ahora encierra un sinfín de preguntas y secretos. Hay más recelo en sus ojos dorados.

Yo sé algunos de esos secretos. Secretos que contó a alguien que esperaba no volver a encontrarse y que sin saberlo tenía tan cerca.

Yo también le dije cosas de mí, de mi pasado, de lo que esperaba de mi futuro. Muchas cosas dichas a un extraño que ahora no lo es.

Como dijo Lilliam, es muy atractivo, alto, de hombros anchos y cintura estrecha, y se nota que le gusta cuidarse, pero no pierde el tiempo en ello.

El pelo rubio lo lleva algo desordenando y sus labios siguen siendo tan gruesos y firmes como los recordaba. Como los he imaginado alguna que otra noche cuando sin querer mis sueños me llevaban a recordar al misterioso hombre de ojos dorados.

Veo miedo en sus ojos, tal vez asimilando que puedo contar a todos lo que me contó cuando creía que sus secretos se irían para siempre conmigo. Yo también le conté cosas de mi pasado, de cómo conseguí el dinero para mi tienda, que nadie sabe, y espero que siga siendo así.

Me avergüenzo de mi pasado.

—No voy a contar nada de lo que me dijiste. Eso se quedó perdido en el paraíso —le digo, sintiendo que necesita oírlo.

—Gracias, yo tampoco. Cada uno tiene que lidiar con sus secretos.

—Cierto, aunque yo tengo menos que tú. De lo que más te hablé es del miedo que tenía de abrir o no la tienda.

—Al final la abriste. Tu tienda cada vez va mejor.

—No es oro todo lo que reluce. La realidad es otra de puertas para dentro, pero seguimos luchando. Gracias a mis amistades va mejor.

—No te quites mérito.

Se acerca, alzo la vista. Llevo tacones en las botas, pero Owen mide más de metro ochenta y cinco y yo mido poco más de metro sesenta.

—Encantado de conocerte, Lilliam, me llamo Owen. —Me tiende la mano caballeroso, algo que ya hacía antaño.

Se la cojo y recuerdo nuestro pasado en común y para mi desgracia también cómo nos dejamos llevar por la pasión, cómo sus manos acariciaron cada parte de mi cuerpo y me hicieron de verdad tocar el paraíso.

—Encantada de conocerte —le digo con una sonrisa. Me sonrío, pero esta no alcanza a sus ojos. Suelta mi mano—. Bueno, tenemos trabajo que hacer... al menos que quieras que venga Lisa.

—No, todo está bien.

Asiento y voy hacia la barra, donde dejo mis libretas y mis notas. Cojo un taburete y me siento.

Se me ha quedado mirando y no se mueve.

—¿No quieres que trabajemos?

—Sí, claro, estoy algo cansado, no me he acostado aún.

—Podríamos haber quedado más tarde.

—No, cuanto antes empecemos, antes estará listo.

—Tienes razón. —Observo la sala y le comento lo que creo que falta—. Se ve muy oscuro con los tonos elegidos. Deberías darle algo de luz, ponerle azules entremezclados con el plata o algo así. Se mantendría el estilo, pero con un toque más luminoso.

Owen mira la sala evaluando mis ideas. Es enorme el *pub*. Cuando nos conocimos lo acababa de comprar y no sabía qué pasaría, si tendría éxito o si lo hacía solo para fastidiar a su padre. Me pregunto si ahora lo hace porque le gusta o para demostrar a su padre que es mejor que él.

—Puede quedar bien. —Trata de evitar un bostezo sin éxito.

—Creo que deberías descansar y quedamos luego.

—Luego tengo cosas que hacer. Creo que puedo dormir unas tres horas antes de regresar al trabajo.

—Eso no es vida.

—Es mi vida. —Lo dice muy serio. No queda nada de ese joven que, pese a todo, me sonreía.

—Vale, como quieras. Somos profesionales, tú me pagas, yo te escucho y adiós, cada uno por su lado.

—Lo siento.

—No me pidas más. Esto tampoco es cómodo para mí, pero dudo de que sea la primera vez que te ves las caras con una mujer con la que te has acostado.

Noto cómo me sonrojo.

—No me incomoda eso, me incomoda que sepas tanto de mí. De lo que está por venir.

Lo miro y recuerdo lo que me contó y, si hago cálculos, todo encaja.

—No voy a decir nada, de verdad, sé guardar secretos y por lo que sé sigue siéndolo.

—Dentro de poco no lo será.

—Debería hacerte feliz.

—Sí me lo hace. —Owen se acerca y coge unos de libros que he traído con recortes de diseños de *pubs* de todo el mundo—. ¿Todo esto en solo una noche?

—Me tomo en serio mi trabajo. Y tengo una impresora genial que imprime a color perfecto.

—Me lo quedo y lo miro en un rato. Creo que es mejor que quedemos otro día. Y perdona que tenga este carácter hoy, no dormir me hace parecer un ogro.

—Lo tendré en cuenta. La próxima vez solo quedo contigo si es en tu ciénaga.

Owen sonrío y esta vez sí alcanza por un momento sus ojos.

—Se me habían olvidado tus comentarios ocurrentes.

—No me salen siempre, tú tienes ese privilegio.

—Me alegro, y si esta noche salís Lisa y tú y os pasáis por aquí, le diré al camarero que os sirva todo gratis. Qué menos por soportarme.

—No tienes por qué hacerlo, yo te pienso cobrar todo lo que haga. —Se ríe y me sorprende su risa.

Más por cómo eriza mi piel.

—No esperaba menos, tienes que seguir haciendo crecer tu imperio. Pero lo dicho, bebida gratis.

Nos vemos Lili.

—Me llamo Lilliam.

—Ya, y yo Owen. —Se aleja con la carpeta y mis apuntes.

Lo veo perderse por donde está su despacho con paso sereno y firme, cualquiera diría que no ha dormido. Aunque siento que hay algo más. ¿Qué será? Intuyo que ya no lo sabré. Es lo que tiene poner nombres y apellidos, que los extraños con los que confiesas tus penas dejan de serlo y la incomodidad está servida.

Owen

Observo a Lilliam por las cámaras de seguridad que hay en un cuarto adjunto a mi despacho, donde suele estar siempre Romeo. Mi amigo y jefe de los de seguridad. Lilliam aún no ha salido del recinto. Romeo la acompaña fuera y puedo ver cómo se queda encandilado con su sonrisa y la amabilidad de esta.

Y lo entiendo, eso fue lo que me llevó a contar a una extraña cosas que no había revelado a nadie.

Ha cambiado, estos años que han pasado han perfilado sus rasgos y, si antes era guapa, ahora es una belleza.

Sus ojos azules siguen mostrando una cálida y amable sonrisa y su pelo rubio sigue pareciendo seda que deseas acariciar para disfrutar de su suavidad.

La primera vez que la vi hablaba con el camarero, indecisa porque no sabía qué tomarse. El camarero estaba a punto de perder la paciencia por su indecisión. Me acerqué a ellos y le pedí lo que suponía que le gustaría, una piña colada. Me miró contrariada y le dije:

—Confía en mí. Sé de esto. Para una chica de apariencia dulce que esconde un toque de amargura en su mirada.

—¿Y has visto todo eso con tan solo un repaso? Porque si lo que buscas es emborracharme para llevarme a la cama vas listo. No soy de esas.

Me gustó su respuesta y me senté a su lado.

—No entraba en mi cabeza seducirte, solo evitar que el camarero te dijera algo hiriente.

—No soy tan fea. —Me reí como hacía tiempo que no me reía.

Pensé preguntarle el nombre, pero por una vez no quería que supiera quién era yo. Estaba ahí huyendo de mi nombre, de mi apellido, de todo lo relacionado con mi familia. Era mejor que fuera solo una extraña. Total, seguro que no nos volveríamos a reencontrar fuera de allí.

El camarero regresó y le tendió la copa, la que ahora sé que se llama Lilliam la olió antes de probarla y tras examinarla le dio un pequeño trago que luego se convirtió en uno más largo.

—Está bueno. Se nota que sabes de esto.

—Llevo trabajando en un *pub* desde hace años. Y he estudiado coctelería.

—Se nota. Y también que no te hace del todo feliz saber tanto de ello.

Sus ojos azules se clavaron en mí, tenía una mirada tan pura, tan inocente y a su vez tan madura que le dije la verdad.

—No me encanta, pero pienso ser el mejor.

Y así empezó nuestra rara amistad.

Me parece increíble que esa joven sea Lilliam, de la que tanto he escuchado hablar y, aunque parezca mentira, ahora todo encaja. Esa semana conocí a alguien luchadora y con ganas de comerse el mundo. Con muchos miedos y, pese a eso, decidida. Decía no tener claro si abriría la tienda, pero en su

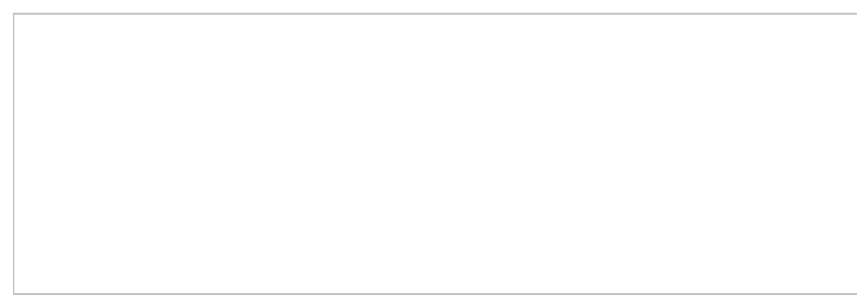
mirada siempre vi su determinación. Cuando me dijo la última noche que lo haría, yo ya lo sabía desde hacía días. Sabía que ella lucharía por lo que creía con uñas y dientes, más después de lo que le había costado conseguir el dinero y de lo mucho que había sufrido para ello, y no me equivoqué.

Pienso en lo idiota que me he comportado con ella. Estaba pensando en otra cosa y saber quién era me desestabilizó.

Escribo a Lisa y le pido el teléfono de Lilliam sabiendo que pensará que es por algo de las obras. Me lo da enseguida. Me lo anoto y escribo a Lilliam.



La veo en línea y que pone escribiendo.



Agrando su foto de perfil. Sale de espaldas, girada solo la cabeza para sonreír a la cámara. Tiene la mar de fondo y su pelo rubio está movido por el viento.

Se la ve feliz y me doy cuenta de lo diferentes que somos.

Yo, aparentemente que lo he tenido siempre todo, no sonreiría así a menos que interprete mi papel, ese tan arraigado en mí que la gente no ve dónde empieza lo real o lo imaginario, y ella, que desde los seis años no tiene nada, sonrío como si lo tuviera todo.

Somos totalmente opuestos y sin embargo una vez más al mirarla he sentido que ella es capaz de comprenderme como nadie.

No sé si me gusta o me disgusta el habernos encontrado de nuevo.

Capítulo 3

Lilliam

Entramos al *pub* de Owen, el *segurata* de la puerta, al vernos, nos ha dejado entrar sin tener que hacer toda la cola. Dejamos las chaquetas en el ropero y vamos hacia la barra.

Hay mucha gente, como siempre, se nota que a Owen le va bien y pese a eso quiere hacer un cambio para que le vaya mejor. O para ser mejor que su padre.

Llegamos a la barra, Lisa no tenía muchas ganas de salir, mañana trabajamos, pero cuando le dije que Owen nos invitaba a todas las copas le cambió la cara y dijo que no iba a desperdiciar el hacerle gasto.

La barra está llega de gente, los camareros van de un lado a otro sonriendo a los clientes con educación. Se nota que saben lo que hacen.

—No sé qué pedirme —dice tras tomar prestada de detrás de la barra la carta de cócteles—. Bueno, en verdad, sí, el más caro. —Lo dice al tiempo que yo noto una mano amplia en mi espalda.

—Tú lo que quieres es arruinarme. —La sexi voz de Owen penetra mis oídos. Está muy cerca.

Demasiado para que mi traicionera mente no recuerde cómo era sentir esa mano sin nada de ropa.

Noto que la respiración se me acelera. E intento por todos los medios centrarme en otra cosa y no en revivir el placer que sentí aquella noche con este hombre que sin él saberlo me marcó de tal forma que desde entonces ninguna relación sexual ha sido igual de satisfactoria.

¿Cómo podía conformarme cuando había sentido en sus brazos lo que era el verdadero placer?

Me he pasado muchos años odiando haber sucumbido a esa noche y otros deseando repetirlo de nuevo.

—Pues claro, rubito. No habernos invitado —le dice Lisa.

Owen se acerca a ella y la saluda con dos besos. Luego me mira y hace lo mismo, dos inocentes besos sin más que para mi mortificación se me graban en la piel. Soy ridícula.

—Esta noche tenemos mucha gente, tendré que hacer algo para que no os muráis de sed.

Tras decir esto va hacia la entrada de la barra y coge varias botellas antes de ir adonde tiene las cocteleras. Se arremanga la camisa blanca y se pone a prepararnos la bebida.

Es un espectáculo para la vista, se nota que sabe lo que hace y sus movimientos son seguros y decididos. Tanto es así que no somos las únicas que estamos disfrutando del espectáculo.

A nuestro alrededor se escuchan varios halagos hacia Owen y más de una se ha olvidado de que estaba esperando para pedir absorta en el dueño del *pub*.

Me llega un mensaje al móvil que tengo con vibración en el bolso. Lo saco y veo que es de Lisa al grupo que compartimos con Britt, Abby y Maddy. Lo abro y veo que es un vídeo de Owen.

—¿Le has grabado un vídeo? —le pregunto incrédula.

—Es increíble, y así ellas lo veían —me responde sonriente.

La primera en responder es Maddy.

Abby sigue dando el pecho a Olivia y por eso no puede probar el alcohol, estoy deseando ver a la pequeña.

—Tomad. —Owen pone ante nosotras la bebida.

Antes de mirar qué es intuyo qué será, y así es, piña colada. Miro la copa rodeada por sus morenas manos y recuerdo cómo me decía que aunque los que me ponían eran buenos, nada comparados con los suyos. No era bravuconada, era seguridad, como el que sabe que hace algo bien y solo lo admite.

Alzo la cabeza y mis ojos se entrelazan con los suyos y me pregunto por un instante si está recordando ese tiempo donde, alejados de todos, jugamos a ser buenos amigos.

—Qué buen pinta, muchas gracias.

—De nada, y ahora me marcho, antes de que no pueda irme de aquí. —Nos guiña un ojo y sale de la barra.

Nada más hacerlo varias mujeres salen a su encuentro y, por lo que parece al señalar nuestras copas, quieren que les prepare algo. Owen solo sonrío y niega con la cabeza señalando a sus competentes camareros.

Lo veo perderse entre la multitud e ir hacia donde se encuentra su despacho, desde donde lo ve todo gracias a la cristalera que tiene, pero que a nuestros ojos es solo un espejo de color negro que no deja captar nada de su interior.

—¡Dios! ¡Está delicioso! —Miro a Lisa y cojo mi copa. La choca con la mía—. Por las solteronas.

Sonrío como si no me importara serlo. Como si en el fondo no me doliera ver que tengo veintiocho años y mi idea de formar una familia se esfuma.

Que sí, que soy muy joven y así me siento, pero ver que tus amigas se casan y tienen hijos hace que sientas una opresión en el pecho por lo que añoras y nunca has tenido.

Ya llegará, pienso siempre, el problema es que siempre que alguien llega a mi vida le encuentro mil razones para que no se quede de manera permanente en ella.

Solo una persona hace años hizo que me planteara tener una familia cuando fuimos novios, que me hizo feliz, Fabian. Y solo otro me hizo poco más tarde fastidiarme para el resto de mis relaciones sexuales, Owen.

Tal vez soy demasiado exigente.

Pero la idea de bajar el listón me parece una tontería. Yo no busco a alguien especial, o que tenga unos requisitos. Solo pido que me guste, y que, cuando esté a su lado, todo sea perfecto. Conformarme con menos sería para estar con alguien a quien solo pueda llamar amigo y por quien no sienta nada.

Si exigir que una persona me trasmita algo es pedir demasiado..., pues así seguirá siendo.

Doy un trago a mi copa y no puedo evitar relamerme los labios para que no se escape nada de este manjar. Está delicioso, Owen tenía razón, es muy bueno.

Me lo tomo y aunque el tomado antaño no le llega a este ni a la suela de los zapatos, los matices hacen que recuerde esas noches a la luz de la luna y ese beso que nos dimos con sabor a piña colada. Tal vez ese sea el motivo por el que desde entonces no he vuelto a probar esta bebida. Le doy otro trago hasta que Lisa me insta a que me la beba de golpe mientras tira de mí hacia la pista de baile.

Bailamos juntas, a Lisa le gusta provocar, pero cuando se acercan les dice alguna burrada para que se alejen. Nunca imaginé de verdad que ella, que era fiel en besar cientos de sapos hasta encontrar su príncipe, de repente cambiara tanto.

Aunque yo en su lugar no sé cómo hubiera reaccionado. Debe de ser horrible que tu imagen esté ligada a una web porno y que, aunque hayan tratado de borrarla, siempre aparezca. Ahora parece que está todo calmado, pero es complicado eliminar del todo las imágenes que circulan por la red.

Nos pedimos otra copa, esta vez le dejamos al camarero que nos sorprenda y nos pone algo que está bueno, pero he de admitir que le falta el toque que le dio Owen.

Sobre la una y media decidimos irnos y vamos a buscar nuestras cosas.

—Señoritas —nos dice el *segurata* al salir—, ese taxi os espera. —Nos señala un taxi en doble fila y tras guiñarnos un ojo sigue a su trabajo.

—Qué atento, Owen..., hoy, porque otras veces ni caso nos ha hecho.

—Seguro que no es así, siempre has dicho que es muy atento.

—Es cierto. —Me mira una vez dentro—. ¿Algo que contarme?

—Ay, qué tonta, se me ha olvidado decirte que nos lo hemos montado nada más vernos en la barra del *pub*. —Me río y le saco la lengua.

—Has venido muy pronto a la tienda, y ese hombre es de esos a los que les gusta tomarse su tiempo para amar a una mujer. No cuela.

Sí, es así, y me sorprende que ella haya sabido verlo. Hasta conocerlo creía que hacer el amor era un intercambio rápido de placer donde la ropa molestaba y pronto se encontraba el alivio. Él me enseñó lo maravilloso y torturador que es tener paciencia y tomarse su tiempo.

—Tal vez haya sido atento porque ahora somos socios y no quiere que nos pase nada antes de acabar con la decoración.

—Eso me cuadra más. —Llegamos a casa y Lisa saca la cartera para pagar.

—Está pagado —dice el taxista.

—Genial —dice Lisa bajando del taxi tan contenta.

La sigo a casa y ya en mi cama, tras cambiarme de ropa, cojo el móvil para escribir a Owen:

Capítulo 4

Lilliam

Conduzco hacia la casa de Maddie. Hoy ha sido un día duro de trabajo, y casi mejor, así no he tenido tiempo para pensar en mí como cada vez que cerraba los ojos recordaba mi semana vivida con Owen y cómo acabó la semana.

Me he levantado sudorosa y agitada y eso que ya empieza a hacer frío, que aunque estemos en otoño las noches son frescas aquí.

Tenía ya bajo control esa parte de mi pasado, el problema es que ha sido verlo, tenerlo cerca... y recordarlo todo con más fuerza.

No puedo dejar que mis recuerdos dominen mi vida. Es pasado y el pasado pasado es.

Ahora solo trabajamos en un proyecto y punto. Y más sabiendo su secreto...

Aparco y salgo hacia la casa de Leo y Maddie. Antes de tocar el timbre, la puerta se abre y tras ella aparece Leo.

—Te vi por la ventana —dice tras darme dos besos—. Están en el jardín.

Me guiña un ojo y va hacia su despacho, donde supongo que anda estudiando el guion de su última película. Va con ropa cómoda y aun así, como siempre, me parece un chico realmente atractivo. Aunque si he de ser sincera nunca me he visto atraída por él. Es una suerte teniendo en cuenta que es el marido de una de mis mejores amigas.

Salgo al jardín, la primera en verme es Maddie, que deja su taza de café en la mesa sin cuidado derramando la mitad y corre hacia mí. Me abraza emocionada.

—Tampoco he estado tanto tiempo fuera —le digo feliz de recibir su cariño.

—Sí lo has estado. Has adelgazado, ven, no podemos dejar que estas curvas pasen hambre.

Me río. Britt y Abby me dan dos besos y mis ojos se van hacia sus pequeños. Dylan corre por el jardín, al verme se acerca y se cuelga de mi pierna. Lo alzo para darle un par de besos y él me da algunos a su modo. Está muy grande. Ya no tiene cara de bebé. Me pide bajar y lo dejo en el suelo para ir adonde la niña de Abby, que se está restregando los ojos en su cochecito. Acaba de despertarse. Me mira y me sonrío. Es preciosa con esos ojos grises como los de su padre y ese pelito rubio como el de su mamá. Me acerco y le doy besos en esos mofletes que son tan achuchables.

La hija de Britt está dormida en su cochecito, le acaricio la mejilla y me siento a la mesa con mis amigas.

—Que preciosidad de hijos tenéis todos.

—Ahora falta que se anime la pelirroja —dice Abby mirando a Maddie.

—De momento no, tenemos mucho trabajo, pero no me importa practicar para cuando nos pongamos en serio. —Britt pone cara de horror, pues habla de su hermano, Abby se ríe junto con Lisa.

—Hay algunas cosas que prefiero no saber.

—Ya claro, que tú a tus hijos los has tenido por obra del Espíritu Santo —le responde descarada Maddie a su cuñada.

Esta le saca la lengua.

Me preparo un café con leche y cojo algunas pastas.

—¿Y qué tal el curso? —me pregunta Abby.

—Bien, he regresado con muchas ideas.

—Yo también tengo muchas —dice Lisa, que hoy lleva mechones rosas de esas que se quitan con el lavado por el pelo.

—Me alegro, socia. —Lisa sonrío feliz. Sus labios rosas contrastan con sus mechones.

Cada día luce un estilo diferente y todos le quedan de infarto. Le gusta ponerse cientos de modelos para demostrar que sabe lo que hace, porque lleve lo que lleve siempre tiene ese toque que la hace única. Y en estos meses ha perfeccionado su práctica. Tal vez porque ahora está centrada en ella misma y no en encontrar el amor en cientos de sapos que solo la usan.

—Y ahora estáis con la nueva reforma del *pub* de Owen. —Asiento a Maddie—. Yo lo veo precioso así, no sé por qué ese empeño en reformarlo una y otra vez.

Mi mente va a nuestra semana juntos y me pierdo en su mirada dorada triste.

—Solo quiero demostrarle que soy mejor que él. —Me miró, hablaba de su padre—. Demostrarle que siempre me ha infravalorado y que puedo llegar adonde quiera.

—Puedes hacerlo sin necesidad de ser como él.

—No soy como él, soy mejor.

Lo miré y vi una determinación y un odio en su mirada que me hizo preguntarle qué había pasado para sentir eso, no me contestó y no lo hizo en toda la semana. Sea lo que sea, hace que lo que a Owen le mueve para triunfar sea el odio hacia su progenitor.

—Pues que el chico ha descubierto que tenemos mejor gusto que él —dice Lisa—. Y ahora seguro que lo cambia para mucho más tiempo.

Me mira y asiento, pero en fondo sé que no será así hasta que no deje de luchar contra su padre. Hasta que no haga lo que le gusta sin necesidad de esa rivalidad. Aunque yo no soy nadie para entender esto, ya que desde que era pequeña no sé nada de mis padres... ni quiero.

Saber dónde están y por qué ya me marca suficiente como para querer descubrir más de ellos. Soy más feliz en la ignorancia.



Se nos hace de noche hablando y comentando cientos de cosas. Ahora mismo tengo a Ayla en mis brazos. Se ha acomodado sobre mi pecho y juega con mi pelo. Es una muñequita con el pelo corto y castaño y los ojos verdes. Olivia, la nena de Abby, empieza a llorar y esta se levanta.

—Me voy a casa, tengo que bañarla y darle su bibe antes de dormir y, si me deja, veré el partido. —Recoge sus cosas, Britt también se despide.

Al final nos quedamos Maddie, Lisa y yo viendo el fútbol en el salón junto con Leo que, tras pedir unas *pizzas*, se ha unido a nosotras.

Donnovan mete un gol en el descuento de la segunda parte y Maddie salta por el sofá gritando eufórica y cae sobre Leo, que la recibe entre risas.

—Estás loca, Mads.

—Eso ya lo sabías cuando te casaste conmigo. Dime algo que no sepa. —Leo se ríe y la besa con ternura.

Maddie no se levanta de su marido. Lisa me mira y señala la puerta. Ha llegado el momento de irnos. Nos despedimos de la pareja y vamos hacia mi coche. Lisa vino en taxi sabiendo que yo traería el

coche luego.

Al llegar a casa Lisa está más seria de lo normal. En el fondo sé qué le pasa. La he visto mirar con anhelo a Maddie y a Leo. Quiere hacernos creer que está bien soltera, que no necesita a nadie, el problema es que no es así. Y yo la comprendo.

A mí también me gustaría saber qué se siente siendo todo para alguien.

Nos vamos a la cama sin hablar mucho, cada una perdida en sus pensamientos. O en lo que anhelamos. Lisa ha tenido una familia, pero nunca se ha sentido parte de ella. No sé mucho más. Solo sé que son conservadores y que tras las fotos la dieron de lado cuando fue al pueblo y la gente de allí la insultaba por parecer una cualquiera.

A veces tener una familia no te hace saber lo que se siente con una.

Owen

—Ya está aquí —me avisa por el pinganillo uno de los encargados de mi seguridad.

No respondo, no hace falta. Tecleo unos códigos en mi ordenador y observo a Lilliam venir hacia mi despacho acompañada por Romeo, el jefe de mi seguridad. Lilliam le sonrío y le dice que puede seguir ella sola, sé que no la dejaré, porque seguirá mis órdenes.

Me levanto de la mesa tras apagar la pantalla del ordenador y voy hacia la mesa donde está preparado el almuerzo al tiempo que Romeo marca el código de la puerta y esta se abre.

—Muchas gracias por traerme por si me hubieran secuestrado o yo hubiera caído en la tentación de robar algo, has sido muy amable. —Sonrío de espaldas a Lilliam por sus palabras.

—Es una costumbre. Gracias —le digo a Romeo antes de que se marche y cierre la puerta para dejarnos solos. Lilliam me mira a mí y luego la mesa llena de dulces varios.

—¿Pretendes comprarme?

Se quita la chaqueta que lleva y la deja en el sofá junto con las carpetas que ha traído.

—No, hoy es lunes, anoche no abrí.

—Y has podido dormir.

—Algo más, sí.

—No sé cómo soportas estar tantas horas sin dormir.

—Es lo que tiene tener un negocio.

—Soy jefa, por si no lo recuerdas, y aunque hay noches que no puedo dormir, puedo asegurarte que duermo más que tú.

—Seré una especie rara de hombre que necesita pocas horas de sueño para estar perfecto. ¿Café con leche? —le digo cogiendo la jarra del café.

—Sí, cargado.

Me siento y se lo preparo. Lilliam se sienta y me mira mientras lo hago. Sus ojos azules captan todos mis movimientos y me inquieto. Sé que ella con lo que sabe puede ver cosas en mí que siempre oculto al resto.

—¿Te gusta lo que ves?

—No estás mal, pero no te miro por tu atractivo. Que no es que admita que lo tienes. —Sonrío y le tiendo una taza con su café—. Gracias.

—¿Por qué me miras? Sacia mi curiosidad.

—Porque me mientes, no has dormido mucho. Pero tú mismo, te acabará pasando factura. Ya no eres

un adolescente. —Da un trago a su café y sonrío.

Yo le sonrío como si no me inquietara que se haya percatado y me siento a su lado.

—Te aseguro que he dormido suficiente, y ahora desayunemos.

—Y por tu tono mordaz me estás diciendo: a poder ser en silencio. —Nos miramos. Me invita a que la contradiga.

—Soy amante del silencio.

Lilliam me mira con intensidad y noto cómo sus ojos azules me estudian. Me inquieto, pero apartar la mirada es darle motivos para que piense que oculto algo.

—Si te preocupa que saque temas de los que hablamos, intentaré no hacerlo.

—No me preocupa, si no quiero hablar de algo no lo haré. —Sobre todo del secreto que llevo guardando tantos años a mis amigos, y temo que ella lo diga antes de yo tener oportunidad de contarlo.

Hace años me abrí ante una atractiva extraña a la que esperaba no ver en mi vida. Le conté cosas que no he dicho a nadie. Y todo porque ella, como ahora, era directa y sabía ver qué me pasaba. Por una vez no me importó que alguien de mi entorno viera la verdad. O parte de ella. Llevo tanto tiempo ocultando quién soy que fue un golpe de aire fresco. El problema es que ahora desearía que eso no hubiera sucedido.

—Yo también te conté muchas cosas de mí.

—La gran mayoría, por lo que sé, lo saben tus amigas.

—Sí, casi todo. Menos cómo conseguí el dinero para abrir mi tienda. Aun así, ninguno de ellos dos contó al otro lo que de verdad escondemos al mundo.

Da en el clavo y lo hace de manera despreocupada, como si fuera lo más normal del mundo que pudiera leer en mí. Lilliam es muy empática con lo que le rodea y sé que en parte es por lo sufrido de niña. Solo sé que acabó en un centro de acogida muy pequeña y que ninguna familia se interesó por ella.

Tal vez fuera lo mejor, tener una familia no te garantiza la felicidad, y yo lo sé mejor que nadie.

Desayunamos en silencio, aunque soy muy consciente de la mujer que tengo a mi lado o de cómo su perfume con este toque a canela me trae recuerdos de la noche que me pasé descubriendo cada rincón de su cuerpo.

Mi idea solo era besarla, probar esos labios rojos que me tenían obsesionado desde que los vi, quería saber si eran tan dulces como parecían. El problema es que eran mucho mejor de lo imaginado y no puede detener el torrente y la pasión que me azotó, y total ya no íbamos a volver a vernos. Amarla durante toda la noche no me pareció un mal plan.

Me cuesta mirarla y no recordar cómo su cuerpo se amoldó al mío, cómo la pasión nos cegó sin censuras, sin miedos. Éramos libres para dar rienda suelta a nuestra pasión.

Aparto la mirada y me centro en mi desayuno hasta que lo doy por finalizado y me levanto buscando espacio para sentarme tras mi despacho.

—Todo muy bueno. Ahora es mejor que trabajemos.

Se sienta frente a mí y abre sus carpetas. Las gira y me muestra sus dibujos. Me queda alucinado por cómo ha captado cada rincón de mi *pub* y los ha decorado. Me gusta lo que veo. Los cojo y los examino. Me giro y miro el *pub* como está ahora. La verdad es que es todo nuevo. No necesita reparación, pero necesito algo más. Algo que me haga ser mejor.

—He estado examinando los *pubs* de tu padre y no tienen este estilo, es más bien recargado. Le

gusta la exageración.

—No lo sabes tú bien.

—Ahora ha tenido más éxito por los estriptis que hace a media noche y por los bailes sensuales...

¿Vas a hacer lo mismo también?

La miro y sé por qué noto esa inquietud entre sus palabras. Igual que ella sabe que esto lo hago para ser mejor que mi padre, yo sé de dónde sacó el dinero para poder empezar su negocio.

De bailar como estríper en un antro.

Según me dijo, nunca se fue con un cliente, ni dejó que nadie la tocara. Pero tras cada baile se encerraba en donde se cambiaba de ropa a llorar por ello.

Me contó que tras salir del orfanato trabajó donde pudo, pero no le llegaba para sus gastos. Mucho menos para costearse unos estudios. Una de sus compañeras le dijo lo que le pagaban por un estriptis y se dio cuenta de que si quería lograr sus sueños tenía que correr ese riesgo. A ella le encantaba bailar.

Me dijo con los ojos tristes que ahora con la edad que tenía, por aquel entonces veintitrés, no lo hubiera hecho, pero con dieciocho años y desesperada por no tener nada no lo vio tan malo. Nunca imaginó que con cada baile matara algo dentro de ella. Solo el aferrarse a su sueño de abrir su tienda la mantenía cuerda. Incluso me dijo que estuvo saliendo con un buen chico al que perdió por todo aquello, porque odiaba verla infeliz, y ella no podía dejarlo hasta conseguir sus metas, ya que si se iba antes de ello todo el sufrimiento no habría servido para nada.

Cuando yo la conocí tenía el dinero, podía abrir la tienda, pero tenía un miedo horrible de fracasar. Hacía ya meses que no trabajaba como estríper, que había dejado ese mundo.

Ella sabía que había compañeras que disfrutaban, y las respetaba, pero te tenía que gustar y ella lo odiaba.

Mis ojos se entrelazan con los de ella y sé que sabe que estoy recordando lo que me dijo.

—No lo tengo pensado.

—No lo descartas.

—No.

—Un desnudo siempre vende mucho. Mira ahora las series cómo las promocionan. En casi todas hay sexo en exceso porque saben que eso atraerá a la gente, luego en las siguientes temporadas ya se centran más en la serie y van eliminando el sexo. Es un reclamo.

Noto cómo su mirada se endurece, cómo crea un muro al hablar de este tema haciéndome creer que lo tiene superado. Que ha olvidado la de veces que lloró porque no le gustaba su trabajo. Que no desearía borrar esa parte de su pasado para siempre.

—Lo pensaré. —Asiente distraída—. Pero de contratar a alguien, será alguien que disfruta con su trabajo.

—No como yo —dice sin irse por las ramas.

—Si esa gente hubiera sabido mirar, hubiera visto tu dolor.

—Esa gente solo quería verme desnuda. Le daban igual mis ojos llenos de lágrimas o que solo fuera una niña encima de un escenario que se me quedaba grande.

—¿Lo has superado?

—¿Has superado tú que tus padres te repudiasen desde niño?

Nos miramos tensos, a ninguno nos gusta este tema.

—Será mejor que nos centremos en el trabajo —digo, incómodo con este tema.

—Será lo mejor, sí.

Me comenta sus ideas y le digo las mías. Al final paso su silla al lado de la mía para mirar la carpeta que he abierto en mi ordenador con ideas. Las evalúa y toma notas sin decir nada. La observo inquieto y espero que hable.

—¿Qué te parece?

—Que no tiene nada que ver con lo que te propongo, pero que es una copia del de tu padre, bueno más extenso. —Me tenso y me molesta su comentario—. Si es lo que quieres, me pondré a trabajar sobre esa idea.

Miro las ideas mías y la de Lilliam y pienso en mis deseos, en mi meta, en mi fin.

—Tengo que pensarlo.

—Bien, pues mientras haré algo sobre tus ideas y cuando tengas algo claro o quieras que vayamos a mirar decoraciones, pinturas y mobiliario, me llamas. O me mandas un mensaje.

Nota mi frialdad y recoge como si solo fuéramos dos profesionales trabajando y no hubiera habido nada entre los dos. Maldigo y cojo su mano cuando cierra la carpeta.

—Lo siento.

—No lo sientes, no te gusta que sepa tanto de ti. Y te entiendo. A mí tampoco que tú conozcas mi secreto sobre cómo me tuve que ganar la vida, pero confío en ti y espero que tú confíes en mí. Sé que la confianza se gana, por eso te doy tiempo. No te pido más, Owen, que lo que me das, hoy solo somos dos profesionales trabajando, mañana ya se verá. —Sonríe y su sonrisa me calma porque sé que es cierto que Lilliam no espera nada de mí.

Y sé que, a la vez que me aterra lo que ella ve en mí, una parte de mí siente alivio por no tener que medir todo lo que hago a su lado.

Asiento y se marcha, y sé que no pasará mucho tiempo hasta que la llame para ver sus ideas; el problema es que no sé si la escucharé. Tengo claro que quiero destruir a mi padre, y esa idea no la pienso cambiar.

Capítulo 5

Lilliam

—Está lleno —dice Lisa tras dejar los abrigos en el guardarropa del padre de Owen.

La he convencido para venir. Nunca he estado aquí, lo que sé es por los vídeos y fotos de su web. Necesito ver con mis propios ojos cómo es todo y dar a Owen algo mejor, sabiendo que lo que quiere es superar a su progenitor.

Desde el lunes no he sabido nada de él, y estamos a jueves. Tal vez no debería meterme tanto, el problema es que no puedo dejarlo pasar.

Vamos hacia la barra y, aunque nos cuesta, nos ponen algo de beber. Miramos la sala, Lisa señala varias cosas y yo tomo nota mental de todo. De repente, las luces se apagan y la gente grita y cuando se encienden de nuevo un foco ilumina a una mujer y un hombre mirando al suelo.

La gente grita loca de emoción, empieza el espectáculo.

—Al menos mirar no hace daño —dice Lisa a mi lado.

Yo no puedo hablar, estoy clavada en el sitio recordando mi pasado. Mi manera rápida de conseguir el dinero porque estaba cansada de ser solo una fracasada. Porque quería algo más. Y no podía pasarme años trabajando.

La música empieza y la mujer baila sugerente con el hombre.

Sus miradas se entrelazan y se van quitando la ropa el uno al otro como si fueran a acostarse delante de todos. Me veo a mí bailando con torpeza tratando de evitar las manos de los hombres que no respetaban que yo no quería ser tocada. Rezando para no llorar ante toda esa gente.

El baile sigue y, cuando se desnuda del todo, él la coge en brazos y se van juntos.

La gente grita y yo recuerdo cómo recogía el dinero tirado al suelo y salía corriendo con mis cosas y me encerraba a llorar. Solo el pensar en mi tienda, en mis sueños, me daba fuerzas para seguir.

Ahora me pregunto por qué. Si mereció la pena hacer algo que no quería para cimentar mi sueño. La desesperación me hizo hacer algo que no quería. Y ahora cuando miro atrás no puedo borrar mi pasado.

La luz se enciende y la música empieza de nuevo. La gente, acalorada por el espectáculo, va a buscar algo de bebida y muchos bailan en la pista de baile como seguro lo harán en el dormitorio. La temperatura ha subido.

—Ha estado bien... ¿Es este? —Lisa señala un punto y, como no entiendo a qué se refiere, me aclara antes de que mire hacia allí—, el padre de Owen, digo, yo creo que sí, son iguales.

Miro hacia donde me señala sin importarle que señalar sea una falta de respeto y veo a un hombre de no más de cincuenta años con la estríper bien agarrada. Su mano está en su culo mientras saluda a la gente. Esta sonrío y me pregunto si de verdad le gusta estar ahí como un trofeo.

Una camarera pasa por su lado y la coge, esta se ríe cuando le da un beso en la mejilla. Es un *play boy*, y un manos largas. No hay más que verlo. Va vestido como si fuera mucho más joven de lo que es. Se parece a Owen, pero al mirarlo veo las diferencias entre los dos.

Siento enseguida rabia por este hombre, por lo que sea que le hizo a su hijo para que este lo odiara tanto hasta el punto de que ese sentimiento lo ciegue de esa forma.

Sigue andando recibiendo alabanzas de la gente. Casi se nota cómo le engorda el ego. Se acerca a

nosotras y nos mira. Se queda rígido cuando me mira y lo miro intrigada. No lo he visto en mi vida, por eso no comprendo su resquemor. Se le pasa rápido y nos sonrío como si nada, el problema es que no puedo olvidar su mirada desconcertada al observarme.

Tal vez lo haya imaginado, es imposible que me mire con ese resquemor cuando no nos conocemos de nada. Nos terminamos la copa y decidimos irnos. El ambiente no está mal, pero no nos gusta tanto como el *pub* de Owen. Aquí hay mucha gente que disfruta aparentando. Y mucho viejo verde.

Se nos han acercado varios hombres que pensaban que por ellos verse irresistibles en el espejo íbamos a caer rendidas ante sus atenciones. Ha sido digna de ver su cara de incredulidad cuando los ignorábamos. Solo por eso ha merecido la pena la salida.

Cuando llegamos a casa tengo que plasmar mis ideas en un papel. Se me hace tarde dibujando. Al final lo dejo para más tarde cuando me empiezo a quedar dormida. Y luego acuso a Owen de dormir poco, pienso cuando veo que son más de las cuatro de la mañana.



—Está muy liado, pero voy a ver si puede verte.

Asiento a Romeo. Se aleja un poco y veo cómo habla por el pinganillo que lleva colgado de la oreja tras dar a un botón. Al tiempo, le dice a unos que acaban de llegar con refrescos por dónde tienen que pasar a dejarlos y manda a uno de sus hombres que los acompañe.

No es la primera vez que me fijo que Owen controla todo en exceso, como si temiera que todo saliera mal o alguien se la jugara.

Romeo se aleja y pienso que me va a dejar aquí plantada en la calle hasta que veo a Owen salir por la puerta trasera colocándose sus gafas de sol. Como siempre, luce espectacular. No puedo evitar devorarlo con la mirada. Yo también llevo gafas de sol, son las tres de la tarde y me he escapado tras comer para hablar con él unas cosas antes de tener que irme a la tienda a trabajar.

Owen habla algo con Romeo y tras asentir este último por sus indicaciones se acerca a mí con una sonrisa en sus carnosos labios.

—¿Y esta inesperada visita? —me dice ya cerca.

—Ya que tú me evitas, he tenido que venir a buscarte.

—No te evito, he estado liado. —Pone su mano en mi cintura. Me cuesta evitar el respingo que me produce su contacto—. Acompáñame a tomar un café.

Me guía fuera de su *pub*.

—Romeo me dijo que tenías mucho trabajo.

—Y lo tengo, pero o salgo de mi despacho o me va a estallar la cabeza.

—Apuesto a que hoy no has dormido mucho.

—Lo necesario.

No sigo con el tema porque yo no es que haya dormido mucho más. Llegamos a una cafetería sencilla que huele de maravilla y, pese a haber comido se me hace la boca agua y me acabo pidiendo un trozo de tarta de chocolate junto a mi capuchino. Owen se pide solo un café solo.

—Eres un soso, con todos estos dulces a tu alcance y solo te conformas con un café solo que me apuesto lo que quieras a que en tu despacho te lo podrías haber hecho.

—A veces no está de más conformarse.

—A veces, pero no siempre. —Le miro sonriente. Se ha quitado las gafas y sus ojos dorados no

pierden detalle de los míos. Le doy un pequeño empujón—. Vamos, por los viejos tiempos, allí te pedías un capuchino.

—Eres una mala influencia, me haces cometer locuras —dice con una sonrisa.

Me río. Le pide a la chica que le cambie el café por un capuchino y se pide además un trozo de tarta de queso con arándanos.

—Así me gusta, que hagas locuras.

—Claro, si no la vida sería un aburrimiento, ¿no?

—¿Tienes vida aparte de vivir para trabajar? —le pregunto sin anestesia.

—Se me olvidaba lo curiosa que eres.

—No con todos, con la mayoría de gente refreno mi curiosidad.

—Qué suerte la mía entonces.

—La verdad es que sí.

Owen hoy parece más relajado que el otro día conmigo y por eso mi lengua no puede refrenarse. Nos ponen lo pedido y Owen paga anticipándose a mí. Cojo mi tarta y me siento en una mesa al fondo.

—Te debo un café.

—Por mí bien. —Se sienta frente a mí y se prepara su café; yo hago lo mismo—. Y dime, ¿que querías hablar conmigo hoy?

—Puedo haberme pasado solo a verte.

—Lo dudo.

—¿Qué has pensado de la decoración? ¿Sigues queriendo algo al estilo de tu padre, pero mejor? —le digo a las claras.

Owen sopesa mi pregunta mientras da un trago a su café y prueba la tarta. La espera me mata.

—¿Owen?

—Quiero lo mejor. —No hace falta que diga más. Sé que sigue con su idea de superarlo.

—Anoche estuvimos en el *pub* de tu padre. —Owen se tensa y me mira con frialdad en la mirada—. Tenía que ver contra quien competíamos. Tu padre es un *play boy* de mucho cuidado.

—No lo sabes tú bien.

—Parece joven, no aparenta más de cincuenta. —Sonríe de una forma que me da escalofríos.

—Mi padre es amante del bisturí. Tiene sesenta y cinco años.

—No los aparenta.

—De noche no, de día se ven todas sus carencias.

—No me apetece verlo de día. Con verlo una vez he tenido suficiente.

—Mejor, es mejor estar lejos de ese hombre.

Por los ojos de Owen pasa un odio visceral y mi curiosidad por saber qué le hizo su padre aumenta.

—He estado tomando notas y he creado dibujos. —Busco mi móvil en el bolso y le enseño las fotos que le hice a mis notas.

Owen coge mi móvil y observa las fotos. Su mirada cambia tras pasar varias, y me inclino en la mesa para ver qué mira. Está viendo las fotos de los hijos de nuestros amigos. Las que les hice la otra tarde.

Su mirada se ha suavizado y su sonrisa es sincera. Se nota que adora a esos pequeños tanto como yo. Owen es hijo único, no tiene hermanos, como yo, no tiene a nadie que haya compartido sus cargas y me

pregunto si, como me pasa a mí, siempre ha añorado un compañero de batallas.

—Te gustan tus pies. —Le quito el móvil y veo que está observando una foto que me hice en la playa. Salen mis pies y de fondo el agua. Y no es la única que hay así.

—No te he dejado que mires todas mis fotos. Puedo tener algunas íntimas.

—Sí me has dejado —me rebate.

—Y no tengo explicaciones a por qué me hago fotos a los pies —le digo, bloqueado el móvil y dejándolo sobre la mesa.

—Son originales. Ábrete un Instagram: «mis pies por el mundo».

Lo miro con una sonrisa.

—Hoy estás calmado. ¿Buenas noticias?

—No, que va, anoche no llenamos y seguramente hoy tampoco. Se prevé un fin de semana de mierda. Pero ya sabes eso que dicen, mejor reír que llorar.

—Me niego a creer que estás tan tranquilo. Tengo un negocio y hay meses que no duermo por culpa de las facturas o del miedo a no vender todo lo pedido. —Lo miro con intensidad, y Owen se tensa. Aparta la mirada.

—Se te va a enfriar el café —dice, centrando su mirada en mi postre.

No está tranquilo. Está tenso, y lo disfraza con sonrisas y con ese aire de despreocupación. Abro la boca para decírselo, pero la cierro y me centro en mi dulce. Es como que si se siente acorralado se cerrará más ante mí.

Cuando lo conocí no tenía que esconderse, yo no sabía quién era, podía ser quien quisiera. Ahora no. Y empiezo a encontrar las diferencias. Y sé que no solo el paso de los años ha hecho esto. Owen siempre ha sido así, lo intuyo.

Terminamos el café y la tarta sin hablar, Owen saca su móvil y lo veo mirar varias cosas y responder algo.

—Me tengo que ir —me dice tras leer algo en su teléfono.

—Bien, supongo que ya hablaremos de la reforma.

—Sí, más adelante. —Se levanta y hago lo mismo.

Me pongo mi chaqueta y salimos a la calle. Hace amago de cruzar hacia su *pub*, yo no me muevo.

—Mi coche está por allí. —Le señalo el lado contrario de su *pub*—. Será mejor que me vaya y, visto lo visto, le diré a Lisa que siga con este proyecto. A veces no sé si te apetece estar conmigo o si lo odias, y no me gusta incomodar a mis clientes.

Asiente y se aleja.

Me quedo de piedra mientras lo miro ir hacia su *pub*. Al llegar, Romeo sale a su encuentro y se pierden dentro. Me quedo flipando, literalmente. En el fondo esperaba que dijera que no.

Me enfado y voy hacia mi coche, molesta.

Quiere a Lisa, pues muy bien. Ni somos amigos, ni lo hemos sido nunca. Es mejor que cada uno siga su vida y a poder ser evitándonos como hasta ahora.

Capítulo 6

Owen

Lisa entra a mi despacho para hablar de negocios. Llevo todo el fin de semana tentado de decirle a Lilliam que la quiero a ella para este proyecto, pero en el fondo temo lo que pueda ver en mí.

Cuando me mira siento que en verdad no ve al Owen que he creado, que ella puede verme de verdad, y me aterra. No quiero cambiar lo que soy. Me ha costado mucho serlo.

Es por eso que he borrado cientos de mensajes y he dejado que hoy lunes venga Lisa para hablar de lo que quiero. Aunque ahí reside el problema, no tengo claro qué quiero.

—Lilliam me ha pasado todos sus apuntes. Nos va a quedar genial —me dice tras saludarme.

Lisa me mira con una sonrisa, hoy va con un moño a un lado y varias hebras se le salen del pelo. Tiene un toque único y los labios rojos que se ha puesto sonrían con calidez. Sus ojos pícaros me miran sonrientes. Con Lisa siempre me he sentido cómodo, ella no se mete en lo que el resto hace, y va a la suya, aunque siempre he intuido que se siente tan sola como yo y que se ha conformado.

—Seguro.

—Lilliam dice que no tienes claro lo que quieres, he apuntado mis ideas a ver qué te parecen.

Asiento. Lisa empieza hablar y aunque finjo que le hago caso en el fondo no me estoy enterando de nada. En el fondo sé que no he hecho bien, que he huido de Lilliam porque me siento intimidado y que, aunque me cueste reconocerlo, me apetece trabajar con ella.

Una parte de mí echa de menos esa semana donde dejé de preocuparme de todo y solo fui yo mismo con una extraña.

—¿Owen?

—Lo siento, es solo que creo que es mejor que siga haciendo esto con Lilliam, habíamos avanzado mucho. —La verdad es que no entendía el cambio. Era raro. —Lisa me mira con fijeza y se levanta—. Ya te pones en contacto con ella. Me muero por saber qué ha pasado, pero por una vez voy a ser solo profesional, y el cliente siempre tiene la razón.

La acompaño a la puerta y me da dos besos.

—No vemos, Lisa.

—Claro, por las molestias pienso venir este fin de semana y tener barra libre, más te vale avisar a tus camareras.

—Eso está hecho.

Regreso a mi trabajo y no tarda mucho en sonar mi móvil con una llamada de Lilliam.

—Podría no aceptar volver —me dice nada más descolgarle el teléfono.

—Podrías, o podrías aceptar una cena de paz en mi casa.

—Tienes que cocinar muy bien para que acepte y merezca la pena ir.

—No sé si tendré tiempo para cocinar, pero conozco un restaurante que lleva comida a domicilio que sí.

—Lo pensaré. Dime hora y tu dirección y si me apetece me paso. No vas a ser el único que lo deja todo el aire. Adiós, ogro.

—Adiós, Lili.

Bufo antes de colgarme. Hago lo mismo y me sorprende ver mi reflejo en la pantalla negra del ordenador sonriendo. Sé que lo mejor sería ir en dirección contraria, el problema es que algo me impulsa a seguir por este camino.



Termino de preparar la mesa y de poner lo que me han traído sobre ella. Son las nueve pasadas, le dije a Lilliam de cenar a las nueve. En el fondo esperaba que llegara tarde y si soy realista temo que no venga.

Son las nueve y cuarto cuando me avisan de que Lilliam está de camino. Voy hacia la puerta al tiempo que sale por el ascensor privado. Saludo a Romeo y observo a una alucinada Lilliam.

—¿Vives encima del *pub*?

—Eso parece. Así nunca llego tarde al trabajo —le digo abriendo del todo la puerta de mi casa. Lilliam entra y lo observa todo. Sé por su mirada de asombro que esperaba más lujo, más grandiosidad. No una vivienda diáfana que solo tiene una puerta para el servicio y que no es tan grande como podría esperarse del dueño de un *pub* de éxito.

—Es muy bonito.

—No necesito más.

—Cuanta más casa tienes, más vacía la sientes —dice, porque ella entiende la soledad.

—La cena se enfría.

—Claro, no dejemos que se enfríe, me has dicho que era deliciosa.

Acepta que no quiera ahondar en lo que ha dicho y me relajo.

Lilliam se quita la chaqueta vaquera que lleva customizada y se queda con una camisa blanca y unos ajustados vaqueros de cintura alta que realzan su trasero. Ese que, si he de ser sincero, más de una vez he recordado. Sobre todo cuando recordaba lo que fue hacerle el amor al amanecer teniéndola de espaldas y mis manos estaban por todo su cuerpo y sus glúteos me acariciaban mientras entraba y salía de ella... Joder, es mejor que no vaya por ahí, pienso cuando el calor se concentra en cierta parte de mi anatomía que no es para nada discreta.

Lilliam se sienta a la mesa más atenta de la comida que de lo que yo hago, y lo agradezco. Me siento a su lado y le sirvo la cena.

—Que aproveche —le digo cuando nos he servido a ambos.

—Lo mismo digo. —Lilliam prueba la comida y gime de placer. Aprieto la mandíbula. ¿En qué momento pensé que sería buena idea invitarla a cenar ama casa?—. Está delicioso. Ha merecido la pena.

Me sonrío con sinceridad y me pierdo simplemente en su sonrisa.

—Te lo dije. —Le guiño un ojo y empiezo a cenar. Doy un trago al vino que he elegido y casi lo tiro tras su pregunta.

—¿Es este tu picadero?

—Es mi casa...

—Ya, pero la tienes cerca del *pub*. No hay que ser muy listo para saber que tras el trabajo te pierdes aquí... entre placeres.

—No he subido nunca a una mujer aquí para acostarme con ella. De hecho la única que ha entrado aquí es Maddie y no me atrae nada de nada.

—Ya lo sé, ella dice que eres como un hermano para ella.

—Sí, esa chica es especial. —Sonrío al pensar en ella.

—Se nota que la quieres.

—No se lo digas, se lo tiene muy creído. —Lilliam asiente con una sonrisa.

—¿Entonces en el despacho?

—Alguna vez —admito.

Asiente.

—No esperaba que vivieras aquí, eso explica que estés siempre en el *pub*, y desde mi punto de vista deberías desconectar. No vivir solo para el trabajo.

—No lo hago. Suelo hacer viajes.

—¿Viajes para aprender a ser mejor en tu trabajo? —sonrío.

—Una vez hice uno de placer y conocí a una mujer rubia de grandes ojos azules que nunca había probado una piña colada.

—Y a la que ahora has evitado.

—Es posible —admito.

—Bueno, te gustará saber que lo sabía —me dice sincera. No noto malicia en sus ojos, ni resquemor, solo comprensión.

—No me gusta que veas tanto en mí —le confieso.

—Ya lo he notado. Tranquilo, tampoco veo tanto.

—¿Segura?

—Siempre puedes despedirme, y seguro que no nos encontramos en años, hemos vivido en la misma ciudad y compartido amigos y nunca nos hemos visto hasta ahora. No creo que sea tan difícil deshacerte de mí.

—Las probabilidades de que eso vuelva a pasar son casi nulas. Me apuesto lo que quieras a que de hacerlo nos encontraríamos una y otra vez. Es como cuando hablas de alguien y al día siguiente lo ves y te parece increíble.

—Eso me ha pasado muchas veces. O cuando piensas en algo y aparece en la tele. Lo de las redes sociales sé que no es casualidad, nuestras *cookies* ayudan a saber qué buscamos o qué queremos.

—Sí. Estamos investigados.

—Quien nada debe nada teme.

Me observa con intensidad, sus ojos tan sinceros y puros se reflejan en los míos, cargados de celos y de pensamientos ocultos. Es como ver las dos caras de una moneda, y sé que eso es lo que me atrajo tanto de ella y es curioso ver que con los años no ha cambiado nada.

Seguimos cenando. Al llegar al postre lo sirvo en la mesa de centro y preparo algo sin alcohol para beber. Se lo tiendo.

—Gracias —dice aceptado la copa. La prueba—. Delicioso.

Asiento aceptando el cumplido y me siento a su lado evitando el contacto adrede, pero buscando en cierto modo su cercanía.

—Y cuéntame cómo llegaste a tener una tienda en la zona de lujo de la ciudad. Lo último que me contaste era que querías una pequeña tienda para vender ropa y tal vez un día vender tus diseños.

—Sí, esa era mi idea, pero la ambición me hizo aceptar un trato. —Espero a que hable—. Para ir a mi orfanato teníamos que pasar por esa zona de la ciudad. Y habían sido muchas las veces en las que

habíamos salido de paseo solos o en grupo, y al pasar por esa zona la gente nos miraba o con lástima o como si fueran superiores a nosotros. Lo odiaba. Y como había hecho muchas veces desde que salí del orfanato, pasaba por esa calle cuando vi a una mujer mayor poniendo un cartel de que se alquilaba ese local a muy buen precio. Me acerqué a ella y pregunté por el precio. Sabiendo que no me lo podía permitir. O eso creía. El precio era ridículo para esa zona, la mujer estaba enfadada con sus hijos y con que le quitaran dinero, por eso quería alquilar el local con lo justo para pagar gastos solo para fastidiarlos.

—Y aceptaste.

—Me costó pensarlo, mi idea siempre había sido tener una tienda modesta de ropa y tal vez algún día poder incluir mis diseños de ropa. Poner allí una tienda era tener ropa a la altura de lo que se vendía. El problema es que mi ambición y mi deseo de demostrar que yo podía llegar adonde quisiera, viniera de donde viniera, me hizo aceptar. Cometí un error. Y los hijos de la dueña, desde que esta falta, no dejan de presionarme para que pague lo que me corresponde por esa zona. No paran de buscar la forma de tirarme o de que les dé lo que me piden; cada vez que aparecen por mi tienda temo que hayan encontrado la forma de lograrlo. Estaba a punto de cerrar cuando Britt apareció en mi puerta —me reconoce—. El salir en la prensa le dio movimiento y pude retomar un poco el vuelo. Ahora me debato entre mis sueños y lo que es mi tienda. En el fondo echo de menos haber abierto mi pequeña tienda donde la ropa hubiera sido preciosa y asequible para todos. Buscando la belleza de todo el que se acercara a ella. Pero en la zona en la que estoy la gente recela si un precioso vestido no está a la altura del precio competitivo que marcan otros.

—Siempre puedes abrir otra tienda más modesta en otro lugar.

—No tengo tanto dinero. Lisa ahora es mi socia y nos está costando mantenerlo todo. Hay que invertir en muchos vestidos atractivos que llamen la atención de las clientas. Muchos de ellos no se venden y es dinero perdido. Cada nueva temporada tienes que elegir productos nuevos, y antes de que te des cuenta han llegado las rebajas y muchos vestidos se venden por lo que te han costado a ti y no tienes para pagar gastos. El curso que he hecho de diseño me ha enseñado mucho para poder hacer los míos propios, pero no puedo arriesgarme a crearlos y que no se vendan, ya he hecho algunos y no se han vendido tanto como yo esperaba. Tengo la opción de crear vestidos de diseño, y algunas personas sí se han animado. Pero pocas. Lisa gana dinero extra aconsejando a mujeres cómo vestir y no solo con vestidos de mi tienda. Es lo que hay. Y hemos aceptado el trabajo del dueño de un *pub* que no tengo ni idea de lo que quiere. —Sonríe y me mira antes de dar un trago a su copa.

—Quiero ser mejor que mi padre y no quiero ser como él. Eso ya lo sabes, ahora hay que buscar el diseño perfecto —le digo distraído.

—Para ser como él deberías ser un *play boy* o un viejo verde y no eres tan viejo. —Sonríe y la miro—. Lo lograremos, pero...

Se calla.

—Di.

—No sé si te gustará lo que te digo, tal vez te vuelvas a cerrar en ti mismo y me eches. Y, como lo hagas, me pienso llevar lo que ha sobrado de tarta de chocolate —dice metiéndose un trozo en la boca.

—No voy a echarte. Y me voy acostumbrado a tu sinceridad.

—No con todos soy así, contigo no sé qué me pasa. Suelo ser muy reservada. Pero a tu lado... me

dejo llevar. La miro y sé que me pasa lo mismo y por eso me inquieta tanto su presencia.

—Habla, correré el riesgo de que me dejes sin tarta de chocolate.

—Solo iba a decir que tal vez por muy bonito que quede, no logres lo que buscas.

—Habrá que correr el riesgo —le digo chocando su copa.

—La vida lo es, ¿no? —me dice sonriente, y una vez más me veo perdido en los contornos de sus labios.

Asiento. Lilliam se termina la copa y la tarta y se levanta.

—Dime qué día puedes quedar esta semana para ir a ver telas y mobiliario. Conozco un sitio que está muy bien.

—Te avisaré. —Me levanto y la acompaño a la puerta de mi casa tras recoger sus cosas—. No ha sido tan malo aceptar la cena, ¿no?

—Me esperaba una ciénaga, así que... —Sonrío y me despido de ella.

Cierro la puerta y miro este pequeño piso. Algo modesto teniendo en cuenta dónde me crié, y sé que si lo elegí así fue por eso. Estaba harto de ser el único habitante de una casa tan enorme. La soledad es más evidente si el espacio a ocupar es mucho más que lo que ves con tus ojos y el eco de tus pisadas resuena ahí por donde pasas.

Capítulo 7

Lilliam

—Han devuelto a Delia al orfanato —me dice Clarisa, la directora del centro por teléfono—, pensé que querrías saberlo—. Noto cómo el mundo se me cae encima.

—Gracias, iré luego a verla.

Cuelgo el móvil y me quedo mirando la trastienda de mi tienda con la vista perdida. Noto cómo los ojos se me llenan de lágrimas que me cuesta reprimir.

Delia es una niña especial, lo supe desde que llegó al orfanato. Aunque sea un lugar que prefiera olvidar, en el fondo no he podido evitar ir de vez en cuando a visitar a sus niños y a jugar con ellos, y con Delia me pasó algo muy especial.

No era como el resto de niños, llegó con tres años. Su madre no se había hecho cargo de ella y su padre se quedó con ella mientras robaba bancos y joyerías. Hasta que fue pillado y perdió la custodia de la niña. Ahora está en la cárcel y tal vez fuera eso lo que me hizo sentarme al lado de la pequeña, que miraba a los otros niños sin acercarse a ellos, o ver esos ojos grandes y verdes tristes.

No lo sé, solo sé que desde que la vi algo se removió en mi interior. Esa niña era especial.

Ahora tiene cinco años y es la primera vez que una familia se ha interesado por ella. La acogieron poco antes de yo irme de viaje. Nos despedimos entre lágrimas y la promesa de vernos pronto. Esperaba que le fuera todo bien, que tuviera un hogar..., pero no ha sido así.

La gente quiere niños recién nacidos y por eso niños como Delia ven pasar los días en el orfanato con el anhelo constante de tener una familia.

Que no haya salido bien me ha dejado destrozada, creía que ella podía tener la familia que yo siempre anhelé. Pero seguro que han visto que Delia era especial y que, por tanto, su educación no es tan fácil como la de otro niño.

—Te necesito fuera —me dice Lisa entrando a la trastienda.

Me recompongo y me giro hacia ella con una falsa sonrisa que esconde mi malestar.

—Claro.



Entro al patio del orfanato donde Clarisa, la directora del centro, me ha dicho que está Delia. Ya me ha contado qué ha pasado y se me ha partido el alma. La han devuelto porque es una niña problemática. Es mentira, Delia es una niña especial, no complicada. Pero la gente prefiere no esforzarse por conocer a las personas únicas.

La busco y no tardo en verla sentada a la sombra leyendo un libro sobre la relatividad. Algo atípico para una niña tan pequeña, pero es que Delia es superdotada y encuentra más placer en la lectura que en tratar de entender por qué los niños no comprenden que sea diferente.

Delia alza la vista y me ve. Lleva sus gafitas de color azul, pero eso no oculta sus grandes ojos verdes. Deja el libro y se levanta corriendo para abrazarme. Me agacho al tiempo que cae en mis brazos.

En su gesto hay desesperación, dolor, y sé que, pese a lo lista que es, no comprende cómo no podido encontrar su sueño. Me cuesta reponerme, la comprendo mejor que nadie. Tuve que dejar mis sueños con el paso de los días al darme cuenta de que la familia que esperaba nunca llegaría. Tuve que aprender a

vivir solo con los sueños de cómo sería ser parte de una.

Delia se aparta y la sonrío aunque me cuesta el alma, estoy tan rota como ella. Quería de verdad que le fuera bien. Que encontrara el amor y la comprensión que necesita.

—Tenía ganas de verte —me dice con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo también. Pero tenía que esperar a que te instalaras en tu nuevo hogar.

—Al final no ha servido de nada. La gente no quiere a los raros y menos a los que les hacen parecer tontos.

—Es lo que es la gente que no comprende a las personas tan maravillosas como tú. —Delia sonrío y me coge de la mano.

Me aprieta fuerte, no quiere que me marche. Ahora mismo siento que soy su salvavidas.

Me siento a su lado y me habla de lo que lee, quiere evitar el tema de lo que ha pasado en la casa, y cuando creo que es el momento le pregunto. Me mira de reojo y cierra el libro.

—Tenían un hijo de diez años y yo le corregía los deberes... y a ellos les corregía sin darme cuenta cuando hablaban. Te prometo que no lo hacía aposta.

—No tienes que justificarte por ser como eres. Eres perfecta.

—¿Y por qué siento que por ser como soy me estoy perdiendo muchas cosas? Yo solo quiero ser una niña normal. —Mira hacia la zona de juego donde hay otros niños. Hay nostalgia en su mirada.

Delia ha intentado muchas veces jugar con ellos, el problema es que los otros niños la miran raro cuando habla o les cuenta lo que ha leído. O se ríen de ella porque es más fácil reírse que intentar comprender.

—Eres una niña normal, y preciosa, y con una inteligencia que ya quisieran muchos.

—Yo me conformaría con encajar y tener una familia. —Esto lo dice muy bajito. Se me parte el alma.

Ahora soy yo la que la abraza. Parece una persona adulta por su inteligencia, pero no es más que una niña que busca cariño. Ojalá pudiera ayudarla. Tal vez...



—Imposible —me dice Clarisa.

—No lo veo tan imposible...

—Nos conocemos desde que llegaste. No tienes un hogar estable. No estás casada y tu sueldo solo te llega para pagar gastos. No puedes adoptarla, Lilliam, y me duele, pero como te conozco y sabía que un día me hablarías de esto estuve investigando tu caso y lo rechazaron. No eres apta para adoptarla.

—No es justo, yo la entiendo. Yo le podría dar un hogar...

—Lo sé, pero las cosas son así.

—No soporto que sufra.

—No soportas que sufra ningún pequeño que no se adapte al grupo. ¿Piensas que a mí me gusta? Me esfuerzo por dar un poco de mi cariño a todos, pero no es suficiente. —Clarisa me mira cansada.

Tiene en pelo cano tintando de rubio. Sus ojos son azules y cálidos y es lo más parecido a una madre que he tenido. Tiene que rondar ya los sesenta años. Y sé que se preocupa por nosotros y que sufre cuando siente que todo lo que hace no es suficiente, porque en el fondo todo niño espera ser único en una familia.

—Está destrozada.

—Lo sé. No es la primera niña que devuelven y no es fácil aceptar que no te han querido.

Me levanto, necesito irme.

—Vendré pronto. Nos vemos.

Clarisa me sonrío con cariño y asiente.

Me marcho angustiada y tremendamente triste. Mis pasos me llevan al parque y me siento frente al lago, donde los patos y las palomas beben agua ajenos a mi dolor. No muy lejos hay niños con sus padres echando comida a los animales y me pregunto si son conscientes de la suerte que tienen por que los quieran, si darán gracias por tener una familia que los adora.

Seguramente la mayoría no sea consciente del regalo que tiene por haber nacido en un buen hogar.

Estoy tan metida en mis pensamientos que me cuesta reconocer la llamada de mi móvil. Lo saco del bolso y veo que es Owen. Descuelgo.

—Hola —le digo, y tarde me doy cuenta de que tengo la voz rota.

Me llevo las manos a los ojos y noto la humedad de las lágrimas.

—¿Va todo bien?

—Genial.

—¿Dónde estás?

—En el parque viendo patos. ¿Qué quieres?

—Voy para allí, no te muevas.

Me cuelga y miro extrañada el móvil. Me seco las lágrimas que ignoraba habían empezado a salir y me pregunto qué querrá. Lo mismo quiere quedar para cancelar otra vez más la reforma. Owen no sabe lo que quiere.

—Hace años que no vengo al parque —dice sentándose a mi lado. Lo miro, no ha tardado mucho.

Sus ojos me observan con intensidad y siento que puede leer todo lo que me sucede. Nunca nadie me ha mirado con tanta intensidad. Owen es así cuando no usa coraza.

—Yo vengo a menudo. Me gusta mirar a los patos.

—Mientes —me dice sin atisbo de duda—. Vamos, inténtalo de nuevo.

—No sé por qué te tendría que decir la verdad cuando tú la mitad de las veces evitas decirme qué te pasa.

—Cierto.

—Has tardado poco. ¿Qué quieres?

—En verdad solo te llamaba para concertar una cita para mañana, para ir a ver tiendas. Pero noté que no estabas bien y vine.

Así sin más. Y su detalle despierta algo en mí. Algo que reprimo con fuerza. Miro el lago y observo las familias y recuerdo una vez más, mientras reprimo la ilusión de que haya venido por mi malestar, que los sueños no existen. No para personas como yo.

—Estoy bien, solo algo cansada.

—Estás en un parque sentada mirando... patos y deberías estar trabajando.

—O tú, siempre trabajas.

—Estaba trabajando. El *pub* no queda lejos. —Es cierto, lo miro relajado en el banco—. He venido. Pero si no quieres contarme qué te pasa lo comprendo, me voy a quedar a tu lado de todos modos.

—No entiendo por qué.

—Yo tampoco —dice observando el atardecer sobre el lago, y al mirarlo sé que no le hace gracia estar aquí y pese a eso veo la determinación de quedarse.

Tal vez nunca llegue a comprenderlo. El problema es que sé que no me alejaré de él por eso.

Nos quedamos en silencio observando el atardecer. El móvil le suena varias veces y no le hace ni caso. Al final decido hablar sintiendo que si no, no me va a dejar en paz.

—He ido a mi orfanato. Y hay una niña muy especial que había encontrado una familia... La han devuelto. Como si se tratara de un juguete roto o un objeto..., es horrible.

—Lo siento, no tiene que ser fácil aceptar algo así.

—No, yo nunca tuve que pasar por eso. Era mayor para que las familias se fijaran en mí, pero no hay que ser muy listo para saber que esa pequeña está destrozada. La gente se piensa que tener un hijo no es serio, y lo es. Tanto si es adoptado como si no, un hijo te cambia la vida y debes ser responsable con él. Con esa vida que depende de ti. Que no tiene la culpa de que tú seas un inmaduro de corazón o que no comprendas las cosas bellas que hay ocultas tras las personas diferentes.

—La gente no quiere lidiar con los que no son como ellos. Los tiende a rechazar; tomarse la molestia de aprender a vivir con las personas diferentes no es gusto de todos. —Owen habla con rabia. Como si supiera de qué hablo.

—A mí me encanta encontrar belleza en las personas diferentes. Esta niña es preciosa, es dulce y tiene una inteligencia asombrosa. Le compro libros que sé que le gustarán y me encanta que me los cuente luego. No me entero de nada..., pero a ella le da igual que sea así. Lo único que quiere es que la escuche. Que esté a su lado... y ni siquiera puedo adoptarla.

Noto otra vez el peso de las lágrimas.

—¿Es por eso que estás así?

—No va bien el negocio... Y soy soltera, un gran defecto para querer adoptar. —Lo miro—. Yo podría darle a esa niña más de lo que le han dado unos padres aptos que la han devuelto cuando no les ha gustado el resultado de tenerla en su casa. Yo nunca le daría la espalda.

Me pierdo en los ojos de Owen.

—Lo siento, Lilliam, pero las cosas son así. Me consta que no la dejarás sola pese a todo.

—No lo haré.

—¿Y cómo es que el negocio va mal?

—Es la competencia. Han puesto una tienda muy parecida a la nuestra y Lisa no me quiso preocupar, pero ahora he visto la realidad. Y si no ofrecemos algo exclusivo, único o especial no sé cuánto nos durará el negocio. Y ya hemos invertido en la temporada de otoño/invierno y no podemos gastar más dinero.

—Te entiendo.

—Es que es un asco —le digo sin dejarle añadir nada más—. Te pasas la vida trabajando dando lo mejor de ti, y en un momento todo se cae como un castillo de naipes. —Lo miro y me siento tonta—. Perdón, no tendría que contarte mis problemas. La culpa es tuya.

—¿Mía? —me dice, divertido por mi comentario.

—Sí, es como cuando nos conocimos, tienes algo que me hace abrirme a ti... —Me sonrojo cuando recuerdo nuestra última noche y por su media sonrisa sé que sabe en qué andaba pensando—. Lo que

quiero decir es que acabo por contarte cosas que a otros oculto con facilidad.

—Si te sirve de consuelo, me pasa lo mismo y lo odio —admite.

—Pues qué bien. Estamos empatados, a mí tampoco me gusta.

—Y sin embargo aquí estamos. —No añadido nada más, no hace falta.

Su teléfono vuelve a sonar.

—Deberías irte, yo estoy bien.

—No lo veo así. No quiero dejarte así.

—No me pasa nada —le digo con una sonrisa fingida.

—Ya, claro. —Cuelga el móvil—. Vente conmigo. Pediré algo de cenar en mi despacho y puedes bajar a bailar o a tomar algo..., invito yo.

—No hace falta. Pero gracias.

Me mira y por un momento es como si quien me mirara fuera Delia. Es muy raro y solo es un segundo, pero una parte de mí siente que Owen es quien me necesita cerca y me usa como excusa.

—Espero que la cena merezca la pena —sonríe y se levanta.

Hago lo mismo y lo sigo hacia su *pub*, no hablamos nada, no hace falta, no tenemos que llenar silencios con palabras estúpidas. Al llegar, Romeo mira con mala cara a Owen.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, Romeo.

—No te puedes ir y dejarme así —le regaña Romeo a Owen mientras subimos las escaleras hacia su despacho—. Me ha tocado responder al teléfono y tomar decisiones...

—Si en el fondo te encanta hacer de jefe —bromea Owen con Romeo, y me doy cuenta de que son más amigos de lo que parece.

—No, eso te lo dejo a ti y ahora haz tu puñetero trabajo y yo haré el mío. Nos vemos, señorita.

Owen sonríe y veo cariño en su mirada.

Lo sigo a su despacho, el teléfono suena nada más entrar como si oliera a Owen. Lo coge mientras me hace señas para que me ponga cómoda. Lo hago y me siento en el gran sofá de cuero negro que tiene. Es realmente cómodo.

Pasan quince minutos hasta que se puede quitar la chaqueta de cuero que llevaba.

—Sois amigos, ¿verdad? Romeo y tú —le digo cuando va hacia su frigorífico y saca algo de beber. Me acerco a su barra americana y acepto el agua fresca.

—Sí, nos conocemos de toda la vida. Su padre era el jefe de seguridad de mi casa y Romeo ha seguido sus pasos, por suerte conmigo y no con mi padre.

—Eso es porque es un chico listo.

Sonríe y me tiende su móvil.

—Restaurante Aire. Tienen muy buena comida a dominio. Si comes de todo, dile que vas de mi parte y te mande cena para dos.

—Como de todo.

—Entonces deja que nos sorprenda. —El teléfono suena de nuevo y se va tras su mesa a trabajar.

Hago lo que me ha dicho y pido que nos traigan cena para dos.

Cojo varios folios de su impresora y un lápiz de su mesa y me pongo frente a él a trabajar en el diseño, mientras lo observo por la cristalera que, aunque para nosotros es transparente y nos muestra el

pub, desde abajo no se ve nada, solo un espejo curvo donde la gente se mira.

Miro a Owen de reojo, se ha arremangado la camisa azul que lleva y teclea en el ordenador mientras toma notas como loco.

—Debería irme y dejarte trabajar.

—Sí, no vaya a ser que tu charla incesante no me deje en paz —bromea sin mirarme.

Sigo con mis notas y dibujos hasta que me doy cuenta de que lo estoy dibujando a él. Sus ojos serios y misterios me observan desde el otro lado del papel. Lo miro y se percata y deja de teclear para mirarme.

—¿Pasa algo?

—No, nada.

Dejo el dibujo al final. De niña dibujaba de todo, luego me decanté por plasmar mis diseños y me olvidé de los retratos. No sé por qué he querido plasmarlo a él en un folio.

Nos traen la cena y Owen no tiene tiempo de sentarse tranquilo a cenar. Ya han empezado a llegar las primeras personas al *pub* y la música se cuele por los resquicios de la pared, aunque está bastaste insonorizado.

La comida está deliciosa. Disfruto del postre. Owen apenas ha comido nada.

—Deberías parar para cenar.

—Soy bastante lento.

—No es la primera vez que ceno contigo y sé que no lo eres cuando estás relajado.

—Matizo, soy muy lento cuando ceno mientras trabajo.

—Me voy a ir, y mejor quedamos el lunes, porque mañana debes descasar.

—Estoy bien, sé hasta dónde puedo llegar. Paso a por ti por la tienda y nos vamos de compras en tu descanso.

—Como quieras, pero espero que hayas dormido algo.

Asiente.

—¿Has traído coche?

—Lo dejé cerca del parque.

—Le diré a Romeo que te mande a alguien para que te acompañe.

—No lo harás. Sé cuidarme, Owen, tengo veintiocho años, he sobrevivido sin tus cuidados todo este tiempo. Pero gracias, siempre es grato que cuiden de ti.

—Ten cuidado.

—Tú no te canses mucho. No es bueno vivir solo para el trabajo. Te lo digo por experiencia. —
Asiente.

—Me quedo tus notas, así les echo un vistazo para el lunes.

Asiento y se las dejo. Recojo mis cosas y me despido, y solo cuando estoy ya de vuelta en mi casa recuerdo el retrato que le hice y maldigo en todos los idiomas que conozco.

Owen

Está amaneciendo cuando entro en mi casa y me quito la ropa para dormir un poco. Me pongo cómodo para irme a la cama y cojo las notas de Lilliam. Hasta ahora no he podido verlas. No sé por qué le pedí que se quedara. Porque necesitaba su compañía, aunque estuviéramos en silencio. Me meto en la cama y repaso sus notas. Me gustan sus ideas, son mejores que las mías y mejor que lo que tiene mi

padre. Hay elegancia en sus trazos.

Paso todos los dibujos hasta que me encuentro con una mirada que reconozco muy bien.

La mía.

Me sorprende que me haya dibujado, que haya visto en mis ojos esta tempestad. Por lo general, siempre estoy sonriendo. Siempre oculto esto..., a todos menos a ella.

Mi pierdo en esa mirada y me veo a mí de niño, un niño perdido al que nadie veía..., alguien a quien desterré de mí hace muchos años, y ella lo está haciendo volver y no me gusta.

Por eso sé que la alejo y a la vez la necesito, porque en el fondo sigo siendo ese pequeño.

Capítulo 8

Owen

Aparco cerca de la tienda de Lilliam y le mando un mensaje para decirle que la espero. Al poco la veo salir de la tienda junto a Lisa. Lilliam entra en la parte de delante y Lisa se monta detrás, la miro divertido.

—Me apunto a que me invites a comer.

—No te he dicho nada de que él nos invite —dice Lillian frunciendo el entrecejo.

—Ya, pero es tan majete que seguro que nos invita. —Lisa me sonrío con descarado, Lilliam bufa mientras se pone el cinturón.

—No nos tienes que invitar —me dice Lilliam. No le respondo porque haré lo que quiera.

Les pregunto dónde vamos y tras saber la dirección pienso dónde podemos ir a comer allí cerca.

Comemos en un restaurante cercano que conozco y nos sirven una deliciosa comida casera. Hablamos de las ideas de Lilliam, y Lisa aporta algunas muy buenas. Se nota que hacen un buen equipo juntas.

Tras la comida vamos a mirar lo que necesitamos. Es un almacén grande lleno de cosas de obra y de decoración. Lisa se pierde entre los montajes y nos mira ilusionada.

—Cuando tenga mi casa pienso decorarla con mucho mimo —dice feliz.

—Siempre puedes decorar la que compartimos —le dice Lilliam.

—Esa es tuya, pero me encanta. —Le lanza un beso y va hacia las pinturas. Me llama para que vea algo y la sigo.

—¿Lilliam? —Me giro al tiempo que escucho esa voz masculina—. Claro que eres tú. —Un hombre de más o menos mi edad se acerca a Lilliam y le da un intenso abrazo.

Lilliam se queda un poco cortada hasta que reacciona y se refugia en su pecho como si fueran dos grandes amigos que se han reencontrado, o más bien un par de amantes, pienso cuando se separan y se miran el uno al otro de arriba a abajo con los ojos brillantes.

—¿Y quién es este morenazo? —me dice a mí Lisa como si yo tuviera que saberlo—. Que conste que no lo pregunto porque me interese, sigo a régimen. Es porque soy una cotilla.

—Yo no tengo ni idea.

—En el fondo lo sabía, era una pregunta sin respuesta. Menudo culazo. —La miro, Lisa me mira sonriente—. Ahora mismo me da la espalda, solo puedo apreciar su trasero. —Los vemos riéndose y hablando de todo un poco—. Voy a decirle que nos vamos adelantando, que ahora nos busque porque a las cinco tenemos que abrir y, o mucho me equivoco o estos dos tienen mucho que contarse.

Lisa se acerca sonriente a la pareja. Yo observo a Lilliam cómo me mira y me sonrío mientras asiente a Lisa, y no sé por qué pero me molesta que me sonría cuando es evidente que esa sonrisa que me dedica es por lo feliz que se siente ante su amigo reencontrado.

Lo dejo pasar y sigo a Lisa cuando regresa a mirar ideas y a tomar notas de lo que tenemos que comprar.

Lilliam no tarda mucho en localizarnos.

—¿Quién era ese bombón?

—Un antiguo amigo.

—¿Esperas que me lo crea? Te has acostado con ese morenazo.

—Estuvimos saliendo un tiempo.

—¿Y qué pasó? Se notaba que le gustabas. Te miraba como si acabara de encontrarse a la mujer más hermosa de la Tierra.

—No seas exagerada y no pasó nada malo... Solo que él no entendía mi trabajo y tampoco me quería pedir que lo dejara. —Me mira y sé a qué trabajo se refiere. Al suyo de estríper.

—Pues menudo idiota. Debía respetarte.

—Y lo hacía, pero sabía que no me gustaba y no podía apoyarme en algo que ni a mí me hacía feliz.

—En ese caso le doy la razón. Pero, bueno, ahora tenéis una segunda oportunidad, porque le habrás pedido el móvil.

—Él me ha dado su tarjeta. Es vendedor de coches.

—Yo no me fío de los vendedores de coche. —Añado por primera vez—. Son capaces de venderte a su madre con tal de cerrar un trato comercial.

—Fabian no es así...

—No sabes cómo es, hace años que no lo ves.

—¿Y tú cómo sabes que hace años que no lo ve? —pregunta Lisa que, por lo que parece, desconoce todo del pasado de Lilliam.

—Intuición, y me da igual como sea, solo era un consejo. ¿Seguimos?

—Claro —me dice Lilliam, igual de seria que yo.

—Me da igual lo que hagas —le digo en mi defensa—. Solo te daba un consejo... de amigo.

—¿Amigo? ¿Y desde cuándo somos amigos?

—Pues desde ahora, parece —le digo. Lisa no deja de mirarnos a uno y a otro.

—Gracias, pero no hace falta, no soy tonta. Y ahora vamos a seguir que se nos hace tarde.

—Y vosotros dos solo os habéis visto un par de veces, que yo sepa —dice Lisa tocándose el labio.

—Si tu siguiente pregunta es si me gusta Owen deja ahí tu especulación —le corta Lilliam.

—Vale, os creeré, y ahora vamos.

Lilliam me mira y ambos sabemos que Lisa no dejará aquí el tema. No veo por qué es tan raro que Lilliam y yo nos llevemos bien..., aunque si la gente supiera que tuvimos algo en el pasado entendería más que, ahora al reencontrarnos, haya esta complicidad entre los dos. El problema es que yo no voy a contar nada de eso y por lo que parece ella tampoco, es mejor así.



El *pub* está lleno. Dejo el trabajo y me giro para mirar a la gente beber, divertirse y reír mientras la música les incita a bailar. Aparentemente todo va bien, pero muchas personas entran por la curiosidad de ver si habrá algún famoso en la zona vip y no para consumir. Si no hay consumiciones, no hay beneficios.

Me fijo en la gente que baila y no tardo en ver a Maddie moviendo su preciosa cabellera cobriza al son de la música. Lilliam y Lisa andan cerca bailando con ella. Las observo a las tres, aunque mis ojos se quedan más tiempo fijos en el movimiento de las caderas de Lilliam y en cómo se mueve al son de la música como si esta fuera parte de ella. Mi traicionera mente la imagina desnuda con ese cuerpo perfecto curvilíneo bailando sin nada, nada salvo la luz de los focos que la rodean.

Aparto ese pensamiento de mi mente y bajo a saludarlas. Sobre todo a Maddie, de la que hace

tiempo no sé mucho de lo metida que está en su nuevo trabajo y demostrar que vale.

Las pillo en la barra cuando les terminan de servir.

—Apúntaselo a tu jefe, guapo —dice Lisa con descaro, y al verme sonrío.

—Así que os he invitado de nuevo —digo tras Lilliam, que da un respingo.

Maddie al verme me abraza y me da varios besos.

—Iba a subir luego a verte —me dice con una sonrisa.

—Te he ahorrado el viaje.

—¿No le dijiste a Lisa que nos invitabas? —pregunta Lilliam.

Lisa se ríe y da un trago a su copa.

—Es posible que no —reconoce Lisa con una sonrisa.

Lilliam la mira ofendida y saca dinero de su bolso. Pongo mi mano sobre la suya. Enseguida noto una descarga de electricidad. Como si su cuerpo llamara al mío.

—Os invito, pero que no sea un rutina —digo con una sonrisa a Lisa.

En verdad no me importa, pero tampoco me gusta que se aprovechen de mí.

—Claro. —Lisa me guiña un ojo y se va con su copa a la pista.

—No me gusta aprovecharme —me dice Lilliam.

—No le des vueltas y disfruta de la copa.

Asiente y se va junto a sus amigas a la pista de baile. Las sigo, o eso intento, ya que varias personas me paran para saludarme.

De repente se forma un revuelo y me pongo alerta. Dejo la conversación a medias cuando veo que se trata de una pelea. Voy hacia donde están y me pongo ante ellas mientras aviso por el pinganillo a Romeo, aunque sé que no hace falta y que sus hombres no tardarán en llegar. Y así es.

Separan a los dos que se estaban pegando y descubro, al tiempo que Lilliam, que es su amigo. Si ya sentía yo que no era trigo limpio.

—Sacadlos de aquí —les digo a los de seguridad.

—Espera. —Lilliam va hacia Fabian y este al verla parece avergonzado.

Normal, lo ha pillado mostrando su peor cara. Le hago señas al DJ para que ponga otra canción. Por la pelea, la música se ha bajado unos decibelios. Asiente y pone otra pieza más movida para incitar a la gente a bailar.

—Él me estaba defendiendo —dice una mujer llorosa tirando de Fabian, mientras tiran de él hacia la calle. Lilliam los sigue y yo a ellos. Los sacan por la puerta trasera. Y los sueltan.

—No se os ocurra regresar —les digo firme.

—Deberías pedir explicaciones, no puedes juzgar a los dos por igual —me dice Lilliam enfadada.

—Este chico me ha defendido —repiten la joven, que no para de llorar—. No me parece justo que se le castigue igual que a ese cerdo que trató de forzarme.

Lo señala y este sonrío prepotente y juro que tengo ganas de pegarle como ha hecho el que parece ser el bueno de Fabian.

—Sacadlo de aquí —le digo a Romeo, que se ha acercado. Me giro a Fabian—. No me gustan las peleas, pero menos que se maltrate a una mujer, gracias.

Y sin más me largo, en parte molesto por haberme equivocado. Odio hacerlo y más aún tener que pedir perdón. Me subo a mi despacho y me sumerjo en los números. Es donde más en paz me siento.

Entro con Fabian al *pub*, seguimos a Romeo hacia una habitación. Y le pide que se siente cuando entramos. Saca un kit de cuidados, nos lo tiende para que se cure y nos dice que podemos quedarnos el tiempo que queramos.

—La verdad es que tenía ganas de volver a verte, pero no de esta forma. Y, por tu mirada, te ha traído recuerdos.

Adivina y asiento mientras distraída cojo gasas y alcohol para curarle las heridas de los nudillos.

Cuando lo vi enzarzado en la pelea, recordé las veces que trató de evitar que me tocaran, y una de ellas no le hicieron caso y un hombre no respetó las distancias y me agredió. Fabian no puedo evitarlo y se metió a defenderme. Esa noche me pidió que lo dejara, yo solo le dije que ya me quedaba poco para lograr mi sueño.

—¿A qué precio? —me dijo—. Hacer esto te pone triste. Lo veo en tus ojos. No puedo apoyarte cuando sé que lo odias..., no puedo.

Nos miramos a los ojos y lo abracé sabiendo que esa era nuestra despedida.

No podía dejarlo. Estaba obcecada con conseguir el dinero y demostrar a todos que podía llegar lejos. Que podía dejar mi niña huérfana que no tenía nada. Por eso lo dejé ir.

Nos conocimos en una despedida de soltero de uno de sus amigos. Él no quería estar allí. Hice mi baile y cuando salí para irme a casa me siguió y me dijo si estaba mejor. Que me había visto llorar tras el baile. Me sorprendió que lo viera. Le dije que sí. Me contó que en verdad no quería estar allí y acabó por acompañarme a casa. Nos sentamos cerca de un banco donde hablamos de todo. Vi algo en su cálida mirada oscura que me hizo hablar sin más. El amanecer llegó y una promesa de un nuevo encuentro.

Parecía una historia de amor de película, hasta que la realidad hizo su aparición y nos separó. No puedo decir que estuviera perdidamente enamorada de él, pero que me gustaba mucho sí.

No estuvimos el tiempo suficiente juntos para enamorarnos, pero sí el justo para echarnos de menos cuando nos separamos.

—Es tiempo pasado —le digo con una sonrisa mientras lo curo—. Listo. Y para que se te cure evita meterte en peleas.

—Sí, será lo mejor. Menudo vendedor de coches con los nudillos rotos por los golpes...

—Siempre puedes ponerte guantes. —Me sonrío para luego alzar la mano y acariciar mi sonrisa.

—La echaba de menos. —Agacha la cabeza, algo cortada se aparta—. Volví a buscarte meses más tarde. Me dijeron que te habías ido. No sabían dónde. Pero me alegré cuando me dijeron que al fin podías cumplir tu sueño.

—Ya te dije que me quedaba poco.

—No podía mirar hacia otro lado y verte llorar cada noche. Lo siento.

—No pasa nada.

Abre la boca para decir algo, pero la puerta se abre y aparece Owen que, aunque trata de forzar una sonrisa, yo noto que no le hace especial ilusión estar aquí, como tampoco se lo hizo disculparse con Fabian.

—¿Estás mejor? —Fabian asiente—. Bien, me gustaría invitarte a algo. Por favor, acepta una consumición gratis.

—Quién podría resistirse. —Fabian se levanta para irse y yo lo sigo, aunque me quedo rezagada

cuando paso por Owen.

—Es un buen chico.

—Eso parece, ¿no?, disfruta de la noche, yo tengo que seguir trabajando.

—No nos vamos a ir tarde, mañana madrugamos para ir a trabajar.

—¿Y por qué habéis salido esta noche?

—Maddie necesitaba noche de chicas para despejarse del trabajo.

—Al fin ha conseguido que se la valore.

—Sí, pero le ha costado.

Owen sonrío con calidez, se nota que la quiere mucho. Le suena el móvil, lo cuelga.

—Nos vemos el lunes. —Me guiña un ojo y se aleja.

Me quedo mirándolo hasta que lo pierdo de vista y solo cuando lo hace me doy cuenta de lo que estoy haciendo. Me repongo y sigo a Fabian, que no me espera lejos. Vamos hacia donde están mis amigas, que, preocupadas, nos preguntan cómo estamos. No me apetece seguir la fiesta y a ellas parece que tampoco. Me despido de Fabian y quedo en llamarlo pronto. Y esta vez sí lo haré. Una parte de mí quiere saber qué ha sido de este chico que un día me gustó.

Capítulo 9

Owen

Leo me abre la puerta y me saluda con una fuerte palmada en la espalda que, por supuesto, le devuelvo. Hoy domingo no tenía trabajo y como hace tiempo que no nos reunimos nos dijo de quedar para ver el fútbol y tomar algo. Por lo que sé las chicas han quedado en casa de Abby también.

Entro al salón y veo a Killiam, que me saluda, y a Donovan. Cojo una cerveza fresca y la abro al tiempo que veo por el rabillo del ojo entrar a alguien al salón que no esperaba, Christian.

—¿Te has perdido? —le digo a modo de saludo cuando se acerca.

Tiene el pelo más largo y su mirada es más seria. Lo conocí hace años, pero se nota que la vida que lleva ahora le ha cambiado mucho.

—Eso parece. —Emite una media sonrisa y se sienta en el sofá.

—¿Sigues de gira? —le pregunto.

—Estoy trabajando en mi nuevo álbum. A ver si este no tiene tanta manipulación por parte de terceros —lo dice con rabia, se nota que este tema le ha molestado mucho.

—Y tú que tal —me dice Donovan—, me han dicho que vas a volver a reformar el *pub*. Si casi ni se ha secado la pintura de la vez anterior —bromea.

—Ahora he contratado mejores diseñadores.

—A ver cuánto te dura esta vez —apunta Leo, que seguro ha perdido la cuenta de las veces que he modificado el *pub*.

—Seguro que mucho. —Me mira dejando claro que no lo cree.

Le sonrío para que no note cómo me molestan sus dudas, que son las mías, nunca estoy feliz con los cambios. Siempre quiero más... o, mejor dicho, encontrar la dichosa fórmula para hacer daño a mi padre usando sus mismas armas.

Dejo de pensar en ese malnacido y me centro en mis amigos.

Vemos el partido mientras tomamos cervezas y picamos algo. Se nos hacen las tantas entre risas y bromas absurdas. Echaba de menos estas quedadas. Estar con amigos a solas. Que sí, me encanta cuando quedamos con sus mujeres, son maravillosas, pero no es lo mismo. Al igual que ellas necesitan su espacio para hablar de sus cosas, nosotros también, aunque solo sea para berrear y desconectar.



Espero a Lilliam en mi coche. Al poco la veo salir de su tienda con Lisa y pienso que, como el otro día, se apuntará a la salida, pero no es así. Se acerca a saludarme y se despide de nosotros.

—Conozco un sitio donde hacen muy buena comida y no queda lejos de aquí —me dice Lilliam cuando pongo el coche en marcha.

—Soy todo oídos, indícame cómo llegar.

Me lo dice y aparco cerca de un pequeño bar que se nota que es de comida casera. Al entrar, la mujer de la barra saluda a Lilliam con cariño y al mirarme le hace ojitos como si yo no viera que le está preguntando quién soy y si soy algo de ella. Sonrío y la saludo.

—Me llamo Owen y soy un amigo de Lilliam —le respondo por ella.

—Yo, Amanda, encantada de conocerte. Sentaos donde queráis, en nada os atiendo.

No tarda en venir a atendernos y la comida pronto la tenemos sobre la mesa. Está deliciosa y se nota el mimo que le ponen al cocinarla. No hay que ir solo a comer a grandes restaurantes de gala para disfrutar de una comida. A veces si sabes mirar te encuentras con verdaderos tesoros gastronómicos.

—Creo que no voy a poder conducir ahora —le digo a Lilliam removiendo mi café, ya con el postre en la mesa.

—Yo tampoco. Siempre que puedo vengo a comer aquí. Lo descubrí por casualidad. No te imaginarás cómo. —Me mira sonriente y espero a que siga hablando—. Había estado en el orfanato, jugando con los pequeños y no me encontraba muy bien. Pero, como siempre que estoy mal, me quise hacer la valiente y me fui a mi casa sin esperar a que se me parara el malestar de estómago. Estaba a pocos metros de aquí cuando sentí que iba a tirar todo lo que había ingerido y entré aquí con la mano en la boca y agobiada por si no llegaba al servicio. Llegué y Amanda vino tras de mí y me sujetó el pelo. Y cuando termine me obligó a sentarme y me preparó agua con limón. No me dejó irme hasta que me vio buena cara, y me llevó a mi casa en su coche. No la conocía de nada, y sin embargo me había cuidado como poca gente lo había hecho y a cambio de nada.

—Siempre existen en la vida personas que te hacen querer dar otra oportunidad al ser humano cuando tienes la desgracia de no haber conocido a los mejores.

—Sí. Cuando me recuperé, vine a darle las gracias y me senté a comer. Tenía claro que aunque la comida no me gustara pensaba venir a menudo porque su gesto me había llegado. Por suerte la comida estaba deliciosa y sin darme cuenta se convirtió en un lugar al que vengo siempre que puedo.

Me pierdo en sus ojos azules, en esa fuerza que me transmiten y, aunque veo anhelo en su mirada y a veces soledad, siempre se capta la fuerza y la felicidad por lo que la rodea. No sé cómo lo hace y la admiro por ello. Egoístamente quiero esa fuerza para mí.

—Tuviste suerte de encontrarlo, se come de maravilla, y seguro que no es la última vez que vengo.

Lilliam sonrío feliz y se levanta al baño. O eso dice, ya que cambia de dirección y va hacia donde está Amanda y le paga la comida de los dos. Me mira pícara cuando me acerco a ella con nuestras cosas y alza los hombros.

—Te debía una invitación.

—Gracias, entonces. —Me giro a Amanda y le tiendo la mano—. Todo estaba delicioso, un placer haber comido aquí.

—Ven cuando quieras, a una siempre le gusta que le alegren la vista.

—Lo haré.

Vamos hacia mi coche. Hacemos el camino en silencio hinchados por la comida. Al llegar, vamos directos hacia lo que queremos y lo encargamos todo.

—¿Vas a cerrar el *pub*?

—Sí, he contratado un buen equipo de reformas que va a trabajar en dos turnos, por el día y por la noche, y me han asegurado tenerlo listo a poder ser en quince días.

—Qué rapidez. Tengo ganas de ver cómo quedan mis ideas en el *pub*. Le haré muchas fotos por si lo cambias pronto.

Lo dice con una sonrisa, pero no me hace gracia. Hago lo que siento que debo hacer. Es mi negocio y sé mejor que nadie que las restauraciones mueven gente.

—No te ofendas. —La miro impactado porque una vez más haya sabido ver lo que oculto. Pone su

mano en mi brazo y noto esa pequeña descarga que siempre acompaña a su cercanía—. No es broma, porque he dicho algo que es real, pero no lo decía para hacerte daño.

—Solo era una obviedad, lo entiendo. —Me aparto de ella y empiezo alejarme.

—Owen —me llama y la miro atento—, es tu *pub*, el resto podemos no comprender tus razones, pero tú debes hacer lo que creas y quieras.

Cuando dice «quieras» siento que me está preguntando si es lo que quiero. Asiento y me aparto a mirar unas sillas y mesas nuevas. Lilliam se pone a mi lado y no hablamos más del tema. Me da mi espacio, algo raro teniendo en cuenta que estamos muy cerca y que sin querer busco su cercanía. Como ahora, que se ha parado a ver unas pinturas y aunque podría ponerme a su lado estoy tras ella. Notando cómo su espalda acaricia mi pecho y recordando lo que sentí cuando la abracé aquella única noche y su piel perlada por el sudor se fundió con la mía. Creo que soy masoquista.

Se nos hace tarde eligiéndolo todo y pidiéndolo. Cuando la llevo a su casa son más de las diez.

—¿Quieres subir y hacemos algo de cena? —me dice cuando paro en doble fila, lo dice sin pensar, hasta que se da cuenta de que puede parecer una insinuación y se pone roja—. Lo digo por si no te apetece hacerte la cena..., seguro que tengo sobras o...

—Hoy no puedo, pero otro día me encantará que me invites a cenar.

En verdad no tengo nada que hacer, y me apetece mucho, y es por eso que sonrío y rechazo la oferta.

—Nos vemos entonces con las reformas. Ya me dices cuándo te dicen que pueden empezar.

—Lo haré. Pasa buena noche.

—Tú también.

Y si más me alejo de la tentación que es Lilliam.

Lilliam

He quedado con Fabian para comer. Lo veo al fondo del restaurante y algo se remueve dentro de mí. Tal vez no sean elefantes ni mariposas, pero sí recuerdo lo feliz que me hizo y lo bien que me sentí a su lado. Con él conocí lo que era ser importante para alguien.

Al acercarse se levanta y me da un abrazo. Al abrazarlo recuerdo nuestras tardes de pelis y palomitas y nuestros juegos antes de dejarnos llevar por la pasión.

Tal vez en sus brazos no sintiera la explosión pasional que sentí con Owen, pero sí era feliz. Y me gustaba hacer el amor con él.

Se separa y, caballeroso, me aparta la silla de la mesa. Me siento y miro el menú. Dejo de hacerlo cuando sus ojos oscuros no dejan de mirarme.

—¿Tengo algo en la cara? —le digo sin mirarlo.

—No, solo se me hace raro estar de nuevo aquí contigo.

—A mí también.

—Espero que no te desagrade.

—No, la verdad es que no —me sonrío con calidez.

Miramos el menú y pedimos cada uno una serie de platos para compartir, antes era así y por un momento es como viajar en el tiempo, solo que al alzar la vista y mirarlo se nota en su cara el paso de los años. Ahora es mucho más guapo y sus ángulos son mucho más maduros.

—¿Y cómo te ha tratado la vida? —le pregunto cuando nos traen el primer plato.

—Bien, aunque no estoy trabajando en lo que me gustaría. —Sé que estudió para ser abogado—. La

crisis me hizo aceptar lo que fuera para pagar las facturas. Y acabé vendiendo coches. Ahora no sé cómo dejarlo y si debería. Cuesta arriesgarse a dar el paso de intentar algo nuevo cuando, en donde estoy, estoy fijo y sé que tengo un sueldo a fin de mes que me permite pagar mis gastos.

—Es complicado. Yo cuando la tienda pasa por malos momentos me asfixia el tener que empezar de cero.

—¿Y volverías a bailar? —me pregunta serio.

—No, hay errores que solo se comenten una vez en la vida. No era para mí y mira que tengo amigas que siguen allí y les gusta. Pero cada uno debe hacer lo que le gusta o por lo menos estar donde se sienta cómodo.

Fabian asiente y noto cómo su mirada se suaviza. Lo pasó mal cuando estuve allí, venía cada noche y esperaba que nadie me hiciera nada, el problema es que a veces todo se descontrolaba y se acababa metiendo y recibiendo golpes que no debían ser para él. En el fondo siempre supe que un día diría basta. Ahora me pregunto por qué pese a eso no me detuve, no dije hasta aquí. Viéndolo ahora y echando de menos nuestros momentos juntos pienso si no merecía la pena arriesgarse por él.

Nos traen los demás platos y me pide que le cuente cómo fue montar la tienda. Se lo cuento.

—Ahora trabajo con una socia, tiene grandes ideas, y mujer que entra no sale nunca con las manos vacías. —Sonrío con cariño al recordar a Lisa—. He tenido suerte de encontrar a mis amigas.

—Se nota que las quieres mucho.

—La verdad es que sí. Quién iba a decir que el que trataran mal a Britt y la hiciera entrar a mi tienda de rebote haría que encontrara a cuatro amigas estupendas. Lo que es el destino.

—La verdad es que sí, yo hace años acompañé a un amigo a un bar que odiaba y me encontré con un ángel de cabellos dorados y triste mirada que me cambió la vida.

—No soy tan ángel —le digo con una sonrisa—. Es muy aburrido serlo.

—Y, aunque lo fueras, nunca lo reconocerías.

No digo nada más y cambio de tema. Me cuenta qué ha hecho estos años. Estuvo saliendo con una chica cuatro años y estuvieron a punto de casarse, pero a los pocos días ella le dijo que no se sentía preparada para dar ese paso. —Como ves, no he tenido suerte en el amor.

—Mi historial amoroso no es mucho mejor. Con los que he salido he durado poco y hace años que no tengo ganas de empezar nada con nadie. No he encontrado a nadie que me haga arriesgarme a dar el paso de poder ser algo más.

—Eso es porque los comparabas conmigo —bromea—. Dejé el listón muy alto.

Me río porque lo conozco y sé que solo es una broma. Fabian no es un creído e incluso en ocasiones le costaba creerse las cosas buenas de él que yo le decía.

—Entonces eres el culpable de mi horrible vida amorosa, te tendría que dar vergüenza. —Lo pico y como esperaba su sonrisa se amplía.

—Qué le voy hacer, soy irremplazable.

Sonrío relajada y seguimos hablando de todo como si no hubieran pasado tantos años sin vernos. Se me hace la hora de irme a la tienda y me acompaña para verla. Al entrar, Lisa ya está ordenando cosas y al verlo no puede evitar mirarlo con deleite y luego mirarme a mí con una alzada de cejas que dudo que Fabian haya ignorado. Lisa no sabe ser discreta.

—¿Has venido a acompañarla o a comprar? Porque si es a comprar puedo enseñarte lo nuevo que

nos ha entrado, tal vez para tu novia... o tu madre.

—No tengo novia, y mira, sí, puedes enseñarme lo que tienes para mi madre. Le debo el regalo de su cumpleaños y nunca encuentro un momento para ir de tiendas a comprarle algo.

—Pues seguro que encontramos algo especial para ella. —Lisa le sonríe. Fabian no es consciente de que si solo quería un detalle acabar a por comprar casi media tienda si no pone freno a Lisa.

Me voy a prepararme y cuando salgo de nuevo hay una mujer que quiere un diseño exclusivo. Escucho lo que quiere y empiezo a dibujar líneas y trazos. Se lo muestro y no pone buena cara.

—No lo veo muy moderno para mí.

—Puedo intentar otra cosa...

—Me lo pensaré.

Se marcha sin darme una segunda oportunidad y me quedo chafada mientras escucho la puerta cerrarse mirando el boceto. Era perfecto para ella, iba a resaltar sus curvas. Lo arrugo para tirarlo.

—Era bonito.  No te gusta? —Alzo la cabeza de golpe y me encuentro con los ojos dorados de Owen.

 Qu  hace aquí?

Capítulo 10

Lilliam

Mi traicionero corazón late como un loco y siento que esta tienda, que no me parece para nada pequeña, ahora sí lo es ante su presencia.

—¿Qué haces aquí? No te esperaba.

—He salido por la zona de compras. —Alza una bolsa de una tienda de caballeros—. Odio ir de compras, por eso siempre voy a la misma tienda, cojo lo que me gusta y me lo pruebo en mi casa. Y si no me queda bien, lo devuelvo y nunca me ponen pegas.

—Cualquiera lo diría, siempre vas a la moda.

—Uno tiene que cuidar su imagen. No me has respondido a lo del dibujo. —Lo tiro a la basura.

—No le ha gustado a la clienta. De hecho, ha sido verlo y salir espantada de la tienda.

—Hay personas que no saben apreciar la belleza aunque la tengan ante sus ojos. —La forma que tiene de decirlo hace que tontas mariposas den vueltas en mi estómago y me siento tonta por ello, no lo dice por mí. Para Owen solo fui una chica más en su larga lista de conquistas. Y para mí el también, y punto.

—Lilliam —me giro a mirar a Fabian no lo suficientemente rápido como para no ver cómo le ha cambiado la mirada a Owen—, me preguntaba si me puedes aconsejar. Si por Lisa fuera compraría media tienda para mi madre, pero no tengo tanto dinero para eso.

—Claro. —Fabian mira a Owen antes de irse a la parte trasera—. ¿Solo pasabas por aquí?

—Te quería comentar algo. Espero.

Voy hacia donde está Fabian y veo la cantidad de cosas que Lisa ha sacado para que compre.

—Os dejo solos, me voy delante por si entra alguien. —Asiento.

—¿De verdad no lo quieres todo? Te puedo hacer descuento —bromeo.

—Si mi madre me ve aparecer con todo esto, me lo tira a la cara por derrochador. Ya sabes lo poco que le gusta que compre cosas poco útiles.

Asiento, conocí a su madre hace años, una gran mujer que sacó a su hijo adelante cuando se quedó en estado y su pareja no quiso saber nada ni de ella ni de su hijo. Pensado en ella y en su estilo observo lo que tengo delante y veo un pañuelo sencillo y elegante que sé que le gustará.

—Creo que esto.

—¿Solo eso? Sois la noche y el día Lisa y tú —dice cogiendo el pañuelo.

—Y es una suerte, me cuesta a veces tanto vender y sentir que obligo a la gente a comprar cosas que si no fuera por Lisa no sé qué hubiera sido de mi negocio.

—Es precioso lo que vendes, y lo que diseñas. Debes creer más en ti.

—Sí creo, monté esto.

—Ya, pero no todo consiste en llegar, sino en mantenerlo.

—Lo sé. ¿Entonces, te quedas con el pañuelo?

—Sí, y con este bolso. Creo que le gustarán las dos cosas. —Asiento y los llevo hacia delante para cobrárselo y envolverlos.

Lisa está atendiendo a una mujer que se nota que está encantada con ella y más cuando le dice que

tiene los vestidos perfectos para realzar su belleza. La mujer se hincha de felicidad ante el cumplido. Y se nota por su mirada que hace tiempo que nadie se toma la molestia de decirle lo bonita que es. Que, aunque tenga más de cincuenta, sigue siendo hermosa.

Observo a Owen mirando por la cristalera a la calle. Se ha quitado la chaqueta de cuero y arremangado la camisa. Tiene la mirada perdida y me pregunto qué estará pensando. Una parte de mí quiere descubrir todos los secretos que esconde.

—¿Sois muy amigos? —me pregunta Fabian cuando le cobro.

—No mucho. Estoy trabajando para él. Ha venido para algo de eso.

—Ah. —Fabian no se queda muy convencido con mi explicación, pero tampoco exige saber más. Le tiendo los paquetes—. Muchas gracias, seguro que le encantan.

—Seguro que sí.

Entran nuevas clientas.

—Os dejo trabajar, te escribo pronto.

—Cuando quieras. —Lo acompaño a la puerta y me acerco para darle dos besos que solo se quedan en uno que me da él cerca de mis labios antes de irse.

Me quedo algo sorprendida por su gesto, por ese pequeño acercamiento y no sé ahora mismo decir si me ha gustado o intimidado.

Me giro a mirar a Owen y por su mirada sé que lo ha visto todo.

—Ve a atender, no tengo prisa —me dice al ver que una de las clientas se acerca a preguntarme una cosa.

Asiento y me voy hacer mi trabajo.

No paran de entrar personas, algunas para curiosear, otras a comprar.

Paso a Owen a la pequeña salita donde tenemos el café y le digo que se sirva lo que quiera. No se va en toda la tarde, me sorprende, y una parte de mí siente por qué sigue aquí. Es por algo que he visto en su mirada cuando ha salido a ver cómo iba todo. Es por algo que he visto en mis ojos más de una vez, está huyendo de la soledad.

Son casi las nueve cuando cerramos la puerta. Owen está en la salita. Lisa entra y se sienta de manera dramática en el sofá. Owen está mirando su móvil en un sillón, yo me siento al lado de Lisa.

—Debe ser importantísimo eso que querías decirnos para pasarte toda la tarde aquí —dice Lisa, y noto la incomodidad de Owen.

—Seguro que se ha quedado porque está deseando aceptar la invitación de cenar en casa.

—Será eso —dice más relajado—. También venía para decirnos que este va a ser el último fin de semana que habrá antes de la reforma y que haré algo especial. Estáis invitadas.

—A barra libre y esas cosas.

—¡Lisa!

—¿Qué? —me dice, inocente—. Si solo me tomo un cubata, y en serio no me importa pagarlo, pero me gusta decir eso de «me invita el dueño». No veas la cara que pone más de una cuando lo digo —sonríe y yo niego con la cabeza—. Para compensarte, esta noche te haremos una gran cena las dos.

—Quién puede negarse a algo así.

Owen sonrío a Lisa como si todo estuviera perfecto, yo noto que algo no va bien, pero me guardo lo que pienso para otro momento.

Cerramos y vamos hacia nuestros coches. Al llegar aparcamos cerca del supermercado que tenemos cerca y compramos lo necesario para la cena. Owen también se ha apuntado a la compra y se nota que no es la primera vez que la hace. Vamos hacia la caja y hace amago de pagar, pero Lisa lo sujeta y yo saco mi tarjeta para pagar la compra.

—Hemos dicho que te invitamos —le dice Lisa.

—¿Sí? No lo había escuchado.

Me mira y le sonrío mientras meto las cosas en las bolsas. Las llevamos a nuestra casa. Nada más entrar, Lisa le dice que se la enseña mientras yo organizo las cosas en la cocina.

—Sabía cuál era tu cuarto sin que Lisa me lo dijera —me dice entrando a la cocina. Saco una cerveza fresca y se la tiendo—. Gracias.

—Creo que las pinturas en las paredes ayudan.

—Sí y los colores. Te gustan los colores cálidos que dan calidez, a Lisa le gustan más colores agresivos llenos de vida.

—Somos la noche y el día —le respondo—. ¿Me ayudas a preparar los burritos? Algo me dice que sabes cocinar.

—Sé cocinar, pero no se lo digas a nadie. O tendré mi casa llena de gente cada dos por tres.

Se lava las manos y le tiendo un paño.

—Algo me dice que pasas tan poco tiempo en tu casa que de ir toda esa gente no te encontrarían.

—Sigo sin acostumbrarme a que veas tanto en mí.

—Y sin embargo me buscas. Soy irresistible.

—Será eso —dice con una media sonrisa.

Lisa aparece en la cocina y entre los tres preparamos la cena. Una vez lista, nos sentamos a cenar y a disfrutar de ella. Owen siempre tiene una sonrisa en la cara ante lo que le dice Lisa. No veo en sus ojos esa coraza, y siento que esta no es su verdadera cara. Que está interpretando un papel, uno que conmigo parece no poder mantener. Es raro pensar así cuando estamos los tres como tres grandes amigos cenando y riéndonos de anécdotas de tiempos pasados. Algo normal, y sin embargo veo cosas en Owen que no percibo cuando estamos solos. Que no vi cuando estuvimos en nuestro paraíso particular, y eso hace que sienta más ganas de saber por qué lo hace.

Me intriga más de lo que debería.

Nos sentamos a cenar. La charla es distendida y aunque esto no es algo que hayamos hecho nunca, no siento que Owen no encaje aquí.

Terminamos de cenar y recogemos. Owen se ofrece a fregar, pero Lisa no le deja.

—Eres nuestro invitado, aprovéchate hoy, que otro día no me negaré —le dice Lisa.

—Me lo apunto. —Mira la hora que es en su caro reloj plateado—. Me voy a ir..., gracias por la cena, chicas.

Se despide de Lisa en la cocina. Lo acompaño a la puerta y aunque ha dicho que tiene que irse sus pasos no son los de alguien que de verdad quiera hacerlo.

—No tienes por qué irte ya —le suelto cuando coge su chaqueta, y sé por su mirada que le molesta mi intuición.

—Tengo que trabajar.

—No todo en la vida es trabajo.

—Quiero hacer una gran fiesta este fin de semana... Es mejor que me vaya.

—Vale, pero cuando quieras cenar en compañía, solo tienes que escribirnos y preparamos algo.

Asiente y sonrío, aunque noto algo en su mirada que me hace tener unos imperiosos deseos de abrazarlo. No lo hago porque siento que si lo hiciera huiría.

—Nos vemos en la fiesta —dice antes de irse.

Duda un instante ya con la puerta abierta. Y, aunque no me da dos besos, sí alza la mano para acariciarme la mejilla con cariño. Y ese gesto tan sencillo me derrite.

Cierro la puerta sabiendo que tengo un problema, uno muy gordo, pues este hombre cada vez me atrae más y yo mejor que nadie sé que eso no nos llevará a ninguna parte.



Busco a Delia en la biblioteca. La encuentro buscando libros para nada indicados para niños. La llamo y al escucharme se gira con una sonrisa y corre hacia mí mostrando la niña que en verdad es. Alguien pensaría que al ser tan lista es ajena al cariño, pero no es así, lo malo es que tal vez un día esa inteligencia la haga recubrirse de capas para no sufrir, tratar de ser alguien que no es y, sobre todo, aceptar el poco cariño que reciba.

La abrazo con fuerza deseando que la vida nunca le haga formarse más escudos de los que ya tiene esta pequeña. Que aunque busque conociendo también ansíe un cariño que puede recibir.

No le pregunto por qué no está fuera jugando, he visto cómo otros niños la rechazan porque es más fácil hacer eso que tomarse la molestia de entenderla. La cojo de la mano y salgo con ella al jardín. Hace un día maravilloso y no quiero que se quede dentro sola.

Cojo una pelota y le propongo jugar mientras decimos las tablas de multiplicar. Me mira ilusionada y asiente. A ella le gusta jugar, pero le gusta que el juego tenga un aliciente. Empiezo preguntando y le lanzo la pelota, y solo cuando responde me la lanza ilusionada.

Sé que se las sabe porque Clarisa me lo dijo.

Delia se ríe cuando yo me quedo en blanco y me la chiva como quien no quiere la cosa. Al final acabo por perseguirla por el patio y su risa hace que todo merezca la pena. Cuando llega la hora de que me vaya me mira con una madurez extraña en una niña tan pequeña y no me gusta. Es una niña y no debería comprender el que la deje sola tan bien.

La abrazo y le prometo volver.

—Lo sé —me dice con seguridad.

Antes de irme me lanza una pequeña sonrisa y en sus ojos veo al fin ese miedo a que no lo haga, a que no cumpla mi promesa.

Es solo una niña pequeña que tiene miedos como cualquier otro, su inteligencia no la hace exenta al cariño humano.

Una vez más voy a hablar con Clarisa y me dice lo mismo: que no puedo hacer nada. Me tiende un té y me acaricia el brazo. Sé que ella no lo hace para hacerme daño y que le duele tanto como a mí todo esto. Sobre todo ver cómo no solo Delia sino otros niños tienen que aceptar que nunca tendrán una familia, como me pasó a mí.

Voy andando hacia mi casa, como siempre chafada y mal porque haya tantos niños sin un hogar. Porque la gente siempre prefiera adoptar a bebés y se olviden de que hay niños que necesitan con urgencia un hogar, que no son peores por ser mayores.

Yo tuve unos padres, pero nunca ejercieron como tales. Hasta el punto de que cuando la policía me sacó de esa casa y me dijo que mis padres iban a cumplir condena de cárcel sentí alivio. No sé por qué están en la cárcel, ni si han salido, ni qué ha sido de sus vidas. Desde ese día me prometí no mirar atrás. No recordar a esas personas que siempre fueron unos egoístas que nada más pensaban en ellos y que, aunque teníamos una casa, nunca se pudo llamar hogar. Y eso me hace ser consciente de que no solo los niños que viven en los orfanatos están solos o necesitados de cariños, sino que hay pequeños que, teniendo a sus padres con ellos, saben lo que es el peso de la soledad. Un niño nunca debería sufrir. Las leyes deberían protegerlos más. Son nuestro futuro.



Entramos Lisa y yo al *pub* de Owen, que está a reventar de gente. Se ha corrido la voz de que iban a acudir muchos de los amigos famosos de Owen y la prensa es la primera que ha acudido a sacar fotos de todos. Por lo que sabemos, Leo, Maddie, Abby y Killiam ya están dentro. Britt y Donovan no tardarán en venir, que esta noche han decidido dejar a los pequeños con los padres de Britt y salir un poco.

Vamos hacia la zona vip y mientras llegamos veo varias caras conocidas del deporte y del mundo del espectáculo. Sabemos por Maddie que Owen no ha invitado a nadie aposta para esta noche. De hecho, Leo se enteró de la fiesta de despedida hasta la reinauguración por la prensa. Así nos lo dijo su mujer y dijo que Owen era así, que ya podía estar muriéndose y necesitando ayuda desesperadamente que no era capaz de pedirla. Por suerte, tiene muy buenos amigos, que están ahí en todo momento, y esta fiesta va a ser todo un éxito.

Maddie es la primera en vernos y se acerca a darnos besos y abrazos como si hiciera mucho que no nos ve. Abby la sigue y nos saluda feliz, al igual que sus parejas. Me quito la chaqueta y se la tiendo a Lisa para llevarla al ropero junto a la suya.

Me arreglo la falda azul marino ajustada de cintura alta. Y dejo el bolso donde han dejado los demás sus cosas.

—¿Lilliam? —me pregunta un camarero que lleva una bandeja con un cóctel de piña colada. Asiento —. Esto es para usted, quien lo ha pedido dice que sabrá bien de parte de quién y que lo disfrute.

—Dele las gracias —sonrío como una tonta por el detalle.

No debería, lo sé mejor que nadie, pero no puedo evitar cientos de mariposas tontas danzar en mi tripa.

Busco a Owen entre la gente, sin éxito, y miro hacia su despacho, preguntándome si está ahí observándome. Doy el primer trago mirando hacia la cristalera y sonrío para que sepa que su detalle me ha gustado.

—Anda que me has esperado para pedir —me dice Lisa al regresar.

—Tenía mucha sed.

El resto de nuestros amigos no se han dado cuenta de lo que pasaba. Leo está firmando autógrafos y Maddie contando algo que parece muy importante a su hermano y cuñada. Nos acercamos a ellos y nos enteramos de qué es tan importante. A Leo lo quieren para otra película y tiene un maquillaje supercompleto y original. Maddie trabajará con ayuda de una de las mejores maquilladoras de este mundillo y está superemocionada por todo lo que puede aprender de ella. Aparte, se acaba de abrir un canal en YouTube donde sube trucos de maquillaje y se hace cambios radicales alucinantes. Sé que es su manera de cerrar bocas, haciendo que la gente vea su talento.

Me termino la piña colada entre recuerdos. La semana que Owen y yo coincidíamos a veces, antes de acercarse, siempre me mandaba al camarero con una. Luego se acercaba y se quedaba a mi lado hasta que le daba el primer trago.

—¿De verdad las haces mejores? El listón está alto —le dije un día.

—Eso es porque le he dado unos truquitos al camarero.

—No sé si eso te hace ser generoso o tonto por regalar tu fórmula. —Se rio y me miró con intensidad.

—No trabajo para ser más rico, si quieren usar la fórmula y les va bien no me importa.

Me fijé en que dijo más rico, yo no tenía apenas dinero y él, que sí lo tenía, no parecía feliz por ello. Estoy dejando el recuerdo atrás cuando siento la mano de Owen en mi espalda desnuda debido a que llevo una camiseta que, aunque es tapada por delante, la espalda la llevo al aire.

Intento no hacerlo, juro que sí, pero sin quererlo evoco lo que fue sentir esa mano hace años acariciarme hasta aprenderse cada rincón de mi cuerpo. He tenido otros amantes, pero ninguno que me hiciera sentir tan mujer, tan deseada y tan hermosa mientras me hacía suya.

Sé que recordarlo me hace daño. El problema es que aunque nunca más sea mi presente, nadie puede quitarme el perderme en los recuerdos de cuando por un instante lo fue.

—¿Te ha gustado?

—Como detalle sí —le digo mirándolo sobre el hombro—, pero ahora puedo decir que sí, los tuyos son mejores.

Sonríe y noto que mi comentario le ha halagado. No sé si porque he recordado lo que me decía o por el cumplido.

—Hola, tío —le dice Leo, que se acerca junto a Killiam a saludarlo. Maddie también lo hace, dándole un gran abrazo.

—Una gran fiesta, esta noche seguro que tu padre no tiene a nadie allí —le dice Maddie cómplice.

—Con que le joda un poco me conformo —le responde Owen.

—Por fin estamos aquí —dice Britt, que llega antes que su marido, que está haciéndose unas fotos—. Juro que no me acostumbro a esto. A tener que posar en tantos lados y encima con buena cara cuando por dentro solo pienso en largarme de allí.

—Eso es porque de este mundillo solo te gusta tu marido —le dice Lisa antes de darle dos besos—. Estás preciosa, se nota que quien te vendió ese vestido tiene muy buen gusto con la ropa.

—Muy bueno, y por suerte me llena el armario de ropa que yo evito tener que salir a comprar.

—Si por ti fuera irías todo el día en vaqueros —le dice Abby.

—Pues sí.

Uno de los camareros se acerca a decir algo a Owen al oído y con una sonrisa se disculpa con nosotros. Lo veo perderse entre la gente. Tiene mucho estilo a la hora de vestir, cierto es que tiene un cuerpazo que le ayuda, pero es algo más, se nota que Owen tiene una elegancia innata que le hace estar impecable lleve lo que lleve. Hoy luce unos pantalones de pinzas y una camisa blanca arremangada. No tiene tatuajes, solo lleva un reloj caro plateado y nada más que acompañe su piel morena.

Me encanta y no debería.

Ponen una canción que está muy de moda y Maddie tira de nosotras hacia la pista de la zona vip. Y por una vez bailo de manera seductora sin vergüenza ni miedo de que la gente vea ese lado pasional

oculto en mí. Lo peor es que sé que lo hago por si él mira.

Capítulo 11

Owen

El *pub* nunca ha estado tan lleno. No esperaba tanta gente ni prensa, que darán más publicidad a mi local. Y, aunque debería hacerme sentir eufórico, no es así.

Saludo a la gente con una falsa sonrisa. Todo en mí es teatro... Todo menos la explosión de deseo que siento cuando al mirar a mis amigos la veo a ella bailar de esa forma tan sensual.

Noto un latigazo de deseo tan intenso que por un momento me olvido de todos, hasta de mi papel de anfitrión. Lo hago hasta que me reclaman y me alejo sabiendo que me será imposible en toda la noche olvidar su cuerpo danzando al son de la música y sus caderas moverse como antaño lo hicieron para recibirme.



Estoy haciendo recuento de caja cuando la puerta se abre y aparece Romeo. Solo él se atrevería a entrar en mi despacho sin llamar y solo lo hace ahora que no hay nadie.

—Una gran noche —dice sirviéndose una copa y preparándose otra, que me tiende.

—Lo ha sido. Hemos aparecido en los medios de comunicación y en las redes sociales. Y también lo ha hecho el *pub* de mi padre con su baja presencia de gente.

Sonrío como si esto me hiciera tremendamente feliz. Romeo me ofrece hacer un brindis por eso y junto mi copa a la suya antes de bebérmela de un trago.

—Y ahora, amigo —le digo—, será mejor que te vayas y disfrutes de tus vacaciones, antes de que me arrepienta de habértelas dado.

—Te arrepentirás en cuanto me vaya, ya que no habrá nadie que cubra tu sucio culo. —Sonrío por su broma—. Deberías tomarte unas vacaciones tú también, seguro que ni recuerdas cuándo lo hiciste por última vez.

Ojalá fuera así, una parte de mí estaría más tranquila de ser así. Pero recuerdo muy bien esa semana pasada al lado de una extraña que ya no lo es tanto.

—Las últimas no fueron bien, mejor no arriesgarme con otra.

—Sí, no vaya a ser que te dé por vivir más allá de este *pub* y descubras que vivir para trabajar no está pagado, cuando te olvidas de que fuera del trabajo hay una vida.

—Vete ya, deja de darme sermones.

Romeo sonrío y asiente.

—Cuídate.

—Y tú.

Romeo es igual de alto que yo, pero al contrario que a mí le encanta el deporte, y su cuerpo dobla el mío en musculatura. Tiene los ojos azules y el pelo negro como la noche. Y cuando te mira con frialdad más de uno siente cómo se congela cada poro de su piel. Algo que aprendió de su padre y que me consta ha perfeccionado con los años. Le encanta cuando la gente con una sola mirada suya se olvida hasta de su nombre. Y, aunque no lo admita, él tampoco sabe vivir mucho fuera el trabajo.

Subo a mi casa sobre las siete de la mañana. Cierro la puerta y la soledad de este pequeño sitio me absorbe. No sé en qué momento pensé que si era pequeño sentiría menos el peso de esta sobre mis

hombros.

Me pego una ducha y me preparo para irme a la cama. Antes de acostarme abro el primer cajón de mi cómoda y me quedo mirando un retrato y una caja. Hago amago de coger la foto, pero cierro el cajón.

Aún no estoy preparado para tomar según qué decisiones.



—Vaya, está todo patas arriba —dice Lilliam a mi espalda.

Me giro y la veo acercarse con unos vaqueros cómodos, deportivas y una sudadera gris. Así vestida parece mucho más joven y más porque no lleva maquillaje y, sin embargo, está preciosa.

—Son muy eficientes —le digo viendo cómo el equipo de trabajo que he contratado va de un lado a otro quitando lo que vamos a remplazar y envolviéndolo con cuidado.

Siempre dono lo que quito a una casa donde aceptan todo tipo de muebles que no te sirven y los exponen en un almacén para la gente que los quiere y no puede pagar una alta suma. Me consta que muchos de ellos han acabado en pequeños negocios y me alegra saber que mi necesidad constante de cambiarlo siempre todo ayuda a otras personas a poder darle un lavado de cara a sus locales sin que les cueste mucho.

—Estoy deseando ver cómo quedan todas mis ideas. Es la primera vez que decoro un local.

—Espero que no sea la única. Lo habéis hecho muy bien Lisa y tú.

—Mejor esperar a ver cómo queda y si gusta, y luego lo celebramos. —Me mira risueña. Se arremanga—. ¿Qué hago yo?

—Nada.

—No pienso quedarme de brazos cruzados viendo cómo estos hombretones lo hacen todo. Tú no lo estás haciendo.

—Es mi local.

—¿Es porque soy mujer?

Me río.

—No, te creo muy capaz de lograr lo que quieras. Y las mujeres soléis usar más la maña que la fuerza. Es porque es mi local y porque no te pago para esto. Solo para guiarnos en la decoración.

—Ah, aun así me apetece coger un martillo y pegar golpes a diestro y siniestro. ¿Me vas a quitar ese placer? —Noto que lo quiere hacer por algo y aunque me muero por saber qué le sucede, sé que ahora mismo necesita tiempo.

—No te lo pienso quitar. Ven, ayúdame.

Le digo lo que yo estaba haciendo y, como ya suponía, se pone codo a codo a mi lado para hacer lo mismo. Metemos las botellas y los vasos tras embalarlos en cajas. Mis trabajadores también lo están haciendo, pero no soy un jefe al que le guste quedarse mirando.

—Han traído unas nuevas cajas —me dice Román, uno de mis camareros más antiguos—. No son como las anteriores. A ver cuántos vasos cogen.

—¿De cuánto son? —Me lo dice, y sin pensarlo mucho le respondo—: Entran un total de veinticinco vasos unos encima de otros. —Lilliam me mira—. O tal vez más o menos. Lo he calculado a ojo.

—Pues vaya calculo más exacto. Me tienes que decir si ha acertado aquí el cerebritito —dice Lilliam a Román con una sonrisa. Este asiente atontado por la sonrisa de esta y se aleja.

—Solo soy bueno con los números.

—Ya, ha sido sexi —me río.

—¿Es sexi que sea un cerebritito?

—Sí —dice sin más—. La belleza es solo fachada, la inteligencia si sabes cómo usarla te durará toda la vida. Yo por eso soy de las inteligentes.

—También puedes encajar en el grupo de las guapas.

—Hasta que se me caigan las tetas y tenga bolsas bajo los ojos y unas caderas que no cojan por la puerta. Entonces solo me quedará mi sabiduría.

No puedo evitar sonreír, me encanta su forma de ser. Conmigo dice lo que piensa, lo que se le pasa por la cabeza, y siento que, aunque podría, no es así con todo el mundo. Eso me recuerda a mí. Hay partes de mi personalidad que tengo ocultas.

—Lo has clavado, jefe —me dice Román con la caja cargada para ponerlas donde el resto.

—Suerte.

Seguimos trabajando hasta la hora de comer. Han ido a por bocadillos y los comemos todos juntos entre cajas y muebles a medio desmontar. Lilliam habla con varias de mis camareras de su tienda de ropa y estas la miran ilusionadas hasta que les dice dónde está y veo cómo por sus caras pasa la pena de no poder permitirse un vestido de esa zona, y de Lilliam porque sea así.

—Os puedo hacer precio, seguro que llegamos a un acuerdo...

—Lo dudo, pero gracias, si tengo alguna boda u otro evento de gala me pasaré. —Lilliam asiente con una sonrisa, pero noto pesar en sus ojos azules.

Yo sé mejor que nadie lo que pesan las decisiones que tomamos para demostrar que somos mejores de lo que los otros piensan y creemos que para serlo debemos poner el listón tan alto que ni siquiera lleguen ahí nuestros sueños o nuestros deseos.

Le digo que me siga al despacho tras la comida y al entrar voy hacia mi máquina de café y preparo uno para cada uno.

—¿Has remodelado alguna vez tu despacho?

—No..., bueno, sí, una vez puse cuadros de Maddie. —Se los señalo.

—Eso no es remodelar.

—¿No te gusta?

—No está mal, aunque un poco oscuro.

—Tal vez como yo.

—Quién sabe, no te conozco mucho.

—Ni yo a ti, pero sé que esta mañana te pasaba algo y sé que ahora te ha dolido que mis camareras no se planteen ir a comprarte porque piensan que por la zona en la que estás es muy caro.

—Es que es caro, si yo bajara los precios la gente que compra en esa zona no entraría y la gente que sí puede pagarlos no va por esa zona. Pero es lo que hay.

—Tiempo a tiempo, lo mismo la tienda os va genial y puedes montar otra como te gustaría.

—No creo que eso pase, las cosas no van bien. Y el cambio climático no ayuda. Compró un montón de ropa de verano y resulta que el frío tarda en irse, y cuando la puedes vender es en rebajas a precios que no te dan más que para pagar letras. Y si compras mucha de invierno seguro que ese año el calor llega antes. No me haga caso, no he tenido un buen día.

—¿Y es por eso que querías trabajar o aniquilar a golpes mis muebles?

—No. —Me mira antes de sentarse en mi sofá de cuero. Me siento a su lado—. Es por Delia — recuerdo a la niña de la que me habló—, ha decidido dejar de leer los libros que le gustan. Estaba jugando a las muñecas.

—¿Y eso es malo?

—Es malo que haga lo que no le gusta porque quiere ser una más, porque no quiere destacar y porque cree que si es así tendrá una familia. Tal vez lo que desea nunca llegue y habrá dejado de ser quien es por nada. Es maravillosa, perfecta y no debería cambiar para agradar a nadie.

Me remuevo incómodo y me levanto para mirar por la cristalera a la gente trabajar.

—Es lo mejor, así tendrá amigos y será una más, no un bicho raro incomprendido.

—Me duele que pienses así, esa niña es perfecta y por gente como tú que no sabe apreciar la belleza en las rarezas de la gente ha aparcado quien es —me espeta con dureza. Nos miramos fijamente a los ojos—. Mejor me marchó o lo que partiré será tu cabeza hueca.

No le digo lo contrario. Es lo que pienso, y no voy a cambiar de idea.

Se va cerrando la puerta de un portazo y una parte de mí sabe que me merezco esto, y lo peor, siente asco por en lo que me he convertido, el problema es que cuando destacas en la vida tienes que estar preparado para ello y no todos pueden con la presión de ser señalado. Lo más fácil es camuflarse y ser como el resto. Ser uno más.

Capítulo 12

Lilliam

Llego temprano al *pub* de Owen sabiendo que alguien me abrirá, pues trabaja sin parar. Y así es. Entro con café recién hecho, al igual que los bollos que llevo en una bolsa de papel. Busco a Owen y lo veo en la barra. Se ha cambiado de ropa, pero me pregunto si ha dormido algo. Si ha subido a su piso a descansar o si ha pensado tanto como yo en mi tonto comportamiento de ayer. Estaba triste por Delia, porque ni el hablar con ella sirvió de nada. No dejo de ver sus ojos verdes llenos de lágrimas diciéndome que yo no lo comprendía. No sabía lo que era ser un bicho raro. Y tiene razón, no lo sé, pero sí sé qué es ser alguien que tuvo la mala suerte de tener una horrible familia y ansiar algo mejor.

El otro día leí un artículo al que le doy toda la razón, hablaba de que los recién nacidos necesitan cariño, mimos, cuidado, brazos... Se pasan nueve meses protegidos y atendidos en el vientre materno y de repente nacen y tienen que experimentar un sinfín de cosas nuevas. Es normal que lloren y pidan calor humano. Dejarles llorando no les hará aprender, sino aceptar que nadie irá a darles lo que necesitan. Una psicóloga añadía que a su consulta pocos iban diciendo que habían tenido exceso de mimos o de besos. Casi todos los que acudían hablaban de la falta de cariño recibida, y yo doy fe de esto. Porque mis padres siempre fueron unos egoístas. Aprendí que no me servía de nada desear sus caricias porque nunca las recibiría. No me hice fuerte, me hice conformista porque no podía esperar nada mejor.

Delia quiere mimos, quiere gente que la escuche, quiere lo que otros niños a su lado tienen. Por eso ha decidido olvidarse de quién es, para tener un poco de lo que necesita, y no puedo culparla, el problema es que me duele que para ser aceptada deba olvidarse de quién es en verdad. Que el mundo no esté hecho para las personas únicas.

—El café de la paz, y también he añadido bollos calientes por si esto no fuera suficiente.

Owen se gira y me mira con una sonrisa. Noto alivio al verla.

—No estaba enfadado, es solo que a veces soy un poco...

—Ogro, pero solo conmigo, por lo que he notado.

—Tienes esa suerte. —Coge el café y se lo prepara a su gusto, hago lo mismo—. En verdad pienso como tú, nadie debería cambiar para encajar con el resto, pero la vida es así.

—Tristemente, sí. Hasta que se diga basta. Alguien tiene que marcar la diferencia.

—Muchos «alguien». Uno solo no puede lograrlo.

—A veces de pequeñas gotas se consigue llenar un lago entero —le digo. A su lado no me siento tonta por mis razonamientos.

—Tienes razón. Pero qué solitaria la vida, la primera gota que cae hasta que llegan las demás. —Me río y lo miro feliz.

Con él es así, no solo entiende mis razonamientos, sino que añade algo más. A su lado es fácil ser uno mismo. Al pensar en esto me doy cuenta de que también me oculto, no por ser especial sino por miedo a no encajar con el resto. O por miedo a que la gente conozca mis partes malas y se pierda esa magia de cuando conoces a alguien y crees conocerla del todo hasta que descubres algo inesperado y todo adquiere otro color. La gente piensa que soy dulce y buena y a veces temo que si descubren que también soy humana y tengo infinidad de defectos se alejen de mí.

—¿Qué piensas, Lili?

—Lilliam... O mira, da igual. Llámame como quieras.

—Lo iba a hacer de todos modos. —Me roba un bollo—. Y ahora di.

—Si tú me dices sí has dormido.

—No, pero luego descansaré.

—No es bueno este ritmo de vida que llevas. De hecho, por tu salud mental esta tarde me pienso subir a tu casa para verte dormir.

—¿Es ese uno de tus sueños eróticos? —me dice con una pícaro sonrisa.

—No, no eres mi tipo.

—Ya, claro. —Se acerca a mi oído—. No te escuché quejarte de eso las dos veces que nos acostamos.

—Teniendo en cuenta que la segunda ya estábamos en la cama y la primera no dormimos mucho después, eso de acostarse no se podría aplicar en esta frase —le digo, roja como un tomate.

—Y yo que trataba de no ser bruto y no decir que follamos, pero si lo prefieres —lo dice justo cuando estoy tragando y me atraganto. Lo miro enfurecida, se ríe.

—Me quedo con «acostarnos», y que no se te suba a la cabeza, no eres mi tipo ahora. Y solo quiero asegurarme de que duermes. Lo hago por caridad con tus trabajadores, seguro que cuanto más sueño tengas más duro eres con ellos.

—¿Y qué harás mientras yo duermo desnudo?

—¿Duermes desnudo?

—Podría ser.

—Lo descubriré y mientras veré la tele en tu televisor de cincuenta pulgadas. —Me evalúa.

—Me lo pensaré. Y ahora mueve tu precioso culo y vamos a trabajar.

—Lo que yo decía, el sueño te hace ser un tirano —le pico al pasar por su lado.



—No hace falta que te quedes. Me voy a dormir, te lo prometo.

—Creo que por el bien de tus trabajadores mejor que te controle. Te recuerdo que te has puesto en modo jefe *tocanarices* tres veces.

Owen se frota la cara, se nota que está agotado. Separa las manos y lo que veo en su cara me entenece. Parece mucho más joven sin esa coraza de *puedelotodo* que lleva siempre. Me dan ganas de abrazarlo. Por eso me siento y cojo el mando, así evito tentaciones.

—Vete cuando quieras. Tal vez duerma toda la noche.

—Lo dudo, pero lo haré cuando sienta que tienes el sueño tan profundo que nada te despertará.

Owen sonrío y se va hacia su cuarto. Coge algo del armario y entra en el baño. Al poco sale con un pantalón de pijama gris y una camiseta básica blanca de dormir.

—Buenas noches.

—Veo que duermes con ropa.

—Siento haber hecho añicos tus fantasías eróticas —me dice con una media sonrisa.

—Para nada, no seas creído —sonríe y se va hacia la cama—. Descansa, yo velaré por tus sueños.

Le digo lo mismo que le he dicho otras veces a tantos niños del orfanato más pequeños que yo y me sorprende ver lo mismo en los ojos de Owen que en la de esos niños, el deseo de que sea verdad y aleje

sus pesadillas.



No debería hacerlo, lo sé. El problema es que llevo tres horas sin ceder a la tentación de acercarme a verlo dormir y ahora que lo he hecho no puedo evitar acariciar su mejilla con cuidado de no despertarlo. Ya es de por sí esto demasiado embarazoso con él durmiendo como para que se despierte y me pille.

Mientras lo hago no puedo evitar recordar esa semana juntos. Me hizo feliz, y eso que hasta que no me desperté y vi que se había ido no admití lo mucho que me gustaba.

Aparto la mano y me alejo. Es lo mejor. Solo podemos ser amigos.

Me voy preguntándome si no saber su secreto en vez de irme me acercaría y besaría esos tentadores labios que tanto estoy ansiando volver a catar. Y eso es algo que nunca sabré.



Llevo el último plato a la mesa de centro del salón y me siento al lado de Maddie. Hoy es viernes y tenemos cena de chicas, como en los viejos tiempos cuando vivíamos las tres juntas. Leo tenía un evento y Maddie pasaba de ir con él y poner buena cara.

—Tu marido ya ha posado en el *photocall* —le dice Lisa a Maddie tras ojear el Twitter en la *tablet*. Nos lo muestra y vemos a Leo posar sonriente, y bajo la foto pone que una vez más su esposa lo deja solo.

—Qué mala soy, dejarlo solo ante los lobos —bromea Maddie cogiendo una patata—. Por suerte, Leo sabe lidiar con ellos muy bien sin mi ayuda —dice con la boca llena.

—A mí me encantaría ir. Me pondría en cada evento un modelo —dice Lisa risueña.

—Dices eso porque la prensa pasa de ti. Cuando vives con la presión de que te saquen en cualquier momento dejas de ver ese lado glamuroso.

Yo soy más como Maddie, no me gusta ser el centro de atención, y no llevaría bien tener que ir a un lugar donde la gran mayoría te envidian y te dicen ante las cámaras lo mucho que les importas. Odio la falsedad.

—Supongo, pero como eso nunca me sucederá dejadme que sueñe solo con el lado bonito de este mundillo —dice risueña Lisa.

Sigue tecleando hasta que ve algo que le hace dejar la *tablet* de mala manera. No me hace falta mirarla para saber qué ha sido. Maddie lo hace y vemos a Lisa en una de las páginas de citas. Su foto no llegó a desaparecer del todo y de vez en cuando reaparece. Me pregunto si la gente es consciente de que cuando mandas una foto o la subes a las redes sociales dejas de tener el control de esta y puede circular por las redes de cualquier manera, desde memes o páginas de contactos.

Lisa lo aprendió de la peor manera posible. Y aunque sonrío y hace como si nada sé que le duele mucho y más porque desde entonces sus padres le han negado el poder volver a su casa. Y cuando ha ido a su pueblo la han señalado con el dedo. De esto me enteré hace poco y si me lo contó es porque ambas habíamos bebido de más en casa, tras un día muy duro de trabajo y cuando le dio el bajón me contó que cuando dice que se va a ver a sus padres en verdad se va a un *spa* sola porque sus padres no quieren verla. Ya no ha vuelto a engañarme y si ha querido ir a un *spa* me he ido con ella.

Es triste que tus padres en vez de apoyarte te rechacen. Y luego son los típicos señores que van todos los días a misa, que ayudan a los más necesitados y que se dan palmadas en el pecho diciendo lo

buenos y necesarios que son en su pueblo. Todo de cara a la galería, claro.

—¿Qué tal va la reforma de Owen? —me pregunta Maddie.

Pienso en esta semana, siempre que he podido he ido a ayudar y a ver cómo va todo. Owen dice que descansa, yo lo dudo mucho. No he querido volver a sugerirle lo de vigilarlo, ya me siento lo suficientemente tonta por acariciarlo en sueños. No quiero estar otra vez cerca y cometer otra estupidez igual.

—Bien, Owen descansa poco y tiene fritos a todos.

—Como jefe es duro, pero sé que luego les compensa con días libres o les paga un suplemento. Le cuesta ceder a otros el control, piensa que si no lo controla todo sucederá lo irreparable. Es así de tontito.

Maddie sonrío con cariño, lo quiere mucho y él a ella por lo que sé. Maddie nos dijo que la gente que los conocía pensaba que acabarían juntos por su complicidad, pero ella de verdad solo lo quiere como a un hermano, y se nota.

—Por cierto —empieza a decir Maddie risueña—, una marca famosa de maquillajes me ha pedido si me puede mandar sus cosméticos para mis vídeos y dar mi opinión sincera. Les he dicho que sí, claro, y me parece superemocionante hacer eso. Eso sí, como no me guste lo pienso decir también.

—Haces bien y si te sobran pinturas me las vas pasando —le dice Lisa—. O mejor, te puedo servir de modelo... —por la mirada de Lisa pasa un halo de pesar—, mejor no. Prefiero no aparecer bajo los focos nunca más.

Esto contrasta con lo que dijo antes de que es emocionante ser el centro de atención, Lisa es así, se contradice ella sola segundos después.

—Como quieras, pero sí necesitaré una modelo. —Maddie me mira, Lisa sonrío cómplice.

—¿No estarás pensando en mí? —le pregunto y ambas asienten—. No, a mí esas cosas no me gustan.

—Es por ayudar a una de tus mejores amigas —me dice Maddie poniéndome ojitos—. Por favor..., no muchas veces, las necesarias.

—Sé que me voy a arrepentir de decirte que sí...

—No. ¡Gracias! —Maddie me abraza y me da un sonoro beso—. Podemos empezar esta noche. Vamos a cenar rápido, que vamos a grabar.

—Qué emocionante —dice Lisa atacando la comida para acabar cuanto antes.

Me hacen comer rápido y me doy cuenta de que, sin ser consciente, me estoy cambiado de ropa para encajar con las pinturas elegidas por Maddie. Lo preparan todo para la grabación. Han cogido varias lámparas de la casa y las han puesto de manera que yo tenga más luz. Y no sé de dónde lo han sacado, tras de mí tengo un fondo azul oscuro que dice Lisa que hará resaltar mis rasgos. Lisa va a revisar el grabado mientras.

—Acción —dice ilusionada Maddie.

La veo explicar a la cámara con mucha soltura qué va a hacerme. Se nota que ama su trabajo. Sus ojos brillan con intensidad. Lo disfruta. Y entonces empieza a maquillarme. No es la primera vez que lo hace y, como siempre, siento que hace magia con sus manos. Como si diera vida a una obra de arte efímera.

—Y, listo, un maquillaje de noche. Espero que os guste, y no se os olvide seguir mi canal.

Miro a la cámara como me han dicho y cuando dicen «corte» siento el alivio de no sentirme

observada.

—Lo voy a revisar y lo subo. —Le suena el móvil y ve que es Leo. Lo coge mientras recoge sus cosas—. Me voy, chicas, Leo me espera abajo. Esta misma noche edito el vídeo y lo subo. —Me abraza—. Lo has hecho genial, tenemos que repetirlo.

Pienso en negarme, no lo hago por la ilusión que he visto en sus ojos. Se marcha y Lisa y yo lo recogemos todo.

—Estás cañón, deberíamos salir a tomarnos unas copas y romper unos cuantos corazones.

—No tengo muchas ganas y he quedado temprano con Fabian.

—Lástima que el maquillaje no te dure hasta mañana, lo dejarías sin respiración.

—Me ha visto sin maquillaje y no salió huyendo.

—Tampoco sé qué le hizo irse —deja caer.

—Era lo mejor.

—Bueno, quién sabe, tal vez ahora sea vuestro momento.

No le respondo, pues ni yo sé lo que quiero. O tal vez sí y por eso cuando Fabian me dijo de quedar le dije que sí sin darle muchas vueltas. Porque lo que se quiere no siempre es lo que tendrás.

Capítulo 13

Lilliam

Entro al concesionario donde trabaja Fabian. Son cerca de las once, he estado un rato en la tienda, pero hoy no había mucha gente, como últimamente, y entre Lisa y la chica que tenemos contratada se apañan, por eso esta semana he podido pasar más tiempo revisando las reformas en el *pub* de Owen.

No tardo en ver a Fabian, está con una pareja joven que por lo que veo esperan un bebé. Me quedo algo alejada viendo los coches y sin querer me llega la conversación, quieren un coche familiar para la llegada del pequeño. Fabian es un profesional y les pica para que lo compren ya, para que no se vayan a otro lugar. Les hace una gran oferta y añade eso de: «Esta oferta es la que tengo ahora mismo, no puedo asegurarte que mañana siga estando».

¿De verdad esto les funciona? Sí, como vendedora lo he visto muchas veces en mi tienda. Yo no lo hago porque no me siento cómoda. Esa oferta estará hoy y mañana y seguramente Fabian los acabe llamando en unos días con otra oferta mejor, pero Lisa es como Fabian, no le gusta perder ni una venta.

La pareja sonrío y dice que se lo pensarán. Fabian no les insiste más, no es tonto y sabe que si fuerza mucho las cosas se sentirán acorralados y no regresarán. Solo les desea que todo vaya muy bien si no regresan y que para cualquier cosa ya saben dónde localizarlo.

—Hola, preciosa —me dice al venir hacia mí para darme un par de besos.

—Hola. Se me hace raro verte como vendedor.

—Espero que sea raro pero bueno. Si quieres uso mis dotes comerciales contigo.

—No van a funcionar, estuve meses buscando coche en varios concesionarios y siempre me decían lo mismo. ¿Tienes un manual de cómo ser un vendedor modelo? —Se ríe y me gusta su risa. Ronca y sensual.

—No, pero te aseguro que yo soy de los mejores —bromea.

—Ya será menos.

Coge sus cosas y, tras decirle a su compañero que ahora regresa, nos vamos a una cafetería cercana a tomar algo. Entramos y me apetece probarlo todo, al final me decanto por unas empanadillas recién hechas. De esas que tienen los picos tan crujientes que tras acabar una estás deseando tener una siguiente en el plato.

—¿Qué tal la semana? Casi no has tenido tiempo de escribirme —me dice una vez sentados.

—Estamos liados con la reforma del *pub*.

—¿Le queda mucho?

—No, están trabajando por el día y por la noche para que no esté cerrado mucho tiempo.

—Estoy deseando ver cómo lo has dejado.

—Tampoco he hecho mucho, Owen también tiene muy buenas ideas y ha puesto su toque. —Fabian se queda callado. Lo miro, me observa con intensidad como si viera algo en mí—. ¿Qué pasa?

Sonríe como si nada.

—Nada, es solo que me gusta estar de nuevo a tu lado —dice sincero.

Abro la boca para hablar justo cuando me llega un mensaje al móvil. Lo miro, es de Maddie. Es un enlace del vídeo, le doy muerte de vergüenza y se lo dejo ver. Me entra la risa nerviosa. Y me veo

ridícula en el vídeo, aunque reconozco que Maddie ha hecho una edición perfecta y el maquillaje es espectacular.

—Estás preciosa.

—Gracias. Lo hago por Maddie, a mí todas estas cosas no me gustan mucho.

—Pero por los amigos lo que haga falta.

—Sí, hay que ayudar. A mí tampoco me costó mucho estar ahí quieta.

—Mándame el enlace para seguir a Maddie y así poder ver los nuevos vídeos que te hará, porque seguro que no es el primero.

—Conociendo a Maddie no lo será. No tardará mucho en insistirme en hacer otro. No sé dónde me he metido —le digo con cariño.

Fabian me sonrío y seguimos hablando un poco hasta que le llaman para que regrese a trabajar, ya que le esperan unos clientes. Nos despedimos en la puerta y le prometo llamarlo pronto para quedar. Sé que me está dejando mi espacio para no agobiarme. Me conoce y eso me gusta.

Cojo el coche y aparco cerca del *pub*. Al entrar veo un montón de gente yendo de un lado a otro y al fondo a Owen dando órdenes a diestro y siniestro. Parece tenso, aunque trata de ocultarlo.

Me pongo a su lado y me taladra con la mirada.

—Llegas tarde.

—No tengo horario de llegar. ¿Has dormido?

—Lo suficiente.

—Es decir, nada. —Me subo a una mesa y pido atención—. Por favor, dejad todo lo que estáis haciendo y escuchadme.

—¿Se puede saber qué haces? —me espeta Owen cuando ya tengo la atención de todos.

—Como encargada de la decoración de la reforma necesito que dejéis lo que estáis haciendo y os vayáis hasta la noche. Si no tenéis turno a esa hora nos vemos mañana.

—Ni de coña, hay mucho que hacer... —dice Owen cuando ve que la gente contenta por marcharse empieza a dejar lo que tenían entre manos—. Este es mi negocio.

—Me marchó y te dejo tirado como me contradigas. —Lo reto con la mirada.

La mirada de Owen se afila y nos observamos a ver quién puede más. Al final, tras maldecir, se marcha hacia donde está su casa. Yo me quedo hasta que se va el último y solo queda el de seguridad, que me dice que se encarga de cerrarlo todo.

Subo a su casa y no me sorprende ver la puerta abierta. La cierro y me enfrento a la enfurecida mirada de Owen.

—No sé qué ha pasado, pero no puedes llevar este ritmo.

—¿Por qué intuyes que me ha pasado algo? ¡Llevo este puto ritmo desde hace años y hasta ahora no he necesitado a una puñetera niñera que me dé órdenes! —Llego hasta su lado y solo lo miro, Owen no tarda en darse cuenta de que se ha pasado—. ¡Joder! ¡Me voy a dormir, tú haz lo que te dé la gana!

—Eso haré, gracias por darme permiso.

Owen se va al cuarto de baño y escucho el grifo de la ducha. Me pongo cómoda en su sofá y enciendo la tele. Al rato sale con una toalla solo atada a la cintura y me cuesta tener la boca cerrada. Espero no estar babeando. Por suerte no me mira. Sigue con el entrecejo fruncido y no parece estar de muy buen humor.

Lo había visto sin ropa, pero con los años es aún mejor.

Estoy tan absorta recorriendo cada centímetro de su piel expuesta que cuando se quita la toalla y me muestra sus atributos pego un grito de la impresión.

—¡Joder!

—¿De qué te sorprendes, rubita? ¿Acaso ya lo has olvidado?

—Por supuesto que sí, es lo que tienen las cosas pequeñas. —Alza las cejas y me parece ver diversión en sus ojos dorados. Los dos tenemos ojos en la cara y su miembro no es para nada pequeño.

—Suerte entonces que te haya refrescado la memoria, parece habérsete atrofiado con el paso de los años.

Se pone ropa cómoda ante mi atenta mirada.

—Tendré que comprar gafas para ello, aunque es como la recordaba... igual de insignificante. Casi ni se ve.

Me mira y esta vez sí veo diversión en sus ojos. Se mete en la cama y no puedo dejar el tema aquí, no el del tamaño de su anatomía, sino el de qué le sucede.

Me siento en su cama al lado contrario de donde está él. Se gira y me mira.

—Dime qué he hecho para merecer este acoso —dice recostándose en la cama tras ponerse varios cojines en la espalda.

—Quiero saber qué te pasa y no me digas que nada, no te creería.

—Tengo derecho a no querer contarlo.

—Ya, es cierto, pero hoy no tengo nada mejor que hacer y puedo insistir.

—Reconoce que tú lo que quieres es verme otra vez desnudo y tener nuevas imágenes para tus sueños eróticos.

—Das por hecho que necesito imágenes para mis sueños eróticos, Owen, y tal vez mi vida sexual sea tan plena que no necesite esas fantasías.

—¿Lo está? —me pregunta.

—¿Me vas a decir qué te pasa?

—Si respondes, es posible que sí.

—Me tengo que jugar entonces el que me respondas.

—Sí.

—No debería responderte, pero no tengo nada que ocultar, no es un secreto que hace mucho tiempo que no paso la noche con nadie.

—Puedes no estar con alguien y sin embargo satisfacer tus deseos sexuales. Tienes dos manos.

—¡Owen! —Sonríe y luego se pone serio mirando hacia el sofá, está claro que ha usado este tema para distraerme y que lo dejara en paz—. Mi padre ha conseguido duplicar la publicidad alcanzada en una noche de fiesta y muchos creen que si he cerrado una vez más para remodelar el local es porque soy incapaz de admitir que ante mi progenitor no tengo nada que hacer, que yo solo soy una copia barata del mejor.

—¿De verdad eres alguien que hace caso a la prensa? No te tenía por esos. —Me recuesto a su lado tras quitarme los zapatos—. Seguramente quien haya dicho eso será alguien a quien tu padre ha pagado y aunque no sea así da igual. Deberías hacer eso por ti.

—Quiero destruirlo, ser el mejor —me dice tras observarme con intensidad—. Lo odio, Lili, y nada

me apartará de mi meta de hundirlo. Si para eso tengo que remodelar mil veces mi *pub* lo haré. Solo descansaré cuando lo vea hundido y deje de sentir que me mira sobre su hombro.

—¿Y de verdad todo acabará cuando eso pase? Yo creo que no, que solo lo hará cuando vivas tu vida y te resbale todo esto.

Owen cierra los ojos y no dice nada. Debería irme, pero en vez de eso cojo su mano y se la aprieto. Me devuelve el gesto. No me suelta y yo tampoco hago nada por irme. Me gusta estar aquí, a su lado. Tal vez demasiado. Estoy jugando con fuego, el problema es que no sé si quiero librarme de quemarme.

Owen

Observo a Lilliam dormir mientras termino algo para merendar contundente, dado que no hemos comido. No me esperaba que se quedara. No nos hemos soltado la mano en toda la tarde. Me desperté y estábamos frente a frente con las manos entrelazadas. Fue muy raro. Y más el que me quedara un rato observándola.

Lo suficiente para recuperar la cordura.

Algo que casi pierdo esta mañana.

Ella tenía razón, me estaba pasando con mis trabajadores y me estaba matando a trabajar porque no soportaba saber que mi odiado padre había conseguido un éxito. Me desnudé ante ella para que se fuera sabiendo que no lo haría y que me soltaría algo como lo que dijo. No sé por qué la provoqué o por qué busco picarla.

Me desconcierta.

—Despierta, dormilona, tenemos que trabajar. —Lilliam se despereza hasta que recuerda dónde está y se levanta de golpe. Se mira la ropa y me río—. No me gusta hacer el amor con personas inconscientes. No es mi estilo.

—Pensaba que lo que tú y yo hacemos se llama follar —me dice saliendo de la cama.

—Cierto, no lo olvidaré. —Le guiño un ojo y voy hacia donde he dejado la cena—. Come algo, tenemos que recuperar el tiempo perdido y dado que has despedido a todos hasta la noche te tocará ayudarme.

—No tardarán en venir y seguro que agradecen que ya no estés gruñendo. Lo mismo hasta me ponen un monumento.

—O a mí por soportarte.

—Yo creo que a ti no, no te lo mereces. Por mucho que esta merienda tenga una pinta deliciosa.

Se sienta a la mesa y espera que haga lo mismo para atacar la comida. Comemos en silencio y tras recoger bajamos al *pub*. Pongo algo de música usando la antigua radio que hemos puesto tras la barra y le digo qué quiero hacer. Estamos solos, aún no ha venido nadie.

Trabajamos con rapidez y nos entendemos bastante bien. De repente suena una canción lenta que se va animando con el paso de los segundos. Lilliam se mueve con la música, la siente dentro. Me voy hacia la barra para saltarla y subirle el volumen.

—Me gustaría verte bailar —le digo apoyado en la barra.

—No me pagas para eso.

—Lo sé, pero me gustaría verte.

—No pienso quitarme la ropa —me río.

—No me quejaría si lo hicieras, yo no tengo problemas de memoria y recuerdo tu precioso cuerpo a

la perfección. No me importaría recrearme de nuevo con tus curvas —se sonroja—. Pero hoy solo quiero verte bailar. Como la otra noche con tus amigas.

Nos miramos a los ojos y creo que no lo hará, pero entonces cierra los ojos y se mueve al son de la música. Salgo de la barra y voy hacia ella conforme la música alcanza su apogeo. Es preciosa y sus movimientos son sensuales, no puedes apartar la vista de ella. No puedes dejar de mirarla. De seguirla con la mirada. De recorrer cada curva de su cuerpo con deseo. Que no vaya a dejarme llevar por este no significa que no sepa reconocerlo cada vez que la tengo cerca.

Se gira y me sonrío. Y entonces se me ocurre una loca idea y miro las altas paredes con esa idea en mente.

—No dejes de bailar —le pido cuando acaba la música, dando vueltas a mi idea. Es una locura... Es fantástica.

—¿Qué pasa? —me dice Lilliam a mi lado cuando tomo papel y lápiz.

—Quiero que todos te vean bailar.

—No pienso bailar para toda esa gente —me dice retrayéndose.

—Nadie sabrá que eres tú.

—¿Pretendes que lo haga con una máscara? Ya te adelanto que no. Me duele que me pidas esto.

—No, a ver, imagina en las paredes grandes pantallas con el fondo negro y tu silueta iluminada bailando de una pantalla a otra al son de la música. Es un poco locura, pero sería genial...

—Y tu padre no tiene algo así.

—A ese idiota no se le ocurriría algo así. Él preferiría que bailaras desnuda. Y yo nunca te pediría que hicieras algo que no quieres.

—¿Y por qué crees que quiero bailar para ti y que cojas mi silueta para eso?

—Porque sabes tan bien como yo que es una locura alucinante.

—Creo que últimamente Maddie y tú me habéis visto cara de monja de la caridad.

—¿Qué tiene que ver Maddie en esto?

—Anoche me grabó pintándome. Salgo en YouTube como su modelo.

Sonrío.

—A mí entonces no me puedes decir que no. Vamos, he visto en tus ojos que no te desagrada la idea. Ahora solo tenemos que indagar quién puede hacerlo.

—No sé, no bailo tan bien.

—Tal vez no seas perfecta —agrandas los ojos—, pero eres perfecta para lo que busco. La perfección está sobrevalorada.

—La perfección no existe, y los que se creen que lo son se pasan toda la vida interpretando un papel para no quitarse esa careta que les hace parecer superiores. La gente que vive de verdad es la que se equivoca y piensa que si ha sido así es porque lo ha intentado.

—Muy cierto, y ahora quiero ver ese vídeo. —Saca su móvil del bolsillo de su vaquero y me lo enseña. Me pongo tras ella. Muy cerca, demasiado si tengo claro que no pienso hacer nada con ella. Observo el vídeo hipnotizado por su perfume. Maddie hace un gran trabajo y Lilliam queda preciosa en cámara. Paso mi mano por su cintura apostada para llegar al móvil. Noto cómo se tensa, cómo su cuerpo reacciona a mi contacto. Le quito el móvil de las manos y me voy hacia la barra.

—Es mi móvil.

—¿De verdad? —la pico. Me envió el vídeo y se lo devuelvo. Me ha dado tiempo a ver los comentarios, son muy buenos.

—Es una locura, alguien pensaría que avergonzándome de mi pasado me daría reparo que me alguien me reconociera, pero sé que nadie lo hará. Primero, llevaba antifaz y segundo, la gente no mira en verdad a las personas, solo ve lo que quiere ver. Por eso nadie salvo Fabian vio la tristeza en mis ojos. Para los demás solo era un trozo de carne que les excitaba.

Lo dice sin reparos y me deja helado su sinceridad porque es cierta, y sé mejor que nadie que pocas personas desean saber cómo eres, hacerlo supone un esfuerzo que no todos desean.

—Yo sí me hubiera dado cuenta —le digo queriendo creerlo.

—Nunca lo sabremos, o sí, tal vez un día oculte algo ante tus ojos y tú no quieras pararte un segundo a leer qué dice mi mirada.

—Ese día veremos quién tiene razón. —Escucho la puerta de la calle abrirse y al poco veo entrar a varios trabajadores—. Por cierto, le digo cambiando de tema mientras vamos hacia la zona donde quiero seguir trabajando—: ¿Por qué llegaste más tarde?

—¿Eres consciente de que no tengo horario, verdad? —me dice divertida.

—Lo admito, soy un cotilla —se ríe y me roba una sonrisa mientras espero su respuesta, es como si en el fondo lo supiera y esperara estar equivocado.

—Fui a desayunar con Fabian —me responde. Esas eran mis suposiciones.

—El *vendemonas*. —En verdad no sé por qué me molesta verla con él.

—Vende coches, y déjalo estar. Fabian es muy buena gente.

—Lo que tú digas. —Lilliam abre la boca para replicarme, pero me llaman requiriéndome y se guarda lo que iba a decir para ella—. Nos vemos ahora.

—Será si sigo aquí, lo mismo he quedado con el *pintamonas*..., digo Fabian, para cenar. —Me marchó con una sonrisa por cómo lo ha llamado ignorando lo mucho que le molesta que sea cierto que haya quedado a cenar con él. Tal vez lo mejor sería que fuera cierto. Así más tranquilos todos.

Capítulo 14

Lilliam

—¿No te decides? —me pregunta divertido Víctor, el jefe de la mejor pastelería que conozco, tras el mostrador.

—La culpa es tuya por superarte siempre con las nuevas tartas.

—Llévate un trozo de cada.

—No puedo, mis caderas no tienen cabida para más dulces. —Se ríe y al final me decido por la de chocolate.

—Yo hubiera elegido la de queso y melocotón —me dice Owen a mi espalda.

Pego un bote por su cercanía y me giro para recriminarlo por asustarme. Sonríe, lo ha hecho aposta.

—No deberías ir por ahí asustando a la gente.

—¿Yo? Me declaro inocente.

—Ya, claro. —Owen me mira relajado.

Las obras están acabando y queda mal decirlo, pero mis ideas se ven incluso mejores en la realidad. Esta semana hemos trabajado tanto que no hemos tenido casi tiempo para hablar. Y menos para ir al estudio de grabación de su amigo, donde me quiere grabar bailando. No he aceptado, pero tampoco le he dicho que no vaya hacerlo.

No esperaba encontrármelo hoy sábado tan temprano en la cafetería de Víctor. Y menos aún encontrarlo sin cara de sueño o de mala leche.

—¿Quién eres tú y qué han hecho con Owen? —Se ríe y le pide a Víctor, tras saludarlo, una tarta de queso con melocotón.

—¿Tanto te extraña verme de buen humor? —dice llevando su tarta y la mía a una mesa cercana.

—Tan temprano y fuera del trabajo... Sí.

Se sienta tras sacar su móvil y me lo tiende tras buscar algo. Lo cojo y leo, no sé si alegrarme y entristecerme por que el motivo de la felicidad de Owen sea este. Anoche su padre tuvo que cerrar el local porque varios de los asistentes se empezaron a encontrar mal tras probar su cóctel estrella.

Nada grave, y todos están en su casa, pero las críticas se han disparado y eso ha puesto de nuevo los dos *pubs* al mismo nivel.

—Me alegra por tu felicidad si no fuera por algo así. Es triste que tu felicidad se base en su desgracia.

Sus ojos dorados se tornan fieros.

—Yo no le deseo nada que él no me desee a mí o que no me haya hecho antes. Solo quiero que tenga lo que yo tuve por su culpa. —La frialdad con la que lo dice me quita de cuajo el apetito.

Cojo su mano sobre la mesa y se la acaricio.

—Me puedes contar lo que quieras, si quieres me hago la tonta y por un día soy solo una extraña.

—Lo tendré en cuenta para otro momento. Y ahora no me arruines la felicidad.

—¿Has dormido?

—¿Que fijación tienes tú con mi sueño? Ya sé lo que pasa —me mira con los ojos entrecerrados—, quieres que te diga que no, para meterme de nuevo en la cama y con la excusa de que descanse quedarte a

mi lado.

—No te flipes, me da igual, lo hago por mi salud mental, eres insoportable con sueño. Hasta Romeo me lo reconoció ayer y me dio las gracias por obligarte a descansar.

Owen sonrío al pensar en Romeo, son muy buenos amigos. O tal vez más que eso, he visto la complicidad que tienen y solo he visto cuando Owen está con Killiam y su hermana Maddie. Owen también ve a Romeo como parte de esa familia que se ha visto obligada a crecer con personas que, aun no teniendo su sangre, han generado con él lazos más fuertes que las de los que sí.

—Lástima, te iba a proponer irnos a la cama desnudos..., pero solo a dormir.

Se me abre la boca, asombrada porque diga eso.

—Sí que estas de buen humor, sí.

—Hoy nada me puede joder el día.

—Nada, salvo echar un polvo —me mira como si no comprendiera—, algunas personas lo llaman «joder»...

Se ríe, su buen humor me gusta y me preocupa.

—Lo había pillado, no esperaba que me lo aclararas, ha sido divertido.

Me levanto cansada de su buen humor, que siento que solo es fachada.

—Me marchó, hoy estás demasiado *happy* y tanta felicidad me está empalagando. Me voy a ver a Delia.

—Te acompaño y prometo dejar de ser un oso amoroso. Quiero conocer a esa niña de la que no paras de hablar.

Lo miro ilusionada, es cierto que esta semana cuando hemos tomado café o descansado hemos hablado un poco y le acabé enseñado mis fotos con Delia. Y contando anécdotas de esa pequeña. No esperaba que tuviera ganas de conocerla. Me hace feliz que sea así y me olvido de lo mal que me sienta que cimente su buen humor en el fracaso de su progenitor.

Llegamos al orfanato. Clarisa me dice dónde está Delia tras presentarle a Owen y mirarme con una alzada de cejas cuando creía que este no se percataba. Por la sonrisa de medio lado de Owen sí ha sido muy consciente de las insinuaciones implícitas de ese gesto. Por suerte, no ha comentado nada acerca de que Clarisa piensa que lo he traído porque estamos juntos.

Recorro el patio con la mirada una vez buscando los lugares donde suele estar la pequeña. No la veo en ninguno de ellos, sino con las niñas de su edad jugando. Algo bueno si no fuera porque una vez más está siendo quien no es.

He hablado con ella, le he dicho que si la gente te quiere mientras finges, en verdad nunca te querrá a ti, sino a una farsa. No ha resultado, tampoco el decirle lo maravillosa que a mí me parece. Nada, verla con sus nuevas amigas, siendo una copia de ellas y aniquilando todo eso que la hace única y especial me destroza.

Finjo una sonrisa y voy hacia ella.

Delia me ve y se olvida del juego para salir corriendo a abrazarme.

Al menos esto no ha cambiado, pienso al abrazarla con fuerza. Ella hace lo mismo y casi siento su desesperación en su gesto como si se aferrara a mí con fuerza por miedo a seguir hundiéndose.

Me separo y me mira con una sonrisa, luego a Owen, que se ha agachado a su lado y le revuelve el pelo.

—Lilliam me dijo que eras una niña preciosa, pero no imaginaba que lo serías tanto. —Delia se sonroja y mira a Owen embelesada.

Ambos se miran a los ojos con fijeza y luego Delia le tiende la mano. Owen sonríe y se la estrecha. Me sorprende este gesto, pero a Owen parece haberle gustado. Llaman a Delia para jugar y reticente se marcha tras mirarnos de manera lastimosa.

—Odio que finja ser quien no es.

—Así tiene amigas —dice Owen sin más.

—Si tú eres capaz de ver que esas no son de verdad sus amigas, me das lástima.

—No seas tan dura conmigo, vas a hundirme.

—Pensaba que hoy nada podría quitarte la felicidad —le recuerdo, yendo a unos bancos cercanos bajo la sombra de unos pinos.

—Eso fue antes de venir aquí. Hay demasiados niños sin un hogar.

—Muchos, y también los hay que lo tienen, pero en verdad no se sienten en uno —le digo con toda la intención.

—No lo voy a negar.

Vemos a un grupo de niños jugando al fútbol. Hay niños de todas las edades y los más pequeños no parecen tener más de tres o cuatro años. Sus ojos muestran una madurez que no debería verse reflejada a su edad.

—A estos niños les falta inocencia —le digo—, lo sé de primera mano. Aunque yo fui de las raras que hasta el último día pensaba que encontraría una familia. Llámame insensata o cabezota. Me costaba aferrarme a la idea de que yo no lo lograra. Aceptar que nunca la tendría.

—Ahora puedes tenerla.

—Lo sé, solo falta encontrar a un hombre que se muestre dispuesto.

—Y al que tú elijas. Siento que tu listón está muy alto.

—No tanto, solo pido que vea la familia como yo. Como unión y fuerza. No quiero a un hombre a mi lado que solo me mire con deseo hasta que se me caigan las carnes o me ponga arrugada como una pasa y se dé cuenta de que la belleza es efímera y no le guste mirarme y ver mis defectos con el paso del tiempo y tener que irse con la primera veintea era que le haga caso para que así al mirarla tenga la sensación de que él es tan joven como ella.

—Guau, no podía haber definido mejor a los *asaltacunas* —me río—. Envejecer es duro, pero peor es no hacerlo.

—El problema es que hay personas que se pasan la vida esperando algo en vez de darse cuenta de que ya lo tienen.

—Que filosóficos nos hemos vuelto —dice Owen con una sonrisa.

Miramos a Delia, que nos observa con cara de pena mientras sonríe como si le encantara jugar a las muñecas. La llamo con la mano para que venga, pero niega con la cabeza y siento que me rechaza porque le han dicho sus amigas que no es normal que su única amiga sea alguien tan mayor. Me veo egoísta por querer privarla de amigas de edad. Tal vez yo no comprendía tanto como creía.

—Ser a mejor que nos vayamos. Ella se lo está pasando bien.

Empiezo a irme y Owen me detiene.

—No es feliz sin ti, pero también es un niña que solo quiere encajar. No te está rechazando, Lili,

solo está siendo camaleónica. Su inteligencia le hace ser consciente de que si quiere ser una más tiene que dejar de destacar.

Lo miro apenada sabiendo que tiene razón.

—Vendré otro día. Ahora será mejor que vayamos a trabajar en tu *pub*. Echas felicidad por los poros, seguro que tus trabajadores se alegran de trabajar con un jefe así.

Se ríe y su sonrisa hace que me olvide de que estoy viendo cómo Delia se oculta al mundo y más porque sé que no puedo hacer nada. Solo mirar cómo alguien tan maravilloso pasa a ser uno más.



Lisa y yo llegamos a nuestros asientos en la grada del campo de fútbol. Britt nos dijo que si la acompañábamos, y Lisa le dijo que sí por las dos. En verdad agradezco estar aquí. Hoy no estoy muy animada, tal vez por eso Owen no ha dejado de preguntarme cómo estaba y ha estado pendiente de mí en todo momento. Ha dicho que nada podía estropear su felicidad, pero por un instante he sentido que mi tristeza la empañaba y lo sé, soy una egoísta, y tal vez solo sean invenciones mías, pero me ha gustado sentir que se preocupa por mí. Y es un gran error sentir eso. Y desear algo así.

Soy tonta, estoy cayendo en su embrujo, aun sabiendo que nada me salvará de la caída.

Llegamos adonde están nuestras amigas. Abby y Maddie también se han apuntado. Nos saludamos y nos sentamos a ver el partido.

Cuando salen los locales la emoción se palpa en el ambiente, es tanta que se me ponen los pelos de punta y por un momento se me corta la respiración. Veo no muy lejos a un niño pequeño con su padre con la camiseta de Donovan. Mucha gente no entiende cómo el futbol mueve tanto, yo cuando pienso eso miro a esos padres junto a sus hijos viviendo un partido ilusionados, el niño por la novedad, el padre por volver a la vida bajo el prisma de ese pequeño y darse cuenta de todos los matices que con la edad había ignorado. Y solo por eso merece la pena todo esto.

Nadie debería poner precio a la felicidad, y si algo te hace feliz, solo preocúpate de disfrutarlo.

Donovan mira hacia donde está su mujer y le guiña un ojo. Britt le lanza un beso enamorada. Se nota la complicidad entre los dos y siento un poco de envidia, de esa que llaman sana aunque tenga ese adjetivo. Yo no les deseo ningún mal, pero egoístamente sí deseo esa felicidad para mí. Encontrar a alguien que me diga tanto con tan solo un gesto y con quien solo haga falta una mirada para decir un mundo.

El partido comienza y Donovan da un pase de gol, gritamos como locas y tal vez hoy lo haga más que nunca, pues necesito esta adrenalina para extraer de dentro de mí el dolor. Tras tres goles siento que me ha venido muy bien esta descarga de adrenalina.

—Podríamos ir a tomar algo —propone Maddie.

—Yo quería bajar a esperar a Dennis —dice Britt.

—Pues vamos todas y así me recreo la vista —dice Lisa, y Maddie me mira como antiguamente, como cuando hacíamos apuestas—. No me pienso acostar con nadie, así que dejad las apuestas para otra cosa. Y ahora, vamos.

Emprende el camino hacia los vestuarios y la seguimos. Al llegar al control de seguridad, Britt usa su pase y el de seguridad nos deja pasar con ella tras pasar por un control de metales. Entramos en la zona reservada y pasamos por la sala de trofeos. Hay varios directivos del club por aquí y la prensa entrando en la sala de entrevistas. Veo pasar al entrenador del equipo de Donovan y cómo seguramente

se inician las preguntas. Seguimos andando hasta la sala de espera, donde hay bebidas y algo para comer, así como otras mujeres de los jugadores. Britt saluda a algunas con amabilidad, a otras simplemente las ignora.

Al poco entra Donovan seguido del nuevo fichaje. Un joven de solo veinte años, Devon, que según he escuchado en las noticias está destinado a convertirse en uno de los mejores jugadores de la historia. Y viendo cómo ha jugado esta noche no creo que vayan mal encaminados.

Curiosidades de la vida, hace años Donovan, cuando estaba empezando, fue al colegio del chico y este lo miró ilusionado y le preguntó qué hacía falta para ser un jugador profesional como lo era él. Donovan le dijo que tenía que trabajar mucho y sobre todo creer en él mismo. Devon lo miró con la ilusión de un niño, y con la firmeza de un adulto le dijo: «Lo conseguiré, un día jugaré a tu lado y seré como tú».

Donovan se rio y le revolvió el pelo negro mientras le decía: «Aspira siempre a ser el mejor y aprende a no rendirte cuando sientas que te cuesta lograrlo».

Esta imagen fue grabada por la prensa, que seguía a Donovan, y ahora ha salido en cientos de informativos como anécdota.

Donovan nos presenta a Devon. Los ojos azules de este último me parecen tan fascinantes que no puedo dejar de observarlos. Son de un azul tan poco común que según la luz que le dé parecen hasta violetas.

—Tienes unos ojos increíbles —le digo cuando me pilla mirándolo más de la cuenta—. Lo siento, soy diseñadora de ropa y me fascinan los colores, sobre todos los que son poco usuales.

—No me importa que me mires como si quisieras diseccionarme o comprender el mecanismo de mi mirada. —Bromea y sé que lo dice en serio, que no le ha molestado mi escrutinio.

—Hemos pensado ir a tomar algo —dice Lisa—. ¿Os apuntáis?

—Yo estoy deseando llegar a casa y meterme en la cama tras dar un beso a mis pequeños, pero Britt puede hacer lo que quiera —le responde Donovan acariciando la cintura de su mujer.

—Hoy estoy casada, chicas, pero otra noche no me la pierdo.

Asentimos. Britt lleva mucho encima, trabajar y ser madre a tiempo completo hace que a veces cuando quedamos a ver una película se quede dormida nada más empezar. Tiene personas que le ayudan con el cuidado de los niños, el problema es que a ella le gusta hacer todo lo que puede ella sola y lo de pedir ayuda lo lleva muy mal. Me consta que muchas de las veces que trabaja en casa lo hace al lado de sus hijos, aunque para leer un manuscrito tarde más de la cuenta. Sé que lo hace porque no quiere perderse nada de sus pequeños y porque siente que crecen tan rápido que si te distraes te das cuenta de que ya son adolescentes y ya creen que no te necesitan y que deben volar para vivir su vida. Por eso quiere disfrutar de esta etapa donde aún la necesitan y donde puede abrazarlos tantas veces como quiera que no se quejarán.

Decidimos irnos a un *pub* cerca, Devon se apunta cuando lo invita Maddie y le dice a un par de compañeros suyos que se vengán. También son de los nuevos fichajes, aunque mayores que Devon; uno de ellos tiene mi edad.

Ya en el *pub* la gente que los reconoce no para de pedirles fotos hasta que logramos ir a un reservado. Devon es el que más llama la atención, sobre todo ante ellas. Y que a todas les sonría con cariño no ayuda para que lo dejen en paz. Más de una se lo come con la mirada, y con razón. El chico

tiene un cuerpazo. Lisa lo devora con la mirada y me pongo a su lado tras pedirme algo para beber.

—¿Te gusta?

—¡Y a quién no! Tiene un culo que debería estar clasificado con el mejor culo de la historia —sonríó—, pero no es para mí. Y no solo porque pase de los hombres. A este joven aún le falta experiencia. Es un pipiolo.

—No lo juzgues por la edad...

—No lo hago por la edad, es por las experiencias. Se nota que es muy virgen en todo... Espero que esta vida no mate esa esencia y no lo endurezca..., solo el tiempo lo dirá.

Miro a Devon y sé que Lisa tiene razón. Hasta ahora jugaba en el equipo de su pequeña ciudad. Ahora todo ha cambiado para él. Ha pasado de ser un desconocido a ser reconocido mundialmente y ese peso no todos saben llevarlo y si no lo controla puede acabar con su carrera.

La fama tiene un precio muy alto y no todos pueden soportar el pago y seguir siendo ellos mismos. Donovan no pudo. Por suerte Britt lo trajo de vuelta y le recordó quién era.



Bailamos y bebemos hasta las cuatro de la mañana. Cada vez que he bailado he pensado en lo que me dijo Owen de bailar para su *pub* y mentiría si dijera que no me he imaginado bailando sin que nadie sepa quién soy salvo él. Que él sea el único que al mirar mi silueta sepa que soy yo.

Tal vez sea por el alcohol, pero cuando todos se retiran le digo a Lisa que ahora iré a casa y busco un taxi para ir a buscar a Owen, sabiendo que estará despierto.

Al llegar veo a Romeo en la puerta. Me mira curioso cuando llego a su lado tras pagar al taxi.

—¿Eres consciente de la hora que es?

—Creo que las cuatro.

—Era las cuatro hace una hora. ¿Qué haces aquí?

—¿Está Owen despierto?

—Sí, por ahí dentro anda con más energía que todos estos trabajadores que supuestamente duermen de día para rendir de noche —lo dice como si hubiera pasado algo.

—¿Todo bien?

—Sí, no te preocupes. —Me acompaña dentro y no tardo en ver a Owen.

Va con unos vaqueros y una camiseta blanca, todo es muy básico, pero él no y me molesta. Me molesta no poder dejar de mirarlo y de sentir ese latigazo de deseo azotarme y sí, las tripas retorcerse, y no de dolor, es algo más intenso. Un temblor que te recorre entera.

Llego a Owen seguida de Romeo. Owen me ve y por su mirada está asombrado de verme.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

—He salido de fiesta y no podía dormir —le digo más contenta que de costumbre.

Owen mira a Romeo y parecen intercambiar un mensaje, pues este último asiente. Luego Owen pone su mano en mi espalda y me lleva hacia donde está la entrada a las escaleras que dan a su casa.

—¿Dónde vamos? Tengo que contarte algo.

—Y lo harás, pero en mi casa.

—Estoy bien, no he bebido tanto. —Dicho esto me entra la risa, en verdad no he bebido tanto, pero no tolero bien el alcohol y suele parecer que he vaciado hasta el agua de los floreros—. Solo tengo el puntillo.

—Créeme, pareces tener más que el puntillo.

—Y si así fuera, ¿qué pasa? La noche es joven y me siento muy bien.

—Me alegro, recuérdalo cuando mañana te duela la cabeza.

—Seguramente mañana juraré no beber más y todas esas cosas. Y me cabrearé por haber venido aquí. —Me quito el abrigo y lo tiro a su sofá—. Quiero que me grabes bailando y que solo tú sepas que ese baile iba dirigido a ti.

Es una locura, no le diría algo así en condiciones normales.

—Es mejor hacerlo otro día, en un estudio. Y si quieres estamos solos los dos...

—Quiero que sea ahora o nunca. Hay oportunidades que pasan una vez en la vida.

Owen me observa con intensidad y noto cómo funcionan los engranajes de su cabeza. Me pregunto qué contestará.

Capítulo 15

Owen

La miro a los ojos, está decidida a bailar para mí. Solo para mí. La idea es tentadora y algo me dice que como ha dicho ella, esta será mi única oportunidad. No sé si luego la imagen valdrá para lo que tengo en mente, pero sí que me muero por verla bailar solo para mí.

Asiento y voy hacia mi móvil para conectarlo por Bluetooth a la minicadena y que elija la canción entre las listas de reproducción que tengo, que son cientos debido a mi trabajo. Se lo tiendo y Lilliam busca una, la encuentra y le lo da.

Cojo el móvil y le doy a *play* mientras la veo quitarse la camiseta y los vaqueros.

—No tienes que desnudarte.

—Quieres mi silueta, para eso debo estar en ropa interior.

No había caído en eso y una parte de mí se alegra de que este momento sea solo de los dos. Que nadie más recorra su cuerpo con hambre como sé que lo haré yo, aunque me cueste admitir mi deseo por esta mujer.

Pongo la música desde el principio cuando se queda en ropa interior. Es sencilla, de color azul marino sin florituras y sin embargo noto cómo mi deseo crece en más de un sentido y me siento en el sofá para observarla sin delatarme más de lo necesario.

Lilliam empieza a bailar. Se nota que le gusta, que disfruta bailando y sé que por eso sabía que podía ganar dinero usando su cuerpo para ello. Su danza me cautiva, me veo incapaz de apartar los ojos de los contornos de su cuerpo. La miro sin querer perderme ni uno solo de los detalles. Los atesoro todos y cada uno de ellos aunque mi móvil los está inmortalizando.

No deja de mirarme y yo tampoco puedo dejar de hacerlo. Incluso cuando acaba la música sigue bailando hasta que llega hacia mí y entonces me sonrío y la cámara del móvil capta sus labios curvados de felicidad.

Dejo de grabar justo cuando pone mala cara y sale corriendo al servicio.

—¡Necesito tu aseo! —grita antes de cerrar la puerta con pestillo.

Solo eso evita que entre y la ayude. La escucho vomitar mientras le preparo algo para aliviar su dolor y la resaca de mañana. Cuando sale se tira sobre mi cama y se mete dentro.

—Me veo incapaz de llegar a mi casa, te robo un trozo de tu cama. Total, tú la usas poco.

Me gusta su descaro. Me acerco a la cama y le tiendo lo que le he preparado y dos pastillas.

—Te aliviará. —Se lo toma todo sin cuestionar nada.

—Gracias —me dice ya con los ojos cerrados medio dormida.

Apago la luz y me alejo de mi casa tras cerrar la puerta. Busco a Romeo y lo encuentro observando cómo van las obras. Van más lentas de lo que deseaba, más teniendo en cuenta que mi idea es abrir en pocos días. No quiero perder la oportunidad de abrir justo ahora que mi padre está más hundido por lo sucedido. Se lo merece.

—¿Y Lilliam? Espero que no hayas sido tan capullo de mandarla a casa en ese estado.

—Está durmiendo en mi cama.

—Espero también que no te hayas aprovechado de ella...

—No, tranquilo. ¿Por quién me tomas? —Sonríe y sé que esa segunda pregunta la ha lanzado solo para picarme—. Eres idiota.

—No más que tú.

Recuerdo por qué lo he buscado y cambio de conversación.

—Necesito un editor de imagen, el mejor y todo lo que se pueda encontrar sobre cómo editar imágenes y vídeos.

—¿Y no has pensado que sería mejor que lo haga alguien que sepa de ello?

—Yo puedo hacerlo —le digo con seguridad—. Y lo necesito para ayer, así que ponte las pilas.

—¿Y desde cuándo soy tu chico de los recados?

—Desde que a mí me ha tocado cuidar a la chica... Qué dura es la vida, Romeo. —Se ríe y yo también mientras me alejo.

Poca gente sabe de nuestra complicidad, nunca he entendido por qué Romeo quiere ser solo ante los demás un extraño. Respetar mi pacto me cuesta. Yo no me avergüenzo de las personas que me importan.



Lilliam se despierta cerca de la una de la tarde y lo sé porque tras dormir un poco en el sofá me he puesto a trabajar con los libros y programas que me ha conseguido Romeo.

—Buenos días —me dice con una de mis camisetas puestas que le dejé a los pies de la cama—. Siento lo de anoche.

—Buenos días, y yo no lo siento. Me encantó el baile.

—Seguro que parezco una borracha con dos pies izquierdos.

—No, y te lo puedo asegurar. —Giro mi Mac y le muestro lo que llevo hecho. Su cuerpo ahora es solo una silueta con los contornos en azul sobre negro. Se mueve ante nosotros—. Aún no lo he acabado del todo.

—¿Lo estás editando tú?

—No es tan complicado y me pediste que solo yo supiera que bailabas para mí. Soy un hombre de palabra. —La mirada de Lilliam se ensombrece y aunque no diga nada, sé qué está pensando—. Te he preparado el desayuno, puedes irte cuando quieras, no tengas prisa.

Se sienta a la mesa donde he dejado preparado algo de comer y se sirve un café caliente del termo.

—Gracias, y sobre todo por no mirarme como si estuviera loca.

—Me encantan tus locuras, no todos los días me acosa una rubia despampanante. —Sonríe más tranquila y come algo mientras yo sigo editando.

Tras comer algo se sienta a mi lado y observa cómo trabajo. Estoy acabando cuando me doy cuenta de que pese a no hablar, no había incomodidad en el ambiente.

—Aún faltan retoques, pero por hoy está bien. —Le doy al *play* y vemos cómo ha quedado. Mi idea es que la imagen salte de una tele a otra cuando ella se mueve.

—Está genial y no parezco yo. —Esto último noto que la relaja—. Será mejor que me vaya. Tengo cosas que hacer en mi casa... Gracias por todo. Prometo no acosarte la próxima vez que beba. Por suerte, esto no pasa con frecuencia.

Se va a cambiar y al poco regresa luciendo la ropa que traía anoche.

—No me importa que me acosas cuando bebes. Y cuando no, tampoco.

—Ya, claro, como si en tu apretada agenda donde solo trabajas tuvieras tiempo para distracciones.

¿Desde cuándo no estás con una mujer íntimamente?

—¿Me estás haciendo una proposición? —le pregunto viendo cómo se sonroja.

—No, ya no eres un extraño. Ahora acostarnos solo sería una complicación innecesaria..., y más con lo que yo sé.

Aparto la mirada.

—No soy un santo.

—Es tu vida, no debí ser tan indiscreta.

—No me importa que lo seas.

El móvil de Lilliam suena. Al sacarlo y ver quién la llama su rostro pierde el color.

—Hola, Clarisa. ¿Todo bien?... ¿En qué hospital? Voy para allí. —La miro preocupado cuando cuelga—. Delia se ha caído de un árbol..., se ha partido una pierna. ¿Ves lo que pasa cuando intentas no ser tú mismo? Que te caes.

—Solo es una niña, yo tengo cientos de cicatrices y cortes. Estará bien...

—No me preocupa su pierna, sino qué le ha llevado hacer algo que le da miedo. Delia odia las alturas.

Veo la preocupación en sus ojos y cómo tiembla. Lilliam quiere de verdad a esa niña.

—Te llevo, hoy me he tomado el día libre.

—¿En serio?

—Soy el jefe, puedo hacerlo.

—Ya... Otra cosa es que quieras, ¿no?

Asiento y voy a cambiarme antes de coger las llaves del coche para irnos. Lilliam no se sorprende cuando bajamos a mi garaje privado donde hay varios coches y motos. No los tengo porque me encantan. En verdad mientras un coche vaya bien me da igual uno que otro, pero es lo que se espera de un gran empresario. Si la gente piensa que tienes éxito te seguirá. Nadie sigue a alguien que inspira fracaso. Solo da lástima y la gente cruelmente buscará excusas para no estar a su lado.

Llegamos al hospital. Ya han escayolado a Delia. Por lo que le ha dicho Clarisa con mensajes a Lilliam, el problema es que al caer se golpeó en la cabeza también y aunque de momento no muestra signos de gravedad, han preferido dejarla en observación un par de días para ver cómo evoluciona la pequeña.

Llegamos al cuarto donde está y en cuanto la niña ve a Lilliam sus ojos se llenan de lágrimas que reprime. Me quedo quieto, pues esa imagen me suena mucho, pero nunca la vi desde esta perspectiva, yo era el niño que se tragaba sus lágrimas porque nadie quería ver mi debilidad.

—¿Estás bien? —le pregunta Lilliam tras darle un abrazo, y acaricia su mejilla.

—Estoy bien, tengo la cabeza muy dura —Delia sonrío—. Calculé mal las probabilidades de caída... —Agacha la cabeza—. Supongo que no pensaba.

—Tienes vértigo...

—Estaba jugando —le rebate la niña apartado la mirada—. Era divertido.

—¿De verdad?

—Tenía que serlo.

Ese «tenía» me crea un nudo en el pecho. Yo la entiendo mejor que nadie. Yo la comprendo como sé que Lilliam no lo hará. Salgo del cuarto y mientras lo hago me recuerdo a mí con la edad de Delia

tratando de hacer cosas divertidas, tratando de ser un niño normal, intentando que mi padre no se avergonzara de que su hijo pensara más en estudiar que en jugar con todos los juguetes caros nuevos. Intentando que mi padre no me viera como un cerebritito cuatro ojos al que odiaba porque intuía que nunca sería el desgraciado que él era porque mi inteligencia me haría o bien hundirle o bien alejarme del hombre que es mi progenitor.

La gente quiere que su hijo sea el más listo, pero, cuando lo es, poca gente puede entender la mente de un superdotado. La mente de un niño al que le cuesta encontrar estimulación con lo que le rodea.

Que, aunque su inteligencia le hace parecer una persona más adulta, en realidad solo es un niño.

No sé si fue una suerte o una ventaja el que lo fuera y aprendiera a crear una imagen de mí. Para ser alguien que no destacara y así evitar llamar la atención.

Lo más triste de todo es que ni eso me acercó a mi padre. Él ya sabía quién era y no hubo ni un solo día que no me recordara cuánto me odiaba. Aunque para ello tuviera que utilizar la fuerza cuando regresaba borracho y oliendo a perfume barato del *pub*.

Y luego la gente se pregunta por qué lo odio. Lo hago porque por su culpa solo vivo para destruirle como él lo hizo conmigo. Se encargó de aniquilar todo lo que me hacía feliz y de que el motor de mi vida sea ver su fracaso.

Y pienso lograr que se hunda.

Capítulo 16

Lilliam

Observo cómo Delia reprime sus lágrimas y se me parte el alma. Sé que no puedo obligarla a que saque su dolor o que me cuente la verdad. He visto resignación en sus ojos cuando ha dicho que tenía que ser divertido. No puede hacer algo porque deba ser emocionante, sino porque le emocione a ella practicar.

—Seguro que ahora me van a firmar la escayola. El otro día lo vi en una película.

Otra cosa más que quiere cambiar. Delia odia la suciedad y si le firman verá la escayola sobada y llena de pintadas.

—¿Quieres que te firme primero?

—Claro. —No le hace ilusión, la conozco, y esto la incomoda.

Me trago mi dolor intentando hallar el modo de llegar a ella, de evitar que se siga perdiendo en quien no es. Busco un boli en mi bolso y le escribo algo simple: «Que las nubes nunca te oculten en sol».

Ella es el sol y sé que lo entenderá, como también sé que me ignorará. Al menos hoy sí.

—Precioso —dice tras mirarlo—. ¿Puedes poner la tele? Ponen unos dibujos muy chulos a esta hora.

—Claro. —Los pongo y son dibujos chulos, pero no los que a ella le gustan.

Sonrío y no sé de qué hablar con ella. No sé quién es esta nueva Delia y no sé qué lugar ocupo en su vida. Por eso me siento a su lado y cojo su mano. Se tensa y se la acaricio. Tal vez no sepa qué decir, pero no pienso alejarme de esta pequeña y hallaré la forma de hacerle entender que las cosas bellas no deben ocultarse nunca por muy raras que sean, es en sus «defectos» donde reside su mayor belleza.



Owen regresó al poco de irse y me dijo que tenía una llamada y que se tenía que ir. Que lo avisara para recogerme. Le dije que no hacía falta y tras decirle a la pequeña que se mejorara se marchó. Estaba muy raro. Aun horas después, esperando un taxi para regresar a casa, lo sigo pensando. Clarisa se va a quedar con la pequeña como ha hecho siempre con los niños que ha tenido a su cargo. Me he quedado con ella hasta que ha cenado. Viendo esos estúpidos dibujos. No he dicho nada, incluso cuando se reía con falsedad me reía con ella. Siento que esto es una carrera contra reloj, que, si no encuentro la forma de frenarla, luego costará más encaminarla.

Llego a casa y Lisa está estudiando en el salón con la tele puesta.

—¿Adónde fuiste anoche? Y no me vale lo de «a un sitio», como me dijiste ayer cuando te escribí para ver si estabas bien.

—Fui a ver a Owen por unas ideas que tenía para el *pub*.

—¿A las tantas de la mañana? —Asiento—. ¿Estaba despierto?

—¿Te tengo que responder a eso?

—La verdad es que no. —Se sienta en el sofá y me señala el asiento que queda libre a su lado. Me siento—. Te gusta Owen —dice sin más.

—No me gusta —le digo con una sonrisa que espero oculte la realidad—. Tuve una idea y fui, y si no regresé es porque Owen me mandó a dormir a su sofá y él siguió trabajando.

Lisa me estudia y sé que no me cree del todo, pero algo le impulsa a no indagar como si supiera que de hacerlo yo me cerraré todavía más en banda. Siento no ser como ella, no poder contar lo que se me pasa por la cabeza, ser tan reservada y, aunque tengo amigas, seguir teniendo miedo a mostrarme tal como soy por si las pierdo.

Es curioso cómo se puede querer a alguien y tener tanto miedo a perderlo que vives a su lado una mentira al no ser tú mismo en su presencia.

—Bueno, por hoy lo dejaré. Y para que lo sepas, Fabian vino a buscarte esta tarde.

—¿En serio? —Asiente, no me ha escrito para decírmelo—. Voy a llamarlo.

—Muy bien, y por favor si te lías con él y os casáis y todo eso deja que me dé tiempo a buscar otro piso antes de darme la patada y echarme de aquí.

—No seas tonta, eso no pasará.

—Claro que sí, paso de ser la *aguantavelas*, y ahora vete a llamar a don culo perfecto.

Me guiña un ojo y se levanta para irse de nuevo a la mesa. Entro a mi cuarto y tras quitarme la ropa busco el número de Fabian, mi intención es llamarlo, pero acabo por llamar a Owen.

—Hola, preciosa. ¿Como está la pequeña? —Su voz me hace temblar y como nadie puede verme no oculto nada de lo que siento cuando este hombre me susurra al oído, aunque sea a través de un aparato electrónico.

—Bien, se pondrá bien. Te llamaba para ver cómo estas tú. He notado que algo te pasaba.

Se queda callado y ese silencio es el que me hace ver que tengo razón.

—No me pasa nada, solo problemas con el *pub*, ya sabes. —Siento el peso de su mentira en mí. No sé por qué lo sé con tanta certeza, pero así es.

—Claro, qué tonta, y yo pensando que te pasaba algo más... Solo llamaba por eso. Te dejo que tengo que llamar a Fabian... Ya sabes dónde encontrarme.

—Lo sé. Nos vemos.

Cuelgo sintiéndome tonta, porque en verdad esperaba que me contara qué vi en su mirada, que al menos él no me apartara de su lado. ¿Acaso no he aprendido ya la lección de esperar algo de la gente? Se ve que no.

Llamo a Fabian y él sí me cuenta todo, hasta lo que no pregunto. Me relajo mientras lo escucho. No espera nada de mí, solo que esté al otro lado del teléfono, y hoy más que nunca lo necesitaba.



Parece mentira que nos estemos preparando para la fiesta de esta noche para el estreno del nuevo diseño del *pub* de Owen. La gente ya comenta en redes la rapidez que se han dado para hacerle ese lavado de cara, también si Owen ha corrido tanto para aprovechar que su padre no está pasando por su mejor momento. Cosa que es cierta. Por su parte, su progenitor ha invitado a todas sus amistades famosas conocidas para dar esta noche una macrofiesta donde la primera copa es gratis para todos. Y ha invitado a uno de los mejores DJ del momento para pinchar toda la noche.

No sé cómo Owen soporta esta tensión de estar siempre compitiendo y luchando por ser mejor, y menos hacerlo con quien es de tu sangre.

Yo con poco tiempo ya me he estresado con todo esto y ahí sigo. Como si sintiera que Owen me necesita cerca. Es algo que siento cuando piensa que nadie lo mira y sus ojos reflejan una soledad que me deja helada y triste.

—Estás preciosa —me dice Lisa entrando a mi cuarto luciendo un precioso vestido azul marino ajustado que realza sus curvas sin parecer obsceno o escandaloso.

—Tú tampoco estás mal.

Me miro al espejo mientras me pongo unos pendientes sencillos. Llevo un vestido rojo de falda vaporosa y escote en forma de corazón. No llevo mucho maquillaje y tampoco muchos adornos, solo unos zapatos negros altos y los labios rojos a juego con el vestido.

—Es lo que tiene ser amiga de una gran diseñadora.

—Ya, bueno, una diseñadora en paro...

—Ya llegarán tiempos mejores —me anima Lisa.

Asiento, no queda de otra, aun cuando las cosas van mal, cuando estás de cara al público debes sonreír, dejar todo fuera de la puerta y hacerles creer que todo va genial y que no has hecho una inversión que te está asfixiando por todos lados.

Al menos con el trabajo que hemos realizado para Owen vamos a tener unos meses de respiro, pero necesitamos algo más.

Cogemos un taxi para ir al *pub* de Owen, ninguna de las dos quiere quedarse sin beber nada. No pienso beber mucho, pero esta noche es de celebración y estoy nerviosa por la acogida que tendrá el nuevo diseño. Ya ando temiendo las redes sociales y las opiniones que subirán sobre este. En el fondo no soy tonta, sé que de ir bien ayudará a mi tienda y de ir mal puede empujarla un poco más al fracaso.

Llegamos al *pub* y vamos por la puerta trasera, Owen nos dijo que pidamos entrar por aquí para evitar el mogollón de la entrada, y menos mal. Hay un *photocall* y cientos de personas se han aglomerado tras las vallas de seguridad. Hoy van a venir incluso más famosos que cuando fue la fiesta de despedida. Debido al éxito que tuvo el anterior evento y a que el *pub* del padre de Owen está de capa caída, esto ha hecho que muchos quieran venir solo para salir en las fotos y que se hable de ellos en todos los medios que están cubriendo el evento.

El de seguridad, que ya nos conoce, nos deja pasar sin problemas. Escucho cómo por el pinganillo le informa a Owen de que hemos llegado.

—¡Esperad! —Me giro y veo a Abbie venir hacia nosotras seguida de su marido Killiam, que también han optado por entrar por aquí. Abbie nos abraza y nos besa con cariño—. Qué ganas tengo de ver vuestra obra de arte. Killiam dice que es espectacular.

—A ver si esta vez le dura más. —El mencionado se acerca y nos da dos besos.

—Eso espero yo también. Somos unas artistas —dice Lisa con una seguridad que a mí me falta por el miedo que tengo ahora mismo al fracaso.

Entramos al *pub*, está medio lleno y los camareros contratados para este evento van de un lado a otro con un aperitivo a cargo de la casa.

Observo las paredes de color gris, azul y plata. Pienso en cómo lo verá esta gente que mira todo sin dejarse detalle. Que observa cómo las luces dan diferentes tonos al papel pintado o la impresionante lámpara del techo de pequeños espejos que hace que la luz rebote y salga despedida hacia diferentes puntos de la sala. No es una bola de cristal como las de antaño, son pequeños cristales en cascada simulando las antiguas lámparas de cristal en forma de lágrimas.

Me fijo en las teles apagadas hasta la canción elegida para lucirse esta noche, donde apareceré bailando sin que nadie lo sepa. Una vez más la gente me mirará sin verme de verdad, la diferencia es que

ahora sí bailé para quien deseaba y no por un fin, solo lo hice por placer.

Busco a Owen entre la gente y no tardo en verlo rodeado de personalidades importantes. Va vestido con un traje azul marino y una camisa azul claro. No lleva corbata y los últimos botones de la camisa están desabrochados. Es su forma de dejar claro que por mucho que esta noche vaya de etiqueta lo hará marcando su estilo, de no dejar que las normas lo asfixien.

Me cuesta apartar los ojos de él y solo lo hago porque temo que mis amigos noten lo mucho que me gusta este hombre. Por suerte alguien que conozco muy bien me coge por la espalda y me da un beso la mejilla. Fabian.

Esta semana he quedado con él siempre que he podido, tal vez esté alentándole a creer algo que me fuerza a que exista. Quiero ser la que era cuando estaba con él. La que era feliz a su lado, no soy tonta y sé que Fabian quiere volver a darle una oportunidad a lo nuestro y yo deseo más que nunca dejar de mirar a cierto rubio de ojos dorados y centrarme en este morenazo.

El problema es que no sé cómo hacerle entender a mi corazón lo que la razón me manda.

Owen nos ve y nos saluda con esa sonrisa suya que derrite el corazón a más de una. Y no porque lo diga yo, sino porque tengo ojos en la cara y veo cómo se lo comen con la mirada las mujeres que tiene cerca, que no son pocas. Si no supiera que está tan centrado en el trabajo me preguntaría con quién pasará el fin de fiesta esta noche.

Hace amago de venir hacia nosotros, pero uno de los camareros lo llama y se tiene que ir. Y esto le pasa varias veces en una hora. Entre lo que debe supervisar y la cantidad de gente que requiere su atención no consigue acercarse a nosotros hasta ahora. Hemos subido a uno de los reservados. El resto de nuestros amigos han podido pasar ya. Leo ahora mismo está bailando con Maddie como si estuvieran solos.

Siento la mano de Owen en mi espalda y veo que coge a Lisa de la misma forma.

—Esto es un éxito gracias a vosotras. ¿Puedo decir quién ha diseñado esto?

—Solo si las críticas son favorables —dice Lisa—, no necesitamos ahora mismo publicidad de la mala.

—Chica lista. —Owen le da un beso en la mejilla y a mí otro que se queda muy cerca de mi boca.

Se marcha dejándome el rastro de sus labios en mi piel y el calor de su mano en mi cintura. No se me ha pasado desapercibido cómo me ha acariciado con sutileza.

Saluda a sus amigos y enseguida es requerido por otras personas que buscan su atención.

Me giro para ir a por algo de beber cuando me choco con alguien. Fabian.

—Casi me tiras las copas. —Me ofrece una de las dos que lleva.

—Gracias. No sabía dónde te habías metido.

—A por algo de beber, estoy seco. —Choca mi copa con la suya mientras me observa con intensidad—. Por las segundas oportunidades.

Callo y bebo, ahora mismo no sé bien qué decir ante su directa.

La noche sigue y está en lo mejor. La gente está emocionada y el DJ que ha contratado Owen no es muy famoso pero es realmente bueno y no paro de escuchar comentarios de la gente ante el gran acierto del dueño, y más porque ha apostado por alguien desconocido que habla por su talento y no por el nombre que tiene, al menos no todavía.

De repente, las luces se apagan y la gente se calla extrañada, solo son unos segundos antes de que

suena la canción que bailé para Owen versionada, con más ritmo. Y se enciende la primera pantalla donde aparece mi silueta contorneada en azul.

Me quedo impactada por el resultado y más cuando al saltar de una pantalla a otra hay efectos especiales que iluminan parte de la discoteca. La gente lo mira emocionada y cuando la música alcanza su apogeo la gente baila con mi imagen, que ahora se proyecta en todas las pantallas hasta el final de la canción, donde solo se ve mi sonrisa, esta vez contorneada de rojo.

—Alucinante —me dice Maddie—. Se me han puesto los pelos de punta. No me esperaba un espectáculo así.

—Sí, ha sido increíble.

Busco entre la gente a Owen, pero no lo veo. Fabian tira de mí cuando suena de nuevo la música habitual.

—Eras tú —dice sin atisbo de dudas cuando pasa mis manos por su cuello para que baile con él. Abro la boca para negarlo—. No me lo niegues, te reconocería en cualquier parte. Ha elegido a la mejor de todas. Y una vez más bailas oculta a todos y solo los que de verdad saben mirar pueden verte.

Me quedo paralizada con sus palabras y por eso cuando me besa me olvido de reaccionar. Pasado y presente se juntan en este instante. Me veo a mí misma besando estos mismos labios hace años, unos labios llenos de promesas y sueños. De ilusión y de mi deseo de tener por fin mi ansiada familia. Cuando lo miraba casi podía acariciarlo.

Ahora no siento lo mismo, o tal vez sí fuera lo de siempre, el problema es que ahora no puedo ocultar que aunque hay deseo en nuestro beso no es del sexual, sino del de ansiar algo más.

Fabian profundiza el beso y por ese deseo de sentir algo más me dejo llevar hasta que me aparto.

—Lo siento... En verdad no..., lo que quiero decir... ¡Joder! —Parece nervioso. Me coge con cariño del brazo—. Démonos otra oportunidad. Yo creo en el destino y más desde que te volví a encontrar. ¿Qué dices?

Me quedo sin palabras, y no sé qué responder. Mi corazón dice no una y otra vez, pero mi cabeza recuerda lo feliz que fui a su lado. Nunca he encontrado en otro lo que él me ofrecía.

—Lo pensaré —le digo, porque ahora mismo sé que lo mejor es dejar correr el tiempo.

—Me conformo con eso por ahora. —Me da un cariñoso beso en la mejilla y me acompaña adonde están mis amigos.

No pasa mucho tiempo cuando un camarero me tiende una piña colada y al alzarla veo una nota doblada. Cojo ambas cosas y abro la nota sin que nadie se percate:

Te espero en mi despacho,

Owen.

La arrugo y me la guardo. Miro hacia el despacho mientras pruebo la copa. No sé por qué lo sé, pero esta la ha preparado él. Es diferente. Tiene un toque especial. La degusto sin prisas, pues quiero ir a su despacho sin que no note nada de lo sucedido con Fabian y del lío que tengo ahora en mi mente.

Le digo a Abby, que está cerca, que voy a hablar con Owen una cosa y me marcho hacia allí.

Alzo la mano para tocar la puerta, algo que nunca llego hacer porque esta se abre y Owen tira de mí hacia dentro y sin previo aviso asalta mi boca cerrando con mi espalda la puerta.

Son como los recordaba y lo odio por hacerme recordar justo ahora lo bien que encajo entre sus

brazos. Porque mi piel vibre ante su contacto y porque me muera porque nada nos separe y sentir otra vez cómo nos fundimos en un solo ser.

Lo odio... Y sin embargo me aferro un segundo más a este beso antes de apartarme.

—¿Qué haces?

—Él no te desea como yo —me dice visiblemente celoso—. Esto no debería estar pasando —dice a su vez contradiciéndose—. El problema es que no quiero parar. No quiero seguir ignorando que me muero por volver a acostarme contigo y seguir descubriendo cada rincón de tu cuerpo.

Me recorre un escalofrío y me separo necesitando distancia entre los dos.

Sus palabras me han erizado la piel. Me cuesta rechazarlo, pero sé que lo haré.

—Fabian no es para ti... Él...

—Él al menos no está casado. A su lado no sería su amante.

Le digo diciendo en alto su secreto, algo que no sabe nadie, ni tan solo sus mejores amigos. Al menos eso me dijo hace años y sé por qué es así, pues nadie habla de la mujer de Owen, alguien que está a punto de regresar a su vida para quedarse.

Capítulo 17

Owen

Me quedo mirando a Lilliam mientras sus palabras resuenan en mi mente.

Solo ella conoce ese secreto y porque se lo dije a una extraña. No es que me avergüence de Iris, que así es como se llama mi mujer, es porque me casé con ella con solo veinte años, en una locura y en un intento de tener una familia. Me avergüenzo de cómo le dije que aceptaba y nos casamos tras una noche de fiesta y cómo luego me costó aceptar mi decisión.

Ella me quería más que yo a ella, tanto como para dejarme ir. Como hacerme aceptar el pacto de separarnos hasta que ella cumpliera los treinta y uno. Decía que seguro que con esa edad yo ya sería lo suficiente maduro para saber si quería una vida soltero o sentar la cabeza, y que ella querría seguir siendo mi mujer.

Tengo su número, sé dónde está porque era nuestro pacto, estar siempre localizables por si había que romper el matrimonio. En todo este tiempo ninguno ha llamado al otro y el matrimonio sigue vigente. En el fondo Iris sabía que yo no podría romperlo y que solo si me dejaba ir y vivir mi vida un día podría ser del todo suyo.

Nunca olvidaré cómo me abrazó aquella tarde de otoño. Su abrazo era el de alguien que teme no volver a verte más. Se separó con lágrimas en los ojos y me dijo «te quiero» mientras se iba.

La dejé ir porque su partida me hacía poder respirar de nuevo y dejar de sentir la opresión en el pecho que tenía desde que me desperté tras nuestra noche loca. Si no he roto el acuerdo es porque una parte de mí quiere creer de verdad que tras este tiempo he madurado y puedo al fin tener una familia a su lado. Porque la quería y porque es la única mujer que estuvo a punto de robarme las palabras que nunca me he atrevido a decir a nadie: «te amo».

Regreso al presente. Lilliam me mira con deseo, pero también con determinación.

—Aquella vez te dio igual. A ti nunca te he engañado. No te ofrezco más. ¿Por qué me miras como si fuera el peor hombre sobre la faz de la Tierra?

—No tengo esta mirada por ti, sino por mí. Porque por un segundo iba a aceptar y ya no eres un extraño. Ella regresaría y si seguís con esto yo tendré que ser tu amiga ocultando ante todos que he sido tu amante. Para ti es fácil ocultar cosas a tus amigos, para mí no.

Me tenso.

—No voy a ir tras de ti. Solo eres una más.

Me mira dolida. Me arrepiento de mis palabras, pero no voy a ceder. Me ha dolido que me eche eso en cara, algo que yo más de una vez me recrimino.

—Ni yo quiero que vengas. Ya tengo quien me caliente la cama. Que te jodan, Owen.

Se marcha dando un portazo que me merezco por capullo. Miro por la cristalera y al poco la veo ir hacia la zona vip. Le dice algo a Fabian y este asiente. Me jode mucho verla con él y más cuando tras despedirse de nuestros amigos se van juntos.

Me los imagino juntos íntimamente y siento celos. Yo quería ser ese hombre que acaricia su piel. Nunca imaginé que algo que hace años ignoró ahora nos separara.

No quiero más de ella, ella no quiere más de mí. No entiendo por qué se ha sentido tan ofendida.

Ella no me quiere, ni ella ni nadie. Porque para quererme deberían saber cómo soy y eso hace años que hasta a mí me cuesta saber.

Lilliam

Fabian ha insistido en ir a tomar algo a otro lugar. Tal vez notando mi malestar, y creo que en el fondo piensa que él tiene la culpa de que esté así. Ha intentado por todos los medios sacarme una sonrisa y solo cuando lo ha logrado ha aceptado traerme a mi casa.

Me despido de él y voy hacia mi portal con las llaves y los zapatos en la mano.

No dejo de pensar en Owen, en lo idiota que ha sido.

Me dijo lo de su mujer la noche antes de acostarnos. Si acepté acostarme con él solo fue porque me dijo que estaban separados y que ella también hacía su vida con quien quería. Él era un extraño y lo que pasara entre ellos dentro de tantos años no me importaba.

Ahora todo ha cambiado. Solo he necesitado un beso para aceptar que de aceptar una noche más estaría perdida. Nada podría evitar que me enamorara de ese hombre. Y más me costará en su día aceptar estar con alguien que no sea él sabiendo a qué renuncio.

Como si fuera fácil, ya...

Abro la puerta y me parece escuchar un ruido tras de mí.

Me giro y me quedo petrificada al ver a Owen salir entre las sombras con la misma ropa que llevaba y con pintas de llevar mucho tiempo esperando.

—¿Qué haces aquí? Hoy es tu gran noche.

—Me da igual —dice, y parece sincero—. Quería pedirte perdón, el resto puede esperar.

El detalle me conmueve, él que vive por y para el trabajo lo ha dejado todo para venir a buscarme.

—No deberías haber venido.

—No debería haberme comportado como lo hice. Lo siento.

—Por tu cara, pedir perdón no es algo que hagas muy a menudo.

—Te aseguro que no. ¿Puedes venir al *pub* para que hablemos?

—No, pero cerca hay un parque, si quieres podemos hablar allí. A las horas que son seguro que nadie nos interrumpe.

Asiente y espera mientras me pongo los zapatos. Mis doloridos pies se quejan. Andamos hacia el parque y nos sentamos bajo una farola de luz amarilla.

—¿Me pides perdón porque tenemos los mismos amigos o porque de verdad lo sientes?

—No les he contado que estoy casado. ¿Crees que hubiera venido por eso?

Tiene razón. Lo miro, parece muy cansado.

—¿Por qué no lo saben?

—Porque si no lo digo en alto no parece real.

—Pero ella es real y va a regresar. Si no quieres que sea real, déjala ir.

—No la he olvidado en todos estos años... con ninguna mujer..., pero contigo no la recordé a ella mientras estábamos juntos. Eres la que ha estado más cerca de hacerme olvidarla... Tú no eres una más.

—En la cama —le digo porque necesito tener los pies sobre la Tierra.

—Sí —me dice sin mentirme—. Para mí todo esto no es fácil. He pensado en esa semana alguna vez. En la mujer que casi me hizo olvidar a la única mujer a la que he querido, y de repente nos reencontramos y ¡joder! Te sigo deseando, pero es solo deseo. No voy a mentirte, no voy a empezar a

hacerlo ahora contigo.

—Y quieres que sea tu despedida de soltero antes de que ella regrese.

—No, solo sé que no debería desearte, y menos ahora, pero esa es la realidad. —Su mirada me parece más sincera que nunca—. Quería volver a estar contigo y solo para nosotros crear de nuevo nuestro paraíso, como aquella vez.

—Pero la realidad no se puede ignorar...

—Solo dejarla aparcada. Lo sé. No voy a retirar mi oferta, tampoco te lo voy a pedir más veces. Sé que me deseas y también que eso puede no ser suficiente. Fabian no me cae bien, pero te ofrece mucho más que yo. Lo sé. Solo un idiota no se daría cuenta de cómo te mira como si fueras lo más importante de su mundo. —Aparto la mirada—. Sabe elegir bien.

—No quiero hablar de él ahora y tampoco voy a aceptar por el momento tu oferta y es posible que no lo haga nunca. Que ella llegue y seamos solo amigos que tienen un recuerdo en común.

—Me parece bien.

Nos quedamos callados observando la vegetación de este pequeño parque ahora teñida de distintos tonos de negro.

—¿Cómo es ella?

—Es maravillosa y se fue porque me quería. Me dijo que no era nuestro momento, que nos habíamos conocido demasiado pronto. Que yo aún no había quemado todos los cartuchos de mi soltería. Se fue porque quería mi felicidad. Hasta ese momento nunca nadie había hecho algo así por mí. Pensar en mis deseos en vez de en los suyos. La dejé ir sabiendo que con ese gesto me había hecho quererla aún más.

Lo miro, hubiera preferido que Iris fuera odiosa, o una rastrera como la exnovia de Killiam, pero ella se alejó de Owen por amor, y que él no fuera tras ella deja claro que lo conocía bien y que sabía que si seguía a su lado lo presionaría tanto que lo acabaría perdiendo.

—¿Tienes ganas de verla?

—Sí y no, será raro verla y empezar de cero, ver qué queda de lo que fue.

—No queda mucho para saberlo.

—Lo sé. Por eso no entiendo a este jodido destino que justo ahora me ha hecho reencontrarme contigo. Llevo mucho tiempo sin estar con una mujer. Ninguna me ha atraído lo suficiente para engañar a mi mujer los últimos años. Al principio era un poco loco. Tampoco estaba con tantas como te puede imaginar, pero quería creer que era libre. Luego vi cómo mis amigos se casaban, sentaban la cabeza y yo quise eso para mí. Y aun así no la llamé. Pero me juré que solo me acostaría con alguien que deseara de verdad, no por puro placer.

Me mira con intensidad.

—Me halaga —le confieso—, y no sé dónde nos deja esto.

—Somos amigos, o al menos yo no quiero dejar de serlo. Pase lo que pase me gusta tenerte en mi vida —admite y me gusta que lo diga.

—A mí también que tú formes parte de la mía.

Me sonrío y saca el móvil. Lo miro y veo que tiene un montón de llamadas perdidas y mensajes.

—Deberías irte, te perdono, si eso es lo que te retiene aquí.

—Te hubiera esperado toda la noche —dice levantándose. Me tiende la mano y se la cojo.

Me dejo llevar por un impulso y lo abrazo. Owen se queda descolocado hasta que cierra los brazos

en torno a mi cintura y esconde su cabeza en mi cuello.

—Yo entiendo lo que es sentirse atraído por alguien que te ofrece algo tan sencillo como querer tu felicidad. Entiendo que la esperes.

No dice nada y tampoco hace nada por apartarse, aunque su móvil vuelve a sonar.

Me pregunto si siente como yo que tal vez sea esta la última vez que nuestros cuerpos estén tan cerca el uno del otro.

Owen

Llego a mi *pub*. Hace más de media hora que ha cerrado. Al entrar, Romeo me mira dejando claro que está cabreado por mi escapada. Es algo que no suelo hacer, por eso no sé qué me dirá. Es la primera vez que dejo mi trabajo para ir tras alguien.

—La cagué con Lilliam —le digo cuando viene, y desconozco por qué eso le aplaca.

—Espero que le hayas pedido perdón. —Asiento—. La noche ha sido un éxito y tu padre suma otro fracaso —me informa y aunque esto debería hacerme feliz como siempre, esta vez no es así. Sonrío como se espera de mí y busco mi móvil para leer sobre el fracaso de mi progenitor.

Voy hacia mi despacho y, como siempre, reviso las ganancias y hago cuentas de los gastos llevados esta noche. Viendo el éxito que hemos tenido alguien pensaría que hay mucha diferencia y no es así. Me da igual, el riesgo ha merecido la pena.

Subo a mi solitaria casa y voy hacia la cómoda donde tengo guardada la única foto que tengo de Iris. La cojo, salimos juntos disfrazados en nuestra boda. Romeo hizo la foto, es el único que lo sabe. El testigo de nuestra boda y el que se enfadó conmigo por dejarla marchar.

Guardo la foto en su lugar, como llevo haciendo muchos años, y, como desde su partida, no sé qué haré cuando vuelva.



Llego a la editorial de Killiam. Hay mucho movimiento y han puesto una parte de la pared con las portadas de todos sus libros. Cada día tienen más y me consta que varios de ellos son un éxito. Los de Abby, por ejemplo, cada vez van mejor, es un proceso lento, pero sé que logrará cada vez llegar más lejos.

Miro al techo y leo la frase: «La única batalla que se pierde es la que se abandona».

Preciosa, el problema es cuando no sabes bien por qué luchas. O que lo único que te mueve es el odio. Dudo que esa frase esté escrita para eso.

Subo al despacho de Killiam y toco a la puerta. Su secretaria no está. Me dice que pase. Al verme le cambia la cara y pasa de una de agobio a una de felicidad por mi visita.

—Qué alegría tenerte aquí. ¿Has venido a trabajar?

—No, pero si quieres te ayudo. —Me da la mano—. ¿Qué te trae por aquí?

—He ido a mirar unas cosas cerca y he venido a ver cómo te iba.

—Afortunadamente, con mucho trabajo, pero eso implica estar más liado. —Sonríe y sé que disfruta con esto.

Él sí trabaja en lo que le gusta, en lo que ama, no le mueve el odio y la sed de venganza.

—Te entiendo. —Miento y aparto la mirada.

Aún me cuesta entender por qué sigo haciéndolo. Por qué tras tantos años conociendo a Killiam o a

Leo sigo fingiendo ante ellos. Me cuesta quitarme la coraza, mostrarme como soy. Y también porque sé que cuanto más tardas en confesar una mentira, más larga es tu penitencia a pagar.

—La otra noche fue todo un éxito, estarás contento —me dice antes de que le suene el teléfono y tenga que cogerlo—. Lo siento, estamos con la campaña de Navidad y quiero que todos los libros se coloquen bien antes de diciembre. Ahora mismo tengo líos con los distribuidores.

—Entonces me voy y otro día quedamos para tomar unas cervezas. Tú eliges el lugar y que no sea mi *pub*.—Eso está hecho.

Me da la mano y me alejo cuando el teléfono suena de nuevo. Salgo de las oficinas de mi amigo y me alegro por él. Le ha costado, pero ha llegado donde quería.

Ando por la ciudad y no sé por qué acabo en el orfanato donde está Delia. Entro y pregunto a la directora por la pequeña. Aún sigue con la pierna escayolada y está en la cama con ella en alto. Me han dicho que la sacan con silla de ruedas por la tarde al patio, que con las muletas no sabe ir.

Al verme, noto cómo se alegra, pero luego recuerda su papel y me saluda como si nada.

—Hola —le respondo—. ¿Cómo va esa pierna? Veo que tienes una obra de arte en la escayola. —Veo la escayola llena de pinturas y manchada por las manos de sus amigos. Ella la mira con asco y asiente forzando una sonrisa.

—Es bonita, un recuerdo.

—¿Te gusta?

—¿La escayola? No, a nadie le gusta tener una pierna rota y estar aquí sola. —Se olvida del papel y me mira temerosa.

—La verdad es que es un rollo. Yo no puedo estar quieto a menos que esté leyendo un buen libro, entonces me paso horas sumergido en él sin darme cuenta.

—A mí me pasa lo mismo... Bueno, me pasaba, leer es un rollo.

—Yo tampoco tengo tiempo para leer mucho. —Nos miramos y me pregunto cómo puede ser posible que con toda la vida que llevo de experiencias una niña de tan solo cinco años me entienda cuando a ella le queda un mundo por descubrir.

—Mejor, así tienes tiempo para hacer otras cosas más divertidas —me responde. Y aparta la mirada como si supiera que yo voy a ver la verdad en sus ojos.

—Claro. —Miramos el patio donde los niños juegan, han terminado de comer y no tardarán en irse a estudiar, pero mientras están disfrutando de este buen día—. ¿Qué tal las clases?

—Aburridas —me responde—. No han dicho nada... interesante.

Yo era igual, me aburría en clase porque mi sed de conocimiento iba por delante de la del profesor, pero yo no lo sabía. Yo solo sabía que pasaba de prestar atención y parecía que iba por detrás del resto, hasta que una profesora me hizo unas pruebas y descubrió que mi falta de atención era debido a que mi inteligencia iba por delante del resto. Hablaron con mis padres para adelantarme cursos. Para que yo pudiera cultivar mi mente... y mi padre entró en cólera.

Odiaba mi inteligencia, nunca entendí por qué, pero sí todo lo que me dijo de cómo sería mi vida. De que siempre sería un bicho raro. Y yo sabía que tenía razón, porque en clase no tenía amigos y era el rarito. Además, llevaba gafas y para ellos solo era el cuatro ojos. Hace años que acabé con ese problema gracias a una operación. Que no me gustaría tener que repetir, fue la sensación más rara que he vivido. No sentía nada, pero lo veía y aunque la gente afirmaba que podía salir viendo sin gafas tras la operación

en mi caso no fue así. Y eso me agobió, me hizo pensar si el remedio había sido peor que la enfermedad. Por suerte no fue así y todo salió bien.

Para mí estudiar era aburrido, tenía que aparentar que no era tan listo como lo era. Ese era mi reto, sacar una media de notable y en algunas suficiente. Clavar la nota que yo quisiera era un reto para mí. Algo que mantenía mi mente activa. En la universidad fue igual. Y llegó un punto en todo este proceso que me perdí.

A veces no sé si quien vivió mis experiencias fui yo o la versión modificada de mí mismo. En otras ocasiones me he preguntado cómo hubiera sido mi vida de no haber tomado la decisión de ocultarme.

Miro a Delia, que observa a los niños con anhelo, sé que quiere jugar con ellos, pero le duele hacerlo siendo otra. Teniendo que ocultar quién es en verdad.

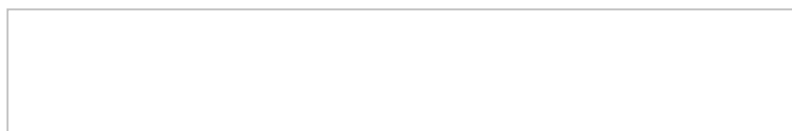
—Si quieres, puedo pasarme otro día y leer juntos —le digo, y me mira sorprendida.

—Como quieras, te dejo elegir la novela..., aunque a mi edad no sé leer muy bien.

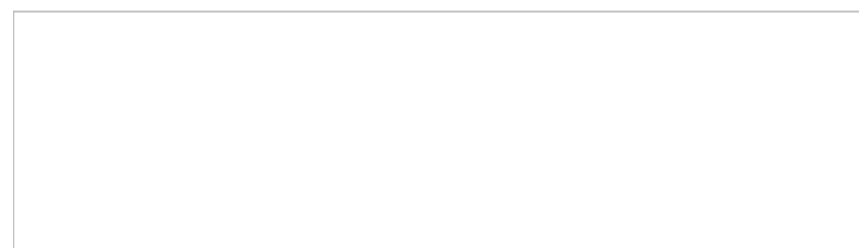
—Lo dudo, pero está bien, yo la elegiré. —Veo esperanza en sus ojos, es como si supiera que yo soy como ella y que le voy a traer una lectura que será un reto para su mente inquieta.

Me encanta la vida que veo en su mirada, y comprendo a Lilliam cuando se sintió triste por ver cómo se apagaba esa esencia. Me pregunto si la mía se extinguió del todo hace años.

Me quedo un rato con la pequeña, no decimos nada, no hace falta. Estamos cómodos. Es raro sentir esta complicidad con una niña tan pequeña.



Son cerca de las doce y llevo todo el día dando vueltas a lo que vi en los ojos de la pequeña. No he podido evitar escribir a Lilliam cuando me he acostado, sabiendo que una vez más ella tiene razón y yo no.



Leo el mensaje de Lilliam. En mi caso nadie era feliz cuando me ponía a contar lo descubierto. Sentía que no servía de nada saber tanto. Mi madre estaba más preocupada de sus amistades y amantes, cosa que descubrí después, y mi padre... mi padre trataba de eliminar a golpes al que destacara. Luego intentó que fuera como él cuando vio que me había cambiado, hasta que, de repente, que fuera como él le quitaba el sueño y una vez más usó la fuerza para que cambiara..., pero esa vez yo había acumulado suficiente odio hacia mi padre para no solo desear ser como él, sino para ser el mejor.

Yo nunca iba a usar la mano para quitarle lo que tenía, pero sí le iba a dar un golpe tras otro con mi inteligencia hasta destruirlo.

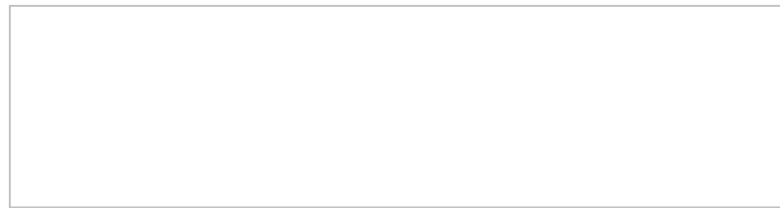
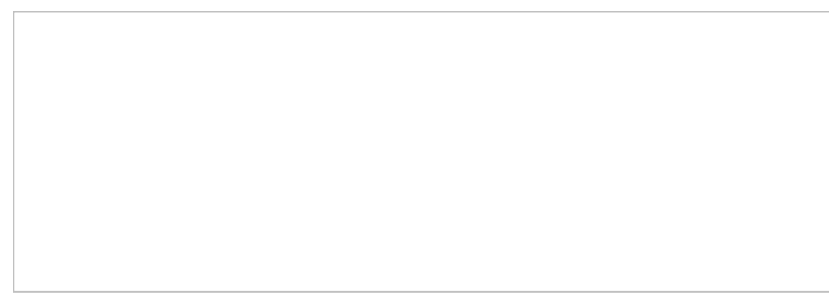
Leo el mensaje, ya sabía que Lilliam era intensa, lo vi esa semana, lo sentí en mi piel y lo he visto ahora. Una vez más pienso en ella en mi cama, tal vez no debería tras estos mensajes tan serios, el problema es que quiero esa pasión entre mis brazos.

La deseo tanto que a veces hasta me cuesta respirar.

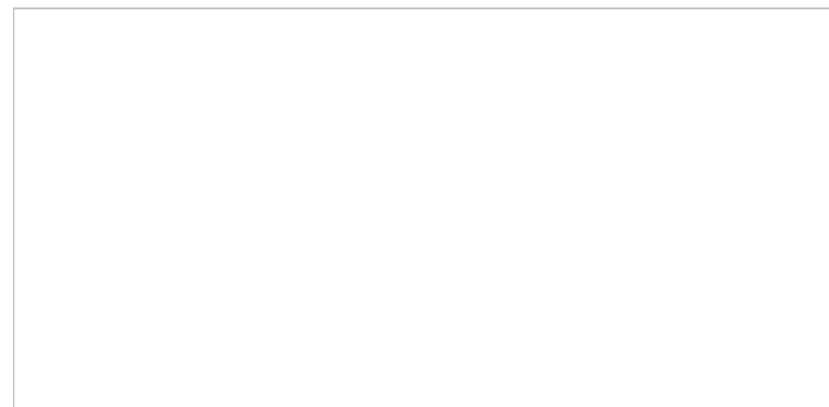
Sonrío y sigo con este juego tonto.

Me tenso y me pongo recto y sé enseguida que su respuesta tiene truco.

Tarda en escribir y me gusta, la he dejado sin palabras y a mí con un calentón que creo que ni la duda fría podrá rebajar. ¿Qué estoy haciendo? No lo sé, por primera vez no pienso, solo hago lo que siento y me gusta.



Pierdo la gracia de pronto, ese falsa sonrisa me crea un nudo en la garganta. Siempre he sabido que ella podía verme de verdad y me incomoda. Esto ha dejado de ser divertido.



Sé que tiene razón, por eso callo y apago el móvil. Cabreado, frío y sabiendo que iré a buscarla y no solo porque la desee, sino porque me gusta estar a su lado.

Capítulo 18

Lilliam

Llevo toda la mañana sola en la tienda, ya que Lisa ha salido con una clienta a ayudarla con las compras y hacerle de *personal shopping* fuera de nuestro establecimiento. Se lo preguntó a la mujer y tras preguntarme le dije que sí, todo el dinero que entre será bien recibido, aunque me duele que para ello la gente tenga que ir a otros lugares a comprar.

Nuestra empleada tiene el día libre. Y yo no dejo de dar vueltas a la conversación de ayer con Owen. Me estaba divirtiendo con la picardía de nuestras palabras. Jugando con fuego. Era emocionante, hasta que noté su malestar y me dolió.

Yo a su lado soy yo misma, a él le molesta que lo vea como es, pues adiós. Es la primera persona con la que no finjo y me deja expuesta, que yo lo dé todo y él no, ya sea como amigos, amantes o lo que sea.

Y lo peor es que me siento tonta por enfadarme porque sé que, si me molestó, es porque me importa más de lo que debería.

Estoy más molesta conmigo que con él, por no saber cómo parar esto que siento por alguien ya comprometido, y sé que a la hora de la verdad él no me elegirá. Ya he pasado por eso de niña. Ya aprendí lo duro que es soñar con imposibles.

Escucho la puerta abrirse, alzo la vista y veo entrar a una señora.

Me olvido de mis preocupaciones y la atiendo como si fuera mi mejor clienta. Solo ha venido a mirar y cuando se marcha deseo que vuelva, y eso me pasa con todos los que entran. Ni una venta. Hacer la caja al final de la mañana es desmoralizador.

Me voy a mi casa pensando en si he elegido mal la ropa de este otoño/invierno, tal vez nos hemos dejado llevar por lo que nos gustaba a Lisa y a mí y no por lo que les gustaría a otras mujeres. No lo sé, ahora mismo solo pienso en cero beneficios y un montón de gastos con solo abrir esta mañana. Desde la luz al agua, pasando por lo que me cuesta un día de alquiler.

Como sola y me voy temprano de vuelta al trabajo. Estoy a punto de abrir cuando llaman al timbre. Salgo de la trastienda y mentiría si no admitiera que una parte de mí desea que sea Owen. No es él, es Fabian con pasteles y café recién hecho. Le abro y vamos al cuarto de empleados a tomar lo que ha traído.

—No sé por qué sabía que estarías aquí.

—¿Ahora eres adivino?

—En verdad no, pasaba por aquí de ver a un cliente cuando vi tu coche aparcado cerca. Y pensé en traerte el café antes de irme al trabajo.

—Me gustaba más la versión de que eras un visionario.

—De serlo no trabajaría vendiendo coches y aceptando las estupideces de mi jefe.

—Todos los trabajos tienen su punto malo.

—Sí, hasta cuando se trabaja por amor al arte. ¿Qué te pasa?

—Nada, solo espero vender algo esta tarde y no hacer otra caja de cero ganancias.

—Eso me hace recordar que mi madre necesita una camisa.

—¿Tu madre necesita una camisa? No tienes que comprar nada.

—En serio, es para una cena que tiene con unas amigas. —Se va hacia donde están las camisas.

—Fabian, no hace falta, de verdad, no te lo he contado para que compres para.

—Esta es perfecta —dice ignorándome—. Me la cobra, señorita, me tengo que ir a trabajar.

—No hace falta.

—¿Vas a dejar a mi madre sin su camisa?

—Eres imposible. —Sonríe mientras se la cobra—. Gracias.

—A ti por tener ropa tan bonita para mi madre. Ahora, en serio, me tengo que ir. Espero que aceptes mi invitación a cenar.

—No recuerdo que me hayas invitado —le digo casi cerca de la puerta.

—Acabo de hacerlo. —Me guiña un ojo y abre la puerta para irse y se choca con alguien que iba a entrar—. Perdón... Owen.

Me muevo y veo a Owen con sus gafas puestas con intención de entrar.

—Fabian. —Noto la hostilidad entre ellos.

—Nos vemos, Fabian y dime dónde me quieres llevar a cenar y hora. —Fabian se relaja y me guiña un ojo antes de irse—. Hola, ¿qué se te ha perdido por aquí? —Hace amago de quitarse las gafas, pero alzo las manos para retenerlas en su cara. Me las coge—. No te las quites no vaya a ser que descubra lo idiota que eres y te siente mal que lo vea.

Me da un beso en la palma, que me recorre entera, y tras darme un masaje me suelta y se quita las gafas.

—Me molesta que la gente vea cómo soy, me hace sentir expuesto. Es así desde que era un niño —admite.

—Continúa, vas muy bien. —Voy tras el mostrador y lo miro a la espera de que siga hablando.

—Yo era como Delia —dice tras un rato, no esperaba algo así y me quedo sin saber qué decir—. Mi coeficiente intelectual era más alto que el de la media. Me aburría en clase y no tenía amigos. ¿Te suena? —Asiento asombrada—. Por extraño que parezca mi padre odiaba que esto fuera así y mi madre estaba más preocupada en cómo quedaría en las fotos de familia como cerebritito que en mí. —Siento lástima por Owen y lo noto porque su mirada se endurece—. Eso quedó atrás, ya está superado. —Asiento—. Mi padre se encargó de aniquilar esa parte de mí —no lo dice, pero lo sé, le pegaba. Lo he visto en otros niños de mi orfanato que han sufrido malos tratos. Algo en su mirada les hace seguir pareciendo ese niño indefenso—, le hice caso y me esforcé por ser un niño más, por no destacar. Mi único aliciente era calcular con mis estudios qué nota sacaría. Podía sacar la nota que quisiera. Empecé a tener amigos y a ser uno más. Llevo así toda la vida. Ya no sé qué queda de mí, o si este que soy es quien hubiera elegido ser de no tener un cabrón por padre. Pero lo que sí sé es que no me gusta exponerme, destacar. Puedo observar mejor el mundo desde las sombras.

—¿Y de qué te sirve si solo vives a medias? Te entiendo y odio más a tu padre si cabe. Pero estás viviendo la vida que se supone que llevarías si fueras alguien con coeficiente normal, no la vida que tú hubieras elegido. Y eso no es vivir, pero tú mismo. Solo sé que ahora más que nunca tengo más claro que no quiero eso para Delia, quiero que sea única y que brille por serlo. Por ese don que tiene. No eres un buen ejemplo para ella y no te lo digo para hacerte daño. Solo porque es la verdad.

Owen asiente y hace amago de irse. Cojo su mano y la entrelazo con la mía.

—No sé ser de otra forma, es tarde.

—Si fuiste tan listo para perderte, selo ahora para encontrarte y traer lo que quede de ti.

—Tal vez no quiera.

—No me meteré, pero a mi lado sé tú mismo.

—Lo soy y no sé por qué.

—Tal vez porque yo también me oculto. No como tú y todo eso. No tengo superpoderes. —Sonríe

—. Pero a veces tengo miedo de mostrar mis debilidades a la gente y que la imagen que tengan de mí cambie y se alejen. Tengo miedo de perder a las personas que me importan y me callo si estoy mal, o si algo me preocupa.

—Eso tampoco es bueno, pero al menos tú no sonrías si no tienes ganas.

—Lo sé, no hay nada más triste que sonreír cuando tienes el alma llena de lágrimas que no quieres dejar salir. —Asiente. Noto el ambiente tenso y digo algo que sé que le hará relajarse—. Aun así no pienso aceptarte. Aunque me tienta la idea de irme a la cama con un cerebritito.

Sonríe relajado y me encanta esa sonrisa. Entra una clienta y me cuesta poner buena cara y que no me moleste la interrupción, pues pienso que Owen se irá.

—¿Tienes una trastienda o un lugar donde pueda estar sin molestar?

—Sí, al fondo a la derecha, hay café y té por si te quieres preparar algo. —Asiente y se marcha sacado su móvil, seguramente para trabajar desde él.

Atiendo a la mujer y esta vez mi sonrisa no es fingida, estoy feliz de que él esté aquí, ya me bajaré más tarde de las nubes.



—No esperaba que te quedaras hasta que cerrara.

—Estaba a gusto en tu pequeña salita. Tu té está delicioso.

—¿A que sí? Lo compro en una tienda de té del centro. Me hacen un preparado especial que nos encanta.

Termino de cerrar la tienda y me cae una gota de agua en la palma. Miro hacia las farolas y veo cómo caen pequeñas gotas de lluvia que se tornan más intensas.

—¡Nos vamos a mojar! —grito, Owen sonrío y tira de mi mano hacia donde ha dejado su coche—. ¿Qué haces? —pregunto cuando abre el maletero y saca de su bolsillo el móvil y lo esconde—. Dame el tuyo.

—¿Para que me secuestres y no pueda pedir ayuda? Vas listo —bromeo.

—Aunque no te negaré que me tienta la idea, no es para eso. —Se lo tiendo, curiosa.

Me encanta este cambio en Owen, por eso me dejo llevar y cuando cierra el vehículo y tira de mí mojándonos con esta incesante lluvia que ha hecho que las calles estén desiertas me dejo llevar.



—¿No crees que no es el mejor momento para entrar en el parque?

—Me dijiste que querías hacer garradas conmigo, y dado que las que yo tengo en mente no entran aún en tus planes, haremos las tuyas. —Me mira pícaro, ilusionado. Me río.

—Estás loco.

—Eso parece, es tu culpa, tú estás sacando a la luz esta parte de mí.

Mi sonrisa se amplía y acabo por entrar al parque e ir de charco en charco. Esto es una tontería

monumental. Quien me vea pensará que estoy loca. No recuerdo la última vez que hice alto tan estúpido.

Me meto en un charco y no es tan emocionante como en las pelis, es una tontería.

Miro a Owen, que me observa divertido y tiro de él hacia el charco. Ver sus zapatos caros llenos de barro sí lo es. Me río y le lanzo barro con una patada.

El pelo se me pega a la cara en el acto. Owen me lo aparta de la cara... ¡Y me pone barro en las mejillas!

—Esto ya no tiene gracia.

—¿A no? —Me mira pícaro.

Me agacho y cojo un puñado de barro con la mano y se lo lanzo a la cara. A Owen no le hace gracia y me coge en brazos con la mano sucia y me la mete bajo la camiseta, fría y llena de barro.

—Esto es un asco. En mente era menos guarro y frío.

—En la mía también —dice poniéndome ante él. Alzo la mano y le aparto el barro de la cara—, se pueden contraer un sinfín de enfermedades con esto. A saber si nos hemos echado barro o pis de perros. —Me río feliz porque diga lo que piensa—. Nunca he hecho algo así.

Aparta el pelo de mi mejilla, seguimos mojándonos como un par de tontos que sonrían. Esto sí que es como en las películas. Aunque en ellas el chico quiere a la chica, en la vida real solo la quiere para echar un polvo y luego seguir con su vida, y su mujer.

—¿Así de estúpido?

—Bueno, estupideces he hecho muchas, me refería a algo así de infantil.

Me pierdo en sus ojos y sé que dice la verdad, que Owen nunca fue un niño normal y aunque jugaba no era como el resto. Para él todo era parte de una representación donde analizaba patrones de las personas para imitarlos y donde estudiaba cómo encajar mejor. Es lo que está haciendo Delia.

—Yo sí —le reconozco—. También solía dar patadas a las hojas caídas de los árboles. A casi nadie le gusta el otoño y a mí me parece la estación más romántica. Tus ojos me recuerdan a esta estación. Con esos tonos dorados, anaranjados y marrones. Y me he fijado que cuando te brillan se ven motas verdes por ellos. Son alucinantes.

—Y pensar que llevo toda la vida creyendo que tenía unos simples ojos marrones.

—Nada es simple si lo miras bien. Ese es tu problema, que no te fijas en los matices.

—Sí me fijo, sobre todo ahora viendo cómo las gotas de lluvia me roban lo que yo quiero. —Me acaricia el labio secando las gotas de lluvia y me lo deja entreabierto. Trago con dificultad mientras se acerca. Me da tiempo para alejarme, no lo hago—. Un beso. —Me dice antes de besarme, cómo me muero por que lo haga desde que nuestros labios se tocaron la última vez.

Empieza a invadir mi boca con lentitud. Recorriendo cada centímetro de esta, hasta que el hambre que dice sentir por mí se apodera del momento y me devora como si la vida se le fuera en ello.

Nunca nadie me ha besado así, diciendo hola y a adiós a la vez, saboreando cada instante por si fuera el último. Con él es o todo o nada y esta vez se lo doy todo y lo beso sin escuchar a la voz de la razón.

—Eh, vosotros, el parque va a cerrar.

Owen se separa y apoya su frente en la mía, sonrío y me besa un instante antes de asentir al guarda y tira de mi mano fuera de parque. Andamos en silencio hasta donde está su coche. Me suelto en cuando abre la puerta, lo miro decidida.

—No ha cambiado nada el beso — Asiento—. No me arrepiento y no te voy a pedir perdón y tampoco por los que vendrán hasta que digas que sí.

—No pienso responderte al resto...

—Eso me parece un reto. —Se acerca y me besa—. Me gustan los retos.

Entra en el coche y lo veo alejarse. No debería, lo sé, pero sonrío feliz bajo la lluvia sabiendo que soy tonta porque una vez más ando soñando con imposibles, y es que el que él luche por mí me hace recordar a esa niña soñadora que aún hoy lucha por sus deseos.

Capítulo 19

Owen

—¿Qué haces tú aquí? —Me giro a mirar a Fabian, que me mira con esa risa tonta que tiene siempre que anda cerca de Lilliam.

—Quiero mirar un coche.

—¿Y lo quieres mirar justo aquí? —Asiento—. No voy hacerme el tonto o el empleado modelo contigo. Sé que te jode verme cerca de Lilliam porque te la quieres llevar a la cama. Tú tampoco eres tonto y sabes que a mí me interesa, pero al contrario que tú yo no solo la quiero para un rato. Y ahora, aclarado este punto, ¿quieres que te enseñe un coche que ni de lejos es el que te comprarías porque tú puedes permitirte uno mejor?

No digo nada, sonrío, como si me diera igual, como si no me jodiera haber visto que no es tan tonto como creía, que si se lo propone puede hacerla feliz. Es un buen tipo y me molesta admitirlo tanto que solo por fastidiar le hago que me enseñe y me presupueste todos y cada uno de los coches del concesionario.

Al acabar ha perdido varios clientes y soy un poco capullo, pero no tanto. Por eso le compro el más caro de todos con todos los extras.

—No tienes por qué comprar un coche —me dice, pasándome el precio final—. Tendré más clientes mañana, soy el mejor.

—No eres malo, pero lo hago para que sepas que solo te lo he comprado porque me das lástima —le digo retador, solo para que no sea su palabra la última.

Sonríe y me vende el coche. Salgo de aquí con un coche nuevo que ni de lejos me gusta y que no es para nada mi estilo.

Llego al *pub* y al entrar a mi despacho veo a Romeo. Sonrío.

—No me gusta nada esa sonrisa.

—Te he comprado un coche, por aguantarme.

—Espero que sea el más caro del mercado, hacerlo bien merece ese precio.

—No, pero tiene todos los extras. —Le tiendo la capeta y le digo dónde debe ir a recogerlo.

—No lo quiero.

—Yo tampoco, al menos tú le sacarás mayor partido que yo. Si no, sabes que acabará pudriéndose en mi garaje.

—Claro, porque salir con un coche que no te pega sería sacrilegio. —Aparto la mirada—. Me lo quedo, pero solo porque le has puesto navegador con wifi y techo solar. Y ahora, dime, ¿por qué las has comprado un coche al lío o novio de Lilliam?

—Ha sido casualidad entrar allí —le digo, haciéndome el tonto mientras miro por la cristalera.

—Ya, claro, y yo me lo creo. Tú mismo.

Se marcha y me giro cuando no escucho la puerta cerrarse. Al hacerlo veo a mi padre frente a Romeo y cómo este lo mira con odio. No es un secreto que no se soportan.

—¿Quieres que saque la basura?

—Ya me encargo yo. —Asiente y se marcha. Sé que no andará lejos por si lo necesito.

Observo a mi padre, ese hombre que trató de hacer de mi infancia un infierno. Recuerdo cada golpe, y aunque me deberían haber marcado no es así. Sabía que superarlos me haría más fuerte y le jodería más. Él quería verme hundido, por eso no dejé que ni uno solo de sus golpes lo hiciera.

—Hola, padre —le digo, sabiendo lo mucho que le molesta el apelativo. Le gusta pensar que tiene aún veinte años. Sus ropas así lo demuestran—. Te veo bien. Está claro que la intoxicación no te atrapó.

—Porque sé que tú eres demasiado honrado, si no pensaría que fue cosa tuya.

—Me gusta ir de cara, no como a ti.

—Por eso siempre serás un segundón. ¿De verdad piensas que eso me va a hundir? No lo hará. Es más, he encontrado al causante de las intoxicaciones. —Se acerca y saca su móvil—. Un amante de tu madre que odiaba que ella siguiera casada conmigo. Es noticia. Todo el mundo habla de eso. Y mi cara apenada por el engaño vende. Ahora soy el pobre cornudo... He querido venir a decírtelo para que supieras que tu madre sigue siendo una zorra y para ver tu cara al descubrir que una vez más la suerte está de mi lado. Es lo que tiene tener una moneda de dos caras.

—La suerte se acaba y la tuya un día se agotará. —Me apoyo en la mesa—. Pero ahora vete y disfruta del éxito, pronto veré cómo te hundes.

Nos miramos retadores y veo la rabia crecer en él. Odia que pueda hundirle. Que pueda ser mejor. Me detesta. Lo veo en sus ojos y ese odio remueve el mío y mi sed de venganza. Se marcha dando un portazo, le fastidia que una vez más ante sus golpes yo sonría. Le molesta que no lllore, como cuando era pequeño. Que aprendiera que para hacer daño a veces solo hay que hacer lo contrario de lo que espera la gente.



Entro en mi casa y me preparo algo para cenar. Estoy a punto de sentarme a cenar cuando me llega un mensaje. Lo saco pensando que será de Lilliam, me quedo pensativo cuando leo de quién se trata.

Es Iris.



Le doy vueltas y pierdo el apetito. No puedo decirle que no, no cuando ha esperado tanto tiempo para volver y sé que una parte de mí ansía estar a su lado. La quise, ignoro si la sigo queriendo y es por eso que le respondo:



No añado más, y aunque ha sido corto el mensaje mientras escribía solo pensé en Lilliam y en cómo se agota nuestro tiempo de estar juntos. No quiero que me rechace. No quiero sentar la cabeza sin haber estado con ella una vez más.

Lilliam

—Se creen que no sabemos lo que nos van a anunciar —me dice Britt mientras dejamos la comida que hemos traído cerca de la barbacoa de la casa de su hermano.

—¿Un hijo? —le digo yo, que no lo tengo tan claro, pero por la mirada de esta es lo que piensa.

—¡Pues claro! Otra cosa no puede ser, ya están casados.

—Eso es cierto —dice Lisa apuntándose a la conversación—. Aunque no se le nota nada. Maddie está más plana que una tabla de planchar.

Las tres miramos a Maddie; cuando nos pilla la saludamos como si no estuviéramos hablando de ella. Abby se acerca con su hija, que solo quiere estar por el suelo.

—¿Creéis que va a aumentar el grupo? —Britt y Lisa asienten emocionadas—. Seguro que será un niño precioso.

Miro a Leo hablando con Owen, se me hace raro que estemos en una fiesta con nuestros amigos en común juntos. Que a ninguno nos haya surgido nada. Es curioso cómo el destino juega sus cartas. Y cómo puedes estar años sin ver a una persona y de repente no parar de encontrártela.

Me mira y sé en qué piensa. En su mensaje de anoche, aún me cuesta creer que me mandara eso:

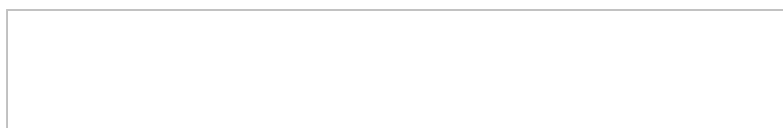
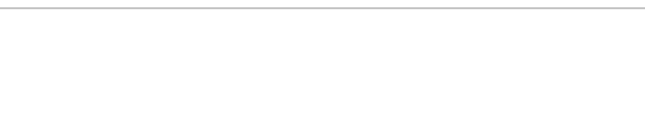
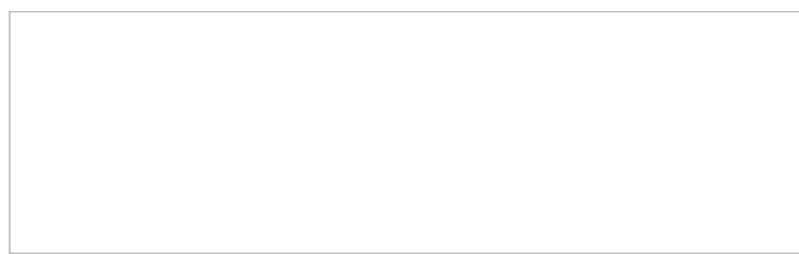
Me dejó a cuadros y le respondí bajándole un poco los humos, aunque en verdad el deseo me recorría la piel.

Me respondió con un muñeco de risa y nada más.

Por la forma que tiene ahora de mirarme sé que está recordando nuestros mensajes. Saca el móvil y al poco me llega un mensaje.

Sonrío y le veo hacerlo también tras verme leerlo.

Owen contiene una risa cuando lo lee y me mira divertido un segundo antes de escribir.



Se ríe y Leo se da cuenta de su intercambio de mensajes y trata de ver de quién se trata. Owen aparta el móvil y lo guarda en el bolsillo de su pantalón.

—Bueno, ¿y cuándo nos decís la sorpresa? —dice Britt, que no aguanta más la espera.

—Qué impaciente eres, hermanita —le dice Leo tranquilo poniendo la carne en la barbacoa.

—Es que si voy a ser tía quiero saberlo ya y no pasarme toda la comida mirando qué come o deja de comer Maddie.

Maddie, no muy lejos, le coge la cerveza a Leo, que la ha dejado cerca del fuego y le da un trago, aniquilando así todas las suposiciones de que está preñada. No bebería alcohol de estarlo.

—Descartado el tema de mi embarazo, seguid dándole vueltas. Me encanta este misterio.

—Pues yo lo odio —dice Killiam a su hermana—. Y ya me veía siendo tío.

—En unos años, ahora estoy centrada en mi carrera y un bebé quita mucho tiempo y cuando lo tenga quiero mimarlo mucho. Llegará cuando tenga que llegar.

—Acabaré por ser un viejo criando niños... —le pica Leo a su mujer, que se nota que por él ya tendría pero la apoya.

—No haberte buscado a una tan joven —le responde descarada Maddie antes de besarlo—. Seguro que si voy a la matrona a mi edad embarazada se extrañaría.

—Doy fe. A mí me dijo que era raro ser madre tan joven, que la media era de los treinta y dos para arriba.

—Yo creo que el destino de nuestros hijos está escrito. Por mucho que lo busques nacerá cuando sea su momento —dice una soñadora Abby—. Y ahora contadnos por favor el secreto.

—Uhhh... No, tengo hambre —dice Maddie.

Leo le sonrío y sigue preparando la comida junto con Donovan. Killiam está con su hija y Dylan en la zona de juegos que han instalado en la casa. Me encanta ver a mis amigos con sus hijos, estos niños no son conscientes de la suerte que tienen solo por el hecho de tener unos padres que harían todo por ellos.

Pienso en los míos, algo que no suelo hacer, en su frialdad. Yo pasaba más tiempo con la vecina que con ellos. Por aquel entonces no lo entendía, pero ahora sé que esas bolsas de basura llenas de dinero no presagiaban nada bueno. Tal vez por eso nunca quiero pensar en ellos o buscar por qué fueron a la cárcel. Me da miedo descubrir que mis padres eran unos asesinos, ya es de por sí suficientemente malo solo imaginarlo.

Se me revuelve un poco el estómago por pensar en ellos y voy a la cocina con la excusa de ver si

falta algo para buscar soledad.

Abro la nevera. No busco nada en concreto. El frío se escapa y me eriza la piel. Hasta que la puerta se cierra y noto una mano en mi cintura.

—¿Qué te pasa? Te he visto ponerte triste. —Me sorprende que Owen lo haya sabido ver.

Y me gusta mucho, demasiado para lo poco que puedo tener de él. Acaricia mi cintura. Me aparto.

—Pensaba en mis padres. —Me apoyo en la encimera, hace lo mismo a mi lado, pero esta vez sin tocarme, aceptando la distancia que he impuesto entre ellos dos—. Están en la cárcel, o eso creo, no sé por qué motivo ni los años que les cayeron —admito.

—Lo siento.

—No elegimos de quién venimos, al menos sí hacia dónde elegimos ir.

—Eso es cierto.

—Nunca quise saber qué los metió en la cárcel, me aterra descubrir que eran unos asesinos.

—Es lógico.

Owen se levanta y se pone ante mí. Pasa un brazo a cada lado de mi cuerpo.

—Podrían vernos.

—Les diré que estamos liados.

—Y yo que estás casado. —Sonríe.

—No lo harías, no me traicionarías.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cada día te conozco más. No entiendes mi engaño, pero no me delatarás.

—Es tu problema y ahora, ¿te apartas?

—No, te voy a besar, puedes gritar si quieres y te dejo que cuentes qué significa nuestro beso.

Y tras decir esto coge mi cara entre sus manos y me besa. Y no es uno cualquiera, está cargado de erotismo, de pasión y de mil promesas de lo que podría hacer con mi cuerpo si le dejara.

Su sabor se mezcla con el mío y su lengua juega con los contornos de mi boca hasta que le dejo entrar y busca la mía para entrelazarse. Debería detenerlo, el problema es que cuanto más nos besamos más ansío el siguiente encuentro.

Pone sus manos en mi cintura y me alza para quedar sentada en la encimera. Se mete en el hueco entre mis piernas e intensifica el beso. Estoy perdida y me cuesta mucho recordar las razones para no pedirle que busquemos un cuarto y me haga todo lo que me prometen sus labios. Por eso cuando lleva su mano a la cintura de mis vaqueros me cuesta decirle que pare hasta que lo hago jadeante cuando me parece escuchar unos pasos. Eran solo imaginaciones mías.

Me bajo de la encimera y lo miro enfadada.

—Me declaro inocente y no he visto que te quejaras.

—Eres tonto.

—Y pese a eso te encanto.

Claro que me encanta, y cuanto más es él mismo más loca me vuelve. Me encanta su seriedad y su locura, su manera de pensar. Todo. Y eso no es bueno.

—Y, por cierto, eres una mentirosa —me dice alejándose, lo miro intrigada—, llevas braguitas de encaje. Chica mala.

—Eres idiota —le digo con una tonta sonrisa en los labios. No me puedo creer que lo haya

comprobado solo para picarme.

Regreso adonde están mis amigos tratando de que nadie note lo acalorada que estoy, por eso evito mirar a Owen en toda la comida. Algo que me cuesta, sobre todo cuando él habla. Por eso saco el móvil y lo ojeo como si no me interesara nada su conversación.

—Deja ya de escribirte con Fabian —me dice Lisa en el postre—. Y no lo niegues, no paras.

—Solo estaba adelantando trabajo. —Esa es la verdad, he estado tomando notas de futuros diseños y mirando vestidos que quiero pedir.

—Ya, claro, por eso tienes esa cara de tonta y los ojos vidriosos. —Me cuesta aguantarle la mirada y mentirle. No asiento ni tampoco lo desmiento. Es mejor así.

—Bueno, no puedo más. Me mata la curiosidad —dice Britt.

—Mucho has aguantado —le dice su marido.

—No lo ha hecho —dice su hermano—. No ha parado de mandarme miradas asesinas durante toda la comida o de mandarme mensajes diciendo que se lo diga.

—Es que no sé a qué esperáis.

—Al postre y al champán. No se puede tomar champán con la barbacoa —dice Maddie, que viene junto a Owen con unas botellas de esta bebida frescas.

—Te dejo que lo digas tú —le dice Leo.

—Bueno, es algo que en verdad hace más ilusión a otros que a nosotros, pero ya puestos queremos celebrarlo y disfrutarlo. —La miramos todos intrigados—. ¡Nos casamos!

El silencio se hace en el jardín donde estamos.

—Uhhh... Ya estáis casados —dice Britt, desilusionada con la noticia.

—Ya, bueno, pero le prometimos a mi madre que le dejábamos hacer otra boda. Y será antes de Navidad. Estáis invitados, por cierto.

—Vaya mierda de noticia —dice Lisa—. Es decir, no es que no me alegre. Que me encantan las bodas. Pero llevo desde que supe de la noticia pensando mil cosas. Desde niños hasta abducciones marcianas, y resulta que es que os casáis otra vez.

—Piensa en la fiesta y en los chicos guapos que habrá —le dice Abby, que se levanta para abrazar a Maddie—. Enhorabuena por tu segunda boda.

—Gracias, es raro, pero pienso disfrutarlo todo. Tengo suerte de casarme dos veces con el hombre que quiero... y todo eso —dice quitando intensidad al momento. Nadie ha ignorado la emoción de sus ojos al mirar a Leo.—Yo tal vez me lo replantee, aún estoy a tiempo de no hacerlo —la pica su marido que al ver los morros de su mujer tira de ella y la hace caer sobre sus piernas para besarla—. Lo haría una y otra vez, tontita.

Maddie sonrío. Aparto la mirada. Me encantan, es amor y duele no haberlo experimentado nunca. Aunque quise a Fabian, nunca sentí algo así por él. Me levanto para darles la enhorabuena y me ausento como si fuera al servicio. No me extraña que Owen me siga, tampoco que me coja de la mano y entremos en la primera habitación que encuentra.

—¿No te alegras?

—Sí, me alegro por ellos. No seas tonto. Iba al servicio.

—Ya, claro, ibas a estar sola porque los envidias y no porque no les desees lo mejor, sino porque te gustaría tener lo mismo.

—Tal vez lo tenga.

—No, pero tal vez lo tengas un día.

—Vas de listo, por lo que veo.

—Yo al menos sí te miro, no como otras que prefieren mirar el móvil que a mí. ¿Tan horrible te parezco? ¿O te cuesta mirarme sin deseo? Temes que se den cuenta de cómo me devoras con la mirada.

—No te flipes —le digo cuando me pasa las manos por la cintura—. Esto es acoso.

—Aún no —se acerca más y pega mi espalda con la pared—, ahora sí, al menos si me denuncias que te haya robado por lo menos un beso.

Se acerca y me besa. Un triste beso que hace que mis labios lo sigan cuando se aparta.

Sonríe y se va hacia la puerta.

—He decidido probar otra técnica para que me aceptes... Dejarte con las ganas.

—Pues vas listo si piensas que así me vas a tener. Antes me lío con otro que aceptarte —le digo frustrada y enfadada por cómo deseaba su beso.

Se ríe y se aleja. Como si tuviera la seguridad de que no lo haré o como si le diera igual que me vaya con otro. Seguramente la segunda opción, es mejor que deje de engañarme.

Por eso sé que es mejor seguir negando que me muero por aceptarlo.

Capítulo 20

Lilliam

Llego al orfanato con la sensación de que alguien me sigue. Algo ridículo, porque cuando me he dado la vuelta no había nadie y me he sentido algo tonta por tener tanta imaginación.

Entro y voy a ver a Clarisa antes de buscar a Delia para que me cuente cómo va todo con la pequeña. Me cuenta que sigue en su idea de olvidarse de quién es en verdad, que el rechazo de su última familia de acogida la ha marcado mucho y no saben cómo ayudarla.

—Tal vez solo el que la adoptara otra buena familia y esta vez no la rechazaran la ayudaría.

—Yo la quiero adoptar. Puedo hacer horas extras, buscarme otro trabajo...

—¿Como estríper?

—Lo haría por ella sin pensarlo —digo sin sentir vergüenza.

—No te lo tomes a mal, Lilliam, pero con ese trabajo no te la darían. Yo no tengo nada en contra, que conste.—Ella estaría mejor conmigo.

—Seguramente, pero tú apenas llegas a final de mes. Tener un niño es mucho dinero. Hay que comprarle ropa, medicamentos, juguetes...

—Tal vez me toque la lotería.

—Sería una opción, otra es que te cases con alguien que tenga una buena posición económica y con dos sueldos seguramente os la darían.

—Me siento como si hubiera viajado en el tiempo y te obligaran a tener a un hombre al lado para ser alguien.

—Yo no he dicho que sea hombre, puedes casarte con una mujer.

—Ah, es bueno saberlo, le puedo pedir a Lisa que se case conmigo y en cinco años nos separamos —bromeo, Clarisa sonrío—. Quiero a esa niña.

—Lo sé. Pero así es la vida.

No añades más y yo tampoco.

Voy a buscar a la pequeña y la encuentro con sus nuevas amigas jugando a las muñecas. Me fijo desde la puerta en las niñas, para no ser tan dura juzgándolas, seguro que son maravillosas y por eso Delia ha decidido hacer el esfuerzo de adaptarse.

Tras cinco minutos solo veo a una marimandona y dos borregos que hacen todo lo que ella dice. Delia se está sumando al bando de estos últimos y no me gusta ver cómo la domina. Es curioso cómo aunque pasen los años siempre hay, en clase o entre tus amigos, una marimandona que se cree la mejor y otras que la siguen a pies puntillas. Luego está el chico guapo por el que todas suspiran, y el bueno que solo gusta a una, y las demás se preguntan cómo puede tener tan mal gusto, aunque en secreto lo miran con otros ojos porque si a su amiga le gusta no puede ser tan malo y si este se fija en ella será mejor que su amiga. Algo que me pasó, claro. Me quedé sin el chico bueno, sin el guapo y sin amigas.

Delia es la primera en verme. Sonríe un instante. Me acerco y solo le doy un beso en la mejilla. No el abrazo que deseo.

—¿A qué jugáis?

—A cosas —me dice la marisabidilla—. Nos molestas.

¿Por qué todas son igual de tontas? A veces me pregunto si ya nacen con el gen de la estupidez y lo mejoran con los años. Por Dios, es solo una niña. Una que está haciendo que mi Delia cambie, cuesta ser imparcial. Y que me recuerda a otra niña igual que ella cuando yo era pequeña y a la que le encantaba que todas le dieran la razón.

—Ah, que bien. No os molesto, chicas —les digo porque sé que este no es mi juego.

Cuesta mucho dejar que los niños hagan su vida, más cuando se equivocan, y juro que hasta que me voy espero que Delia me llame y me pida hacer lo de siempre. Que no lo haga me afecta. La echo de menos.

Salgo del centro. Lluve y hace una tarde horrible. Al anochecer antes, parece que ya es entrada la noche debido a las nubes.

Voy a cruzar la calle y juraría que he mirado, por eso cuando veo un coche venir hacia mí no entiendo de dónde ha salido y siento que es lo último que voy a ver. Siempre he pensado que en una situación así te da tiempo a reaccionar, a correr, saltar... No me ocurre nada de eso.

Pero sí veo las cosas que quiero hacer y no he hecho ante mí, sobre todo a Owen. Todo pasa tan rápido que cuando el coche se detiene y solo me golpea con ligereza me caigo de rodillas por el susto. Y porque mi cuerpo estaba preparado para el impacto.

La gente, al ver lo sucedido, viene a ver qué me sucede. El del coche echa marcha atrás y desaparece. Me pregunto si, de no haber frenado, también habría huido, y lo triste es que seguramente sí.

Me tiembla todo, por eso aconsejan que vaya al hospital.

Me hacen pruebas y solo tengo un ataque de ansiedad por lo ocurrido. No ha pasado nada, pero en mi mente sí, en mi mente me he visto mutilada, herida y saltando por los aires.

En solo un segundo podría haber cambiado todo.

Para que luego digan que no son importantes, cuando uno solo de ellos tiene el poder de cambiar toda tu vida.

Llego a mi casa y tras darme una ducha me meto en la cama. Me parece que hasta huele diferente, como si ahora viera los matices y olores desde otra perspectiva. Estoy siendo exagerada, tal vez se deba a la pastilla que me han dado para tranquilizarme y tal vez debido a ella cojo el móvil y le escribo a Owen.

Porque sé que si en ese instante todo hubiera acabado, allá donde hubiera ido me hubiera arrepentido de no estar un segundo más entre sus brazos.



Capítulo 21

Owen

Dejo lo que estoy haciendo para mirar el mensaje que me acaba de llegar. Al leerlo me alegro y luego me inquieto. Me extraña que Lilliam haya accedido así sin más. No soy tan bueno dejando a alguien con la miel en los labios y solo han pasado dos días. Aún no he podido tentarla más.

Siento que hay algo más. Tal vez por lo corto del texto.

Le escribo:

No he terminado de leer el mensaje cuando llamo. Que me diga que está bien me da igual. Me pone nervioso solo imaginar lo que le podría haber ocurrido.

—Estoy bien —me dice cuando me coge la llamada.

—Me alegro. ¿Qué ha pasado?

—Te juro que miré, y me puse a pasar ya mirando hacia delante cuando de repente escuché un coche que venía hacia mí. Yo creo que era de los que estaban aparcados, cometí el error de no mirar de nuevo. Me confié. No me volverá a pasar.

—Eso espero.

Noto que le tiembla la voz y que aunque quiere hacerse la fuerte está tensa.

—Fue más el susto. Sentí que no pararía. De hecho solo lo hizo a pocos centímetros de mí y se dio la fuga. Yo me caí al suelo por la impresión. Fue muy raro todo.

—Menudo imbécil —le digo enfadado. Agobiado por lo que podía haber pasado—. ¿Estás con Lisa?

—No, se ha ido de viaje para ayudar a una clienta con sus compras, ahora hace de *personal shopping*, aun en otras tiendas, para poder costear gastos.

—¿Tan mal van las cosas?

—Vendemos, pero no lo bastante para pagar todo. La gente entra y quiere que la tienda esté llena de ropa para elegir. Para comprar material se necesita mucho dinero y es dinero que no recuperas si no se vende. Y te das cuenta de que tienes que cambiar toda la tienda y poner ropa de verano. Y rebajar la que tienes para por lo menos recuperar la inversión aunque no ganes nada. Si no ganas, cuesta más sacar dinero para la siguiente temporada... y es un asco. Y este año no ha llegado el frío aún, eso retrasa las ventas de otoño/invierno. Mucha gente compra lo que se va a poner ya, y si hace buen tiempo no piensa en comprarse ropa de abrigo. El tiempo no incita a la venta de ropa más calentita.

—Lo comprendo. Te dejo, tengo algo que hacer.

La cuelgo de golpe y casi puedo ver su cara de incredulidad. Sonrío mientras preparo una pequeña maleta y me voy hacia su casa. Estoy deseando ver su cara y casi sé qué me va a decir cuando me vea.

Lilliam

Menudo idiota. Me llama para ver cómo estoy y me deja casi con la palabra en la boca. No sé cómo lo soporto a veces. Me preparo para irme a la cama, más cabreada que nerviosa. Lo hago hasta que suena la puerta.

Voy hacia ella y abro.

—¿Qué pasa, que como he aceptado no puedes esperar para acostarte conmigo? —Se ríe.

—Sabía que me dirías eso. —Entra y me da un ligero beso en los labios que me deja con ganas de más.

Deja su maleta en el suelo y se quita la chaqueta para dejarla en el perchero.

—No tengo ganas...

—Antes de que sigas pensando lo peor de mí, te diré que he venido solo a pasar la noche contigo. No me hace gracia que estés sola tras lo que ha pasado.

Lo miro emocionada por el detalle. No esperaba que viniera solo por eso, y no es que no quiera acostarme con él, de manera sexual, es que ahora mismo no sé si mi mente está donde debería estar. Cuando lo volvamos hacer, ahora que he aceptado, quiero estar al cien por cien.

—¿Has cenado? —le pregunto.

—Sí, ¿y tú?

—Comí algo de las máquinas expendedoras del hospital y no tengo mucha hambre.

—¿Y qué hacías?

—Ver la tele en la cama.

—Me apunto a este plan. Es algo que nunca he hecho.

—¿En serio?

—En serio, siempre he andado haciendo algo más interesante que estar viendo la tele sin más.

—Me lo creo. Sígueme.

Me sigue a mi cuarto. Me meto en la cama, que es de matrimonio, y lo espero. Owen coge sus cosas y se cambia ante mí sin dejar de mirarme. Se me seca la boca, mi respiración se acelera y la yemas de los dedos me pican del deseo que tengo de acariciar su morena piel. No hago nada, solo le sonrío.

—Vaya estriptis más soso, ni música, ni nada.

—No se me dan bien, tendrás que ensañarme.

—Me suena a reto, y no lo descarto.

Sonríe y viene hacia la cama, solo con un pantalón de pijama azul marino y nada más. Nada más, porque he visto cómo al quitarse los vaqueros se quedaba en cueros. Y siento que lo ha hecho aposta solo para dejarme paralizada.

—¿Acostumbras a ir en comando? —Se ríe.

—No, pero ha merecido la pena. —Entra a la cama por mi lado y me besa levemente antes de pasar a su lado casi sin tocarme.

—¿Y dices que solo has venido a dormir?

—Sí y a ver la tele. ¿Qué vemos?

—¿Te he hecho algo para que me tortures así?

—No, pero míralo por el lado bueno, ahora ya no piensas en tu accidente, solo en mí...

—Y en tu minisalchicha, no sé si la notaré. —Se ríe y me quita el mando.

—Pronto tendré que remediar tu ceguera y hacerte sentir la longitud de mi miembro dentro de ti. Mientras, veamos la tele.

Me río y alzo su brazo para acurrucarme en su pecho.

—Gracias.

—De nada.

Nos ponemos a ver la tele, no me entero de nada de lo que emiten. Solo soy consciente del hombre que tengo en mi cama y de la sensación que tengo de que encaja perfectamente en mi mundo. No siento que lo haya invadido, sino que es como si siempre hubiera estado aquí, es raro y me asusta porque sé que un día deberé admitir que me estoy enamorando de Owen.

Capítulo 22

Owen

Ahora mismo no sé si estoy soñando o si esto es la realidad. No recuerdo la última vez que sentí tanto placer.

Abro los ojos con miedo a que el sueño se desvanezca y para mi satisfacción no lo hace, aunque casi lo parece.

Lilliam está entre mis piernas acariciando y mimando mi erección, que como nos pasa a todos los tíos se ha despertado ya preparada para el ataque.

Me mira risueña juguetona, preciosa.

El pelo rubio está suelto y desordenado, no se ha retocado ni se ha maquillado como si no supiera que al despertar algunas personas tienen mala cara. Ella no, aunque la sábana se la ha pegado a un lado y tiene aún los ojos un poco hinchados por el sueño. Ella está perfecta.

Si fuera pintor seguro que capturaría este momento en un lienzo.

—Espero que te hayas puesto las lentillas.

—No, pero cogí mi lupa y vista con ella sí crece. —Tras decir esto sube y baja su mano por mi erección y llega a la punta donde una perla de mi esencia la espera—. Te deseo y no voy a esperar a que tú vengas a mí. Me cuesta estar con un hombre, pero cuando estoy con alguien sea el tiempo que sea esto es cosa de los dos.

—Me encanta eso. Soy todo tuyo.

—Esa frase está supertrillada, en cientos de libros aparece. ¿De verdad no se te ocurre nada mejor?

La mira, me observa desafiante y acepto el desafío.

—Cómeme. —Me mira con una sonrisa.

—No tengo hambre..., tal vez si te pusiera chocolate.

—He leído que no es muy saludable...

—Yo también lo leí, en Facebook. A veces no sé si tengo amigos o informadores de curiosidades...

—¿De verdad te apetece hablar de esto ahora?

—No, pero ahora soy yo la que te deja con la miel en los labios. ¿A que jode?

—Joder es lo que quiero hacer contigo. —Me mira sonrojada y sin previo aviso se agacha y me besa mi dureza—. ¡Joder!

No dice nada, solo sonrío, segura de lo que quiere hacer.

Noto cómo su lengua me degusta y cómo entro y salgo de su boca. Me quiero morir ahora mismo. No es la primera vez que alguien me da placer así, pero ahora mismo me cuesta recordar quién fue la anterior. Es como si todo fuera nuevo. Como si yo fuera un chico virgen que acaba de descubrir lo que es el sexo y sabe que está perdido, porque querrá repetir esta sensación una y otra vez.

La miro. Sus ojos azules se entrelazan con los míos. Busco su mano y la entrelazo con la mía.

Se la acaricio mientras el placer me recorre entero, mientras me pierdo entre las sensaciones.

Cuando sé que no puedo más la cojo y la dejo sobre la cama para devorar sus labios, que saben a mí.

Devoro su boca, cada rincón. Me trago sus jadeos.

Nos giro de forma que yo quedo sobre ella enterrado entre sus piernas. Y profundizo el beso mientras introduzco mis manos bajo su camisa ancha de dormir.

Recuerdo su cuerpo perfectamente y aunque ha cambiado con los años sigue pareciéndome igual de fascinante cada ángulo y cada curva de ella.

Me separo para quitarle la camisa. Solo lleva puesto bajo esta unas braguitas sencillas azules. Sus pechos captan mi atención. Del tamaño justo, redondos y sugerentes.

Cojo sus manos y, tras ponerlas sobre la almohada, bajo mi cabeza hacia este par de maravillas. Los beso, los acaricio, noto cómo crecen bajo mis labios y cómo me tientan a que los devore, y eso hago.

Los lamo, los chupo y me pierdo entre los jadeos de placer de Lilliam.

La suelto y llevo mi mano a la cinturilla de su ropa interior. Tiro de ella y se las quito sin dejar de degustar el manjar que tengo duro entre mis labios.

Llevo mi mano a su sexo y compruebo que está mojado y listo para mí. Me alzo y la miro.

Estoy perdido, pienso cuando me veo reflejado en sus ojos.

Y, como me pasó la otra vez, no existe nadie más en mi mente salvo nosotros dos.

Lilliam coge el preservativo que ha dejado en la mesita de noche y me lo tiende. Me lo pongo y sin esperar más me adentro de una vez en ella.

Nos quedamos quietos, cierro los ojos del placer de este momento, donde me siento excitado, calmado a la vez, es muy raro.

Los abro y compruebo que ella, como yo, también los ha cerrado y su gesto es de placer. Los abre. Su mirada está vidriosa. Me sonrío y hago lo mismo y sin dejar de mirarla me muevo entrando y saliendo de su apretado sexo.

Nunca la he olvidado, pero sí lo buenos que éramos juntos.

Intensifico los movimientos y noto que como ella no me siga pronto lo haré yo primero sin esperarla. Es por eso que busco su botón y lo acaricio notando cómo su interior me aprieta más conforme se acerca al orgasmo.

Noto que va a llegar e intensifico mis embestidas hasta que juntos explotamos en un mar de sensaciones que me hacen de verdad creer que era virgen hasta este momento. Ni mi anterior vez con ella se puede comparar a lo que siento ahora.

Me dejo caer sobre ella sin aplastarla y la cojo en brazos para girarnos en la cama y que quede sobre mí aplastándome. No me importa, la quiero sentir cerca.

—Te voy a chafar —me dice sin amago de moverse, intuyo que no puede.

—Es lo que quiero. Duerme un poco más.

—Te tienes que ir...

—Hoy mi jefe me ha dado el día libre. —Se ríe y su risa resuena en mi pecho. Acaricio su espalda —. Descansa.

—Y tú.

Se alza y me da un tierno beso que me conmueve. Su cariño no sé manejarlo y tampoco hago nada por evitarlo.

Me gusta, tal vez porque no han sido muchas las veces que lo he tenido en mi vida.

Se me hace raro ver a Owen en mi cocina preparando la comida. Se ha ofrecido a cocinar y he aceptado. Solo por deleitarme al verlo.

Lleva ropa cómoda, un pantalón de chándal negro y una sudadera gris que le hacen parecer mucho más joven. Más con el pelo revuelto por la ducha que nos hemos dado juntos, donde hemos puesto el cuarto de baño perdido de agua por jugar dentro del ridículo plato de ducha. No cabíamos, solo por eso no hemos repetido lo que hicimos en la cama.

No me puedo creer mi descaro. El problema fue que me pasé media noche despierta sintiéndolo cerca y temiendo que se arrepintiera. Sabiendo que, ahora que había aceptado, no quiero perder más recuerdos a su lado, durara el tiempo que durara.

Por una vez quería hacer lo que deseaba sin pensar en nada más. Sin esperar, estoy cansada de esperarlo todo y no tener nada, por eso lo que pueda lograr por mí misma lo haré.

Ahora mismo lo observo sabiendo que estoy guardando cada uno de estos segundos en mi mente por si Owen decidiera que todo se ha acabado una vez se marche hoy.

Su teléfono suena y lo saca del bolsillo del pantalón. Mira quién es y cuelga. Así lleva toda la mañana, es domingo y seguro que anoche se dejó a medias todo el trabajo para venir a estar conmigo. No me lo esperaba de alguien que vive para trabajar.

Suena mi móvil y voy a por él. Es de Romeo, me pidió el móvil el otro día y me dio el suyo.

Lo cojo.

—Hola, preciosa. ¿Me puedes pasar a mi jefe?

—¿Y cómo sabes que está conmigo? ¿Te lo ha dicho él?

—No, él no me cuenta qué hace en su vida privada. Yo soy muy listo y tenía esa intuición y he acertado.

Voy hacia donde está Owen y le tiendo el móvil, me mira como preguntando quién es.

—Romeo, ha adivinado que estábamos juntos. Y yo me he delatado. —Pone mala cara y lo coge.

—Espero que sea importante para que me hayas molestado usando su móvil. —Romeo le dice qué ha sucedido y por la cara de Owen sé que era importante—. Voy ahora mismo.

Cuelga y me pasa el móvil. Aparta la comida del fuego y va a mi cuarto. Lo sigo.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien ha atracado el camión que me traía la bebida. Seguro que es cosa de mi padre.

—Ese camión tendrá más mercancías...

—No, una vez al mes hago un pedido y me lo traen en exclusiva.

—Pero hoy es domingo, no te afecta, antes de que abras el jueves ya tendrás todo lo que te falta.

—No todo, algunas bebidas que sirvo son de exportación y no es fácil conseguirlas y muchas de ellas se usan en nuestros cócteles estrella. Y todas son exclusivas y me las mandan una vez al mes. Quien lo ha hecho sabía que me iba a hacer daño para mi próxima apertura. —Veo cómo se viste.

—Y por eso intuyes que ha sido tu padre.

—Por eso y porque es algo que se espera de una persona que contrató a unas personas para que robaran en su casa y atacaran a su hijo solo por diversión. —Me mira y veo el odio brillar en sus ojos.

—Tu padre es un ser horrible.

—Bienvenida a mi infierno. Me marchó, te compensaré.

Lo sigo a la puerta. Tengo un nudo en el estómago, temo que esta sea nuestra despedida y ha llegado

muy pronto.

—Esto no acaba aquí, Lili. —Me dice tras darme un beso que nos deja jadeantes—. Ni mucho menos. Llámame si necesitas algo, a ti sí te lo cogeré.

Me guiña un ojo y abre la puerta para irse. Cierro y me dejo caer sobre ella preguntándome dónde me he metido. Sabiendo que, lo admita o no, estoy perdidamente enamorada de este hombre.

Capítulo 23

Owen

—¿Cómo que no hay indicios de que ha sido el capullo de mi padre?! ¡Está claro que ha sido él! ¡Sigue investigando! —le digo a mi detective privado.

La policía ha dicho que ha sido mala suerte, que están trabajando para descubrir quién ha robado y dónde ha ido a parar la mercancía.

Por suerte, al que la trasportaba solo le dieron un golpe en la cabeza del que ya se ha despertado sin daños aparentes. No recuerda mucho, pues iban con pasamontañas. Otra cosa que es obra de mi padre, cuando entraron en su casa los que lo hicieron iban tapados. Y todo iba bien hasta que yo me defendí y, asustados de que los hubiera delatado, como afirmaba, me empujaron con fuerza por la escalera y salieron corriendo.

Los atrapó la policía que acudió a mi llamada y mientras los metían en los coches gritaban diciendo que solo hacían lo que mi padre les dijo.

Mi padre, por su parte, lo negó todo y los acusó de injurias. Tenía buenas coartadas y nada apuntaba a que unos ladrones con varios robos a sus espaldas y perseguidos por la ley dijeran la verdad. Su abogado, además, los acusó de intento de asesinato conmigo, al caer por la espalda me di en la cabeza y estuve varios días en coma.

Mi padre me ha dado muchos motivos para odiarlo y muy pocos para que retroceda en mi deseo de verlo destruido.

Siento que solo podré descansar cuando lo haga.

Me paso el día tratando de que mis detectives encuentren algo contra mi padre o localicen la mercancía robada. Tras dos días trabajando en ello la doy por perdida y me toca admitir que deberé quitar algunas bebidas de la lista.

Tengo de todo, pero no me gusta a medianoche decir que se acabaron. Da muy mala imagen y poca previsión decir a los clientes que no puedes servirles algo que está en la carta. Es por eso que me toca reestructurar todo el menú de cócteles y se me pasan los días sin darme cuenta metido en crearlos mucho mejores para que nadie note la ausencia de los que eran los más solicitados, y son justo esos los que no estarán.

Romeo entra y me tiende el nuevo menú. Lo cojo, me gusta cómo ha quedado.

—Está todo listo y ya están preparándolo para dar chupitos de prueba a la entrada de los nuevos. Será un éxito.

—Eso espero, no pienso dejarle vencer.

—No dejaremos que lo haga. Y ahora deberías irte a descansar o llamar a cierta rubia a la que has ignorado estos días, a menos que solo sea una chica de una sola noche para ti, lo que me defraudaría mucho.

—Nunca te has metido en mis asuntos privados, no lo hagas ahora.

—Te equivocas, con Iris también te dije lo que pensaba. —Que la mente ahora no me gusta—. Tú verás lo que haces y no está mal lo que decidas. Es lo malo de dejar correr el tiempo, que algunas cosas no resisten el paso de los años.

Romeo se va sin dejarme responderle. Cojo mi móvil y busco el número de Lilliam, algo que estos últimos días he hecho con frecuencia.

Deseo llamarla y saber de ella desde que me despedí, y ese es problema. No sé lidiar con este deseo.

La llamo sabiendo que seguramente me cuelgue y así es. Me manda un mensaje.

Sonrío porque sabía qué diría y me aprovecho de que lo nuestro seguramente siga siendo un secreto entre nuestros amigos, escribo a Lisa.

Me río, sé que vendrá de todos modos, cuando las he invitado a pedir lo que quieran solo se han tomado una o dos copas como mucho. Es solo una forma de hablar que tenemos.

Sonrío por lo que acabo de hacer y espero que Lisa sea tan pesada con Lilliam para obligarla a venir aquí.

Lilliam

—Está a tope.

—Una copa y nos vamos, mañana trabajamos y tú te vas de viaje.

—Que sí, que te lo he prometido. Y ahora brindemos. —Coge uno de los chupitos que regalan y se lo tiende y luego otro para ella que hace resonar con el mío—. Por los tíos buenos de ojos dorados.

—¿Se puede saber a qué viene ese brindis?

—Por el dueño que nos ha invitado. —Se lo toma y lo deja en la bandeja vacío—. Hola, Owen.

Noto la mano de Owen en mi cintura al tiempo que Lisa lo saluda.

—¿No te tomas el chupito?

—No —lo dejo en la bandeja de los vacíos para retirar—, no quiero que se me atragante.

Le digo solo a él, por suerte Lisa mira hacia la pista de baile y no se ha dado cuenta de nada.

Se ríe, su risa se adentra en mí. Su aliento me acaricia el cuello antes de hablarme al oído.

—Me lo merezco, y por si quieres levantarme el castigo te espero en mi despacho.

Ahora soy yo la que me río.

—No, gracias, si quieres desfogarte te buscas a otra o tal vez una ducha fría. Ahora voy a probar tus cócteles, que son lo único bueno que tienes. —Antes de alejarme me fijo en cómo mi comentario, como ya sabía, le hace sonreír.

Me llega un mensaje al móvil y lo noto por la vibración. Lo saco sabiendo que será de él:

Sonrío, pues tiene razón. Lo busco. No lo encuentro y miro hacia su despacho por si estuviera allí.

Guardo el móvil en el bolso. Hemos llegado a la barra y Lisa ha pedido dos de los cócteles nuevos.

—¿Escribiéndote con Fabian? Esa cara de tonta solo puede ser por él —me dice.

—Da igual con quién me escriba. Esta noche solo de nosotras dos.

—Eso me gusta. —Coge nuestros cócteles, que los acaban de dejar ante nosotras, y me tiende uno

—. Esta vez brindemos por la felicidad, esté donde esté.

Algo tan profundo no es típico de ella, o sí, pero normalmente no deja ver esa parte de su personalidad, la esconde entre risas. La miro tratando de averiguar qué me dicen sus ojos.

—¿Todo bien?

—Genial —dice brindando con mi copa antes de probarlo—. Todo bien, Lilliam. —Esta vez me responde más seria y no, no la creo. Algo oscurece su mirada.

Sé que si insisto se cerrará en banda, por eso lo dejo pasar y, además, yo no le he contado lo mío con Owen, no puedo exigirle que se abra a mí cuando yo no predico con el ejemplo.



Estamos a punto de irnos tras una hora de fiesta cuando las luces se apagan y empieza una canción, diferente a la del otro día, pero salgo yo bailando y esta vez del techo caen burbujas que dan más magia al momento.

Me encanta, es perfecto.

Cuando termina, empieza otra canción y la gente animada la baila como si no hubiera un mañana.

—Se me ponen los pelos de punta cada vez que veo esta parte —me dice Lisa, yendo hacia el ropero.

—Es bonita, sí.

Miro hacia el despacho de Owen y me pregunto si me sigue su mirada. Esta semana me he pasado cada hora mirando el móvil como una tonta. Cada aviso de llamada o mensaje que tenía pensaba que sería él. Cuando no lo era me sentía tonta y luego lo criticaba por pasar de esa forma de mí.

Mi idea de disfrutar de la vida se fue difuminando en cuanto pasaban los días, dejaba de tener ese miedo por lo vivido y no sabía nada de Owen. No me arrepentía de lo vivido, pero sí de esperar más.

Me sentía como esa niña que, tras ser abandonada, esperaba más. Odio esa sensación, ese recuerdo de esperanza y desilusión a la vez. Y él me lo ha traído de vuelta. Por eso no he ido a hablar con él y no sé si iré el domingo a su casa.

Ahora mismo pienso que ser su amiga es lo mejor para mí.

Capítulo 24

Lilliam

El inicio de la mañana va muy bien en la tienda. Aunque estoy sola, consigo hacerme con las clientas. Solo cuando estoy sola siento malestar por haber tenido que despedir a nuestra empleada. Lo hicimos con la promesa de que en caso de que las cosas fueran mejor la llamaríamos enseguida. Era una buena empleada. Odio haber llegado a eso. A tener que despedir a una persona maravillosa porque no puedes pagarla.

Me paso a por algo de comer a media mañana, dado que de entrar una cliente me enteraría por el aviso que tengo en la puerta con un sensor que me avisa cuando entra alguien.

Estoy preparándome el té cuando escucho el aviso. Lo dejo y salgo a ver quién es esperando encontrarme con una cliente viendo la ropa.

Salgo y casi me choco con la cliente, o más bien con el cliente. Pienso al encontrarme casi aplastada contra un fornido pecho. Antes de alzar la vista ya sé que se trata de Owen. Su perfume es inconfundible y funde mis sentidos, incluso antes de que abra la boca.

—Hola —me dice sujetando mis hombros.

—Hola, ¿qué haces aquí?

—He venido a verte, ya que no sé si aceptarás venir el domingo a mi casa, he decidido ser insistente. —Entra en mi salita y tira de mí hasta el sofá. Se sienta arrastrándome de forma que caigo sobre sus piernas.

—Podría entrar alguien.

—Podría, pero tienes un chivato que te avisa.

—Tal vez no quiera estar así contigo. —Aparta sus manos de mi cintura.

—Siempre puedes irte —hago amago de hacerlo, me sujeta con más fuerza—, aunque no deseo que lo hagas.

Sus mirada es sincera, por eso me quedo.

—No puedo estar solo para cuando tú quieras, me hace sentir usada.

—Lo siento, me agobié mucho con el robo, me pase los días tratando de superar el golpe.

—Lo sé, pero somos amigos, y cuando esto acabe será lo único que nos unirá. No quiero pensar que tal vez acostarnos lo complica todo y te perderé como amigo.

—No lo harás. Ya eres parte de mi vida. —Sonrío y me acurruco entre sus brazos.

Me rodea con sus brazos y siento que él también necesita este contacto. Este cariño.

No decimos nada durante un rato largo, no hay mucho que añadir cuando un gesto lo dice todo.

—Parece que no va a venir nadie —dice dándome beso en el cuello.

—Espero que sí.

—Yo espero que de hacerlo sea dentro de un rato, tengo otras cosas en mente —dice metiendo su mano bajo mi camisa y acaricia con sutileza el bajo de mis pechos—, encaje, dime que pensabas en mí.

—No, los otros estaban sucios.

—Cómo te gusta hacerme sentir menos importante. —Sube la mano y me acaricia el erecto pezón sobre la tela.—No lo hago por eso, te estoy diciendo la verdad. —Me mira a los ojos y asiente—. Pero

en caso de no ser cierto tampoco te dejaría creer que lo llevo por ti. Los llevo por mí, por verme sexi. Lo que piense el resto me tiene que dar igual.

—¿Y te lo da?

—No, pero lo intento. —Owen mete la mano bajo el sujetador y me acaricia el seno desnudo.

—No deberías hacer esto aquí.

—Sí debo hacerlo, y ahora bésame.

Me deja decidir si hacerlo o no. Su mano se queda quieta a la espera de mi siguiente movimiento.

Me pierdo en sus ojos un instante antes de hacerlo en sus labios al entrelazarlos con los míos.

Nos besamos con intensidad. Su mano acaricia sin pudor mis pechos, ha alzado el sujetador lo justo para poder pasar de uno a otro sin que nada se lo impida.

Gimo entre sus labios por su forma de tocarme. Estoy tan perdida por este mar de sensaciones que dudo de que, de sonar la puerta, me entere de algo.

Esto no estaba previsto, no esperaba acabar así la mañana.

Tampoco hago nada por detenerlo.

Owen me muerde los labios con ligereza antes de separarse y apartar mi pelo para dejar un reguero de besos por mi cuello. Abre mi camisa botón a botón, mientras su lengua hace estragos en mi clavícula. Nunca imaginé que esa zona fuera tan erógena. Cuando ya está abierta la camisa, centra su atención en mis pechos.

Me los chupa, los devora. Su lengua hace maravillas sobre mi piel y mis gemidos se escuchan por toda la tienda.

Estoy tan perdida que siento que podría llegar al orgasmo así, algo que no descubriré hoy porque Owen decide adentrar su mano en mis pantalones y acaricia mi húmedo y sensible sexo.

No tiene apenas que tocarlo antes de que explote de placer y me corra entre sus manos. Me besa en la boca llevándose los últimos coletazos de este placer que me ha dado.

Me acurruco entre sus brazos. Me siento pequeña cuando me abraza.

Me encanta estar así y por suerte no entra nadie y no tengo que salir de este cobijo hasta que es la hora de cerrar.

—Te invito a comer —le digo saliendo de la trastienda.

—Hoy no puedo, pero te lo compensaré con una cena el domingo.

—No he dicho que vaya a aceptar.

—Cómo te gusta que te ruegue.

—Me encanta, porque sé que es algo que no haces a menudo.

Asiente y se va hacia los vestidos. Coge uno rojo ajustado con cuello de barco. Lo saca y lo deja sobre el mostrador.

—Ponme este vestido. —Siento la desilusión crecer en mí porque lo quiera para otra.

—Claro, cómo no. —Le digo borde, me da igual que note mis celos.

No lo miro hasta que se lo cobro y se lo meto en una bolsa sin muchas florituras. Solo cuando lo hago veo una traviesa sonrisa en sus labios.

—Creo que te va a tocar plancharlo —dice, tendiéndome la bolsa—, es para ti, para la cena del domingo si aceptas venir conmigo.

—Ah..., no sabía que era de gala —le digo sintiéndome tonta.

—No lo es, pero me encanta cómo te sienta el color rojo. Puedes venir como quieras... —parece cortado—, pero me gustaría verte con él. Si quieres.

—Si acepto ir lo sabrás.

—Estoy deseando descubrirlo.

Owen se acerca y me besa lentamente antes de irse. Cojo el vestido. Él no lo sabe, pero, de todos los que había en esas perchas, era mi favorito. Y de los más caros. No tenía que habérmelo comprado.

Sé que si lo devuelvo se sentirá ofendido y además necesito su tarjeta para hacerlo. Siempre puedo tener otro detalle con él, aunque no será ni de lejos tan caro, ya pensaré en algo.



Me paso la mañana del sábado haciendo unas gestiones. Y con la molesta sensación de que alguien me sigue. No tiene sentido sentir esta persecución. Es como si me picara la nuca.

Me giro a punto de llegar a la tienda por si viera a alguien sospechoso, no hay nadie, como las últimas veinte veces. Me vuelvo para seguir mi camino cuando alguien se abalanza sobre mí a la carrera y me empuja haciéndome caer de cabeza al frío suelo.

La gente grita «al ladrón» mientras otros vienen a ver cómo estoy.

Me incorporo notando la sangre caer desde mi ceja. Alzo los dedos y me toco notando el escozor.

—No se mueva, señorita, ahora mismo llega una ambulancia.

—No es para tanto —me pongo de pie—, estoy bien.

Miento, solo quiero irme, alejarme de esta escena surrealista. Mientras ando hacia mi tienda, que no queda lejos, me entero de que un hombre ha tirado del bolso de una mujer y en la carrera porque no lo pillara el marido de esta me derribó.

—¿Pero qué te ha pasado?! —grita Lisa nada más verme.

—No es para tanto.

—Maldita sea, Lilliam, estás sangrando —me dice Fabian, que no sé qué hace aquí.

—Estoy bien, solo quiero agua...

Fabian no me deja acabar y me carga en brazos.

—No me voy a quedar tranquilo hasta que te vea un médico. Me la llevo —le dice a Lisa.

—Déjame en el suelo —ni caso—, por favor. —Me ignora hasta llegar a su coche. Estoy bien.

—Por una vez deja de hacerte la valiente y estate quieta. —Me lo dice con voz tan firme que me quedo callada y admito para mí que no me encuentro tan bien como me gustaría.

Estoy asustada, temo que el golpe en la cabeza haya sido peor de lo que imagino.



Salgo de la revisión y por suerte todo está bien. Me han dado una serie de recomendaciones y me han recomendado que vaya con el parte a denunciar. No creo que lo haga, ahora solo tengo ganas de llegar a mi casa y descansar. Me duele mucho la cabeza con todo esto.

—¿Qué te han dicho?

—Que afortunadamente todo está bien.

—Me alegro mucho y ahora me vas a dejar que te cuide en mi casa.

—No hace falta. Lisa me cuidará...

—Me gustaría mucho hacerlo y tener una de nuestras sesiones de pelis y series. Para recordar viejos tiempos.

Recuerdo esos momentos, los he echado de menos, el problema es que ahora al pensar en ellos los recuerdo como veladas con un amigo, no con un novio. Es por eso que niego con la cabeza.

—No...

—Somos amigos y aceptes o no no significa nada. Solo quiero cuidarte. —La calidez y el cariño que veo en sus ojos me hace asentir.

—Vale, acepto, dejaré que me cuides.

—¿Tan grave es que necesitas un puto enfermero? —Esto lo dice Owen tras de mí, que no parece muy contento.

Me giro y noto cómo su gesto cambia del molesto al preocupado y se olvida de todo salvo de mí cuando me acaricia las vendas que tengo sobre el ojo donde me han dado dos puntos.

—Estoy bien.

—No es lo que parece, tienes una pinta horrible. Tal vez deberías pasar la noche aquí, o ir a ver a otro especialista, yo conozco los mejores...

—Estoy bien, no te preocupes.

—Y por si no lo estuviera se viene a mi casa —dice Fabian a mi lado—, y cuanto antes nos vayamos antes descansará.

Owen lo mira retador y luego a mí como si esperara que me negara. No lo hago y tras despedirme de él me voy con Fabian. Al fin y al cabo ambos son mis amigos y no creo que le deba explicaciones a Owen cuando él, en cuanto regrese su esposa, se quedará con ella.

Es mejor que no lo olvide.

Owen

Observo cómo Lilliam se va con Fabian, siento rabia y celos. No lo niego, como tampoco la preocupación al verle la cara. Solo de pensar en el cabrón que le ha hecho esto me dan ganas de estrangular a alguien.

No dejo de pensar que últimamente parece un imán para las desgracias. Primero casi la atropellan y ahora esto. Me tienta la idea de ponerle un guardaespaldas solo para que esté bien mientras se le pasa esta racha.

La idea de que le suceda algo no me gusta nada.

Es una amiga, sí, pero una especial. No siento por ella lo mismo que por Maddie, pero en poco tiempo se ha convertido en alguien fundamental en mi vida, y esto no me pasa con frecuencia. Desde niño ha tratado de elegir bien de quién me rodeo, para evitar encontrarme rodeado de gente tan desagradable como mis padres.

Regreso al *pub* inquieto. Y como no dejo de pensar en Lilliam y Fabian le mando un mensaje escueto, pero que expresa muy bien lo que siento ahora mismo:

No lo dice, pero sé que ha notado mi enfado y por eso ha atacado con lo de mi mujer. Me lo

merezco, pero me tranquiliza saber que de acostarse con Fabian me lo diría. Y que si no lo hace es porque por el momento solo estamos los dos.

Romeo me trae las ventas de anoche y uno de los cócteles se vendió más que otros. Busco en internet poniendo el nombre que le di a la bebida y veo el éxito que tuvo.

Me espero a ver las ventas de la noche y cuando se confirma el éxito mando un fax a mi padre a su línea directa:

¿Te jode saber que pese a tus intentos he logrado un nuevo éxito?

No lo puedo evitar y no recibo respuesta, eso sería delatarse y, aunque es idiota, no es tan tonto como para dejar pruebas sabiendo que estoy a ver cómo pillarlo y dismantelar su imperio.

Organizo toda la cena del domingo, temiendo que una de dos: o Lilliam no venga o lo haga solo para decirme que este fin de semana ha estado con él íntimamente.

Sé que está bien porque la he escrito todos los días a ver cómo iba, y está mejor y no ha tenido mareos ni dolores de cabeza.

He comprado para hacer la cena yo mismo y el postre. Ahora mismo lo estoy acabando para que se enfríe. Miro la hora que es y empiezo hacer la cena y cada minuto que pasa tengo una inquietud en el pecho porque ella no venga.

Lilliam no lo sabe, pero es la única mujer a la que he invitado a cenar.

De no ser así estaría trabajando y llenando mis horas únicamente con eso. Me cuesta desconectar, algo que hago muy a menudo desde que volvimos a encontrarnos.

Son casi las diez cuando escucho la puerta. Pensaba que no vendría, ya estaba guardando la cena para congelar. Abro la puerta, no la esperaba con el vestido y de hecho no lo lleva, pero sí una camiseta roja ajustada y unos vaqueros cómodos.

—No tenía cara para un vestido de gala, espero que no te importe.

—No lo hace, tendré que buscar dónde invitarte para que lo luzcas. —Sonrío feliz por su presencia y me aparto de la puerta.

Hago amago de besarla, pero dudo pensando en si me va a decir que ha estado con él.

—No estado con Fabian..., pero tampoco me apetece besar... —No la dejo acabar y la beso sin dejarme nada de lo que siento cuando la tengo cerca—. Espero que la cena merezca la pena más que el beso.

Me saca la lengua, me río y la sigo a la mesa, donde está todo preparado. Aún no había empezado a recoger.—Pensé que no vendrías —le digo sincero.

—Dudé en hacerlo, el problema es que deseaba venir. Y aquí estoy. De momento, solo soy únicamente yo en tu vida —me dice sincera ella también.

Asiento y le digo que se ponga cómoda mientras sirvo la cena.

—¿Las has hecho tú? —me dice cuando le sirvo el solomillo relleno con una salsa de setas.

—Sí, tal vez le falta sal.

—Seguro que no. Dudo de que hagas algo que te salga mal.

—Soy muy malo con las manualidades —le reconozco—. Odiaba la clase de plástica. Y tampoco era muy bueno en gimnasia.

—Quién lo diría viéndote.

—Correr sabe todo el mundo, aunque parezcas un pato. Y el resto es por cargar cajas y el trabajo. No soy de los jefes que solo se queda en el despacho. Me gusta implicarme en mi negocio.

—Yo también era muy mala en gimnasia, de hecho, cuando llegaba la hora de esa asignatura me inventaba alguna excusa para no hacer nada. Mi profesora era horrible, no la soportábamos. Pensaba que por eso no me gustaba la asignatura, pero no, cambiaron de profesor y me seguía pareciendo horrible.

Le sirvo vino y me siento a su lado.

—Yo era gordo y llevaba gafas. Me operé cuando cumplí dieciocho años. Tenía toda la pinta de un empollón, pero como no quería serlo... me convertí en un capullo que se reía con los demás de los más desfavorecidos. Cada vez que lo recuerdo siento asco de mí mismo. De cómo para adaptarme tuve que ser como el resto.

—Seguro que eras un niño precioso, y siento que tomaras ese camino. Siempre ha existido el *bulling*, pero ahora creo que es mucho peor con los móviles y la repercusión mediática que conlleva todo. Antes todo quedaba entre nosotros, ahora te humillan públicamente y es horrible.

—Lo es, sí, yo sé lo que es sentirse humillado. No sé por qué lo hice luego.

—¿Lo hacías o solo mirabas sin hacer nada?

—Es lo mismo. Cuando ves una injusticia y no haces nada, eres tan culpable como el que la ejecuta. Agacha la mirada.

—Siempre aprendemos de nuestros errores —me dice alzando la mirada—. Yo alguna vez también he mirado para otro lado cuando se metían con alguien...

—¿Una vez? —Sonríe—. Tienes escrito en la cara «defensora del débil», dudo que si viste algo que no te gustó te quedaras callada.

—No solía hacerlo, pero una vez vi a una niña robar una salchicha del comedor y no dije nada. —Rompo a reír por cómo lo dice y me imagino a Lilliam de niña, tenía que ser adorable—. ¿Cuándo dejaste de ser un borrego?

—Supongo que estoy empezando a dejar de hacerlo. No era consciente de lo lejos que había llegado tratando de ser otra persona. Eso sí, no tardé mucho en dejar de estar presente cuando se metían con otros, me vi como mi padre y me odiaba. Tampoco hice nada para remediarlo, pero era amigo de todos. Me iba bien y no tenía que posicionarme y así no me sentía tan mal.

—Mejor así y me alegra que estés empezando a vivir tu vida, y ahora voy a probar tu comida y como esté bueno pienso anclarme cada domingo en tu casa..., al menos mientras no esté Iris. Dudo que le haga gracia tenerme por aquí.

—No sé qué pasará. —Dejo la mirada perdida.

—Ya se verá —prueba mi comida y la miro a la espera—. Está muy bueno. El otro día me quedé con ganas de probar tus guisos.

—Siento haberme ido así.

—No pasa nada, me sorprende que te retuviera tanto tiempo sin trabajar.

La miro, pues tiene razón, siempre ando trabando o haciendo cosas del trabajo.

—¿Qué tal tu fin de semana? —No me apetece mucho saber qué ha hecho con Fabian, pero quiero cambiar de tema.

—Bien, hemos rememorado viejos tiempos, viendo series y comiendo comida basura.

Noto cariño en sus ojos y algo más que no sé descifrar.

—¿Qué te sucede?

—Ha sido raro —dice de manera distraída—. Por una parte quería ser la que fue y me empeñé tanto que aceptar que todo había cambiado entre los dos me dejó triste. Y sé que de estar con él sería feliz... o al menos tendría una familia.

—Tendrías una familia, tal vez hijos, pero eso no quiere decir que seas feliz con tu marido.

—Sí..., sería un pequeño precio a pagar por conseguir lo que quiero.

Dejo de comer y me giro para mirarla.

—¿Qué te ha propuesto?

—Que nos casemos para poder adoptar a Delia. —En este instante siento rabia por Fabian, por su jugada tan sucia con tal de tenerla.

—No me creo que haya jugado esa carta —le espeto furioso—. Los que te conozcan un poco saben que por esa niña harás lo que sea, hasta casarte sin quererlo.

—No he aceptado.

—Pero no lo descartas.

—Esa niña tiene toda la vida por delante, sería un pequeño precio a pagar por su felicidad, nos tendríamos la una a la otra y sé que Fabian la querría.

—Nunca me meteré en tus decisiones si te hacen feliz, pero no te apoyaré si no es así, y esto no te lo hace.—No estoy pensado en mi felicidad... —Me olvido de la comida y de todo, solo quiero besarla. Retenerla.

mi lado y robársela a ese imbécil chantajista. Solo quiero que por un poco más sea solo mía, y por eso la beso.

Capítulo 25

Lilliam

El beso de Owen es abrasador, me quedo paralizada hasta que le respondo de la misma forma. Con ese ardor que me quema la piel cada vez que él me toca.

Por un instante estuve tentada de aceptar a Fabian, no lo hice porque sé que, de hacerlo, lo mío con Owen sería historia y no me veo con fuerzas ahora mismo de decirle adiós. Por eso me reí y no dije nada. Si no le dije que no fue por esa niña.

Lo peor es que aunque sé que Fabian me lo dijo por lo que siente por mí, me sentí muy presionada. Obligada, él sabía que si me decía eso casi le diría que sí, que antepondría mi felicidad a la de esa niña.

Me ha dejado elegir, sabiendo que ahora mismo es lo único que puedo hacer por la pequeña para que deje de ocultarse al mundo.

Meto las manos entre el pelo rubio de Owen y lo acerco a mí. No quiero que el beso termine. Ahora mismo no pienso ni el aire que necesito para respirar.

Owen se levanta tirando de mí. Me alza cogiéndome de la cintura. Enredo mis piernas en su cintura notando cómo su dureza golpea mi sexo.

Andamos a traspiés por el pequeño piso de Owen quitándonos parte de la ropa en el proceso. Cuando me deja caer sobre la cama no tengo ya nada puesto en la parte de arriba y él tampoco. Se separa.

Me acaricia los pechos, noto cómo se erizan bajo su contacto, cómo le invitan a que pruebe las rosadas cimas. Y así lo hace.

Me chupa, me lame, me acaricia con sus labios y su lengua mientras sus manos me quitan como pueden el resto de mi ropa, al final nos separamos para poder quedarnos desnudos.

Sonrío cuando lo veo como vino al mundo.

Es perfecto. Aunque no se lo reconozca nunca y él siempre sepa que le miento cuando lo niego.

Owen tira de mí abriéndome las piernas hasta el borde de la cama, dejándome expuesta a sus ojos. Su mirada es hambrienta, parece lava líquida que quema mi piel ahí donde la posa.

Respiro agitadamente cuando sube sus manos por el interior de mis muslos torturándome evitando esa zona que se muere por ser acariciada. La evita aposta, y sigue su exploración hasta mis pechos, donde se pierde, y los venera con caricias y mimo antes de bajar sus labios y reclamar los míos.

Nos besamos con ardor.

Cuando se separa casi le suplico que vuelva, no lo hago porque por fin lleva sus manos a mi sexo y lo toca. Sus dedos acarician mi aterciopelada piel jugando con mi humedad hasta la entrada de mi sexo que está más que lista para sus atenciones.

Juega conmigo llevándome al borde de la locura antes de adentrar un par de dedos en mi interior. Entra y sale de mí.

Cierro los ojos perdida en lo que siento. Los abro de golpe cuando noto su aliento acariciar mi sexo un segundo antes de lamerme como si fuera su plato favorito.

Sabía que el sexo era bueno con Owen, pero ignoraba que pudiera acariciar el cielo.

Noto cómo su lengua juega con mi clítoris al tiempo que sus dedos entran y salen de mí en perfecta armonía.

Estoy casi a punto de estallar cuando se aparta para adentrarse en mí en una certera estocada que nos deja a los dos sin aliento.

Se queda quieto un instante antes de buscar mis labios y besarme como si me hiciera el amor con la boca también.

Me derrito entre beso y beso.

Ardo entre embestida y embestida.

No tardo mucho en estallar en un potente orgasmo que arrastra a Owen a perderse conmigo. Se deja caer sobre mí sin aplastarme y me abraza con fuerza llevándonos al centro de la cama.

Una vez más no decimos nada, cae el silencio apenas roto por nuestras respiraciones aceleradas, y mientras parece que estalla la calma entre los dos mi cabeza es un hervidero de emociones.

Cada día quiero más a este hombre. ¿Cómo voy a poder renunciar a esto?

Nunca creí que para tener una familia debía renunciar al amor, y sé que de casarme con Fabian lo haría. No solo por no estar con Owen, sino porque aunque lo mío con Owen no tiene futuro sería renunciar a volver a sentir esto por alguien..., como si no supiera que, si no lo he olvidado en todos estos años, no lo haré ahora.



—Es tarde, pero esta película es muy buena —me dice Owen frente a la tele—. Va de un hombre que en su lucha por llegar lejos se pierde y su mujer siempre está a su lado.

—Es triste que siendo tan listo acabe perdido.

—A veces pasa cuando soportas una gran inteligencia —me dice—. He leído que muchas personas inteligentes tienen problemas mentales o manías. El precio a pagar.

—¿Tú las tienes?

—Alguna que otra. —Lo miro atenta—. Ve a mi vestidor.

Voy hacia él curiosa. Al entrar, observo todo pulcramente ordenado por colores. Y me fijo en que los zapatos están emparejados, pero el derecho sobresale un poco del izquierdo.

—Yo también tengo manías.

—¿Como cuál? —me pregunta por detrás un instante antes de abrazarme.

—Me como lo que más me gusta de un plato al final. A veces he hecho virguerías para lograrlo. Y por eso si alguien me quita ese último bocado me cabreo, o si se me cae.

—Lo tendré en cuenta... para quitártelo.

—Si lo haces, yo te desordenaré todo esto.

—Lo volvería a ordenar.

—Seguro que sí. —No comenta nada, me encanta estar así, mucho. Por eso me separo y voy hacia el sofá. Me siento, llevo una de sus camisas de dormir y nada más—. Espero que tengas palomitas.

—Si no hay, mando a alguien a comprar.

—No hace falta.

—Sí lo hace, quiero ver la peli como tú la verías.

Al final es Romeo quien va a comprarnos las palomitas. Se las trae a Owen, quiere poner mala cara, pero ambos vemos que no le ha importado ir a por ellas. Vemos la peli abrazados. Parecemos una pareja más. Es por eso que a media película no puedo evitarle preguntarle:

—¿Y si no hubiera estado ella?

—No sé a qué te refieres.

—Sí lo sabes, pero es más fácil hacerse el tonto, ¿no? —No me responde, no quiere decirme qué hubiera sido de los dos, por eso me levanto y voy hacia donde están mis cosas—. Es mejor que me vaya. Mañana abro yo la tienda.

Asiente, no me retiene, aunque lo espero, y lo hago hasta me que acompaña a la puerta y me pide que tenga cuidado antes de besarme como si temiera que me fuera para siempre.



Llego a casa y veo a Lisa sentada viendo la tele medio dormida. Al verme sonrío y me hace un gesto para que me siente a su lado. Lo hago.

—¿Qué tal tu cita con Owen?

—Bien... Un momento, yo no... —le digo tratando de reparar mi error. Estaba tan rallada que se me ha olvidado recordar que todo es un secreto— no he estado con Owen.

—Sí has estado con él, se nota que hay algo entre los dos y, además, hueles a su perfume. El de Fabian es más dulzón. Me he cansado de hacerme la tonta, no he dejado de picarte para ver si me lo contabas y me muero por saber qué pasa y por tu cara no es muy positivo. ¿No hay boda y niños a la vista?

—No, no lo habrá nunca, no conmigo.

—¿Por qué?

—Es complicado y no puedo decírtelo.

—Vaya, lo siento porque se nota que a ti te gusta mucho. Lo supe desde que os vi la primera vez. Nunca te he visto mirar así a un hombre.

—Pensaba que querías que me liara con Fabian.

—Fabian no te gusta, pero ya que no me contabas qué líos te traías con Owen pues yo me hacía la tonta haciéndote creer que te veía con Fabian. ¿Por qué no podéis estar juntos? Se nota que hay deseo entre los dos. Lo que no comprendo es lo de la piña colada. Sé que hay algo detrás de ese coctel.

Cojo un cojín y me quito los zapatos antes de contarle nuestra historia, al menos todo lo que puedo contarle y no es cosa de Owen. Le cuento cómo nos conocimos y que no sabía quién era hasta que lo vi. Y que empezamos a acostarnos de nuevo, pero siendo solo amigos.

—Y lo que no me puedes contar es lo que os separa.

—Nos separa que no siente lo mismo que yo —le digo sincera—. Si me quisiera, nada lo alejaría de mí. Tendría que haber aprendido hace años a no esperar nada.

—Mereces esperarlo todo y si no es para ti Owen ya encontrarás el amor con otro.

—Lo dice quien no cree ya en el amor.

—Sí creo, y lo he tenido. Por eso me empeñaba en buscarlo una y otra vez, en volver a sentir ese fuego. Cuando estás con alguien para quien lo eres todo te sientes con poder de caminar sobre las aguas.

—¿Qué pasó?

—A mis padres no les gustaba, cómo no, y cuando vieron que lo nuestro iba en serio se encargaron de ofrecerle un trabajo lejos al padre de este que no podría rechazar. Nos despedimos jurándonos amor eterno —sonríe con cariño—. Solo tenía dieciséis años y el diecisiete. Nos encontramos hace unos años, ya nada era igual. Solo había cariño entre los dos, pero con él sentí lo que era querer a alguien más que a ti mismo. Tal vez por eso me volvía tan loca, deseando encontrar una pizca de ese amor. Me costó

aceptar que no llegaría antes por intentarlo con todo idiota que pasaba. Yo creía que hacían el amor conmigo y ellos solo follaban. —Sonrío con cariño por lo bruta que es—. Owen tal vez no sea para ti, pero lo será otro. Y entonces comprenderás por qué lo vuestro no pudo ser.

Me dejo caer sobre su hombro. Me abraza.

—Fabian me ha propuesto que nos casemos para así poder adoptar a Delia.

Se levanta y me caigo del sofá.

—¿Ese tío es idiota o qué le pasa? Tú le dirás que sí solo por esa niña. ¿De qué le sirve estar casado contigo sin tenerte del todo? No me gusta la gente que con cariño y buenas palabras te meten puñadas traperas. Don culo perfecto ha pasado a ser el idiota del milenio.

—No me va a obligar...

—No lo defiendas. No es justo que te presione así, le dirás que sí cuando acabe lo tuyo con Owen, para tener tu ansiada familia y que Delia deje de sufrir.

—Merece la pena por esa niña, tiene toda la vida por delante, se merece tener lo que yo no tuve.

—Claro que sí, pero no a cambio de tu felicidad. Tú nunca has renunciado a tus sueños. La tienda nos va mal y estamos luchando por ella. Seguimos adelante. Nos reinventamos. Buscamos soluciones...

—No es lo mismo.

—Delia no será feliz si tú no lo eres. No es tonta y cuando sea mayor y se dé cuenta de a lo que has renunciado por ella se sentirá tan culpable que tal vez no pueda cargar con ello.

—Lo sé, pero ahora mismo me es más fácil pensar en eso que en lo que yo deseo.

—Que en lo mucho que quieres a Owen. —Asiento—. Lucha por él.

—No, se merece ser feliz y si no lo es conmigo... tengo que dejarlo ir.

—Tú también te mereces ser feliz.

—Ya llegará mi momento. Ahora me voy a la cama. No puedo más.

—Me puedo hacer una idea de por qué estás tan agotada. Aparte de por el golpe, por suerte se te ve mejor cara.

—No seas bruta.

—No lo soy, Owen seguro que es todo fuego. Te admito que por un momento me planteé si nosotros podríamos tener algo..., pero no, no me gusta ni un poco, lo veo solo como amigo. Y es raro, a mí los chicos guapos me pierden. Me estoy reformando.

—No tienes que reformarte, eres perfecta tal como eres —le digo dándole un abrazo antes de irme a la cama.

Me acuesto pensando en nuestra conversación y con una presión en el pecho porque sé que para ser feliz del todo tendría que tener a Owen y Delia en mi vida, y eso no podrá ser, pero puedo tener a uno de los dos.

No creo que eso sea tan malo...

Capítulo 26

Owen

Todo el mundo habla de nuestras nuevas bebidas y eso hace que la gente quiera probarlas y subirse a internet dejando constancia de que ha probado algo que está de moda en nuestra ciudad. Se me ocurre hacer nuevos especiales junto a las que más han gustado e ir modificándolas para así dejar luego una carta con los cócteles más populares.

Mi padre sin quererlo me ha dado una carta ganadora.

Esto hace que casi no tenga tiempo de pasarme a ver a Lilliam esta semana, aunque le escribo todos los días, necesito saber de ella antes de acostarme, lo malo es que a veces consigo irme a la cama cuando ella está acostada desde hace varias horas y me responde cuando yo llevo apenas una o dos dormido y ella acaba de levantarse. Tenemos los horarios cambiados y nuestros días suelen ser algo frenéticos.

Es por eso que cuando llega el domingo le propongo perdernos por ahí sin rumbo y pasar el día juntos. Temo que me diga que no, que me diga que esto se ha acabado, y necesito verla y sentir que aún no está escrito nuestro final. Desconozco por qué siento esta desazón cuando no he descartado seguir casado con Iris. Pero no puedo ignorar la realidad.

Lilliam me gusta más de lo que esperaba y lo que hay entre los dos no es solo deseo. Lo que no sé es si es superior a lo que sentí por Iris.

Lilliam acepta y quedo con ella debajo de su casa. Al llegar no me sorprende ver a Lisa su lado. Ya me dijo Lilliam que lo sabía.

—Hola, Owen. —Me da dos besos y entra en la parte trasera de mi coche. Lilliam me saluda con un pico antes de entrar en el lado del copiloto—. No os voy a estropear vuestro día de sexo y perdición —me dice descaradamente nada más entrar—, solo quiero que me dejes cerca de casa de Maddie y así me ahorro el taxi.

—Si te quieres venir no me importaría...

—Ya, claro, sí lo haría, sé sincero, Owen.

—Es cierto, prefiero estar con Lili a solas. Pero podemos pensar otro plan para otro día los tres.

—A ese sí me apunto.

Asiento y pongo el coche en marcha, dejamos a Lisa cerca de casa de Leo y Maddie. Conecto el GPS del coche y le digo a Lilliam que elija destino.

—¿Te gustan los planetarios? —La miro un segundo antes de centrarme en la carretera a la espera de su respuesta tras mi afirmación—. Yo me quedé con ganas de ir a uno cuando era pequeña y parece mentira, pero desde entonces nunca he encontrado tiempo para ir a uno. Siempre hay algo que me hace dejarlo para mañana.

—De niño me encantaban, al de mi ciudad fui varias veces, una de las veces me quedé a pasar la noche en la sala de estrellas... Iremos a ese. Si quieres.

—Me parece bien. ¿Te apetece ir a de nuevo a tu ciudad?

—Sí, creo que es hora de reconciliarme con esa parte de mi pasado.

—¿Qué más te gustaba hacer?

—Ir a la biblioteca a la sección de libros del espacio, del universo y del porqué de las cosas. Me

encantaba leer autobiografías de grandes pensadores o leer sobre la teoría de la relatividad.

—Eso hace Delia. Luego me lo contaba todo y aunque no entendía nada, me encantaba oírla.

—¿Cómo sigue? He ido a verla un par de veces, pero últimamente he estado muy liado. Le he mandado libros cada semana con una nota.

—No los ha leído, pero sé que se muere por hacerlo. ¿Por qué has decidido regalarle libros que a ti te gustaban, por lo que me dices, antes de decidir cambiar?

—Para que no lo haga. No era consciente del error que cometí hasta que la conocí a ella.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta.

—Tarde, pero sí. Delia no va a tener una infancia fácil si decide ser ella misma. Los niños la van a tachar de rara, seguramente al no comprenderla la critiquen y se mofen de ella públicamente.

—Tendrá la ventaja de saber que si hace un amigo será para toda la vida. Que si alguien la quiere es porque ama como es de verdad y que cuando todo esto pase, y estudie en la universidad, seguramente será una de las mentes más envidiadas de nuestro país y habrá dado una lección a todos los que la humillaron al demostrar que pese a eso ha llegado donde ha querido.

—Tiene suerte de tenerte y ojalá todo sea como tú dices.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Tú, ¿qué vas a hacer con tu vida? El *pub* no te llena como deberías. Creo que ya eres mayorcito para elegir tu camino.

—Es tarde...

—Sigues vivo, ¿no? —Asiento—. Entonces no es tarde. Y se nota que te gusta la astrofísica.

—Era lo que quería estudiar. Me veía siendo profesor en la universidad.

—¿En serio? —Asiento—. Serías un profesor muy sexi.

—Si sigues por ahí tal vez me lo plantee.

—Deberías. Deberías dejar de luchar contra tu padre. Dejarlo ir, vivir tu vida al fin y que se hunda él solo. Porque temo que si no lo haces te acabes por hundir tú también al centrar tu felicidad en perseguir sus desgracias.

No le respondo, no sé qué decir, hace unos meses tenía claro que solo eso me daría la felicidad. Ahora ya no sé nada y la idea de estudiar me tienta. Es como si una parte de mí llevara tanto tiempo oprimida que ahora empiezo a sentir el peso de esa opresión, y necesitaría romper las cadenas para ser libre del todo.

—Mejor dejar eso para otro día. Hoy es nuestro momento.

No tardamos en llegar y paso con el coche donde está la casa familiar. Está junto a un lago al lado de otras viviendas similares.

—Es un lugar precioso, lástima que no pudieras apreciar su belleza por culpa de tus padres —me dice tras pasar la zona.

—Tenemos otras casas familiares, pero en esta pasábamos la mayor parte del tiempo. Cuando era pequeño solía estar en el embarcadero leyendo.

—¿Y cuándo acabó eso?

—El día que mi madre me tiró los libros al agua.

—Menuda madre. Y, por cierto, ¿qué sabes de ella?

—Que le encanta vivir despilfarrando el dinero de mi padre. Poco más. Ni ella tiene interés en mí, ni yo en ella. Ya le dije hace años que no pensaba darle nada de dinero y desde entonces dejó de llamarme para representar el papel de abnegada madre.

—Mis padres eran ladrones, al menos que yo recuerde —me dice contándome parte de su infancia—. Íbamos de ciudad en ciudad, usando un apellido falso tras otro. De niña no comprendía por qué cada vez tenía que usar un apellido diferente en mis nuevos colegios. De todos modos, tampoco iba mucho a clase, mis padres me dejaban con la vecina que mejor se portaba con ellos tras el traslado y se iban. Ahora sé que cuando llegaban a casa con bolsas de dinero y nos íbamos en mitad de la noche era porque habían robado. No he querido saber mucho de ellos, ni por qué fueron a la cárcel o si han salido, porque temo que fuera porque, aparte de ladrones, eran unos asesinos. Me asfixia la idea de saber que no solo eran malos padres, sino que arrebataron la vida a alguien.

—¿Cuántos años tenías cuando los metieron en la cárcel y les quitaron tu custodia?

—Seis años y medio. La peor edad. Era demasiado mayor, se dice que hasta esa edad el cerebro de los niños está madurando y que si adoptas a un niño mayor de seis años te será muy difícil cambiar patrones de su vida adoptados desde su nacimiento. La gente solo quería niños pequeños a los que hacer suyos, no querían arriesgarse a que mi pasado me hubiera destrozado tanto que amargara su preciosa vida.

—Es una tontería pensar así, un niño solo quiere que lo quieran. Si su personalidad está ya marcada, aprender a conocerlo, a saber cómo es y ayudarlo sin tratar de cambiarlo para que sea como esperas tú. Eso es lo que yo haría.

—¿Te gustaría tener hijos? —me pregunta.

—Sí, pero me da miedo tenerlos y descubrir que soy como mi madre, odiarlos hasta el punto de destruirles la vida. Quiero hijos y temo tenerlos. Es complicado.

—Te entiendo. Una vez en mi trabajo de estríper, conté a una de mis compañeras mi pasado. Le dije que mis padres eran unos ladrones pensando que éramos amigas. Una noche faltó dinero de la caja y sin preguntarme si había sido yo hizo correr el bulo de que seguro que había sido yo porque me venía de familia. El dinero se encontró, el dueño había contado mal la caja esa noche, el problema es que el daño ya estaba hecho. Decidí no contar a nadie nada de mi pasado.

—Hay mucho idiota suelto.

—Sí. Pero hoy hemos venido a cambiar tu pasado y tengo una idea, pero para ello tienes que regresar al lago.—No pienso bañarme —le digo adivinando sus intenciones.

—Vamos, un chapuzoncito y nos salimos.

—Solo si lo hacemos en pelotas, al menos así me imaginaré la cara de espanto de mis vecinos.

Se ríe.

—En pelotas no, pero en ropa interior me apunto.

Sonríe ilusionada y doy marcha atrás sabiendo dónde ir para poder bañarnos. Paro cerca de mi casa. Salimos del coche, hace algo de fresco. La miro y veo que está decidida. Se quita la chaqueta y luego los vaqueros.

—No me puedo creer que vayamos a hacer esto.

—Claro que vamos hacerlo. Y luego nos tocará ir sin ropa interior. —Se ríe divertida, a mí también me divierte imaginarla todo el día sin ropa interior. Eso calienta mi piel y me hace quitarme la ropa más

rápido.

Vamos hacia la orilla del lago solo con la ropa interior puesta. Está helada. Su piel está erizada y no nos hemos metido. Le tiendo mi mano.

—Juntos a la de tres.

Coge mi mano con fuerza y empieza a contar. Y a la de tres nos metemos en esta agua helada entre gritos, maldiciones y el juramento de que esta me la paga. Cuando se lo digo le entra la risa, que queda algo raro mientras tiritita.

Salimos del lago y no tenemos nada para secarnos.

—Este ha sido un plan de mierda, ni tenemos toallas. —Se sigue riendo y me abraza.

Está helada al igual que yo. La abrazo y tiritamos juntos.

Un mal plan... con la persona perfecta.

Por primera vez miro a este lago con otros ojos. Ni el frío puede quitarme esta nueva perspectiva. Lilliam me ha dado un nuevo recuerdo que aniquila los malos del pasado en este lugar. Nos vestimos y vamos a una tienda que abre todos los días del año que tiene un poco de todo y aunque la idea de saber que está sin ropa me tienta no lo hace el que podamos coger una pulmonía. Sobre todo ella con el pelo mojado. Por eso compramos ropa nueva y toallas para terminar de secarnos, nuestra ropa está empapada.

Ya de vuelta en el coche, cambiados y secos, me mira con una pícaro sonrisa antes de decirme:

—No llevo ropa interior, esa parte del plan sigue en pie. —Me río.

—Te confieso que yo tampoco, y no sé si ahora mismo debería porque solo de imaginarte desnuda bajo este vestido horrible azul me dan ganas de sumergirme dentro de ti.

—Es tentador, pero tengo hambre. Invítame a comer a un buen sitio, a uno que te hubiera gustado ir o donde te encantaba repetir.

Pienso dónde llevarla y sé dónde quiero ir. Aparcamos en la zona más pobre de la ciudad. Donde existe un restaurante de hamburguesas que se rumorea tiene las mejores. De hecho, me consta que a la dueña le han ofrecido comprarle la patente y trasladar el local y no ha querido. O tal vez sí, pienso cuando llegamos y no está.

Aparco el coche y pregunto a un hombre por la hamburguesería y señala tras de mí. Al girarme veo un humilde local más grande y con el mismo aspecto acogedor que el de antaño.

—Gracias —le digo al hombre—. Vamos a ver si son tan buenas estas hamburguesas como se decía —le digo a Lilliam.

—Supongo que tus padres no te dejaban venir aquí.

—Supones bien, un día lo intenté... Mi padre me quitó las ganas de intentarlo de nuevo.

—Supongo que usó la fuerza.

—Es lo que hacen los cobardes.

—Lo es.

Pedimos una mesa y nos sientan en la segunda planta. Pedimos algo de picar y la famosa hamburguesa. El servicio es rápido y la comida está deliciosa. Hablamos un poco de lo que hemos hecho esta semana. Aunque no hago hincapié en el trabajo de Lilliam, se nota que le agobia mucho cómo le van las cosas ahora. Ella está pensando hacer un cambio en la tienda y no para fastidiar a nadie, sino para ver si ese lavado de cara realza las ventas.

—Doy fe de que son muy buenas —me dice tras acabar—. Ahora dudo de que me pueda mover en

horas.

—Buen momento para ir al planetario y tiranos al suelo para descansar y ver las estrellas.

—Me encanta ese plan.

Eso hacemos, pagamos la entrada al museo que tiene entrada al planetario y pasamos de largo por los pasillos hasta llegar a él. Entramos. Como ya imaginaba, a estas horas no hay nadie. Está oscuro y el techo es de forma circular simulando el universo. Vamos al centro y me tumbo sin importarme que se pueda o no hacer. Lilliam hace lo mismo y apoya su cabeza en mi estómago.

Alza la mano y se la cojo.

Nos quedamos así un rato sintiéndonos bajo este falso techo de estrellas.

—De niño me las sabía casi todas. Y esta fascinación por los agujeros negros. A veces deseaba que uno de esos atrapara a mi padre y lo mandara lejos de la Tierra.

—No me extraña. Cuéntame todo lo que sabes, quiero escucharlo.

—Te aburriré.

—Eso nunca, me fascina tu inteligencia. Me encantas tú.

La miro un segundo antes de centrarme en las estrellas y contarle todo lo que sé. Aunque no lo he hecho de forma activa, no he dejado de investigar en mis ratos libres todo lo que podía de lo que tanto me entusiasmaba de niño.

Una vez empiezo hablar no puedo parar. Lilliam cada vez que me mira lo hace con la ilusión brillando en sus ojos. Es sincera, no mentía cuando decía que le gustaría oírme.

Sin darnos cuenta se nos pasa la tarde, la gente entra y sale, algunos se quedan cerca escuchándome. El que más me llama la atención es un niño pequeño que me mira fascinado mientras lo explico y se queda sentado a nuestro lado apoyando la cabeza en sus manitas mirándome atento. Su madre no consigue llevárselo hasta que termino.

—Lo has impresionado —me dice Lilliam cuando salimos y decidimos ir a mirar la exposición que rodea el planetario—. Aunque te reconozco que a mí también. —Se me acerca y me pasa una mano por la cintura, yo hago lo mismo—. Me encanta cómo eres. Me fascina el verdadero Owen.

No le respondo, no puedo, es la primera vez que alguien me dice que le gusto tal como soy. Con Iris nunca fui yo mismo del todo, aunque sé que de serlo le gustaría, como a mis amigos, a los que cada vez me cuesta más mirar a los ojos sabiendo todo lo que les he ocultado.

Ha llegado el momento de contarles toda la verdad. Pero eso será otro día, ahora quiero disfrutar de Lilliam.

Lilliam

Owen para en una zona alejada de la ciudad. Detiene el coche y deja solo una música de fondo antes de girarse y mirarme con sus intensos ojos dorados.

Alza la mano y me acaricia con ternura la mejilla y siento que es como si nos viéramos de verdad por primera vez. Ambos hoy hemos contado parte de nuestro pasado, de ese que no nos gusta. Cada vez existen menos secretos entre los dos. Por mi parte solo nos separa uno: que lo amo.

No puedo ocultar más lo que siento y sé que por eso hoy será mi último día a su lado.

Cada instante que pasamos juntos quiero más, podría luchar por él, pero no está en mi mano decidir a quién debe amar Owen. No puedo obligarlo y lo sé porque por mucho que Fabian luchara por mí, yo no siento nada.

Tal vez un día me tenga a su lado, pero nunca seré del todo suya. ¿De qué sirve entonces estar con la persona que amas si al mirarlo a los ojos no ves amor sino conformismo?

Yo lo quiero todo de Owen, por eso le dejo libre, para que sea feliz.

Alzo mi mano y yo también lo acaricio.

—Hola —le digo como si lo viera por primera vez en todo el día.

—Hola —me responde con una sonrisa bailando en sus bellos labios.

Me acerco a él y lo beso deseosa de robarle todos los besos que necesitaré de él toda la vida, sabiendo que pido un imposible porque siempre querré uno más.

El beso cada vez se torna más intenso, sus labios me queman.

Me acerco más él, Owen echa hacia atrás el asiento. Me siento sobre él en este espacio tan reducido e incómodo que nos hace reír entre beso y beso. Meto mis manos entre su rubio pelo y le muevo la cabeza para tener mejor acceso a sus labios.

Me muevo sobre él notando su dureza intensificar mi deseo.

Tira de mi vestido, no es el más bonito que he tenido, pero si el más bonito de la tienda aunque sea tan poco agraciado. Me quedo desnuda de cintura para arriba, solo unas oscuras medias ocultan ahora mis intimidades.

Owen separa sus labios de los míos y los baja por mi cuello. Me besa como si quisiera memorizarme, como si él también sintiera que esto es una despedida. Por eso hago lo mismo y le alzo la cabeza para ser yo la que besa y lame cada centímetro de su pecho tras quitarle la sudadera que se ha comprado.

Me encanta cómo huele, cómo sabe, cómo se le eriza la piel con cada caricia mía.

Como podemos, vamos hacia la parte trasera y entre besos robados y maldiciones por el escaso espacio nos deshacemos de la ropa. Owen me pone sobre él ya con el preservativo puesto en su erecto y gran miembro. Me aguanta de forma que mi sexo roza el suyo dejando que yo decida cuándo unirnos del todo.

Me apoyo en sus hombros y bajo poco a poco haciendo que se adentre del todo en mí. Una vez estamos unidos lo abrazo. Hace lo mismo y sin soltarnos nos movemos al unísono buscando el placer prometido.

Estoy a punto de llegar cuando me separo y lo beso con ternura y con todo el amor que siento. Esta vez le estoy haciendo el amor, aunque él no sepa verlo. O tal vez prefiera hacerse el tonto que tener que lidiar con mis sentimientos.

Le muerdo el labio cuando estoy al borde. Owen nota que estoy apunto y tras poner sus manos en mi cintura nos mueve a ambos hasta que juntos estallamos en un poderoso orgasmo.

Me caigo sobre su pecho cansada y sin tener fuerzas para moverme, y menos para decirle adiós.



Owen para en doble fila cerca de mi casa. Recojo mis cosas y lo miro. Él mira al frente como si supiera qué voy a decirle.

—Esto acaba aquí...

—No quiero decirte adiós tan pronto —dice con el gesto duro.

—Seremos amigos. Es lo mejor.

—Ella aún no ha vuelto.

—Eso no cambia nada. Prefiero dejarlo aquí y ahora.

—¿Por qué?

—Porque me encantas, e imagínate que me enamoro de ti, sería un gran error. —Se lo digo sin mirarlo y usando un tono de broma—. Llámame cuando me necesites o escíbeme.

Hago amago de salir, pero antes de irme me giro y le doy un último beso. Me separo cuando noto el escozor de las lágrimas para evitar que caigan y las note.

Ahora mismo tengo más recuerdos con Owen que atesorar y el corazón más roto que nunca.

Es el precio a pagar por amar y no ser correspondido.

Capítulo 27

Owen

Me cuesta centrarme en el trabajo. No dejo de recordar la despedida con Lilliam. Sabía que un día nos separaríamos, pero no esperaba que fuera tan pronto y menos tras el día vivido ayer.

Si la dejé ir es porque no quiero que me quiera, no quiero que lo haga y yo decida irme con otra. No soportaría hacerla daño.

—No tienes buena cara —me dice Romeo, trayéndome unos papeles que le pedí al despacho.

—No he dormido bien.

—Eso es porque no tienes costumbre de dormir. Debes practicar más.

—Será eso.

Avisan a Romeo por el pinganillo. Le cambia el color de la cara y me mira inquieto. No recuerdo haberlo visto así nunca.

—Vale, ahora te aviso —le dice y me mira—, es Iris, está en la puerta y quiere verte.

Me quedo bloqueado. No sé muy bien qué decir o lo que siento. Hace años que la espero en cierto modo y ahora que estoy a unos minutos de verla no sé si estoy preparado. Y no por si voy bien vestido, es porque desde que conozco a Lilliam todo ha cambiado en cierto modo y me cuesta recordar lo feliz que era con Iris sin compararlo con ella.

Se ha dado la vuelta a la tortilla sin darme cuenta.

—Dile que pase.

Romeo asiente y se marcha, supongo que para guiar a Iris hasta aquí. Me levanto y me siento apoyado en la mesa de cara a la puerta. Tocan a la puerta y al contrario de lo que creía no es Romeo quien acompaña a Iris, es otro de mis hombres. Le digo que puede pasar y abre la puerta para que pase mi mujer, qué raro se me hace decir eso.

Iris entra y me mira con una sonrisa que en todos estos años no ha abandonado sus bellos labios rojos. La puerta se cierra y da un paso hacia mí.

Su mirada sigue siendo dulce, los ojos aguamarina son tan bonitos como recordaba y tan llenos de vida e ilusiones que te hacen perderte en todas las promesas que guardan. Tiene el pelo cobrizo más oscuro y eso hace que sea más hermosa de lo que recordaba.

Su cuerpo sigue siendo perfecto, con curvas, como a mí me gustan las mujeres.

—Hola, Owen. —Su voz es aterciopelada y dulce, y noto ese cariño con el que siempre me hablaba.

—Hola, Iris. —Le sonrío e Iris hace algo que no esperaba.

Corre hasta saltar a mis brazos y abrazarme con fuerza. La noto temblar entre mis brazos y eso hace que cierre los míos aún más en torno a ella.

No sé lo que siento, pero sí que me siento en paz, como siempre que estaba a su lado.



No sé el tiempo que pasa cuando se separa y me mira tratando de ver todos los cambios en mí.

—Estás muy guapo. Yo en cambio...

—Estás preciosa, Iris. Como siempre.

—Bueno, ya será menos. Y, qué, ¿que ha sido de tu vida?

Y así con esa simple pregunta empezamos a contarnos qué hemos hecho durante este tiempo.



—Ambos hemos estado muy centrados en nuestro trabajo —me dice sentada a mi lado en el sofá de mi casa, donde hemos venido a cenar algo.

—Sí, el trabajo nos ha absorbido.

—Ya, bueno, pero seguro que tú has sacado tiempo para estar con otra —lo dice con una sonrisa como si no le importara, pero noto en sus ojos que no es así.

—Es mejor no hablar de eso.

—Sí, mejor. —Se gira y me mira con intensidad—. No voy a obligarte a estar conmigo...

—Nos dimos de margen hasta diciembre de este año. Ya se verá.

Me mira con esperanza en la mirada. Se la aguanto. Ahora mismo no sé qué siento. El presente y el pasado están mezclados. Y no puedo negar que estar con Iris me gusta. La quise y la quiero. ¿Quién no podría querer a alguien tan dulce y buena como ella?



Estoy ante la puerta de Killiam. Le he dicho a Maddie que quería hablar con ellos y hemos quedado en el despacho de su hermano a esta hora. La llegada de Iris ha hecho que no pueda retrasar más el contarles sobre ella y sobre lo que les he estado ocultado.

No sé qué pasará cuando sepan la verdad, seguramente se enfadarán, y no los puedo culpar.

Es complicado quitarse la máscara ante personas que han estado a tu lado creyendo que tú eras sincero en su presencia.

Abro la puerta. Ambos hermanos me miran con una sonrisa. La de Maddie más amplia, aunque al ver mi cara la pierde.

—Tengo que contaros algo.

—Eso dijiste, pero no pensaba que sería tan serio —me dice Killiam.

—No sé por dónde empezar —les digo.

—Por el principio —añade Maddie—, vamos, no puede ser tan grave.

—Estoy casado. —La boca de Maddie se abre de tal forma que parece que se le va a desencajar del sitio.

—¿Te has casado hace poco? —pregunta Killiam.

—No, me casé en la universidad con Iris. —Killiam la conocía, pero no que nos casamos.

Noto cómo su gesto cambia y se da cuenta de que llevo años mintiéndole.

—Será mejor que nos lo cuentes todo —me pide Maddie.

Y eso hago. Ya puestos, les cuento también que nací superdotado y llevo toda la vida fingiendo ser otra persona, por sus caras noto que no les gusta nada de lo que les digo. Que son conscientes de que los he estado engañando.

—Quede claro que lo de que eres más inteligente ya lo sabíamos —dice Maddie—, pero me jode que estando a nuestro lado hayas actuado como se supone que harías siendo la persona que has creado. Somos amigos, casi como hermanos... Ya no sé quién eres.

—Yo tampoco. —Killiam no dice nada, solo me estudia. Me levanto del sillón donde me había sentado—. Me tengo que ir. Nos vemos pronto.

Ninguno de los hermanos me pide que me quede y lo comprendo. No sé cómo actuaría yo en su

lugar.

Estoy llegando a mi coche cuando alguien me corta el paso. Veo que se trata de Killiam, que me mira curioso.—Te invito a unas cervezas y lo hablamos. Y a Maddie dale tiempo, sabes que te quiere mucho y te perdonará.—Eso espero. Elije tú el sitio, y espero que sea bueno.

Vamos una cervecería cercana y nos pedimos unas cervezas bien frías antes de ir hacia la parte del fondo del local.

—Tú piensas que no te conozco —asiento—, te equivocas y te lo voy a demostrar.

—A ver, dispara —digo dando un trago a mi cerveza, curioso.

—Sé que te estás acostando con Lilliam —casi escupo la cerveza, Killiam sonrío—, se nota que te gusta mucho, más de lo que te ha gustado alguna chica desde Iris. Y también sé que Iris fue quien se alejó de ti antes de que me lo dijeras. Ya sabía que te gusta la astrofísica. Todo eso lo sé porque somos amigos y porque aunque tú piensas que me ocultas tras sonrisas que algo te preocupa, no lo haces. Yo me hago el tonto porque espero que me digas qué te sucede. Hoy has dado un paso. Eso no quiere decir que yo sea un ignorante y no sepa cómo son las personas que me importan.

—Yo ya no sé qué pensar, llevo tanto tiempo centrado mi carrera, en destruir a mi padre, que ya no sé vivir sin eso y ahora me doy cuenta de que no me hace tan feliz como creía el éxito.

—Siempre lo he sabido. Y sé que cuando tu padre se hunda no sentirás la paz que buscas, Owen.

—Eres un listillo. —Se ríe.

—Tal vez yo no tenga tu coeficiente intelectual, pero conozco a las personas. Y sabía que Iris te importaba mucho y también que ahora no sabes qué hacer con ella porque a su lado tienes un espejismo de la familia que nunca has tenido. Iris es maravillosa, no puedo decir nada malo de ella. He seguido su carrera, alguna vez la he visto y sigue siendo tan dulce como en la universidad. Te haría feliz, Owen..., pero solo si la quieres de verdad. Si no, por muy maravillosa que sea ella no tendrás nada. Y sabes por qué te lo digo. De no haber elegido a Abby nunca hubiera sabido qué era la verdadera felicidad.

—Ahora mismo no sé qué quiero... Ni si me merezco a ninguna de las dos. Al menos Iris sí siente algo por mí...

—Yo no voy a ponértelo fácil —me responde cuando lo miro a la espera de saber si ha visto algo en Lilliam—. Decídette, arriésgate y piérdelo todo o gánalo. Está en tu mano.

—Lo sé.

—Y ahora voy a organizar una cena este fin de semana para que cuentes a todos que estás casado. Estoy deseando ver sus caras.

—¿Desde cuándo eres un cotilla?

—No soy cotilla, solo curioso.

Killiam me sonrío y veo cómo saca el móvil. Lo dejo hacer, aliviado. No sé qué hubiera hecho de perderlo como amigo. Sabía que me importaban mis amigos, pero no tanto como ahora ante la perspectiva de perderlos.

Lilliam

—Muchas gracias por su compra —le digo a mi última clienta, al tiempo que una preciosa pelirroja entra en la tienda—. Hola, buenos días. ¿En qué puedo ayudarla?

—Hola, Lilliam, soy Iris —me dice tras dar un repaso a la tienda y ver que estamos solas. Enseguida mi mente empieza a imaginar la típica escena de celos donde la mujer coge de los pelos a la amante de su

marido—. Eres preciosa, no me extraña que Owen se haya interesado por ti.

Su forma de decirlo no es cruel, se nota que quiere a Owen y que habla desde el corazón.

—Solo somos amigos...

—Os vi juntos en el museo. Os besasteis varias veces... No creí que fuera el momento de acercarme a él.

—Pero has vuelto antes de tiempo.

—Sí, porque quiero jugar mis últimas cartas antes de perderlo del todo. Y no te lo digo en plan guerrera o porque vaya a enfadarme contigo, yo sabía lo que podía pasar cuando decidí irme, pero era la única salida.

—Supones que sé mucho de él o de vosotros...

—Estabas en un museo donde hay cientos de cosas que fascinan a Owen y que poca gente sabe; al menos antes era así, me hizo suponer que lo conocías más que tal vez otras con las que ha estado.

—Es posible, se me hace un poco rara esta conversación.

—Lo siento... Es que quería conocerte. Quiero que sea feliz.

La miro a los ojos y noto que dice la verdad, que lo quiere tanto que necesita saber que de estar con otra que no es ella será feliz. Owen tiene suerte de tenerla.

—Te he imaginado muchas veces, pero nunca así.

—Más bien como una celosa compulsiva. —Asiento—. Soy celosa y lo he pasado muy mal estos años, el problema es que también vi cuando nos casamos cómo lo iba perdiendo poco a poco. Y que si no le proponía esto tal vez nunca lo tendría. Yo nunca he estado con otro hombre. Esto no lo sabe ni se lo diré, solo le haría sentir más culpable por las mujeres con las que él ha estado si decide seguir conmigo.

—Lo conoces bien.

—Sí, sé que quiere, pero no sé si está enamorado de mí o si antes me quiso porque yo le hacía sentirse amado. Es complicado. Por eso quiero luchar por él y si lo pierdo que no sea por quedarme a mirar a ver qué pasa.

—Él y yo ya no estamos juntos.

—¿Decisión tuya o suya?

—Mía.

—Porque lo quieres, y como yo sabes que debes dejarlo marchar y esperar que regrese a tu lado.

—No creo que lo haga. Solo ha sido atracción por su parte.

—Solo os he visto una vez juntos, Lilliam, y no era solo atracción y mira que diciéndote esto me estoy echando tierra encima, el problema es que de buena soy tonta.

Me sonrío, y le devuelvo el gesto, sería más fácil odiarla. Y lo haría si fuera una mala mujer, pero se nota a la legua que no lo es. Eso me hace sentir peor por haber estado con Owen aunque él no la ha engañado.

—No creo que seas tonta.

—Claro que lo soy, otra en mi lugar no lo deja escapar, pero yo lo quería todo o nada. Y puede que no tenga nada al fin y al cabo.

—Yo hubiera hecho lo mismo que tú. Owen es un todo o nada, si te da la mitad en verdad no tienes lo más importante de él.

—Exacto. Ha sufrido mucho y eso ha hecho que se oculte en sí mismo. No puedes forzarlo.

—No. —Nos miramos, es raro estar enamoradas del mismo hombre, que una sea la amante y otra la mujer.

—Mejor me voy —dice cuando entra una clienta—, solo quiero que sepas que no voy contra ti —asiento—, una tienda preciosa, por cierto.

Le doy las gracias y atiendo a la clienta que está mirando los vestidos de fiesta. Al acabar, llamo a Lisa. Está por la zona y me dice que se pasa al acabar con una clienta, y se lo cuento todo. Al fin y al cabo pronto Iris dejará de ser noticia.

—¿En serio ha venido la mujer de Owen? —dice nada más entrar sin darse cuenta de que Maddie iba tras ella.—¿Ha estado aquí la mujer de Owen? —Lisa da un salto al escuchar y por su cara sabe que ha metido la pata—. ¿Y cómo es que lo sabéis vosotras dos? ¡Yo me acabo de enterar! Ahora mismo me lo estáis contando todo. Estoy harta de los secretos.

Coge el cartel de la tienda que pone que enseguida abrimos y la cierra.

Lisa me mira y dice «lo siento».

—No te preocupes, las mentiras tienen las patas muy cortas.

—Mucho —dice Maddie, se la nota cabreada por lo que ha descubierto de Owen—. Y ahora contadme la verdad —dice cuando ya estamos en la salita.

Se lo cuento todo, y al terminar es la hora de cerrar, ya que cuando vinieron no quedaba mucho para el cierre.—¿Y no vas a luchar por él? Se nota que te gusta ese mentiroso de pacotilla —me dice Maddie.

—No, no es mi lucha...

—Sí lo es, si te gusta, demuéstraselo y si decide lo que sea sabiendo lo que tú también sientes. Es un poco cuadrulado, vamos, creo, porque ya no sé si lo conozco...

—Él piensa que no ha sido él mismo por ocultarnos esa parte de su vida, pero en este tiempo he descubierto más cosas de él, pero las otras siguen estando ahí. Si sabes mirar bien siempre ves su sonrisa falsa. Seguro que tú siempre has visto cómo era, aunque él creía que os engañaba.

—Es cierto —me responde Maddie—. También me pasa contigo, bonita, se te nota cuándo estás triste o cuándo quieres a alguien, y quieres Owen. Intentadlo una vez más.

—No sé qué haré. Estoy cansada de esperar lo que nunca será para mí, y Fabian...

—Fabian me está cayendo como el culo ahora mismo —dice Maddie, a la que le hemos contado también su propuesta, bueno ha sido Lisa para que se uniera a su club de odiarlo.

—Ya somos dos —le dice Lisa.

—No tengo que responderle ya, así que no me mareéis.

—Bueno, como sea, me invitáis a comer por haberme tenido sin contarme este cotilleo —nos dice Maddie y aceptamos encantadas. Compramos algo para hacer la comida en casa y hasta la hora de abrir estamos las tres juntas, y quedamos con Abby y Britt para el fin de semana para hacer una noche de chicas en casa de Maddie.

Es entrada la noche cuando ya en mi cuarto cojo el móvil para llamar a Owen. Me lo coge al primer tono.

—Hola, preciosa.

—Hola. ¿Trabajando?

—No, he quedado con Iris para cenar... Lilliam...

—No me tienes que dar explicaciones y me alegra que no me mientas —le digo tratando de parecer

amigable cuando en verdad me mata imaginarlo con ella.

—Todo es una mierda.

—¿El qué?

—Que no sé qué hacer. Tengo más dudas que hace años...

—¿Por qué? —Deseo que me diga por qué no sabe qué siente por mí.

Tonta de mí tengo la esperanza de estar entre sus dudas.

—Porque ella se merece a alguien mejor que yo —me dice rompiendo todas mis esperanzas.

—Eres genial, Owen, nunca te has dado cuenta y tal vez un día lo hagas, pero, mientras tanto, decirte que ella es afortunada de tenerte.

—Tal vez algún día me dé cuenta. ¿Para qué me llamabas?

—No, solo era para decirte que vino a verme. ¿Le dijiste tú dónde encontrarme?

—Le dije dónde trabajabas, nos vio en el planetario y no le quise mentir. ¿Te ha molestado?

—No, no hemos acabado peleando como dos gatas salvajes por ti si es lo que querías. —Se ríe.

—Sabía que eso no pasaría.

—Se la ve muy buena chica... Cuídala.

No responde y nos quedamos en silencio hasta que suena el timbre de su puerta.

—Tengo que irme... Cualquiera cosa, llámame.

—Y tú. Ya sabes dónde encontrarme.

Cuelgo el teléfono y noto el peso de las lágrimas en mis ojos sabiendo que lo he perdido. Aunque como dicen, no se puede perder lo que nunca ha sido tuyo.

Capítulo 28

Owen

Es viernes, el *pub* está más lleno que nunca. El de mi padre va peor que nunca y me consta que esto le está irritando tanto que sería capaz de cualquier cosa. Haga lo que haga estaré preparado.

La noche está en su mayor apogeo, debería estar feliz, la suerte me sonrío, en cambio, me siento decaído.

Las cosas con Iris van bien, no nos hemos besado y mucho menos nos hemos acostado. Ahora mismo es lo que menos pienso hacer con ella. Es raro cuando al estar a su lado la quiero como antes y me encanta hablar con ella.

El problema es que Lilliam sigue rondando en mi mente y mis manos siguen ansiado su cuerpo. No dejo de despertar por la noche sudado tras soñar con ella. Y cuando Iris sonrío a veces mi mente traicionera me recuerda la sonrisa de Lilliam.

El problema es que me siento un miserable, Iris me quiere, y yo tal vez no me esté esforzando lo suficiente. Con Lilliam solo hay deseo y tal vez una amistad para toda la vida. Me niego a pensar que la perderé, es parte de mi vida y la necesito cerca.

Estoy mirando por mi cristalera cuando las luces se apagan y empieza el espectáculo de luces, sonido y Lilliam bailando de un plasma a otro. Hoy del techo van a caer corazones de color rojo y blanco de papel. Idea de una de mis trabajadoras.

Las luces se encienden y empieza la música. La gente mira a alguien que baila en el centro. Fijo mi atención en ese punto y veo a Lilliam bailando como lo hizo en el vídeo con el vestido rojo y el pelo suelto. La gente se aparta y la deja bailar. Moverse con la música. Ya no baila solo para mí, aunque sé que Fabian sabía que era ella y eso me molestaba.

Me quedo absorto mirándola. Contemplando cómo baila por primera vez ante la gente, sonriente, sin miedo. Y siento que lo hace por mí, quiero que lo haga por mí. Deseo como nunca que tras el baile me diga que no solo me desea, que como yo no deja de pensar en lo nuestro.

Aunque luego me sienta más asfixiado que nunca y deba tomar decisiones.

El baile acaba y mira hacia mi despacho y sonrío como en el vídeo y es entonces cuando los corazones caen sobre ella mezclados con purpurina roja. La gente enloquece y aplaude.

Salgo del despacho y bajo a buscarla. La encuentro a medio camino y tiro de ella hacia la soledad de mi despacho.

Al entrar apoyo su espalda en la puerta y la miro a los ojos deseando un «te quiero», ansiando que me quiera para algo más que para la cama o para ser su amigo.

—Yo... —aparta la mirada y cuando me mira sonrío—, te deseo una última noche.

Deseo, solo deseo. Sonrío sin ganas, sin fuerzas, si la beso es porque no quiero que sienta mi dolor y porque si solo hay deseo entre los dos esta será nuestra despedida.

Luego solo seré de Iris.

—Claro, cómo no.

La beso con dureza, solo dejando que vea mi lado salvaje, no queriendo que note el dolor que siento. ¿Y qué esperaba? No lo sé. Esto no.

Tiro del escote de sus pechos y los dejo libres. Los acaricio hasta que se quedan duros bajo mis dedos. Ando con ella hacia la cristalera y la giro aplastando sus pechos contra el cristal. Sabiendo que no se verá nada. Que nadie verá la danza que ahora tendrá lugar en mi despacho aunque esté a la vista de todos.

Como siempre, hay una realidad que ves y otra que pasa por tu lado sin que te des cuenta.

Subo su vestido y saco de mi bolsillo un preservativo. Me lo pongo y tras rasgar su ropa interior me adentro en ella.

Solo es sexo, nada más. Y la rabia está en cada gesto. Cuando estoy a punto de llegar me refreno y pienso en ella. Llevo mi mano a su sexo y la acaricio. No tardo en notar los coletazos de su orgasmo. Entro y salgo de ella intensificándolo y haciendo que el suyo arrastre el mío.

Al acabar me siento un mierda y la abrazo con fuerza.

No quiero que se vaya, me cuesta aceptar su partida.

—Lo siento... —le digo cuando se separa y se recompone la ropa.

Se alza y me besa con ternura haciendo que deje de sentir parte de esta culpa.

—Solo es sexo, no te culpes por ello. Tú y yo nunca hemos hecho el amor.

Su sinceridad me duele, aunque sea cierta, y sé que aunque no sepa lo que sienta por ella sí se ha colado el amor en más de uno de nuestros encuentros.

Asiento porque ahora es lo mejor para los dos, para nuestra amistad. Se aleja y un segundo antes de salir se gira y me abraza, pues yo iba tras ella.

La abrazo con fuerza y en mi boca muere un «quédate conmigo».

—Nos vemos pronto —me dice y sé que cuando la vuelva a ver ya nada será lo mismo.

Lilliam

Entro en mi coche sintiéndome idiota, tras una noche con mis amigas donde les conté todo. Me vestí junto a ellas decidida a venir bailar y decirle que lo quería. Que ya no me escondía.

Ese era el plan, todas están esperando a ver qué ha respondido Owen, piensan que debo jugar mi última carta, decirle lo que siento y que él decida, sabiendo que tanto Iris como yo lo queremos.

El problema es que al tenerlo delante me sentí como esa niña tonta que espera a ser aceptada por todos y cada uno de los padres de acogida que venían a ver a los niños al orfanato. Los miraba con anhelo y les suplicaba que me quisieran. Que me dieran una oportunidad.

Nadie me la dio y en ese instante supe que no se puede rogar que te quieran, que si alguien me hubiera querido hubiera luchado por mí y Owen si sintiera lo que yo no dudaría entre una y otra, lucharía por mí.

Le dije lo primero que se me pasó por la cabeza y di gracias porque el encuentro fue rápido y solo sexual. Quería una última vez a su lado y si hubiera hecho el amor hubiera acabado llorando entre sus brazos.

Él tiene la verdad en mis ojos brillando cada vez que lo miro y no quiere verla. No puedo obligarlo a que me quiera. Y por mucho que yo me confiese esto no hará que de repente me quiera.

Conduzco sin rumbo durante horas y cuando llego a casa me sorprende ver a mis cuatro amigas dormidas en los sofás esperándome. No digo nada, y sin embargo lo saben por mi cara. Se levantan y corren a abrazarme y por primera vez en muchos años me permito llorar delante de alguien, aunque ahora me doy cuenta de que no son unas cualquiera, son mi familia.

Capítulo 29

Lilliam

Atiendo a las clientas sin que se note el malestar que siento. Si ya de por sí estoy mal por lo de Owen, a eso debo añadirle que me han escrito los hijos de la dueña de local que tienen algo que contarme y que se pasarán esta mañana. Lisa no puede estar y yo estoy inquieta sintiendo que lo que me van a decir no me va a gustar un pelo, pues son muchos los años que llevan detrás de o bien echarme del local o cobrarme más de lo que su madre me dijo.

—Muchas gracias por su compra, espero verla pronto. —La clienta asiente y se marcha contenta.

Escucho el timbre de la puerta cuando sale la clienta y al poco otra vez. Alzo la vista para saludar a mi nuevo cliente cuando veo a un hombre de unos cincuenta años mirarme con una sonrisa de suficiencia que no me gusta nada.

Algo en él me es familiar. Lo miro mejor cuando se acerca. Trato de ubicarlo. Tiene el pelo canoso y una espesa barba. Lo miro a los ojos y es ahí donde se activan todos mis recuerdos y ninguno es agradable.

—Papá —digo con un hilo de voz.

—Hola, hija, qué bien se te ve. —Mira a mi alrededor dejando claro que le importa bien poco mi aspecto físico, que él solo piensa como siempre en el dinero, y tener este local quiere decir que me van bien las cosas.

—Eso no te importa.

—Claro que lo hace, soy tu padre.

—Porque es algo que no se puede remediar, pero te juro que si pudiera lo habrías dejado de ser hace mucho tiempo. —Se ríe. Su risa me da escalofríos.

—Ese fuego nunca lo tuviste de niña, parecías una tontita. De hecho, te he estado siguiendo y me he aburrido, incluso cuando te hice creer que te atropellaba y cuando te tiré tras robar ese bolso. —Lo miro asombrada, se ríe—. Ya que te perseguía para ver si podía sacarte algo de dinero, quería jugar contigo. —Me mira dejando claro que nunca es ni será un buen padre. Me recorren escalofríos por saber que este hombre que me mira con esa frialdad es mi padre—. Ahora eres como tu madre, aunque ella es más divertida. Me pregunto si seguirá siendo así, hace tiempo que no la veo y eso que hace meses que salimos de la cárcel.

—Me da igual qué es de vuestra vida, largo de mi propiedad.

—No me voy a ir. No me apetece. No ahora, que he visto con quién te acuestas, y quiero que limpies mi nombre. Que seré un ladrón, pero nunca he sido un asesino.

Que diga eso me relaja, pero no el que mencione con quién me acuesto; es por eso que pregunto:

—¿De qué hablas? Tú no sabes nada...

—Sí lo sé, estaba cerca cuando decidisteis bañaros casi en pelotas, recopilando información para limpiar mi nombre. —Lo miro sin comprender—. Estoy en la cárcel por culpa de Owen, ese niño estúpido nos quiso atrapar pero cuando llegó la policía, yo lo aparté... con la mala suerte de que calló por las escaleras. Su padre nos contrató a tu madre y a mí para que le asustáramos esa noche que pasaba solo. Quería divertirse con el miedo del crío. Pero no contaba con que el niño saliera a defender su casa

de unos ladrones. Como estuvo a punto de morir, usó sus mejores abogados para acusarnos de intento de asesinato y no contento con eso rebuscó en toda nuestra mierda para que nos incriminaran de todo lo que habíamos hecho, y todo porque yo me fui de la lengua y dije ante la prensa que él nos había contratado para hacer aquello.

Esto me hace recordar la mirada que me echó el padre de Owen cuando me vio, más sabiendo que soy como mi madre.

—¿Y por qué me cuentas esto ahora? —le digo casi sin voz al saber que mis padres podían haber acabado con la vida de Owen, que nuestros caminos se juntaron hace años.

—Porque ahora que te acuestas con su hijo y sabiendo lo mucho que odia a su padre, quiero que le digas lo que pasó y que encuentre la forma de joder a su padre y limpiar mi nombre.

—Dudo que pueda hacerlo.

—Yo sé de personas que conocen trapos sucios de su padre, solo necesitamos que otro gran empresario nos respalde, que nos apoye con sus abogados. Si él lo hace, su padre caerá. Al fin lo verá caer. Y a mí se me acusará de ladrón, pero no de asesino.

Saca de su cartera una tarjeta y me la tiende.

—No quiero tu número...

—Yo tampoco quiero ejercer de padre, y me consta que tu madre tampoco.

—Mejor, no te quiero volver a ver.

—No lo harás, pero dale esto a Owen, seguro que sabrá qué hacer con mi información.

Se marcha, me cuesta reaccionar y no dejo de ver a Owen herido. No sé cómo le voy a contar toda esta historia.

La puerta vuelve a sonar y al alzar la vista veo a los hijos de mi dueña, y por su cara sé que no me va a gustar lo que me van a decir. El triunfo brilla en sus miradas y eso solo puede significar una cosa.

—Hemos encontrado la forma de que o bien pagues lo que corresponde a un local de esta categoría o bien te marches de aquí —lo dice sin saludar. Dejando claro que estaba deseado echarme, y todo por dinero.

—Eso tendrás que verlo con mi abogado.

—Por supuesto. —Antes de que mi abogado me diga nada, ya sé que esta batalla la tengo perdida.

Me deja todo para que se lo enseñe a mi abogado. Cierro la tienda tras ojearlo por encima y sé que no tenemos nada que hacer. Que todo el trabajo invertido no ha servido de nada. No puedo pagar lo que me piden. Es imposible conforme nos van las cosas, y por su cara lo saben.

Hay personas que no acepan muy bien las negativas. Y cuando trató de acostarse conmigo y le dije que ni en sueños juró que me arrepentiría. Es un cerdo y una vez más lo demuestra.

Me muevo por la ciudad sin rumbo, sin saber adónde ir. Le digo a Lisa lo que ha pasado y le pido que haga esta tarde. No le he contado lo de mi padre, no tengo fuerzas para revivir ese momento, su tarjeta me quema en el bolsillo y sé que lo mejor sería destruirla, que Owen no caiga en la tentación de poder destruir a su progenitor.

—Lilliam. —Me giro y veo a Romeo venir hacia mí con varias bolsas.

—¿Recados para el tirano de tu jefe?

—Como siempre. —Me río y le dejo que me acompañe en mi paseo—. ¿Qué te pasa? No tienes buena cara.—Muchas cosas.

—¿Y cuáles son las que más te preocupan?

—Una de ellas es que tengo una tarjeta de un hombre que asegura tener la forma de arruinar al padre de Owen. —Se detiene y me mira—. Y no sé si lo mejor es que Owen no sepa nada.

—Déjamela. —La saco y se la tiendo—. Ese desgraciado debe pagar por todo.

—Es posible, pero no me fío de la persona que me la ha dado.

—¿Quién es?

—Mi padre. Y es el mismo hombre que casi mató a Owen. —Lo miro esperando su reacción.

—Te acabas de entrar, por lo que parece.

—Sí, es horrible.

—Yo decidiré qué hacer. También tengo deseos de arruinar al padre de Owen. —Por su mirada pasa odio y me pregunto por qué—. ¿Y qué más te pasa?

—Con lo otro tengo que lidiar yo sola. Aunque es una batalla perdida.

—Seguro que no es así. —Trata de animarme y lo agradezco, aunque ahora no me apetece escuchar las falsas promesas. Le suena el móvil—. Me tengo que ir, pero si necesitas algo llámame o llama a Owen, le importas, no te dejará sola.

—Lo sé, pero no quiero molestar.

Asiente y se marcha. Ando un poco más hasta que decido regresar a mi casa. Al llegar veo a alguien apoyado en la puerta. Cuando lo reconozco noto que mi corazón late con fuerza.

No dice nada, solo se acerca, me abraza con fuerza.

—Lo sé todo, bueno, lo que le has contado a Romeo.

—Al menos sé que no son unos asesinos, eso dice él. No sé si creerlo.

—Vamos arriba, tengo ración de chocolate y patatas saladas.

—No tenías que estar aquí —le digo sin salir de sus brazos—, pero no me apetece soltarte.

—No lo hagas.

Subimos a mi casa y me pongo cómoda. Cuando salgo, Owen ha puesto todo lo que ha traído. Me siento a su lado y cojo las patatas y el chocolate y me lo como sin pensar en la guarrada de mezcla que estoy haciendo.

—¿Qué ha pasado?

—Que tengo que cerrar... he luchado para nada.

—¿De qué hablas? —Se lo cuento—. No dudo de la capacidad de tu abogado, pero si quieres el mío puede echarle un vistazo también.

—Bien. Pero algo me dice que está todo perdido. —Noto cómo una lágrima cae por mi mejilla—. He luchado para nada. Todo lo pasado para llegar aquí... por nada...

—No pienses así. —Owen me seca las lágrimas—. Has conseguido muchas cosas, ahora hay que pensar soluciones. Seguro que algo se te ocurrirá. Puedes pensar en abrir esa tienda en un lugar donde pueda ir todo el mundo.

—Ahora mismo solo pienso en si vale la pena. Este negocio me ha dado la vida y me la ha quitado, no sé si merece la pena. No he logrado nada. Ni aun teniendo amigas famosas que han promocionado mis vestidos.

—Hoy lo ves todo muy negro. Mañana será otro día.

—Y si destruyes a tu padre, ¿qué harás mañana? Tal vez tú tampoco sepas vivir sin tu Némesis.

—No lo sé. Pero lo voy a descubrir. Mi padre tiene que pagar por todo.

—No me fío de mi padre.

—No lo hagas, porque yo tampoco lo hago. Solo voy a ver qué dice, pero eso es otro tema. Ahora estoy aquí por ti, aunque sé que verlo te ha afectado.

—He sentido rabia, odio y me he preguntado por qué no ha podido ser un padre normal y corriente. Por qué me ha tocado a mí unos padres así. ¿Acaso soy menos que otros niños que tienen unos padres que se desviven por ellos? Son preguntas tontas, lo sé, es solo que verlo me ha removido muchas cosas.

—Yo también me las he hecho más de una vez.

—No elegimos donde nacemos, solo hacia dónde queremos ir.

—Sí. Seguro que solucionas lo de la tienda.

—Lo veo complicado. —Me meto más guarradas a la boca y me dejo caer sobre su hombro—. Gracias por venir, y pienso escribir a Romeo para decirle que es un chivato.

—Me alegro de que me lo dijera, y de nada, para eso estamos.

Owen pasa su brazo sobre mí y me hace apoyarme en su pecho. Me quedo así quieta. Absorbiendo su fuerza y sabiendo que esto solo hace entristecerme más, por saber que solo tengo de él las migajas que no le da a ella.

Owen

Lilliam se ha quedado dormida en el sofá. La estoy mirando cuando la puerta se abre y aparece una Lisa cansada con mala cara.

—¿Lo sabes, no?

—Que os quitan la tienda, sí.

Lisa se acerca y observa los papeles que estaba leyendo del contrato y lo que alegan para subirle el alquiler a un precio desorbitado, incluso para esa zona. Está claro que las quieren fuera.

—Son unos desgraciados —me dice sentándose en el sofá.

—Lo son y por lo que he leído... va a ser difícil que no os echen si no pagáis la subida del alquiler. De todos modos, he hecho fotos de todo para pasárselo a mis abogados y Lilliam también lo va a ver con el vuestro.

—Gracias. —Se quita los zapatos y alza los pies para meterlos bajo ella—. Era feliz con todo esto. Y ahora con lo de guiar a la gente con su estilo también. Me cuesta entender cómo hay gente tan mala. Ya teníamos suficientes problemas sin añadir este. ¿Qué vamos a hacer ahora? Yo lo que sé es que paso de rendirme. Esto no acaba aquí.

—Ojalá le trasmitas esa fuerza a Lilliam.

—Lo haré. —Se levanta—. Me voy a la cama, estoy agotada.

Le deseo buenas noches y escucho cómo se prepara para ir a dormir. Cuando la casa se queda en silencio cojo a Lilliam en brazos y la llevo a su cama. No se despierta, ni siquiera cuando le quito los pantalones. La tapo y me quedo mirándola. Sintiendo la necesidad de estar a su lado.

Solo eso explica que en vez de irme me meta con ella en la cama y la abrace.

Lo hago como un amigo que la aprecia y como un amante que la desea, aunque este último no hará nada, solo sentirla y ansiar su cuerpo en silencio.

Capítulo 30

Owen

Encuentro a Delia en su cuarto. Ya le han quitado la escayola. Está sentada viendo la tele. Al verme sonrío y hace amago de levantarse y abrazarme, pero se controla. Me siento a su lado y dejo cerca de ella el paquete que llevo.—Hola, pequeña, te he traído un regalo.

—¿A mí? —Asiento—. ¿Por qué? No es mi cumpleaños.

—Lo sé, pero quiero que tengas algo. —Curiosa abre el paquete y ve los libros que yo leía de niño y que escondí—. Eran míos, me encantaba leerlos de pequeño. Luego dejé de hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque creía que así tendría más amigos, encajaría más... Al final es mentira. Esa gente no te quiere por quien eres. Me ha costado un poco darme cuenta.

—Yo no quiero estar sola.

—Seguramente lo estarás un tiempo o no, tal vez alguien se acerque a ti porque le interesas y le fascina cómo eres. Esa persona sabrás que lo hace porque te entiende. Tus amigas de ahora... no lo son. ¿De verdad te sientes menos sola con ellas? Yo estaba rodeado de amigos que en verdad no lo eran. De hecho hasta la universidad no tuve amigos de verdad..., salvo Romeo, pero él siempre ha estado en mi vida. Es más como un hermano, aunque nunca se lo haya dicho —le reconozco a la pequeña.

—Para la universidad queda mucho.

—Sí. No has respondido a mi pregunta. —Delia se va hacia la ventana y mira a las otras niñas, me pongo a su lado.

—Me siento más sola, porque no las comprendo y no me hace feliz, pero pienso que si llegara otra familia de acogida y me viera como una niña normal me elegirían. —Me mira con sus preciosos ojos verdes y la entiendo como nadie. Admito por primera vez que yo cambié en parte también para tener unos padres normales.

—Si te adoptan por lo que no eres, serás infeliz. Mis padres no cambiaron, aunque yo sí lo hice. Nada cambió, solo yo. No tuve mejores amigos, ni las cosas me fueron mejor. Al contrario, dejé de hacer lo que me gustaba, de leer lo que tanto me entusiasmaba y en un momento me perdí a mí mismo. —Me mira atenta—. Si te soy sincero, hace unos meses pensaba que estaba mejor sin todo esto, que hasta podría ser feliz...

—¿Qué ha cambiado?

—Tú. No quiero que te pase como a mí. Quiero que seas feliz y aunque a veces no lo parezca y sientas que eres un bicho raro, solo serás feliz si eres tú misma. Porque si te retraes nunca serás libre del todo. Y eres maravillosa, pequeña.

Una pequeña lágrima cae por su mejilla, se la limpio y esta vez sí me abraza con fuerza. Le devuelvo el abrazo conmovido y no me extraña que Lilliam se plantee dejar su felicidad por esta niña. Yo tengo que admitir que en este tiempo también ha conseguido que la quiera.

—¿Quieres que leamos alguno de estos libros? No tengo que ir a ningún sitio —le digo.

—Me encantaría.

Y eso hacemos, el tiempo que me lo permiten me lo paso con ella, leyendo estos libros y

comentando lo que leemos. Es increíble cómo procesa su mente la información. Me tiene cautivado. No puede ocultarse, sería un sacrilegio, sería horrible. Es maravillosa tal como es.

Y quien no sepa verlo es quien tiene el problema.



Entro con Iris a la casa de Maddie, parece que se le ha pasado el cabreo. Me llamó para decirme que solo me perdonaba si traía a Iris y le contaba al resto la verdad, aunque no soy tonto, sé que lo saben todos. Acepté y llamé a Lilliam para ver cómo estaba y contarle lo de la cena. No sé qué esperaba que me dijera. Solo necesitaba saber que todo estaba bien entre los dos, aunque viniera a esta cena con Iris.

Por otro lado, Lilliam no puede hacer que le mantengan el precio actual. Tiene que pagar un aumento o irse. Han decidido a irse y la semana próxima empezar una liquidación de sus piezas y aprovechar el mes que les queda ya pagado en la tienda.

Siento mucha rabia por cómo es la gente, por cómo van a hacer daño solo porque no has conseguido lo que deseas no queriendo aceptar un no por respuesta.

Espero que no se rinda, que vea todo esto como una oportunidad para empezar en otro lugar que tal vez no tenga tanto glamur pero que le llene más, y donde pueda hacer lo que desea sin estar tan pendiente de lo que se espera de una tienda en esa zona.

Yo por si acaso ya le he mandado ofertas de varios locales y lo haré hasta que decida seguir luchando por su sueño.

—¿Estás listo? —Me dice Iris ya en la puerta de Leo y Maddie. Asiento—. Recuerda decir que aún estamos en proceso de decidir si seguimos o no.

—No creo que eso sea importante decirlo.

—Para mí sí, porque sé que aún no tienes claro si seguir conmigo. No quiero mentiras, y ahora vamos. Tus amigos nos esperan y me muero por conocer a Donovan, siempre me ha encantado, me he traído su camiseta para que me la firme. —Me mira sonriente, ilusionada y no puedo evitar besarla... en la frente.

Toco el timbre y me abre Maddie, que se nota que estaba en la puerta. Me da dos besos y se presenta a Iris. Por su cara sé que intenta que le caiga mal, a saber por qué, pero no puede aguantar mucho esa cara tras decirle Iris un par de cosas, y sé que ya se ha ganado a Maddie.

Pasamos al jardín y la busco. A Lilliam.

Está al fondo, no tiene buena cara y pese a eso me sonrío como diciéndome «ánimo». Le devuelvo el gesto molesto por su comprensión, algo que no tiene sentido cuando ni yo mismo sé qué siento ni por ella ni por Iris ahora mismo.

—Bueno, nos tienes que contar algo —dice Britt tras las presentaciones, haciéndose la tonta, se le nota mucho en la cara que lo sabe.

—Algo que seguro ya sabéis todos —le digo con una sonrisa.

—Es posible, ya que tú no nos cuentas nada. —Britt le saca la lengua.

—Iris y yo nos casamos en la universidad, y ahora estamos viendo si seguir o no con este matrimonio. —Iris asiente y me sonrío.

—A ver si esta vez puedo retenerlo —dice sincera—. Si no es así, solo espero que sea feliz. —Y tras decir eso mira a Lilliam, esta última aparta la mirada y se disculpa para entrar a la casa.

—Un segundo —les digo para seguir a Lilliam sin importarme que todos me estén mirando y sepan

dónde voy—. Espera —le digo antes de que entre al servicio.

Se gira y noto que tiene los ojos llenos de lágrimas. Voy hacia ella.

—No es nada..., siento estropearte la noche... —Cojo su cara y acaricio su mejilla con ternura—. Solo me dan quince días, y no sé cómo voy a poder vender todo lo que tengo... estoy casi arruinada —me confiesa, y siento el peso de la desilusión crecer en mi pecho, esperaba otra respuesta, otro motivo para sus lágrimas.

—Se nos ocurrirá algo. Ya lo verás.

—Pues ojalá. Y gracias por mandarme fotos de locales, pero de momento no quiero otro fracaso a mis espaldas, llevo ya demasiados. —Se aparta—. Ahora regresa al jardín, que esta cena es por vosotros. Ahora mismo iré. Entra en el aseo y me quedo en la puerta. Escucho los pasos de alguien acercarse, al girarme veo a Maddie que me mira seria.

—Has abandonado a Iris con todos esos buitres —bromea y se acerca para pasarme el brazo por el mío—. ¿Como está Lilliam? —dice tirando de mí de vuelta al jardín.

—Mal. Tiene que dejar la tienda en quince días.

—Lo sé, me enteré poco antes de que vinieras, y he estado pensando algo. —Me mira risueña—. ¿Y si usas tu *pub* para hacer una pasarela y vender sus vestidos? Se llenaría de gente nueva y Lilliam tendría dinero para empezar de cero.

—Es una gran idea, lo pensaré. Y ahora vamos a ayudar a Iris.

Vamos al jardín y veo a Iris hablando con Donovan, ilusionada, los dos están hablando de fútbol. Ya sabía que le encantaba este deporte.

—Es muy buena chica —me dice Leo—. Ahora debes saber si es una buena chica para ti.

—Hasta el día de tu boda nos hemos marcado como tiempo límite para seguir casados o firmar el divorcio.—¿Y eso?

—Coincidencias, es el día del cumpleaños de Iris, y así lo acordamos hace años.

—Qué casualidad. O vienes a mi boda casado o divorciado. Sabes que decidas lo que decidas te apoyaremos.

—Lo sé.

—Y yo también siempre he sabido que eres un cerebritito. Que Killiam no se ponga méritos de más. —Me río porque está claro que Killiam fue quien le contó todo y se adjudicó que lo sabía todo.

—Sois todos muy listos.

—Por supuesto —sonríe y se va junto a su mujer para ayudarle a sacar la cena.

Voy hacia Iris cuando Lilliam regresa, parece tener mejor cara, o eso creo. Sonríe para que nadie lo note, al igual que Lisa, que aunque trata de parecer desenfadada se nota por su mirada que está mal, que esto las ha dejado tocadas a las dos.

Estamos a punto de irnos cuando Lilliam entra a la casa y una vez más la sigo y esta vez tiro de ella hacia la oscuridad y la beso, no pudiendo refrenar mis ganas y una vez más deseando provocar algo más en ella.

—Para, Owen —me dice cuando ni tan siquiera he empezado a acariciar sus labios—. No se puede.

Pero eso lo dice a un centímetro de mis labios y con sus manos en mi cintura. Me acaricia, no me aparta. Le doy un leve beso más y dejo mi frente apoyada en la suya. Y una vez más lo espero todo y no hay nada.

—Sé que soy irresistible, pero contrólate. —Sonríó y la beso levemente antes de apartarme.

—Lo haré. Era solo un beso de despedida.

—¿Una despedida más?

—Sí, se me da muy mal decir adiós, qué le vamos a hacer.

Me sonrío antes de irse con nuestros amigos. Me quedo un rato solo antes de regresar y hacer como si nada. Como si no acabara de quedar como un tonto.



Iris abre la puerta de mi coche aparcado en doble fila para irse a su casa, antes de salir se gira y me mira.

—Prométeme que solo seguirás casado conmigo si al pensar que me puedes perder, lucharías por mí.

—Quieres que esta vez no te deje ir como entonces.

—Quiero que me ames, Owen, ya sé que me quieres. —Me sonrío con cariño—. Nos vemos.

La veo irse y pienso en sus palabras y no sé ahora mismo, si ella dijera que se va de mi vida, si desearía ir tras ella porque me siento perdido sin ella o la dejaría ir porque a su lado me siento asfixiado.

Y sé que, cuando se ama, al lado de esa persona solo sientes libertad.

Capítulo 31

Lilliam

La tienda está llena de personas que no han entrado nunca. Me alegra quitarme la mercancía y poder pagarla. Me enfurece que esta gente no haya entrado antes cuando podría no haberme visto en esta situación. Es como si fueran buitres. Solo entro ahora porque estás de oferta y antes cuando podía ayudarme a crecer no.

Y lo peor es que necesito que entren y vender. No debería sentir esto, tener estos pensamientos, pero con cada prenda que vendo casi regalada noto cómo se escapa mi sueño y cómo lo que estoy sacando no me da nada más que para costear gastos.

Siento que todas las veces que lloré siendo estríper para esto no han servido de nada.

—Estamos teniendo muy buena venta —me dice Lisa, que está tan triste como yo.

—Eso veo.

—A mí tampoco me hace feliz esto.

—Lo sé, pero ahora más que nunca debes seguir con tu carrera, y deberías dejar tus tarjetas a cada una de las que nos compran. Al menos sacaremos algo de esto.

—Eso pienso hacer.

Seguimos con la venta hasta que cerramos agotadas como nunca. No voy a mi casa, decido ir a ver a Delia. El otro día fui a verla y me contó la visita de Owen. Estaba entusiasmada y otra vez era la niña que solía ser. Me puso feliz que Owen al fin viera lo que yo y me pasé horas escuchando a la pequeña contarme todo lo que habían hecho, aunque no me enteraba de la mitad de las cosas.

Al llegar, la veo en el patio con uno de sus mejores vestidos. Al verme corre feliz y me abraza.

—Hola, ¿a qué se debe tu sonrisa?

—Ha venido una familia a verme, y me han sonreído mucho. He sido yo misma y les he contado todo lo que me gusta hacer. Creo que me van a acoger. ¿Y sabes qué? —espero a que responda—: Tienen un perro, siempre he querido tener uno.

Me mira sonriente, feliz e ilusionada. Yo lo hago intentando que el miedo que asoma en mis ojos no lo note.

Me quedo con ella un rato. Como antes, sus falsas amigas ya no quieren que esté con ella. No quieren que juegue a su lado sin tener que fingir lo que no es. Es increíble que dentro de la inocencia de los niños exista ese toque de maldad cuando ellos ni son conscientes del daño que hacen con sus rechazos.

Antes de irme voy al despacho de Clarisa, quiero saber qué han decidido hacer con Delia.

—No la quieren —me dice nada más entrar, me conoce muy bien.

Me siento abatida frente a ella.

—¿Por qué? Es maravillosa.

—Lo es, pero ellos dicen que no saben cómo lidiar con una niña superdotada. Que no la entenderían. Que deberían llevarla a colegios especiales y lidiar con una madurez poco propia de un niño de su edad. No se ven preparados para ello.

—Delia solo quiere cariño, yo no sé mucho de lo que me cuenta y no me importa. ¿Acaso no ven que

dentro de esa inteligente cabecita solo hay una niña pequeña?

—La gente piensa que cuando un niño es muy inteligente dejó de ser niño hace tiempo. Una lástima, pero es así.

—Se lo tienes que decir, mejor que lo hagas conmigo delante.

—¿Para que te afecte tanto como a ella? No, mejor lo hago mañana.

—Prefiero estar delante por si me necesita.

—Como quieras.

Clarisa llama a Delia por el micrófono. La pequeña no tarda en entrar. Sigue con esa sonrisa de esperanza que me parte el alma.

—Siéntate, pequeña.

—Si me dices eso es porque no es bueno. —Delia me mira y espera ver en mí cara felicidad—. ¿No me quieren? —Clarisa niega con la cabeza—. ¡Pero si he sido yo misma! ¡¿Por qué no me quieren?! —

—Esa gente no entiende a las personas maravillosas como tú —le dice Clarisa. Yo tengo la voz rota.

—¡Y de qué me sirve! Yo solo quiero un hogar.

Delia corre hacia la puerta y la abre con lágrimas en los ojos. La sigo y trato de abrazarla, se aparta.

—Si no hubiera sido yo misma me habrían adoptado —me dice enfada—. Es tu culpa, tuya y de Owen.

Se aleja y no sé cómo reaccionar. Siento que la he defraudado. Es imposible explicar a un niño cosas que aún no entiende, que solo sabrá ver con los años. Cuesta dejar que pase el tiempo y que te comprenda, como ahora es incapaz de hacerlo.

Me marcho de aquí sintiéndome fatal y voy a ver a Fabian a su casa. No le digo que sí, pero cada vez tengo más claro que esa será mi respuesta. Al menos una de las dos conseguirá su sueño.

Delia merece ese sacrificio. Al fin y al cabo, cuando tienes un hijo sacrificas todo en pos de su felicidad. No estaría haciendo algo que no se espera de una madre.

Owen

Me reúno con el padre de Lilliam. No tarda en venir al punto de encuentro. Se me hace raro ver al hombre que casi me mató. Los años pasados en la cárcel le han pasado factura. No se parece en nada a su hija.

—Hola, antes que nada quiero pedirte perdón, soy un ladrón, pero no un asesino —me dice en cuanto llega.—¿Y por qué debería creerte?

—Porque sí y porque voy a ayudarte a destruir a tu padre. Llevo años buscando la forma de hacerlo y en la cárcel se conoce a mucha gente. Tu padre tiene muchos enemigos. Y ellos hablan mucho. Y sé cómo acelerarlo todo.

—¿Cómo?

—Que lo que te cuento lo llesves a la prensa. Que ellos destapen esto, seguro que así lo investigan. No será el primero que cae de esa forma. A mí no me creerán, a ti sí y me consta que tu padre no puede contigo, no como ha hecho con otros con los que ha usado sus influencias para meterlos en la cárcel.

—¿Y qué se supone que ha hecho mi padre?

—Está estafando al Estado e invierte parte de su dinero en armas ilegales que vende en los países menos afortunados. Tu padre tiene su dinero manchado de sangre, y tengo las pruebas.

Lo miro impactado, no esperaba algo así. Lo de la estafa sí, pero no que llegara tan lejos vendiendo

armas ilegales. Lucrándose de las guerras de otros países. Ahora más que nunca quiero que pague por todo.

El padre de Lilliam me lo cuenta todo, así como que mi padre los contrató para que robaran en casa y me asustaran. No esperaban que yo reaccionara así y saliera a enfrentarlos. Se asustó y me empujó para apartarme y como estaba oscuro no vio la distancia de la escalera. Le creo, porque también me dice que siente no querer a su hija, que fue un error suyo con su mujer, y lo dice con la misma sinceridad con la que me cuenta todo lo demás.

Es un hombre frío y me apuesto lo que quieras a que seguirá robando, le gusta robar, el placer de que no lo pillen. Seguramente vuelva a la cárcel pronto como siga así, y la madre de Lilliam igual. Me ha contado que es como él.

Al acabar el día, tengo un montón de información, de pruebas y testimonios que ha ido recopilando de presos. Tengo en mis manos la forma de destruir a mi padre. De hacerle pagar, y siento dudas.

Es por eso que lo llamo, quizás para darle la oportunidad de entregarse.

—Lo sé todo —le digo nada más descolgar—, sé de dónde sacas el dinero. Tengo pruebas, y cuando lo entregue a la prensa van a ir a por ti.

—Tú no tienes nada.

—Lo tengo.

—¿Y para qué me llamas?

—Para darte la oportunidad de entregarte, de hacer algo noble.

—No lo haré y como yo caiga tú caerás conmigo, piénsatelo dos veces antes de hacerlo —dice antes de colgarme.

Me recorre un escalofrío, mi padre es capaz de cualquier cosa. Por eso llamo a Romeo y se lo cuento todo, para estar preparados para doblar la guardia y esperar el ataque de mi padre.

—Envíalo —me dice Romeo—. Hazle que pague, y conoces a una buena periodista que no va a dejar pasar esta historia e investigará. Si no lo haces tú, lo haré yo.

Nos miramos a los ojos y veo tal determinación en su mirada que sé que lo hará. No le doy más vueltas, es hora de que mi padre pague por sus pecados. Envío toda la información pidiendo el anonimato.

Ya está hecho. Mi padre está a punto de caer.



Solo un día ha tardado en saltar la noticia. Ha corrido como la pólvora y han empezado a tirar del hilo y ha empezado a salir mierda de todos lados. Ahora todo el mundo sabe algo de mi padre, ahora todos quieren hablar y contar su versión. Decir lo que saben de mi padre.

Todos sus amigos lo quieren traicionar por dinero, por fama, para que nadie los relacione con él.

Mi padre ha caído al fin, y no siento nada.

Me paseo por el *pub*, hoy no abrimos, estoy solo aquí, como siempre. Subo a mi despacho y miro por la cristalera. Ahora soy el único *pub* de éxito de la ciudad. ¿Y ahora qué?

Al mirarme al espejo por primera vez dejo de mirarme como un adulto y veo al niño que fui, al que con odio cimentó su falsa vida, y juró destruir a quien tanto daño le había hecho.

Y sé que he invertido demasiados años en esto. Que he cimentado mi felicidad en la meta equivocada.

Estoy a punto de irme cuando una explosión hace tambalear el suelo y rompe los cristales. No me caigo por poco. Miro a mi alrededor. Otra explosión hace que me quede sordo. Miro a mi alrededor y en cuestión de segundos todo es fuego.

Mi padre ha cumplido su amenaza.

Capítulo 32

Lilliam

Estoy llegando al *pub* de Owen. Busco aparcamiento y salgo hacia él. La prensa no deja de hablar de su padre. La tele, la radio, las redes sociales... No se habla de otra cosa y no dejan de salir más y más cosas.

He escrito a Owen y me ha dicho que estaba en el *pub*. Quiero verlo y saber cómo está.

No porque crea que le afecte lo de su padre, sino porque creo que el que no sienta nada le hará sentirse bloqueado y perdido.

Estoy a punto de entrar cuando una explosión me hace irme hacia atrás. Miro aterrada el *pub* y veo que sale humo. Una segunda me tira al suelo.

—¡Owen!

No lo pienso y corro hacia la puerta trasera. Está cerrada. Lo llamo al móvil sin respuesta.

—¡Lilliam! —Romeo viene hacia mí y tira de mí lejos de aquí.

—¡Owen está dentro!

—Están llegando los bomberos. —Justo los escucho llegar—. Deja que ellos hagan su trabajo.

Romeo me dice que me vaya fuera. Lo hago cuando veo que él va a entrar sin hacer caso a sus indicaciones. Lo escucho abrir la puerta y corro hacia dentro. Me grita, pero no me ve con este humo.

Alzo la camisa y llamo a Owen. Romeo nos llama a los dos.

Noto cómo del calor se me secan las lágrimas. Estoy aterrada, nunca en mi vida he sentido tanto miedo. Me adentro en el *pub* hasta que choco con algo o mejor dicho con alguien.

—¿Acaso estás loca?! —dice Owen tirando de mí hacia fuera.

Antes de llegar a la puerta, Romeo nos encuentra y tira de los dos. Salimos hacia donde están los equipos sanitarios. Owen no deja de toser y tiene un corte en la cara que no deja de sangrar y otro en el brazo.

—¿Por qué has entrado?!

—¡Si tengo que explicarte por qué lo he hecho es que yo tenía razón, pedazo de idiota!

—¿En qué? ¿En que eres una irresponsable? ¿Qué hubiera pasado si se te cae algo encima? ¿Acaso lo has pensado?

—¡Pues no!

—No te entiendo. —Tratan de curar a Owen—. Estoy perfectamente, ella es la que está loca.

—¡Y tú eres el idiota! —Nos miramos retadores—. Yo tenía razón, pedazo de ogro sin corazón. ¡A la hora de la verdad tú tampoco sabrías ver lo que tienes delante de tus ojos! Aunque ya da igual todo, solo venía a decirte que me caso con Fabian. Al menos Delia sí será feliz.

Owen intenta decir algo, pero el edificio se tambalea y se viene abajo.

Su casa, su negocio, su vida. Yo sé lo que es eso y veo en sus ojos la misma desolación.

Me marcho sintiendo que no pinto nada aquí.

Owen

—Si te tengo que explicar qué ha querido decir Lilliam es que eres más idiota de lo que pensaba.

—No hace falta —le digo poniendo mala cara a Romeo.

Observo cómo el *pub* se hace escombros, por suerte parece que lo tienen controlado, más que nada para que esta desgracia no afecte a nadie más.

Llevo mi vista adonde ha ido Lilliam. Quería saber qué sentía, deseaba una señal, no esperaba que fuera que se jugara la vida por mí. Y ver tan claro en sus ojos lo que siente y el dolor por ello.

He visto lo que tal vez lleve tiempo estado ahí y sé que es porque no quería verlo, porque ahora que lo sé, que sé que siente algo por mí, no sé qué camino tomar.

Iris o Lilliam.

No lo sé, solo que no merezco a ninguna.

—Es una ruina —dice alguien viendo el *pub* arder.

Lo miro y lo es. Tengo seguro, me pagarán los daños. Y sé quién ha sido. Mi padre seguro que ha dejado constancia de que ha sido provocado, ya le da igual que le añadan algo más. Pero quiere que yo sufra, que sepa quién ha encargado que se haga esto, también sé que si hubiera caído con el incendio le hubiera dado igual.

Me quedo hasta que el incendio se apaga del todo. Romeo no se aparta de mi lado. Este negocio es también suyo en cierta forma. Los dos nos hemos quedado sin trabajo y llevamos años luchando por eso.

—¿Qué vas hacer ahora?

—No lo sé. —Y esa es la verdad.

No siento el deseo de prosperar, de empezar de cero. Me da igual que ahora fuera el único. Ya no siento esa sed de triunfo. No siento nada.

—Te apoyo decidas lo que decidas. Lo sabes.

Asiento y me marchó a un hotel. Lo poco que tenía de mi infancia ha ardido en el incendio, las fotos que rescaté de mi casa y mis pocas pertenencias. Lo poco que quise de la casa de mis padres. Todo me da igual. El vacío que siento en el pecho me está ahogando.

Me voy a la cama y antes de cerrar los ojos pienso en ella, quizás como siempre, tal vez reconociendo por primera vez que me importa más de lo que pensaba.



Mi padre ha sido arrestado desde el momento que salió todo, está sin fianza. Pido verlo en la cárcel. Necesito saber por qué. Yo sé por qué lo odio tanto, pero no por qué lo hace él.

Me hacen pasar a una sala donde espero a mi progenitor. Al poco lo traen con la ropa de la cárcel y encadenado. Lo liberan solo para encarcelarlo a la mesa.

Ni siquiera viendo su estado siento placer.

—Hola, padre. —Se ríe.

—Esperaba que cayeras. Pero dicen que mala hierba nunca muere.

—Ese refrán deberían modificarlo, tú has caído. —Me mira con rabia.

Me siento ante él y nos miramos a los ojos. Parece más viejo sin toda esa cara ropa. Solo es un hombre.

—¿Por qué? Yo sé por qué te odio. Te lo has ganado. Pero yo, ¿qué te he hecho?

Se ríe, su risa me da asco.

—Ser un puto bastardo que me da asco.

—Eso es imposible, somos iguales —le digo, sabiendo que miente. No me parezco a mi madre en

nada.

—Bueno, es que yo fui listo cuando elegí entre los dos bastardos. Cogí al rubio para que pareciera mío. Una cosa es ser cornudo y otra tonto.

—¿Y por qué me parezco a ti? El abuelo murió hace años y tú no tienes hermanos...

—Sí, tengo un hermano, uno bastardo. Uno que no es más que un pobre desgraciado que se ha conformado solo con las migajas, que se acostó con tu madre para hacerme daño. Claro, que yo fui más listo y acepté dejarle seguir trabajando en la casa a él y al hijo que no quería a cambio de quedarme contigo. Yo no puedo tener hijos y tú ibas a ser mi heredero. Alguien igual que yo. Aceptó, claro, el dinero lo compra todo.

Empiezo a atar cabos y no puedo creerlo.

—No puede ser...

—Claro que sí, idiota. Romeo es tu hermano mellizo. Pero él es igual al bastardo de mi hermano y no me servía. —Mi padre se ríe al ver mi desconcierto—. Yo le hice jurar que no te dirían nada. Y mi hermano es tan desgraciado como yo, amargó la vida de ese chico. En eso nos parecemos. —Se ríe—. Y ahí estaba yo contigo, el niño perfecto, rubio y con mis ojos... Y quería que fueras como yo, igual en todo. Hasta que vi que ibas a ser mejor, que tu inteligencia te haría superarme. Y te odié, te odié por ser el hijo de mi hermano, porque alguien que no era del todo mío me superara. Fuera mejor. Tenía que destruirte, tenía que hacer que te hundieras, que cayeras. Ya no podía decir la verdad. Eso sería quedar como un cornudo. Callé, pero intenté por todos los medios que nunca me superaras. Me lo has puesto difícil. Me has vendido... ¿Y ahora qué?

Pienso en todo. En el odio que ha girado en torno a mi vida. Una vida llena de engaños, de mentiras, de interés. Y ahora que por fin lo he destruido no siento nada y sé que todo esto no ha servido de nada. Y lo peor es que ahora he descubierto que tengo un hermano, alguien que siempre ha estado ahí y nunca nos hemos comportado como tales.

Siento que me he pasado años esforzándome por algo que no lo merecía. Que me he perdido años de mi vida para nada.

Que no he vivido al cien por cien preso de la rabia.

Mi padre trató de arruinar mi vida y yo le dejé.



Toco el timbre de la casa de Romeo. Hace años que vive aquí, en una modesta casa de la ciudad. Su padre siempre ha estado ocupado de la seguridad de la casa. Tenía un trato especial, eso es cierto. Trabajaba cuando quería. Mi padre... ¡Joder! Cuesta pensar en él como mi tío y en el padre de Romeo como mío.

No sé qué hubiera sido peor. Romeo ha sido educado como si viviera en el ejército. Su padre desde niño le ha hecho hacer ejercicios hasta altas horas de la noche e incluso en días de lluvia.

No puede negar que son hermanos, los dos son igual de cabrones.

Romeo me abre y me mira intrigado, no nos parecemos en nada. Yo rubio, él moreno, mis ojos son más tirando a castaño y los suyos azul hielo.

—¿Qué haces aquí a estas horas? Que conste que no me molesta, es solo que es raro.

—¿Puedo pasar?

—Claro, ya te dije que te podías quedar aquí en vez de irte a un hotel, pero, claro, el niño quería

riquezas... —bromea hasta que ve mi gesto serio—. ¿Qué sucede?

—Sé la verdad, sé qué es tu padre para mí. —Evalúo su reacción y por cómo pierde el color del rostro sé que lo sabe—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—De toda la vida. Pero tu padre no quería que supieras la verdad.

—¿Y por qué callaste?!

—De niño, por miedo a esos cabrones. De mayor, por miedo a que te enfadaras por no haberte dicho la verdad. Siempre he sabido que eres mi hermano y tú sin saberlo me has tratado como uno. Al menos tenía eso. Eres mi única familia decente, Owen.

Lo miro y sé que es cierto. Mi madre es la suya y no nos ha tratado como tal. A mí me dijo que su madre lo abandonó y es cierto aunque más triste es crecer a su lado y que te trate como a un empleado. La vida de Romeo no ha sido mejor que la mía.

—¿Por qué te quedaste cuando pudiste irte a estudiar lejos?

—Por ti, alguien tenía que guardarte las espaldas. Tú no eres más que un cerebritito. Yo la fuerza bruta. —Sonríe y noto el miedo en sus ojos.

—Me cabrea mucho no haber sabido la verdad hasta ahora. Pero estoy cansado de vivir a medias. No voy a pasarme años o días enfado contigo. Siempre, como has dicho, te he querido como a un hermano. Ahora con más razón.

Noto alivio en su mirada.

—Espero que ahora muevas tu culo de ese pijo hotel y te quedes en mi casa. Hay pensar qué camino tomamos. —Yo ya lo he pensado.

—Soy todo oídos.

Lo miro por primera vez viendo la verdad y me gusta. Me gusta mucho que alguien a quien quiero desde niño sea mi familia. Y que aun sin saberlo siempre haya estado ahí para mí.

—¿Quién es el mayor? —le digo al rato.

—Yo, por supuesto, por cinco minutos, por eso he tenido que cuidarte como el pequeñín que eres. — Me río y noto alivio en los ojos de Romeo.

No ha tenido que ser fácil vivir con el peso de ese secreto sobre los hombros. Los secretos son una carga muy pesada en la vida.

Capítulo 33

Lilliam

Guardo en cajas los últimos vestidos para llevarlos a mi casa. Mis amigos me ayudan con la mudanza. Todos menos Owen, del que no sé nada desde incendio. Del que tampoco sé nada es de Fabian por más que le escribo para decirle que tengo una respuesta o lo llamo. En su concesionario me han dicho que se ha ido de vacaciones.

Si no estuviera tan agobiada con lo de la tienda me cabrearía mucho con los dos.

Más con Owen, porque esperaba que tras lo sucedido me buscara. Quien sí se ha pasado a verme y ahora me está ayudando con las cajas es Romeo, el que hemos descubierto que es el hermano de Owen. No se parecen en nada. Owen tiene suerte de haberlo tenido siempre.

Estos días he ido a ver a Delia, ha vuelto a guardar sus libros, a dejarse llevar. Odio que haga eso y más ver la tristeza en su mirada. Algo se ha roto en ella y no sé cómo remediarlo. Menos aún si Fabian no me coge el teléfono y me deja decirle que sí para poder sacar a Delia de allí antes de que la consuma la pena.

—¿Ya está todo? —me pregunta Abby tras cerrar la última caja.

—Sí, eso parece —le respondo.

Observo el local vacío. Ya no queda nada de lo que fue. Mi mente recuerda cómo entró Britt hace años y sin ella saberlo me trajo a todos estos amigos. Como cambió mi vida para siempre. Esta tienda se lleva cientos de recuerdos y hoy echará el cierre. Por suerte no tenemos nada, pero tampoco me queda nada de liquidez. Ya he empezado a buscar trabajo.

Cojo la última caja yo misma y la dejo en mi coche. Los dueños no andan lejos, han querido ver en primera persona mi destrucción.

—Meteos el local por donde os quepa —les digo, y me da igual quedar como una barriobajera. Me da igual todo, solo quiero joder yo por una vez a estos estirados.

—Metéoslo por el culo, lo mismo le cogéis el gusto. —Eso lo añade Maddie y les saca un par de dedos antes de meterse en el coche de su marido para irse.

Vamos hacia mi casa y subimos todas las cajas. Leo y Maddie no deberían estar aquí, mañana es su boda, deberían estar de fiesta. Al final los convenzo para que se vayan y les pido me dejen esta noche sola. A Lisa le cuesta irse, pero tras darme un abrazo se marcha con los demás.

Estoy sacando algunos vestidos para colgarlos en perchas, cuando suena el timbre.

Abro y me encuentro con Owen. Me dan ganas de cerrarle la puerta en las narices para borrarle su felicidad. Y me cabreo con las malditas mariposas de mi estómago por danzar con tanta fuerza tras verlo.

—¿Qué haces aquí? No se te ha perdido nada.

—Vengo a por un vestido para mi acompañante de mañana.

—¿En serio? —Me mira sonriente.

—De verdad, no he podido pasarme antes. —Ve las cajas medio abiertas—. ¿Puedo mirar?

—Claro, haz lo que te dé la gana, pero te pienso cobrar el doble.

—Bien. —Se pone a revisar las cajas y a mirar los vestidos hasta que llega a uno rojo—. Este.

—No le pega, va a hacer el ridículo.

—No lo creo. Quiero este. ¿Me dices qué debo?

—Tiene la etiqueta puesta. —Owen lee el precio y saca su cartera. Me deja lo que vale multiplicado por dos—. No iba en serio.

—Yo sí.

Se va hacia la puerta con el vestido en la mano. Lo sigo enfadada.

—¿De verdad tras todo este tiempo solo tienes que decir eso?

—¿Tengo qué decir algo más? —Lo miro enrabieta.

—Que estés con ella no nos hace diferentes, somos amigos. ¿Por qué me tratas así?

—Tengo prisa.

—Eso, vete, así dejaré de ver tu fea cara.

—Nos vemos mañana.

—Pienso mirar para otro lado cuando te vea para no vomitarte en la cara de lo feo que eres. —Se ríe.

—Hasta mañana, Lili.

—No me llames así. Ya no.

Se va cerrando la puerta. No me puedo creer lo que ha pasado. Que haya sido tan insensible. Que me haya dejado sola cuando hoy es el peor día que recuerde de mi vida. Me quedo paralizada en medio del salón. Por eso cuando la puerta se abre y aparece Lisa con mis amigos, que traen comida, globos y un montón de florituras me cuesta creer que han decidido traer la fiesta de antes de la boda aquí.

Lo agradezco, aunque hoy me cuesta sonreír.



—Vamos a llegar tarde. ¿Aún no te has vestido?

—El vestido azul marino no está y juro que lo deje en el armario planchado y listo.

Lisa va hacia mi armario para corroborar lo que yo le digo.

—Puedes coger uno de los que nos han sobrado.

Ando hacia el salón pensando en lo que se me viene hoy encima. La boda de Leo y Maddie y ver a Owen con su mujer. No creo que sea capaz de soportarlo. Me duele solo de pensarlo.

Era más feliz cuando no nos encontrábamos en ninguna fiesta. No creo que ahora mismo sea capaz de estar a su lado como si nada, de ser su amiga. Menos aún cuando se ha mostrado tan indiferente.

Estoy buscando un vestido idóneo cuando tocan a la puerta. Abro en bata al mensajero. Me trae una caja de color blanca con un lazo rojo.

—Firme aquí. —Lo hago.

Se va, y curiosa abro la caja. Cuando veo el vestido rojo que ayer le vendí a Owen planchado y listo para usar no entiendo nada. Sobre este hay una nota. La cojo con los dedos temblorosos:

Para la que siempre fue la única para mí. Para la mujer con la que fui capaz de encontrar el paraíso aun viviendo en un mundo de locos.

¿Quieres ser mi pareja en la boda de Leo y Maddie? ¿Y mi mujer para toda la vida?

Noto los ojos llenos de lágrimas y cómo una cae sobre el vestido. La seco.

—Con lo que me ha costado plancharlo. —Alzo la mirada y veo a Owen salir de entre las sombras con un esmoquin negro.

Me mira con una sonrisa.

—Era para ella...

—Era para mi pareja, y esa solo podías ser tú.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Tenía que arreglarlo todo con Iris. Tenía que tener todos los papeles y quería empezar de cero a tu lado. Por eso quería cerrar todos los lazos que me unían a mi antigua vida.

—A mí me gustas igual.

—Lo sé, lo vi. Sí supe verlo. Pero necesitaba tiempo para aceptar que si no lo vi antes es porque me dolía no sentir nada por Iris. A ella la quise, Lili, contigo he aprendido lo que es amar a alguien. Y no podía dejarte marchar. No te quiero perder.

Me acaricia la mejilla y me seca las lágrimas.

—No me puedo creer que esto esté pasando.

—Es verdad, y aunque sonrío y todo eso estoy acojonado por si me dices que no, por si me rechazas.

Veo en sus ojos a ese niño perdido y tal vez él vea en los míos a la niña ilusionada que no paraba de soñar y que ansiaba que sus deseos se cumplieran.

—Sí, Owen, yo te quiero y lo sé desde hace tiempo.

Owen suspira aliviado y me abraza antes de besarme, se detiene cuando escuchamos unos sollozos. Nos giramos y vemos a Lisa con el móvil grabándolo todo y llorando a moco tendido.

—Joder, mira que sabía que venía y todo eso, pero no que sería tan emocionante.

Veo felicidad en sus ojos y soledad. Voy hacia ella y la abrazo.

—Te quiero mucho, Lisa —le digo en un abrazo, y deseo que encuentre pronto ese amor que tanto busca desde que supo lo que era sentirse amada por alguien a tan corta edad.

—Y yo a ti, y no llegamos a la boda. Voy a mandar el vídeo al grupo mientras te arreglas.

—No me puedo creer que me engañarais —les digo a los dos, que está claro por sus miraditas que han estado comunicados todo el rato.

—Claro que sí, y Fabian no te va a responder. Aquí tú recién estrenado novio fue a contarle lo que sentía por ti y le dijo que le dejara tiempo. Fabian lo hizo porque te quiere y quiere tu felicidad, pero está pendiente de que respondas para volver.

—Ya ha dicho que sí, más vale que se lo digas. —Lisa se ríe y tira de mí—. No tardéis mucho.

—¡Te jodes por haber preparado todo esto!

Owen no responde a Lisa, pero yo sé por qué ha sido hoy. Hoy era el límite de tiempo para seguir casado con Iris o no, para dejarse llevar o seguir con su vida. Ha decidido vivir. Arriesgar. Querer y por eso este día marcado hace tantos años es el elegido para el cambio.

Salgo ya arreglada. Owen nos espera.

Al verme me mira de abajo arriba y al llegar a mis ojos veo en los suyos lo que tantas veces vi en los ojos de los maridos de mis amigas.

Me acerco y lo beso sin prisas.

—Estás preciosa. Voy a ser el más envidiado.

—Y yo también.

—Yo no, aunque con suerte viene Christian y me alegro la vista. Ese aire de capullo le da morbo, aunque dudo que tenga algo interesante que decir.

—No seas injusta con él —le digo.

—¿Desde cuándo no te responde las llamadas ni mensajes? —No le respondo, lo sabe—. Pues eso, un capullo. Pero de buen ver, eso sí. ¿Nos vamos? Estoy desando ejercer de aguantavelas —dice con una sonrisa.

Salimos de casa y vamos hacia donde es la boda. Antes de entrar, tiro de Owen.

—No tengo negocio, ni sé qué será de mi vida. Tampoco sé qué quiero hacer con ella, ni hacia dónde quiero ir.—Yo no voy a reabrir el *pub* —me confiesa—. Voy a volver a la universidad a estudiar lo que siempre he deseado. Y quiero construir donde estuvo el *pub* un centro para niños como yo. Para que estén con otros que son como ellos, que los entienden. Donde puedan expandir sus mentes. Me gustaría un día darles clases.

Lo miro impactada y emocionada.

—Yo quiero abrir la tienda en un barrio que llegue a todos —admito—. Pero estoy aterrada. Tengo mucho miedo a fracasar de nuevo. —Coge mi mano y la aprieta con fuerza.

—Estamos juntos en esto, no te voy a dejar caer y sé que no lo harás. Creo en ti igual que tú siempre creíste en mí. Más que yo mismo.

—Te amo.

—Y yo a ti, mi Lili. —Me río.

Me alzo y lo beso.

—¿Estás lista? —Y sé que no lo dice solo por entrar en la ceremonia, es para esta nueva vida que se plantea para los dos.

—Nunca lo he estado tanto.



Owen besa cada centímetro de mi cuerpo mientras entra y sale dentro de mí. Está por todas partes al igual que mis manos, que no dejan de acariciarlo y de tocarlo.

Nos hemos quitado la ropa entre risas y besos. Solo pudimos aguantar un baile de nuestros amigos antes de perdernos y buscar un sitio para los dos. Hemos acabado en un pequeño hotel no muy lejano, perfecto para por primera vez admitir que siempre nos hemos hecho el amor, y una vez más íbamos a corroborarlo.

Se me hace raro que esto esté pasando. Por eso me separo y lo miro a los ojos mientras el placer se anida en mi sexo. Alzo la mano y lo acaricio. Me besa. Me dice «te quiero» y se mueve haciéndome estallar en mil pedazos.



—¿En qué piensas? —me dice pasado un rato, acariciando mi espalda.

—En que nunca podría haber imaginado una familia mejor. —Pienso en él, en nuestros amigos y en la gente que aun sin tener lazos de sangre la forman.

—Yo tampoco. —Me abraza y me acerca a él.

Me acurruco entre sus brazos, feliz, con miedo como cuando era niña de perderlo todo y con la ilusión de luchar para que esto no suceda.

Es lo que tiene querer a la gente, que siempre tienes miedo a perder, pero puedo lidiar con ese miedo, no con la ausencia de amor en mi vida.

Epílogo

Owen

Toco la puerta de la pequeña Delia. Se gira y me mira ilusionada.

—¡Owen! ¿Te han dicho que al fin tengo una familia? Me han adoptado, me ha dicho Clarisa que es por cómo soy, que les encanto. —Tira de mí feliz hasta que noto pesar en sus ojos—. ¿Vendréis a verme todos días?

—Es posible que sí.

Desde que empecé con Lilliam hemos venido a menudo a ver a la pequeña. Poco a poco conseguimos que dejara su intento de cambiar.

—No quiero perderos.

—Te puedo jurar que no lo harás y para que veas lo sincero que soy, yo mismo seré quien te lleve a tu nuevo hogar.

—¿De verdad? —Asiento.

Coge su maleta y se la quito. Me da su pequeña mano y coge la mía con fuerza. Está temblando. Se despide de Clarisa y entra en mi coche. Me mira nerviosa.

—¿La cagaré? —me dice cuando llegamos a una pequeña vivienda a las afueras de dos plantas.

—No, lo harás genial. —Escuchamos el ladrido de un perro.

—¡Tiene perro! —Un preciso perro marrón sale a recibirnos.

Salgo del coche. La pequeña hace lo mismo y se agacha a abrazar al animal, que la chupa y saluda con cariño.—Me quiere. —Me mira ilusionada, luego mira la casa y viene hacia mí para coger mi mano—. ¿Te quedas conmigo un poco más?

—Todo el tiempo que quieras.

Sonríe aliviada y entramos en la casa. Al abrir la puerta nos encontramos con Lilliam y un montón de tartas y dulces que se ha pasado toda la mañana haciendo.

—Bienvenida a casa, Delia —le dice Lilliam nerviosa a Delia, que nos mira sin comprender nada.

—¿Te acuerdas que te dije que nos habíamos casado muy rápido por algo muy importante? —Asiento—. Tú eras lo importante. Queríamos darte un hogar. Este va a ser tu hogar para siempre. Si tú quieres.

La niña se separa y nos mira. Lilliam me mira con miedo de que la pequeña nos rechace. Voy hacia ella y la abrazo. Nos casamos al poco de empezar juntos decididos a adoptar a Delia, a darle una nueva vida, un hogar.

Clarisa nos ayudó con todo lo que pudo, feliz porque Lilliam no se hubiera casado con Fabian sin quererlo. Nos dijo que siempre supo que los dos estábamos destinados a estar juntos. Y que la pequeña siempre fue parte de nuestra vida. Ahora había que agilizarlo todo para lograrlo cuanto antes.

Ha sido un camino complicado. Y más tras la pérdida de nuestros trabajos.

Lilliam ha abierto una pequeña tienda donde hace sus vestidos por encargo. Tiene una modista que crea sus maravillas. Para empezar está bien, y Lisa recorre el país vistiendo a las mujeres más famosas que quieren su toque para cambiar.

Yo he empezado a estudiar a distancia, y con Romeo hemos abierto una empresa de guardas de seguridad. Yo en verdad solo le llevo la contabilidad y él se ha encargado de contratar a gente para

eventos y para locales. Lo tenía todo pensado, solo necesitaba el capital y yo se lo di, o más bien le resté su parte. Y luego me la dará.

El saber que somos hermanos nos ha unido más. Está deseando venir a casa y conocer a su sobrina. Le ha comprado regalos para niños temiendo no haber acertado.

Sabía que Romeo se sentía solo, pero no ha sido hasta ahora que me he dado cuenta de cuánto. Espero que poco a poco le ayudemos a poder dejar también su pasado atrás. Sé que hay mucho de él que no me ha contado y espero descubrirlo con el tiempo.

Delia nos mira y se acerca a nosotros. Entonces sonrío y abre sus brazos, y tanto yo como Lilliam nos agachamos para recibir a esta pequeña que nos robó el corazón.

—Bienvenida a casa —le dice Lilliam.

—A casa —dice Delia feliz—. Al fin en casa.

Miro a Lilliam y yo siento lo mismo. Somos tres personas que por circunstancias de la vida no hemos sabido lo que es tener unos padres normales, dispuestos a hacer lo posible por construir poco a poco nuestro hogar.



Lilliam acuesta a Delia y la arropa cuando tras leerle un cuento se queda dormida. Viene hacia mí feliz y me abraza de camino a nuestro cuarto.

—Soy feliz y me aterra serlo. —Me río.

—A mí también, no sé si sabré ser el padre que espera Delia.

—Eres maravilloso, lo haremos bien. Lo haremos juntos.

—Juntos.

La beso y cierro la puerta de nuestro cuarto, ilusionando como nunca, enamorado de las dos mujeres de mi vida como nunca creí y sintiendo por primera vez lo que es que te quiera la persona a la que amas, y es simplemente perfecto.

Agradecimientos

A mi familia por estar siempre a mi lado.

A mi querida Ediciones Kiwi que creyó tanto en esta serie como yo y se entusiasma con cada nuevo libro.

A Merche y Andrea. Por nuestras charlas con palomitas y por todo ese apoyo que me dais. Sois geniales y no podría tener amigas y confidentes de historias mejores.

A todos los que se han enamorado como yo de esta serie y han releído una y otra vez sus novelas hasta sabérselas mejor que yo.

Muchas gracias a todos los lectores que se han dejado seducir por esta serie y por seguir aquí tras un cuarto libro. Nada de esto sería posible sin vosotros.

Y a los nuevos lectores, gracias por darle una oportunidad a mis letras.